

COLECCIÓN



CHARLES ROMEO DE LA FUENTE

**AUTOBIOGRAFÍA  
DE UN ECONOMISTA,  
aventurero y guerrillero**  
**VIVENCIAS DE LA REVOLUCIÓN  
CUBANA Y MÁS...**



Fondo Editorial Ipasme



COMANDANTE HUGO RAFAEL CHÁVEZ FRÍAS  
LÍDER SUPREMO DE LA REVOLUCIÓN

**Nicolás Maduro Moros**

Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

**Lic. Jorge Arreaza**

Vicepresidente Ejecutivo de la República Bolivariana de Venezuela

**Maryann Hanson**

Ministra del Poder Popular para la Educación

**Junta Administradora del Ipasme**

**Lic. Silfredo Zambrano**

Presidente

**Lic. Noris Coromoto Figueroa Bastidas**

Vicepresidenta

**Prof. Pedro Miguel Sampson Williams**

Secretario

**Fondo Editorial Ipasme**

**Diógenes Carrillo**

Presidente



# **AUTOBIOGRAFÍA DE UN ECONOMISTA, aventurero y guerrillero**

**VIVENCIAS DE LA REVOLUCIÓN  
CUBANA Y MÁS...**

**CHARLES ROMEO DE LA FUENTE**



**Fondo Editorial Ipasme**

***AUTOBIOGRAFÍA DE UN ECONOMISTA,  
AVENTURERO Y GUERRILLERO***  
***Charles Romeo de la Fuente***

Depósito Legal: **lf65120139203734**

ISBN: **978-980-401-206-8**

Edición: **Ángel Méndez**

Diseño y diagramación: **Elia Gallegos S.**

Producción: **Luis Duran**

**Fondo Editorial Ipasme**

Locales Ipasme, final calle Chile con Av. Presidente Medina

(Av. Victoria) Urbanización Las Acacias

Municipio Bolivariano Libertador, Caracas.

Distrito Capital, República Bolivariana de Venezuela

Apartado Postal: 1040

Teléfonos: +58 (212) 633 53 30

Fax: +58 (212) 632 97 65

**17**  
COLECCIÓN



Charles Romeo de la Fuente

**AUTOBIOGRAFÍA  
DE UN ECONOMISTA AVENTURERO  
Y GUERRILLERO**

*Vivencias de la Revolución Cubana y más*



**Fondo Editorial Ipasme**



*... escuchó el sonido del jet aproximándose a gran altura. Un avión de alguna línea comercial, seguramente. Por la hora, los pasajeros debían estar durmiendo, leyendo o simplemente mirando la película de turno. Él también había viajado en esos aviones y ahora estaba sumergido en la oscuridad de la noche en la selva montañosa de Falcón, en el occidente de Venezuela, apartando mosquitos y tratando de no dormirse. Miró la hora en su reloj de pulsera. Faltaba todavía una hora y media para despertar al relevo de la guardia y poder acostarse en su hamaca. Apoyó el M2 contra el tronco del árbol que tenía más cerca y se frotó la cara. ¿Cómo había llegado hasta ahí?*



## PRESENTACIÓN

Hacer la presentación de esta autobiografía del camarada Charles Romeo, lejos de ser un compromiso o “una difícil tarea”, como señalaría el lugar común, es más bien un deleite.

Se trata de un exquisito aventurero y revolucionario quien por esa exquisitez de una parte de su aventurerismo, no ha visto flaquear para nada su revolucionarismo, como tampoco su condición de revolucionario ha hecho mella en su innata índole de aventurero.

Es así como Romeo ha paseado su figura por variados y disímiles escenarios, como la Europa de la II Guerra Mundial siendo niño aún; su tierra natal, pero en épocas tan diferentes como el Chile pre-Allende, el Chile de Allende y el Chile pos Allende; integró en La Habana uno de los primeros equipos de gobierno de la entonces naciente Revolución cubana, fue uno de los asistentes nada menos que de Ernesto Guevara de la Serna, el Che; vino a recalar a la guerrilla venezolana en Falcón y Yaracuy; lo enviaron a realizar un trabajo de economía turística (¿o de turismo económico?) a los Estados Unidos y prácticamente se burló del imperialismo en sus propias fauces; luego estuvo varios años terciando con la aristocracia turística de Marbella, en Málaga, España, y, finalmente, la vuelta a Cuba para el reposo del guerrero, lo que le ha permitido un cúmulo de interesantes reflexiones que aquí vuelca, especialmente en el área económica, en el apacible ambiente de su restaurante habanero de comida típica chilena.

En cada una de las etapas de este relato, haciendo abstracción de la primera, la de su niñez, Romeo se muestra como un agudo admirador de la belleza femenina, la cual exalta con particular picardía, y no deja pasar por alto ni siquiera los casos de las mujeres, todas significativamente bellas, como él mismo las describe, que no tuvieron ningún valor afectivo o amoroso en su vida. Así mismo, tiene la soltura para relatar la historia completa de su familia, sin omitir las circunstancias políticas, sociales y económicas en las cuales esta se desenvuelve, según la época y el escenario.

Este libro recoge, por ejemplo, innumerables anécdotas de sus vivencias junto a un personaje de la talla del Che Guevara y relata muchas de sus posturas, sencillas pero geniales, en cada una de las cuales se muestra como el gigante en que habría de convertirse poco tiempo después y para siempre.

De sus andanzas guerrilleras por nuestro país, describe con lujo de detalles cada uno de los pormenores de su participación en ellas, no solo desde una óptica limitada a la cuestión meramente vivencial y participativa, sino también desde el punto de vista analítico y más allá todavía, crítico, como muy crítico es en sus relatos sobre la forma como se organizó la Revolución cubana, y aún hoy en día continúa formulando reparos y dando ideas.

Uno de los relatos más interesantes de cuantos contiene este libro, aunque reiteramos que todos lo son, es el de la incursión de Romeo en Estados Unidos como agente de turismo, tarea que le encomendó la Revolución para implementar los vuelos desde aquel país hacia Cuba, en una desesperada búsqueda de las divisas que requerían en aquel momento, durante el llamado *Período Especial*. El caso es que el oriundo de Chile montó una operación tan exitosa, que le generó al Gobierno cubano muchos millones de dólares y

se mantuvo operando hasta por cuatro años, cuando finalmente los gringos, dizque tan vivos, agudos e inteligentes, por fin lograron percatarse de que este hábil chileno con pasaporte francés pero ya suficientemente cubanizado, se había burlado de ellos impunemente al violar de manera reiterada el férreo bloqueo que le aplican a Cuba desde hace más de medio siglo. De hecho, un jurado de Miami lo declaró culpable de los cargos que se le imputaban y lo condenó a diez años de cárcel y a pagar 250.000 US\$ de multa, pero nunca pudieron atraparlo para aplicarle dichas sanciones porque cuando logró olfatear la retaliación gringa, voló de regreso a la Perla de las Antillas.

Son estos algunos detalles de este ameno como interesante libro de Charles Romeo, el cual él bautizó como *Vivencias de la Revolución cubana y más...*, aunque finalmente aceptó el título que le sugerimos porque aun cuando tiene muchas cosas importantes sobre la Revolución cubana, ciertamente, también tiene muchas otras de igual o mayor interés sobre diversos temas.

En todo caso, más que justificadamente les recomendamos la lectura de este ameno libro, el cual, por lo demás, constituye la internacionalización de nuestra colección estrella, *Contra el Olvido*. Fue escrito en Cuba por un chileno, con episodios que transcurrieron en ambos países pero también en Venezuela, Trinidad, Estados Unidos, España y varios países de Europa.

¡Recomendamos su lectura y les garantizamos que les va a gustar!

*Diógenes Carrillo*  
*Presidente del Fondo Editorial Ipasme*

## PREÁMBULO I

Conocí a Charles Romeo en Milán, Italia, en 1968, después de nuestra breve estadía en Boloña. Veníamos de La Habana, Cuba, abriendo caminos para infiltrarnos clandestinamente en Venezuela por las costas de Trinidad y Tobago para continuar la lucha revolucionaria. A partir de ese momento lo bautizamos y lo recordaríamos como “Víctor el chileno”. Su enrolamiento se produjo en la propia Cuba en el momento en que nos disponíamos a partir para nuestro país, después de vivir intensamente la crisis de relaciones que terminó en ruptura entre el PRV-FALN y la Revolución cubana. Eran días de reflujo del movimiento guerrillero latinoamericano, que vivía momentos difíciles después de la muerte en combate del Che Guevara, en Bolivia.

Si leemos cuidadosamente el libro de Charles, nos encontraremos con una interesante cadena de aventuras en las que casi siempre hubo una misión revolucionaria que cumplir en los escenarios latinoamericanos y, con frecuencia, ligadas a la Revolución cubana. Así fue como a “Víctor” le tocó vivir la riesgosa travesía de acompañarnos en nuestro plan de viaje por Checoslovaquia, Italia, Inglaterra, Barbados y, finalmente, la isla de Trinidad, recorrido que culminó en las montañas del estado Carabobo, después de un primer intento riesgoso y fallido. En realidad, aunque Charles pidió ser incluido en nuestro pequeño grupo de cinco para incorporarse al Frente Guerrillero José Leonardo Chirino, su primera prueba la cumplió exitosamente en la isla de Trinidad, cuando un error

de cálculo nos obligó a declararnos guerrilleros en ese territorio extranjero y desconocido para aplicar nuestros conocimientos de montaña. En este percance inicial, “Víctor” jugó un papel importante como explorador, correo y enlace con la retaguardia en Caracas, apoyado en su impecable documentación francesa.

Resulta difícil encontrar en otro revolucionario ese largo periplo de aprendizaje teórico y práctico que como galardón de vida puede exhibir Charles en sus picantes e irónicas narraciones en las que el riesgo militante se combina armoniosamente con la travesura amorosa. En su primera incursión como refuerzo de una revolución triunfante, tuvo el alto honor de formar parte del privilegiado equipo de Ernesto Che Guevara, cuando con sus conocimientos de economía supo ganarse un rinconcito para aplicar ideas en ese superministerio de la Industria que dirigía el comandante argentino.

Con esta decisión de sabor idealista y aventurero, “Víctor el Chileno” se convirtió en uno más de un destacamento del frente falconiano y realizó exitosamente, aunque con muchas dificultades, su curso de guerrilla en Venezuela. Es por esta razón que Charles Romeo aparece en el capítulo “Regreso tenso y victorioso” de mi libro *Vivencias del Cabito*.

Después de aquello, no nos volvimos a ver por muchos años; la última información que tuve de “Víctor” en su afán de caminante revolucionario, fue la de su incorporación al proceso chileno que dirigió Salvador Allende, donde supuestamente había muerto en el intento. En el año 2007, siendo yo consejero en la Embajada de la República Bolivariana de Venezuela en La Habana, tuve la enorme alegría de saber que “Víctor el Chileno” estaba vivo y coleando y aún con ganas de que le ofrecieran otra misión revolucionaria para decir inmediatamente que sí. La diferencia en este

momento es que esa propuesta se produjo, pero para lidiar entre los papeles de un ministerio o de una institución venezolana en este contradictorio pero rico proceso de introducir el socialismo por vía electoral en una sociedad predominantemente capitalista. De más está decir que nuestro Charles, incansable y fiel creyente en la lucha revolucionaria latinoamericana, aceptó el reto y contribuyó con su granito de arena en el Ministerio de Finanzas y en la CVG-Internacional, en Puerto Ordaz.

*Julio Chirino*  
*El Cabito*

## PALABRAS PRELIMINARES

Empecé este libro en La Habana en 2007 y logré una primera versión que me dejó francamente insatisfecho. Desde entonces he seguido reescribiendo algunas partes y agregando nuevos recuerdos que me vienen a la memoria. Han transcurrido algunos años y los acontecimientos que entretanto han sucedido en nuestra América Latina me producen la impresión de que el presente se ha vinculado con el pasado que viví hace ya medio siglo. Por ello es que al concluir mi relato trato de hacer un balance del proceso al que me integré cuando era joven y sobre si efectivamente, como yo creo, elegí acertadamente cuando tuve que enfrentar la alternativa de definir el objetivo de mi vida.

He vivido ya más de tres cuartas partes de un siglo y ahora puedo tratar de contestarme la interrogante que me hacía en los años cincuenta del pasado siglo XX, cuando me preguntaba cuál era la sensación de mi abuelo, nacido en 1880, al haber llegado a una época en la que la aviación había achicado al mundo, la electricidad alumbraba nuestras noches, la radio y el teléfono unían a personas separadas por vastas distancias y el cine podía recrear una determinada realidad pasada. A mí me tocó transitar desde el teléfono analógico al celular, de la victrola basada en el gramófono de Edison al sonido estereofónico reproducido por circuitos electrónicos, de la sulfas hasta los nuevos antibióticos, del avión a hélice al jet y al cohete que nos ha llevado al espacio exterior, de los explosivos nitrogenados a las bombas termonucleares, de los rayos X a la reso-

nancia magnética, de la radio a la televisión en colores y de alta definición. Y *last but not least*, de la máquina de escribir y de la regla de cálculo al ordenador laptop que tengo sobre mis rodillas y en el cual estoy escribiendo gracias al programa Microsoft Word 2010.

Pero durante esas tres cuartas partes de un siglo que me tocó vivir no acontecieron solamente esos cambios tecnológicos que revolucionaron casi continuamente nuestro modo de vida, al menos para los que tuvimos acceso a ellos, sino que además hubo conflictos y dramas que acontecieron en el mundo. En la historia, todos los habitantes del planeta, queriéndolo o no, jugamos un determinado rol. La cuestión es, por consiguiente, si ese rol fue simplemente pasivo, tal cual una hoja más llevada por la corriente de la historia, o fue activo, sin importar su mayor o menor trascendencia, sino la conciencia de querer actuar y coadyuvar a hacer historia. Esa es, a mi juicio, la significación de la pregunta en el monólogo de Hamlet, el ser o no ser, porque vivir sin querer actuar como protagonista de la historia es simplemente no ser. No quisiera que estas palabras sean consideradas como una expresión despreciativa para la inmensa mayoría de las personas a las cuales les ha tocado el papel de vivir su vida sin lograr ser. Porque la enorme inercia social impone de manera aplastante que el mañana sea como hoy y hoy como fue ayer. No es fácil escapar de ella porque cuestionar la realidad, tal como es, implica pasar a ser considerado conflictivo y antisocial por quienes se han habituado a vivir como les ha tocado hacerlo, amén del hecho de que llegar a cuestionarla exige poder abstraerse de ella para poder contemplarla críticamente y no todos tienen esa posibilidad de lograrlo en su vida.

No obstante, en nuestro continente hubo momentos en los que quienes hasta entonces habían simplemente vivido de manera pasiva, tomaron conciencia de que otro mundo era posible para ellos

y actuaron para hacer historia. Fue lo que pasó en Cuba en 1959, en Chile cuando Allende llegó a La Moneda en 1970 después de tres intentos anteriores; en Nicaragua en 1979, cuando su pueblo logró deshacerse de la tiranía de los Somoza; y actualmente está sucediendo en Bolivia, en Ecuador y en Venezuela. Caro tuvieron que pagar esos intentos los chilenos en 1973 y los nicaragüenses a finales de los años ochenta. Y hoy por hoy, bolivianos, ecuatorianos y venezolanos están enfrascados en lograrlo, cada uno de esos pueblos a su manera.

Un acontecimiento de significación histórica para el continente sucedió en 1959 cuando Fidel Castro logró derrotar a la dictadura de Fulgencio Batista e inició, tal como se había comprometido seis años antes, un proceso revolucionario que ha marcado un antes y un después en la historia de la América Latina, proceso al que tuve la fortuna de vincularme desde su comienzo.

Mi abuelo solía citarme el principio según el cual “primero hay que vivir y después filosofar” y yo entonces lo tomaba en el sentido de que la vida material era una condición necesaria para poder dedicarse a filosofar. Me doy cuenta ahora de que tiene además otro sentido, el de que la experiencia vital es una condición necesaria para poder atreverse a expresar planteamientos filosóficos, ideológicos, políticos y de otro tipo que uno ha hecho suyos a consecuencia de la realidad que se ha tenido que encarar, a menos que se recurra únicamente al pensamiento ajeno en la literatura y a partir de ella tomar una posición puramente intelectual sin contrapartida con experiencia vital alguna. Por eso es que me atrevo a declararme marxista no solamente por haber estudiado la dialéctica materialista, el materialismo histórico y la economía política que nos dejaron Marx y Engels, sino, además, por haber comprobado su vigencia en la práctica de mi vida.

Por lo tanto, me atrevo a tratar de contar cómo yo creo haber llegado a “ser”, por haber tenido la suerte en mi vida de haber participado en eventos históricos por mi espíritu aventurero, formado, creo yo, durante mi infancia en medio de la Segunda Guerra Mundial, y también por ese fenómeno misterioso que se denomina intuición. No llegué al marxismo por haber pertenecido a la clase obrera, sino, primero, por la vía intelectual y, seguidamente, por las circunstancias en medio de las cuales me tocó vivir.

También me atrevo a interpretar sucesos y hasta procesos en los cuales participé por mi formación como economista con una determinada concepción teórica del proceso histórico latinoamericano, lo cual hace a mi relato por momentos un ensayo interpretativo quizás demasiado académico. Pero no puedo tratar de relatar mi vida sin hacer referencia a las ideas que me motivaron a vivirla de una cierta manera y tratar de explicar, a mi entender, momentos difíciles y cruciales vividos tanto en la Cuba revolucionaria de los primeros tiempos como en la Venezuela de los años sesenta del pasado siglo, en el Chile de Allende como en la Cuba actual y en la Venezuela de Chávez. El haber participado en ellos me concede ese derecho.

He salido indemne de esa vida aventurera, aunque los militares chilenos, que no lograron capturarme, me mantuvieron cerca de veinte años en una lista negra que me impedía regresar a Chile o visitar un consulado de ese país, circunstancia sin mayor trascendencia cuando pienso en los más de 40.000 muertos, desaparecidos, torturados y encarcelados por la dictadura militar. Por suerte, mi doble nacionalidad me permitió asumir la francesa. También los estadounidenses en Miami me condenaron en 1982, mediante un gran jurado, a ser procesado por haber violado su bloqueo a Cuba, por lo cual, de haber sido condenado (¿cabe alguna duda de

cuál sería el veredicto en esa ciudad?) habría tenido que pagar una multa de USD 250.000 y cumplir diez años de cárcel. Pero les aseguro que se puede vivir feliz sin visitar los Estados Unidos.

## PREÁMBULO II

El año 2010 fue denominado en los países de América Latina el año del bicentenario del inicio de su independencia del Reino de España. Hace ya dos siglos los criollos aprovecharon la coyuntura política derivada de la ocupación de España por Napoleón para constituir gobiernos independientes de la monarquía española. Hay que reconocer que las guerras por la independencia se libraron bajo principios éticos y morales muy claros y sin subterfugios, al menos por la parte española. La obediencia al Rey, extensiva a los criollos y nativos de América, era una exigencia divina, pues este recibía su poder político del mismo Dios, y la propiedad de los recursos naturales de ese continente y la obediencia de su población nativa, el monopolio del comercio exterior de las colonias españolas más los impuestos que los criollos debían pagarle al Reino de España, eran un corolario de ese hecho. Por ese lado el argumento español era claro e indiscutible: ¡lo mío es mío y nadie me lo puede quitar! Por el otro, la contaminación ideológica extracontinental que emanaba de la Francia Ilustrada y después de 1776, el ejemplo de Estados Unidos de América, rematado por la independencia de los esclavos haitianos de la Francia de Napoleón en 1804, ofrecían a los más ilustrados elementos de las oligarquías criollas los fundamentos necesarios para concebir la formación de países independientes en los cuales las riquezas existentes y por generar serían, sin discusión, de propiedad de sus habitantes. Fue sin duda, a mi juicio, este argumento el que primó y explica cómo después de la independencia de España, nada sucediera de verdad en su interior que

alterara las bases de sus economías. Se mantuvieron la esclavitud y el servilismo en el campo y todos los recursos naturales pasaron a manos de los criollos y el poder político quedó reservado para quienes disponían de riquezas. Es sintomático que los Padres de la Patria, Bolívar, San Martín, O'Higgins, Sucre, que sí combatieron y se convirtieron en los líderes de la independencia y quienes actuaron por razones ideológicas, fueran apartados del poder después de los triunfos militares que ellos lograron, y Sucre, además, asesinado. Décadas antes de que en Europa apareciera el Manifiesto comunista, los nuevos países de América Latina confirmaban la tesis de que es la estructura económica la que condiciona la superestructura institucional e ideológica. Ya independientes de España, en América Latina se cayeron, con los hechos, las caretas políticas e ideológicas mientras se proclamaban como principios básicos la libertad, la igualdad y la fraternidad para los hombres, aunque no para todos ellos. Y todos estos nuevos países descubrieron rápidamente que su independencia terminaba donde alcanzaban los cañones de las flotas inglesas durante lo que quedaba del siglo XIX y de las flotas estadounidenses durante el siglo XX, con algunas anticipaciones como la invasión por el ejército estadounidense de México, país al que le arrebataron la mitad de su territorio, y que llevó a cabo el comodoro Perry, quien abrió bajo las amenazas de sus cañones los puertos de Japón al comercio internacional.

No obstante, el capitalismo llegó inevitablemente a América Latina por la vía de los enclaves mineros y agrícolas extranjeros así como por el desarrollo industrial, comercial y agrícola bajo ese régimen social de producción. Quien dice capitalismo está diciendo capitalistas y obreros y para nadie es un secreto que esta relación existe sobre la base de una insoslayable contradicción entre sus dos elementos.

Era también inevitable, por consiguiente, que hasta América Latina llegaran las ideas de los socialistas utópicos franceses, de los socia-

listas de la Internacional, de los anarquistas y, después de 1917, las de los bolcheviques o comunistas rusos. Ya en el siglo XX las sociedades latinoamericanas fermentaban con estas ideas que proclamaban el derecho de los trabajadores a organizarse y a luchar por sus intereses económicos y sociales y que además predicaban que el mundo no tenía por qué seguir siendo capitalista para siempre.

Esos ejércitos nacionales de los países de América Latina, otrora artífices de la independencia de España, se transformaron en las guardias pretorianas de las oligarquías y burguesías criollas, cuya verdadera misión era mantener a toda costa el estatus económico y social bajo el disfraz de ser los herederos de la pasada gesta heroica independentista y de mantener a raya a los ejércitos vecinos de su misma naturaleza. Pero por encima de esta realidad interna, ya en el siglo XX empezó a pesar más y más la fuerza del imperio estadounidense que actuaba fiel a su doctrina internacional según la cual, a decir de su secretario de Estado John Foster Dulles, a principio de los años 50 del pasado siglo XX: “Estados Unidos de América no tiene amigos sino intereses”, que precisamente estaban regados por toda la América Latina así como por otras partes del mundo. Oligarquías y burguesías nacionales se sometieron a esta relación de dependencia política, económica y financiera del imperio. Con esto, el problema a resolver por las fuerzas populares era no solamente lograr leyes sociales que regularan y mejoraran a su favor la compra-venta de la fuerza de trabajo, ganar las elecciones y neutralizar a las fuerzas armadas nacionales, sino, además, resistir las presiones de todo tipo de Estados Unidos. Y, con excepción de la Revolución mexicana, todo eso únicamente mediante la forma de lucha político-electoral.

En 1954, un gobierno electo por el sufragio universal en Guatemala, que osó realizar una reforma agraria que tocaba los intereses de

la United Fruit, de la cual era abogado precisamente John Foster Dulles, recibió la invasión de una tropa organizada por la CIA, dirigida nada menos que por Allan, el hermano de Foster Dulles, y quien derrocó al Gobierno de Jacobo Arbenz.

Los primeros años de la segunda mitad del pasado siglo se iniciaron con las dictaduras de Castillo Armas en Guatemala, Somoza en Nicaragua, Rojas Pinilla en Colombia, Pérez Jiménez en Venezuela, Stroessner en Paraguay, Trujillo en República Dominicana, Papa Doc en Haití y Batista en Cuba. Toda una constelación de sangrientos dictadores unidos en la cruzada anticomunista estadounidense, cuyo predicador principal fue Joseph Raymond McCarthy, senador y guerra fría a escala universal. Como destino a lograr por los latinoamericanos, el imperio nos ofrecía a través de su abundante filmografía y de sus productos para el consumo, un ideal de vida que era nada menos que el american way of life y su cultura implícita.

Esa era la América Latina que existía cuando empecé a despertar de mi sueño de adolescente y entré en la Universidad de Chile en 1952. Sin conocer aún el verso de José Martí “Con los pobres de la tierra / quiero yo mi suerte echar”, poco a poco ese fue el rumbo que tomé y que he mantenido hasta hoy.

En esos días de 1957, en los que nuestras alegrías eran los primeros logros de la Unión Soviética en el espacio, a la par de los fracasos estadounidenses en ese campo, la elección presidencial de 1958, a la cual se presentó Salvador Allende apoyado por comunistas y socialistas, concentró nuestros esfuerzos políticos en la redacción de un programa de gobierno de izquierda, pero que no alteraba para nada el orden existente salvo, si no recuerdo mal, el proyecto de convencer a las demás fuerzas políticas del país para nacionalizar

la gran minería del cobre, el rubro principal de las exportaciones chilenas. Como es sabido, perdimos aquella elección.

Esta historia autobiográfica que voy a contar comienza cuando una noche, haciendo guardia con su carabina M2 en la selva montañosa de Venezuela, el protagonista se pregunta cómo ha llegado hasta allí. Es mi manera de contar mi despertar a la realidad de América Latina, la verdadera, como fue el caso de muchos jóvenes de la época, y la evolución de uno de esos jóvenes latinoamericanos durante la segunda mitad del siglo XX. Porque una vez fui joven y al contrario de lo que dijo un viejo general de la Revolución mexicana a su hijo, “Si a los 20 años no eres comunista es que no tienes corazón y si a los 40 lo sigues siendo, es que no tienes cerebro”, ya yo pasé hace rato esa edad definitoria según el viejo general y sigo, a mi manera, creyendo que un mundo mejor es posible.

Esta historia que cuento, desgraciadamente sin talento literario alguno, tiene a mi juicio el único mérito de que estuve ahí cuando sucedieron los hechos que relato: la Segunda Guerra Mundial, en Chile, en la Cuba Revolucionaria, en la Venezuela de fines de los años sesenta, después nuevamente en Chile cuando Allende y luego en la Venezuela de Chávez. No pretendo “explicar” la dinámica de la historia de América Latina durante estos últimos cincuenta años, ni siquiera la de la Revolución cubana. Son problemáticas que requieren otro tipo de libro que a lo mejor algún día trate de redactar. Este es mi relato, el de mi vida en esos momentos y en esos lugares, con pinceladas de las circunstancias dentro de las cuales ocurrieron.

Sin saberlo conscientemente entonces (ahora me doy cuenta de ello cuando miro hacia atrás), mi concepción de la vida ha sido y es la Aventura, así, con A mayúscula, como la concebía el Che, quien

fue mi maestro sin ninguna responsabilidad para él por el resultado. Aventura para poder participar en el intento de construir un ideal. Pero para eso hace falta un guía que no solamente te muestre ese ideal, sino que además sea capaz de arrastrarte y guiarte en su búsqueda. Y ese ha sido Fidel Castro.

Un día mi jefe, a la sazón un hombre sabio y talentoso como fue Carlos Rafael Rodríguez, dirigente político revolucionario cubano, me dijo: “¿Tú crees que sin Fidel existiría la Revolución cubana? Habríamos ganado la guerra contra Batista con Raúl, Che, Almeida, pero no existiría la Revolución cubana como la estamos viviendo”.

Hay que haber vivido conscientemente la segunda mitad del siglo XX para darse cuenta de lo que ha significado la Revolución cubana, y por ende Fidel, para América Latina. Como diría un filósofo francés de los sesenta, constituyó “una ruptura” histórica y lo que parecía imposible se hizo posible. Porque los cubanos lo lograron apelando a lo que tenían dentro de sí, como lo tienen todos los pueblos, porque alguien los convenció de que sí se podía.

La Revolución cubana, Fidel, Che, otros dirigentes y el pueblo cubano fueron transformándose mientras viví con ellos, y del individuo que llegó a Cuba el marzo de 1959 se pudo apenas aprovechar el físico y algunos conocimientos de economía. De mis años vividos durante la Segunda Guerra Mundial, en Europa, quedaron únicamente algunas disonancias culturales sutiles con lo que es un chileno de pura cepa y que tampoco alcanzan para conformar a un auténtico francés. El resultado, un híbrido cultural.

Una advertencia al eventual lector. He recibido la merecida crítica de que lo que estoy escribiendo “no tiene estructura nove-

lística”, con lo cual estoy plenamente de acuerdo. No sé escribir una novela y respeto demasiado a los verdaderos escritores para tratar de imitarlos. Simplemente lo que he escrito es el relato de la transformación de un joven latinoamericano de ascendencia francesa que se metió de lleno en la vorágine política de América Latina durante la segunda mitad del siglo XX. También he recibido las críticas de que el manuscrito carece de coherencia narrativa e hilo conductor. Ya esto es más grave porque implica una sucesión de experiencias vitales incoherentes (sin conexiones lógicas y temporales) y que como al niño del cuento, los pájaros me habrían comido las migas de pan con las que traté de lograr un hilo conductor. Lo lamento, pero me siento incapaz de inventar el famoso hilo conductor para darle coherencia a la vida que he vivido, valga la redundancia. Aunque si a algunos les parece incoherente, allá ellos con su apreciación.

*Charles Romeo*

*La Habana, septiembre de 2011*

## ÉRASE UNA VEZ EN CHILE

Todo empieza para mí en Chile en 1933, hace ya muchos años. Camino largo, el cual relato desde su comienzo, pasando por la Segunda Guerra Mundial, que todavía no ha concluido y que tampoco pienso dejar que concluya, ya que únicamente acepto un final a consecuencia de fuerza mayor.

Estaba a punto de finalizar la década de los años treinta, y con mis seis años a cuesta vivía en la penúltima casa de la avenida Providencia en Santiago de Chile, a no más de 500 metros de la avenida Tobalaba. Ahí terminaba Santiago, en dirección hacia la cordillera de los Andes. Era una casa de color blanco, con un conjunto de líneas rectas y curvas propias de la arquitectura moderna de finales de los años treinta, elegante para la época. Solía llamar por teléfono a la tienda que estaba precisamente en Tobalaba para encargar 80 centavos de galletas dulces y una cajita de chocolate que costaba 20 centavos. En total, un peso de la época. Me sentaba en la orilla de la calle a esperar a un joven repartidor que me traía el encargo en bicicleta. Yo era el resultado del encuentro, en 1932, de un diplomático francés de la Embajada de Francia en Chile con una muy bella joven chilena de solamente 16 años con la cual se casó ese mismo año. Yo entré en escena al año siguiente. Mis padres tenían, además, una casa en medio de las montañas de Curacaví que llamaban “el chalet”, porque mi padre practicaba en esa zona la minería artesanal del oro, como actividad secundaria a su trabajo principal. Pero le salió al revés: en vez de sacar oro, ¡lo enterraba

en minas improductivas! De mis estancias en esa casa en el campo recuerdo la cazuela de conejo silvestre que comía en la humilde casa del cuidador del chalet. Había tantos animalitos que para cogelos vivos bastaba con colocar un lazo de alambre en los trillos que ellos abren para desplazarse. También recuerdo la noche en la que mientras estaba en el chalet me despertó un fuerte temblor de tierra causado por el terremoto que en 1939 destruyó totalmente a la ciudad de Chillán y mató a más de 10.000 personas.

Era el Santiago de Chile al pie de la cordillera de los Andes que se podía divisar desde la ciudad porque no había esmog, del cerro San Ramón, de unos 3.000 metros de altura y que se cubría de nieve en invierno, y del San Carlos, que con sus 5.000 metros mantenía la nieve todo el año. Las montañas a las cuales Santiago parecía estar adosado le daban un marco natural majestuoso. Por aquella época las mudanzas de una a otra casa se hacían en inmensas carretas tiradas por caballos; también las carrozas fúnebres se movían con ese mismo dispositivo de tracción y los cocheros se vestían de negro, usaban levita y sombrero de copa. La leche de burra que tomaba por prescripción médica llegaba hasta la puerta de mi casa en el propio animal, que se ordeñaba en la calle; pero también recuerdo que a mi casa venían mujeres y hombres con sus hijos y unas latas de conservas vacías a pedir por favor que les diéramos las sobras de nuestras comidas para que ellos también pudieran comer algo.

“Siglo XX, cambalache, problemático y febril” dice el tango de Enrique Santos Discépolo, quizás en el gran Buenos Aires de la época pero no en Chile. Santiago, la capital, aún olía a un provincianismo encantador y la gente “bien”, sin tener conciencia de ello, miraba y añoraba a Europa, desde donde habían venido los fundadores de sus familias, y aún no a Estados Unidos. Existían la electricidad, el teléfono automático analógico, la radio, la música grabada, pero

reproducida en victrola de aguja de acero con discos de cera dura, los tranvías, los automóviles cuadrados de los años treinta. País de cultura formal, donde mi padre debía vestirse de gala con el uniforme de los diplomáticos franceses, con bicornio y espada, para ir a los actos protocolares, y trasladarse en carroza tirada por caballos, manifestación protocolar insoslayable, que todos los vecinos de la calle salían a contemplar.

Fui siempre un alumno indisciplinado durante la primaria, que inicié en el Colegio Saint George en la avenida Pedro de Valdivia, y lo menciono porque muchos años más tarde, cuando el golpe militar de Pinochet, los muchachos del servicio militar obligatorio del Ejército de Chile, emplazaron ametralladoras en las ventanas para batir a la Embajada de Cuba que quedaba detrás, sin sospechar que la defendían miembros de las Tropas Especiales del Ministerio del Interior cubano más todos los diplomáticos debidamente armados con fusiles automáticos soviéticos AK y lanzacohetes antitanque RPG-7, que lamentablemente mataron a más de uno de esos muchachos condenados por sus oficiales golpistas incompetentes. Hubo un solo combate durante la noche del 11 de septiembre, y en virtud de los resultados los militares parlamentaron y aceptaron la salida de Chile, lo antes posible, de todo el personal cubano a bordo de un IL-62 de Aeroflot que los soviéticos pusieron a su disposición. Pero quién podía siquiera imaginarse en aquella época lo que ocurriría en 1973, aunque por aquel entonces sucedió un acontecimiento político que hoy podemos considerar premonitorio de lo que acontecería 35 años después.

Para los que no lo saben, en 1938 las elecciones presidenciales chilenas fueron ganadas por el Frente Popular, alianza de la izquierda comunista y socialista con el centrista Partido Radical, todos en contra de la gran burguesía, como en Francia en 1936, línea políti-

ca lanzada por la Internacional Comunista, el Komintern, para atajar al fascismo que levantaba cabeza en Europa después de haber triunfado en Italia y Alemania. Desde el gabinete de dentista de mi abuelo en la calle Teatinos y en los brazos de mi madre, pude ver al pueblo llano desfilando eufórico delante de La Moneda, el palacio presidencial, y recuerdo aún los comentarios de quienes me rodeaban cuando expresaban la inquietud ante esas hordas de “rotos”, como se denominaba en Chile a los pobres.

Ya a finales de los años treinta del pasado siglo, el espectro político chileno estaba conformado por tres grandes corrientes: la izquierda, formada por comunistas y socialistas, con alrededor del tercio de los votos; la derecha formada por partidos tradicionales, y a los cuales se sumó la Falange que luego cambió su nombre por el de Demócrata Cristiano, con el otro tercio; y el tercio restante conformado por partidos de centro, entre ellos el denominado Radical.

Esa estructuración de los partidos proporcionó a Chile una gran estabilidad política que duró hasta el golpe de Estado de Pinochet en 1973 y permitió el triunfo de Allende en 1970 cuando la derecha y el centro cometieron el error de dividirse en la elección presidencial que Allende ganó precisamente con algo más de 40% de todos los sufragios con un programa para construir el socialismo en Chile.

## Y TAMBIÉN ÉRASE UNA VEZ EN EUROPA

No he olvidado el día 1 de septiembre de 1939, cuando tenía casi siete años y alguien me dijo que había estallado la guerra en Europa. Pocos meses después mi padre fue destinado nada menos que a Siam, hoy Tailandia. En enero de 1940, subí en Valparaíso, en compañía de mi madre y de mis dos hermanos y de una media hermana por parte de padre, al trasatlántico italiano Augustus, de 27.000 toneladas, con destino a Génova. Debí aprender a comer con la batería de cubiertos, copas y platos, como se acostumbraba en los comedores de primera clase en los trasatlánticos de aquella época, entrenamiento que me sirvió para el resto de la vida, aunque a decir verdad, lo practico cuando debo comer fuera de casa. Al pasar el Canal de Panamá vi por primera vez a un negro (raza desconocida en Chile) caminando por el borde de una de las esclusas del canal, y vi también lo que muchos años después contemplaría en un museo del Canal: una “mula” eléctrica de la época, de las que tiraban de los barcos cuando pasaban por las esclusas. La travesía duró unas cuatro semanas hasta que llegamos a Génova. De ese puerto fuimos a Niza en ferrocarril. Allí conocí sus playas de piedras rodadas, lo que me llamó mucho la atención pues estaba acostumbrado a las playas de arena. Pude pasear por la Promenade des Anglais y pasar por delante del casino construido sobre pilotes enterrados en el mar. En esa ciudad esperamos al padre que llegó después desde Chile. Y de ahí a Singapur a bordo del trasatlántico D'Artagnan que abordamos en Marsella. Cruzamos el Canal de Suez y fue la ocasión para que mi padre pudiera reencontrarse con

sus dos hermanos y sus hijos, que vivían en Egipto porque ambos trabajaban para la compañía del Canal de Suez. Subieron al barco a la entrada del canal y nos acompañaron hasta el puerto de salida. Nunca más los volví a ver. Mentiría si dijera que recuerdo algo más que unos niños correteando por la cubierta del barco y a un par de personas mayores que se transformaron en mi memoria en unas figuras sin rasgos definidos. ¡De los puertos de entrada y salida del canal, ningún recuerdo!

En Bangkok, cuando los tailandeses aún no soñaban con construir torres y rascacielos, recuerdo que había un hotel de no más de tres pisos frente a un canal maloliente que subía y bajaba de nivel con la marea. Me tocó ser el único europeo entre 700 alumnos tailandeses en una escuela de curas franceses. Fue toda una experiencia, en particular cuando había clase de tailandés, con libros redactados en una escritura enigmática, y me dejaban salir del aula para que hiciera cualquiera otra cosa. Tengo algunos vagos recuerdos adicionales del hijo del diplomático francés en un país de “nativos”: el “robo” de mi sombrero por un mono durante la visita al zoológico local, y otro recuerdo, quizás premonitorio, fue la vergüenza que sentí cuando mi padre, hombre grande y fornido, se montó conmigo en un vehículo tirado por un pobre y flaco siamés. Eso no lo había visto jamás en Chile. Pero años después mi abuelo, Aurelio de la Fuente, me contaría cómo su abuelo, don Nieve de la Fuente, dueño de un fundo en San Carlos, cerca de Chillan, no usaba fusta cuando montaba a caballo ya que tenía un indio que corría a su lado para palmotear al animal. Si non vero e ben tróvate.

Luego, salida de Siam y acontecimientos y viajes inexplicables para mí en un carguero francés que desde luego no traté de comprender. Pero recuerdo aún que había siempre un marinero en la proa vigilando por si aparecía una mina flotando en el mar porqué,

cómo me enteré por relatos de mi madre, el barco había entrado en una zona minada. Años después también me enteraría de que a la caída de Francia y la firma de un armisticio con Alemania, el 22 de junio de 1940, mi padre se había negado a seguir en el servicio diplomático del Gobierno de Vichy, que se constituyó con posterioridad y que colaboró con los alemanes hasta la liberación de Francia en 1944, e inició un largo camino para unirse al general De Gaulle, en Inglaterra quien, desde Londres, el 18 de junio de 1940, llamó por radio a que se le unieran todos los franceses que estuvieran dispuestos a seguir luchando. Mi padre había combatido durante la Primera Guerra Mundial junto a sus dos hermanos (una foto de los tres hermanos uniformados deja constancia del hecho) y tenía eso que se llama patriotismo, el estar dispuesto a todo por defender a su patria.

Recuerdos de una estadía en Singapur, las gaitas del ejército inglés en sus desfiles y desde allí la larga hasta Lisboa en el Akosaki Maru, barco japonés de carga y pasajeros, pasando por Bombay en la India, El Cabo en África del Sur, y otros puertos más que ya no recuerdo, hasta el momento en que sentado en un restaurante portugués en Lisboa, mi padre se sirvió una montaña de arroz decorada por un pulpo con sus ocho tentáculos. Ese fue un espectáculo que nunca olvidaría ya que jamás había visto un pulpo. Hoy en día soy fan de esos animales, cuando están bien preparados.

En Singapur los ingleses fueron generosos hasta donde podían y pagaron los pasajes de toda la familia, pero en tercera clase. Ahora bien, hay que haber visitado los dormitorios colectivos de esa tercera clase en un barco japonés de la época, en los cuales dormían los nativos de distintas nacionalidades y etnias, con exclusión absoluta de europeos. Tales eran los tabúes de la época que a pesar de haber pagado la tercera clase nos dieron camarotes de segunda,

pues era inconcebible, escandaloso (y quizás por el temor de provocar la sospecha de una igualdad humana entre nativos y europeos) que durmiéramos con esa gente. Era un mundo que ya no existe, un mundo de colonias dominadas por los blancos europeos. Pero alcancé a conocerlo y ese recuerdo me permitiría después entender el sentimiento de rechazo de ese pasado que tienen esos pueblos después de haber adquirido la independencia política, hasta donde pudieron lograrla.

Luego vendría el viaje en un avión bimotor inglés desde Lisboa a Bristol, en Inglaterra, y la llegada al aeropuerto durante un ataque aéreo alemán, y mi primera (y única) visita a un refugio antiaéreo. La primera noche en suelo inglés, mientras pernoctaba en una pensión, hubo otro ataque aéreo. Al escuchar las sirenas, mis padres se levantaron de la cama, recogieron unas frazadas y en ellas envolvieron a sus hijos para bajar la escalera hasta el primer piso y, entonces, sorpresa: los flemáticos ingleses que se encontraban en el living leyendo el periódico o jugando a las cartas, dieron vuelta a la cabeza para ver este inusual espectáculo de gente en pijama envuelta en frazadas, huyendo hacia no se sabe dónde. Fue tal la vergüenza que experimentaron mis padres al tropezar con esa flema inglesa, que dieron vuelta y todos regresamos a nuestras habitaciones.

Y tuve que volverme un “inglesito” e ir a una public school en Londres con el uniforme gris ribeteado de verde y el quepis con el escudo de la escuela y siempre con la máscara antigases, secuela de la Primera Guerra Mundial, durante la cual se utilizó el cloro como gas asfixiante, y por eso los ingleses se mantenían preparados para el caso de que los alemanes volvieran a las andadas. Todo el mundo tenía máscara antigás, hasta los recién nacidos para los cuales había unas bolsas con una ventana transparente y el filtro correspon-

diente, que se sellaban herméticamente. Si un policía se encontraba con un ciudadano sin su máscara, ya fuera adulto o niño, imponía una multa que debía pagar el responsable.

No debí ser un buen alumno, o mejor dicho, no seguía siéndolo, ya que un día me comunicaron que debía ir a la oficina del director de la escuela, el cual me anunció solemnemente que debía ser castigado, y me dio la orden de agacharme y presentar mis nalgas, sobre las cuales me dio dos golpes con una caña, que al parecer era de un bambú flexible. Con las lágrimas en los ojos tuve que darle las gracias y salir de la oficina. Al caminar por el pasillo tropecé con alumnos mayores que al verme la cara comentaron que venía de haber sido castigado. Seguramente ellos también habían sufrido alguna vez la misma experiencia.

Vivíamos en Kingston on Tames, barrio de Londres, en un confortable apartamento al lado de otra public school en cuyo campo de fútbol ya no se jugaba sino que había un cañón antiaéreo y una ametralladora. Me tocó vivir (y soportar) la llamada Batalla de Inglaterra, cuando todas las noches, todas, los bombarderos alemanes descargaban sus bombas sobre Londres y otras ciudades. Pero los seres humanos se acostumbran a todo. El padre ausente en no se sabía qué actividades, mi madre y yo apagábamos todas las luces del apartamento, abríamos las ventanas y contemplábamos el “show” de los bombardeos alemanes, reflectores, incendios y desde luego todo ello acompañado de mucho ruido provocado por las bombas y los cañones antiaéreos.

Fue la época ideal para ver en un cine de Londres El gran dictador de Charles Chaplin, y todavía recuerdo cómo se reían los ingleses de esa magistral caricatura de Hitler. Y al final de la película, aparecía la familia real a los acordes del “God Save the King” y todo

el mundo se paraba respetuosamente. Sin entenderlo, asistía a una demostración de lo que es el liderazgo, con un símbolo alrededor del cual se unificaba toda una nación ante el peligro externo. Volvería a vivir esta experiencia muchos años después, en la Cuba revolucionaria de Fidel.

En verdad, el estoicismo y la tranquilidad de los ingleses cuando estaban solos, enfrentados a la maquina militar alemana, debe haberme marcado, y volví a verlo en los cubanos en 1962, siendo ya un hombre y un participante, durante los “días luminosos y tristes” como los llamó el Che, de la Crisis del Caribe, cuando me encontraba en el mismísimo detonador de lo que pudo haber sido, y por suerte no fue, el inicio de una guerra atómica entre Estados Unidos y la Unión Soviética. En esos momentos los cubanos estuvieron a la altura de los ingleses de aquel entonces inglés.

En 1941, otro viaje con mi madre y mis hermanos, pero esta vez sin el padre. Partíamos de Inglaterra con un destino que desconocía y que por lo demás no me interesaba conocer. Esta vez desde Portsmouth a Lisboa, pero ahora en un hidroavión de cuatro motores. Los aviones de pasajeros ingleses tenían cerradas todas las ventanas con un pedazo de plywood atornillado de manera que nada se podía observar durante el viaje. Señalo este hecho porque el viaje fue accidentado. Al aterrizar después de varias horas de vuelo, resultó que habíamos regresado al punto de partida. Mi madre me contó mucho después que como me había colado en la cabina de los pilotos, le expliqué que el regreso se debía a fallas en uno de los motores. Pernoctamos en un hotel y al siguiente día otras cuantas horas de vuelo, y finalmente llegamos a Lisboa. De esa ciudad viajamos en tren hasta la Barcelona de la posguerra civil española, en donde permanecimos algún tiempo. Recuerdo el pan negro y las papas dulces asadas que allí llaman batatas, camote

en Chile y boniato en Cuba. Nuevo viaje en tren hasta un remoto pueblo en la frontera con Francia en donde volvimos a permanecer algún tiempo y del cual mis recuerdos son mis andanzas por la estación ferroviaria con muchachos del pueblo y un ardilla que logré capturar. Nuevo viaje en tren, esta vez hasta Marsella en donde nos volvimos a reunir. Mi padre ya había entrado en la Francia derrotada y bajo un armisticio firmado con Alemania, con el pretexto de ser un diplomático que había pedido su retiro. En Marsella fui internado en L'Ecole Lacordaire hasta finales de 1942. Allí conocí el hambre que no se nos quitaba ni a mí ni a mis compañeros durante todo el tiempo que estábamos despiertos. Pero como compensación cogí sarna, que por razones de pudor oficialmente era denominada "urticaria". A raíz del comienzo de los bombardeos, esta vez por los estadounidenses, según me dijeron, me llevaron a vivir a un pequeño pueblo del macizo central de Francia llamado Coucouron, departamento de L'Ardeche, a una altura de unos 1.000 metros, al pie de una hermosa colina cubierta de pinos y con campos de cultivo por todas partes. La razón de esa ubicación fue que mi padre había sido detenido por la policía política del Gobierno de Vichy, colaborador de los alemanes, y después de cumplir un tiempo encarcelado en uno de los antiguos castillos frente a Marsella, fue liberado con la condición de no moverse del sitio elegido por él para vivir. Una empleada francesa que atendía a mis hermanos fue quien sugirió que nos residenciáramos en ese pueblo en donde habitaba su familia.

Mi padre alquiló la única casa "moderna" que quedaba a la entrada del pueblo, en un lugar llamado Le coup d'air (que significa el golpe de aire), título bien merecido, frente a un gran pastizal comunal en donde por la tarde dejaba descansar y pastar a las vacas durante un tiempo antes de llevarlas a sus establos. El nombre de esa zona se debía a que ahí soplaban con mayor fuerza los vientos, particular-

mente durante el invierno. Pronto descubrimos que cuando nevaba se acumulaban frente a la casa hasta dos metros de nieve por lo cual había que salir por el segundo piso. El mal tiempo hacía que se interrumpieran el tránsito de vehículos y la electricidad por períodos de hasta tres semanas. Como la casa disponía de una bomba eléctrica para subir el agua del pozo, cuando no había electricidad había que bajar al sótano y accionar a mano una polea y dar quinientas vueltas a una rueda grande que le transmitía la fuerza a la bomba. Pero por lo demás la casa era cómoda y no demasiado fría gracias a las estufas a leña de las que disponíamos. Y por un “milagro” en tiempos de guerra que nunca llegué a explicarme, la casa fue amoblada con los enseres que teníamos en Chile, que al parecer estaban guardados en cierta parte de Francia y que logramos recuperar, entre ellos un piano de media cola y hasta una vieja victrola en la cual pude escuchar “La marcha eslava” de Tchaikovski, tangos como “Yira, Yira” y algunas arias de ópera. Fue la época de mi iniciación musical. También aproveché el tiempo disponible para leer lo que encontraba en casa, en particular los clásicos franceses que estudiaba mi hermana mayor, Molière, Racine, Corneille, y una traducción al francés con bellas láminas de Romeo y Julieta de Shakespeare.

En Coucouron, comuna de unos mil habitantes, adquirí también nociones de la cultura campesina francesa que se caracteriza por no desperdiciar absolutamente nada de lo que se obtiene de los animales, excrementos incluidos, en uno de cuyos depósitos me enterré hasta la barbilla por pisar en donde no debía. Hasta los campesinos medianos, propietarios de hasta unas 10 hectáreas de tierras, utilizaban a las vacas como animales de tiro y de labranza, que debían, además, dar la leche para los desayunos, las meriendas, y para producir mantequilla y queso. Aprendí, sin saberlo, lo que es la cooperación. En verano llegaba al pueblo la máquina trilladora de granos dotada de un motor eléctrico, que era arrastrada

por bueyes de un pueblo al otro. Día tras día era trasladada de una finca a otra después de haber trillado el trigo duro de invierno, la avena y la cebada, medio día los campesinos medianos y un día completo los más pudientes. Todos cooperaban: el que recibía la ayuda la brindaba después a quienes habían colaborado con él. Al terminar el trabajo venía “el festín” que brindaba el dueño de casa.

No he olvidado un episodio tradicional y común que forma parte de esta cultura campesina de la primera mitad del siglo XX. Es el de la crianza y matanza del puerco para abastecer una casa durante un año con manteca, tocino, salchichón y jamón. El día en que se iba a matar al puerco se invitaba a los vecinos para que participaran en el trabajo; el “honor” de degollar al puerco se le concedía generalmente a un hombre de edad avanzada, quien con cara de circunstancia afilaba su cuchillo personal para dar certeramente el tajo mortal. Una mujer con el brazo desnudo instalaba un cubo debajo del cuello del animal en donde se recogía la sangre, que removía con su brazo caliente para que no se coagulara, hasta que era depositada en los intestinos lavados del animal para confeccionar las morcillas o prietas como se dice en Chile. La tradición imponía un orden y una sincronización perfectos para descuartizar al animal. En muy poco tiempo, del puerco no quedaban más que jamones, salchichas, tocino, salchichones y unas exquisitas hojas de col rellenas de carne y grasa picada que se cocinaban al horno y que se comían al terminar el trabajo de “industrializar” al cerdo, con el acompañamiento de algunas buenas botellas de vino. Estas eran llevadas por los hijos e hijas mayores, quienes las obtenían como salario por su trabajo como recolectores de uva en los viñedos del Medio Día durante el verano.

Esa Francia campestre ha desaparecido y los pueblos pequeños como Coucouron, que no se han podido transformar en centros

turísticos, se han convertido en pueblos fantasmas, con viejas casas campesinas abandonadas. Como consecuencia de esto se ha perdido una cultura campesina con connotaciones regionales, e incluso la gastronomía típica de esas regiones, aplastada por la gran industria y los gigantes de la distribución de alimentos. La buche de Noel hecha en casa y el pato relleno con castañas son ya meros recuerdos.

Tenía una bicicleta infantil marca Peugeot, que había estado guardada junto con los muebles, con la cual recorría los senderos de las montañas para visitar periódicamente a campesinos a los cuales les compraba huevos, mantequilla, queso y tocino para la casa. Todos los días iba a la escuela pública junto con los dos hijos del director y otro alumno, ya que los demás niños del pueblo estudiaban en la escuela del cura local de la cual salían totalmente evangelizados, generalmente para toda la vida: primer encuentro con la realidad de la influencia religiosa en la sociedad en un país católico.

Fue también la época en que aparecieron mis primeras manifestaciones sexuales y recuerdo a una encantadora niña de mi edad que iba a buscarme a la casa para después refugiarnos en el bosque de pinos e iniciar la exploración de nuestros cuerpos buscando sensaciones que intuíamos, pero que no lográbamos encontrar.

Y un día llegaron tropas alemanas que, a decir verdad, empezaron a frecuentar el bar anexo a mi casa en donde trabajaban las hijas del dueño que según recuerdo no eran mal parecidas y aceptaban la fraternización con los enemigos. Tenía 10 años en 1943, cuando tuve el descaro de entrar al bar en el cual se encontraban varios soldados alemanes y le dije a uno de ellos que acababa de enterarme de que Italia se había rendido después de haber depuesto y encarcelado a Mussolini. Él me contestó más o menos así: “No nos hacen

falta”, y me despidió con una patada en el trasero. Y como señal de los cambios que acaecían, al poco tiempo también empezaron a llegar al bar los “maquis” o miembros de la resistencia armada, que se habían alzado en las montañas, para buscar seguramente lo mismo que los soldados alemanes.

De cómo en el ínterin vivieron en mi casa dos aviadores estadounidenses abatidos en Francia, vine a enterarme mucho más tarde en Chile. El médico del pueblo, el doctor Giroux, que se hizo amigo de mi padre pese a ser “petainista” (seguidor del mariscal Petain, que había asumido la Presidencia de Francia durante los años de colaboración con Alemania), estaba casado con una bella estadounidense que también pasó toda la guerra en Francia. Después de que me dormía, los aviadores gringos bajaban de la buhardilla en donde se escondían durante el día y se armaba la fiesta con mis padres y el matrimonio Giroux.

Recuerdo a los Fleshman, un matrimonio judío de mediana edad que pasó más de una vez varios días en casa, un refugio transitorio para escapar de la deportación a Alemania. Venían los dos en bicicleta y en ese medio se iban hasta la siguiente vez. También recuerdo a un apuesto joven que vivió con nosotros una temporada para evitar ser deportado a Alemania como trabajador forzado, así como a su bella novia, y el “raspacacho” que me ganó por comentar en el pueblo que dormían juntos.

Mi padre tenía un mapa de Europa pegado a la pared y en él marcaba con alfileres los frentes de batalla sobre la base de las informaciones que se captaban todas las noches a través del programa en francés de la BBC de Londres, que empezaba con las primeras cuatro notas de la 5ª sinfonía de Beethoven, que coinciden con tres puntos y una raya del código Morse, que a su vez representan a la

letra V de la victoria. Después venía la frase de presentación (“Les français parlent aux français”, o sea, “los franceses le hablan a los franceses”), noticias sobre el desarrollo de la guerra y finalmente, los mensajes personales tales como “La tía Julia le manda recuerdos a su sobrino Regis”, que no eran otra cosa que mensajes en clave enviados por la Inteligencia de De Gaulle a los miembros de la resistencia.

Por las tardes, después de la escuela, acompañaba a un amigo campesino de más edad a llevar a las vacas a pastar; y cuando hacía frío y teníamos hambre, sacábamos algunas papas de un campo vecino y las asábamos en las brasas de un fuego que hacíamos con ramas de pino. Aprendí también a tallar barquitos en corteza de pino que hacíamos navegar en los arroyos de montaña que fluían entre los campos. Y por ello mi gran ambición era llegar a tener un cuchillo marca Opinel, de mango de madera, que era imprescindible para todo campesino francés de la época. Muchos, muchísimos años después, al comentarle a una amiga juez de Guadalupe mi ambición infantil, esa misma noche, a la hora de la cena, en un hotel en donde estábamos alojados, me regaló su cuchillo Opinel, y colmó (un poco tarde) aquel sueño infantil.

Fueron para mí años felices, que terminaron una mañana del mes de julio de 1944, cuando fui despertado por el grito de “¡los alemanes!”, emitido por Consuelo, la fiel empleada española republicana. Entonces vi cómo un oficial de la Wehrmacht, pistola en mano, daba puntapiés a la puerta principal de la casa, que abrió mi madre, encinta de casi nueve meses, y le dijo con toda tranquilidad al alemán: “Aquí hay niños”. Entraron y uno de ellos, fusil ametrallador en mano, me hizo señas para que volviera a la cama, pero como había oído decir que en otro pueblo los alemanes habían matado a un muchacho por esconderse precisamente en una cama, me man-

tuve de pie todo el tiempo hasta que partieron con mi padre como prisionero. Lo habían ido a buscar muy temprano; mientras los alemanes recorrían el pueblo buscándolo, ningún vecino tuvo el valor para ir a avisarle que huyera.

Mucho tiempo después me enteraría de que mi padre era teniente coronel jefe de una red de la Inteligencia de De Gaulle y que como no podía abandonar el pueblo, mi madre era quien llevaba los mensajes a la radio en Marsella, que los transmitía a Londres. La radio era operada por un primo de mi padre de unos veintitantos años que cayó preso en 1943 y fue enviado al campo de concentración de Buchenwal, del cual salió en 1945, con la apariencia de una persona de casi 50 años. Yo, sin saberlo, era el pretexto para los frecuentes viajes de mi madre a esa ciudad bajo la “leyenda” de que me quería mucho, lo cual era cierto.

El padre regresó a los dos días porque los “maquis” habían tomado prisionero a un personaje importante para los alemanes que fue canjeado por él. Llegar y preparar la huida fue la misma cosa. Me dijeron que al anochecer cogiera a campo traviesa y fuera a refugiarme en casa de un campesino de otro pueblo. Para un “experto” como yo en recorrer los senderos montañosos en busca de provisiones, no representó ningún problema. Unas tres semanas después apareció mi padre que venía a buscarme para ir a casa y allí conocí a mi nuevo hermanito, nacido precisamente durante la batalla entre “maquis” y alemanes por el control de la ciudad de Aubenas, capital de L’Ardeche. El niño recibió el nombre de Víctor en honor a la toma de París ocurrida en esos días por las tropas francesas de De Gaulle, quien en sus Memorias reconocería el gesto del general Eisenhower de permitir a las tropas francesas comandadas por el general Leclerc entrar de primeras en París y así liberar a la capital de Francia. Esa acción tuvo una gran importancia política. Como

es sabido, Roosevelt y su administración no querían al general De Gaulle y tenían preparado un gobierno de transición para la Francia liberada, obviamente sin la participación del general. Por ello, De Gaulle llegó inmediatamente después de la entrada de las tropas francesas en París y encabezó una monstruosa concentración popular en los Campos Elíseos que dejó bien a las claras quién era el líder de la Francia recién liberada. Todos los franceses se pusieron bajo sus órdenes, salvo los que colaboraron con los alemanes. Y a decir verdad, después de que algunos de los miembros más connotados del Gobierno de Vichy fueron ajusticiados y otros enviados a prisión, rápidamente se le echó tierra al asunto y creció enormemente la cantidad de franceses que proclamaron después de la victoria haber estado en la resistencia.

Mi padre partió para unirse a las fuerzas franco-americanas que habían desembarcado por el sur de Francia. Nunca más lo volví a ver. Dos o tres semanas después nos enteramos por un mensajero de que lo habían matado.

Sesenta y dos años después, mi hija mayor realizaría una especie de peregrinación a Francia y descubriría no solamente la tumba de su abuelo y el monumento en el cual está grabado su nombre, sino que hasta hablaría con un viejo que cuando era muchacho fue testigo de su muerte.

Un año más en Francia, esta vez en la bella ciudad de Nimes con su gran anfiteatro romano aún en perfecto estado, tiempo durante el cual fui a una escuela de curas, Le Collège de l' Assomption, donde llegué a ser monaguillo para los servicios de la tarde. Y una noche tuve mi primer logro intelectual al llegar a la conclusión de que mi respeto por los diez mandamientos descansaba en el terror de ir al infierno y que, por tanto, una fe basada en el terror no era

aceptable. Esa noche abandoné la Iglesia católica, apostólica y romana y me convertí en ateo. Coincidencia, sin duda: también durante la estadía en Nimes asistí a un concierto que en el anfiteatro romano dio el Coro del Ejército Soviético.

Junto a la casa había un depósito en el cual, junto a mis amigos del barrio, descubrí varias cajas de municiones de fusil y otros artefactos de los cuales nunca supimos ni el nombre ni para qué servían. Al quitar el proyectil a las balas podíamos hacernos de abundante pólvora que usábamos para quemarla de distintas maneras, algunas veces junto a proyectiles trazadores, con lo que se lograban bellas tonalidades rojizas. Cómo no nos matamos durante esos juegos es aún un misterio para mí.

## Y OTRA VEZ CHILE

A finales de 1945, viajamos mi madre, mis tres hermanos y yo de regreso a América del Sur en el vapor Grois junto a jóvenes argentinos, uruguayos y chilenos de origen inglés y francés que habían combatido con los aliados durante la guerra. Fue un viaje alegre, todos estaban felices de haber salido con vida de la guerra y de dejar Europa para los europeos. Nosotros, de hecho, nos declarábamos latinoamericanos. Antes de partir de Nimes tuve, como hombre de la casa, la tarea de decapitar a la docena de gallinas que teníamos. La primera vez fue un desastre pero poco a poco me transformé en un verdugo profesional de gallinas.

Después de recalar en las islas de Cabo Verde, desembarcamos en el puerto de Río de Janeiro el mismo día en que desfiló por sus calles la división brasileña que combatió en Italia durante la Segunda Guerra Mundial. Después hubo una breve escala en Montevideo y al entrar en el río de La Plata pudimos divisar la superestructura del acorazado alemán Von Spee, hundido por los ingleses al inicio de la guerra. Finalmente llegamos a Buenos Aires, donde terminó la travesía y fuimos desinfectados con DDT al bajar del barco en el muelle. Tuvimos que esperar varios días en esa ciudad para tomar el tren que une a Buenos Aires con Santiago de Chile, tiempo que aproveché para explorar la ciudad y lograr que me dejaran entrar gratis al cine Ópera en la calle Corrientes, para ver una de las “gloriosas” películas de guerra estadounidenses, Aventura en Birmania, con el entonces taquillero actor Errol Flynn.

Finalmente llegamos los cinco en tren a Santiago de Chile después de haber atravesado la América del Sur desde el Atlántico hasta casi llegar al océano Pacífico. Mi media hermana, ya convertida en una muchacha de 18 años, se quedó en Francia con su novio. Había concluido una aventura de la cual sobrevivimos y que duró casi seis años en tiempos de guerra mundial y que abarcó tres continentes. Dejé Chile dos meses antes de cumplir los siete años de edad y regresé algunos meses antes de cumplir los trece, así que no me pidan muchos detalles de mi vida durante esos años.

Siguieron siete años de vida pequeñoburguesa en un Santiago de Chile que casi no había cambiado. En principio, éramos medianamente acomodados y después mejor acomodados, gracias al trabajo de mi madre, primero como locutora de radio y después como cobradora de una fábrica de equipos para la climatización. Pasaron años de escolarización como becado en escuelas francesas, salvo la última institución, el Liceo Victorino Lastarria, hasta alcanzar los 18, cuando me llegó la hora de decidirme por una carrera.

Siempre supe que mi futuro dependía de mí mismo y que el paso por la universidad era inevitable. Nunca siquiera pensé en ser comerciante u hombre de negocios. Mucho tiempo después, mirando hacia atrás, me daría cuenta de que ese tipo de actividad queda encasillada en una simple ecuación de primer grado que dice “Ventas menos costos es igual a ganancia”. Se puede sofisticar esta problemática al buscar la optimizar el resultado de dicha ecuación, pero ello no altera su simpleza desde el punto de vista gnoseológico. El sistema económico mundial estará basado hoy en día en ella, pero eso no le da ninguna trascendencia cognoscitiva. Así y todo, motivado por los consejos de un amigo de la familia, me matriculé en la Facultad de Economía de la Universidad de Chile, cuando la educación era aún gratuita.

Hasta esa época mi vida transcurrió más o menos como la de cualquier adolescente chileno de la época, con algunas particularidades. Una de ellas, dormir en mi cuarto decorado con reproducciones de pintores impresionistas. Otra, aficionarme a la música sinfónica que transmitían las emisoras radiales chilenas a distintas horas. Todo ello acompañado por actividades deportivas, el atletismo y el rugby, que practicaba en el “Stade Francais”.

Según mi madre, al no poder “ascender” a las altas esferas sociales a las cuales sentía que legítimamente pertenecía por haber vivido una infancia opulenta de hijo de diplomático francés, desarrollé un resentimiento social contra los que supuestamente no me permitían la entrada en su mundo, y por tanto, me desplacé hacia una posición contestataria y de ahí a una militancia izquierdista. Mirando hacia atrás con la mayor objetividad de la cual uno es capaz, lujo que podemos darnos los que llegamos a cierta edad, en verdad mi madre tenía razón en cuanto al despecho. Pero la universidad iba a provocar en mí un cambio basado en la autoafirmación derivada, en primer lugar, de los estudios de economía y, posteriormente, de una creciente capacidad crítica de esos conocimientos teóricos. El proceso continuaría y se consolidaría posteriormente al participar en la Revolución Cubana.

Durante la primera clase de Economía del profesor Flavian Levin me entusiasmé con esa disciplina que me permitía comenzar a entender cómo funcionaba la sociedad en la que vivía, y simplemente estudié lo imprescindible para pasar los exámenes de las materias que conformaban el currículum de Administración de Empresas, porque la carrera nos formaba en ambas disciplinas, la teoría económica y la administración de empresas. A los que escogieron esta última especialidad los llamábamos “los empresarios”. Sin embargo, la vida me enseñaría la gran utilidad de esos estudios de economía para desempeñar actividades profesionales.

Le tocó a José Cademártori, profesor ayudante de la cátedra del profesor Levin, soportar mi compañía a la salida de sus clases durante todo el trayecto a pie hasta el centro de Santiago, en donde necesariamente debíamos separarnos y Cademártori, al fin, se liberaba de esta garrapata estudiantil. De ahí a ser un buen alumno y hasta destacado, era simplemente inevitable. Ya en el tercer año gané por concurso ser profesor ayudante de la cátedra de Economía II.

Hoy en día reconozco que las nociones de economía que recibí las acepté sin crítica alguna. Más aún, me fascinó la aplicación de las matemáticas a esa ciencia por el aspecto de rigurosidad científica que le confería. Pero la crítica no es fácil, particularmente cuando hay que aplicarla a una ciencia y a su expresión aceptada. La lógica formal es aplastante, particularmente cuando hace uso de formas matemáticas. Para llegar a tener una actitud y sobre todo una capacidad crítica para poner en duda sus premisas, hizo falta tiempo y las influencias de amigos más adelantados que yo en ese camino que me ayudaron a seleccionar mejor mis lecturas. Y realmente esta “cuajó” cuando me metí de lleno en el proceso de transformación radical de una sociedad. En esa vorágine ya no se trata de contrastar ideas sino que los hechos en los cuales participas te golpean violentamente en plena cara.

Al finalizar el segundo año de la carrera de Ingeniería Comercial, mi madre me informó que ella y mis hermanos se radicaría en Lima, Perú, en donde vivía su hermana Lela y que por tanto me quedaría en Chile y me mantendría por mis propios medios. Recursos no tenía, así que tuve que solicitarle apoyo al abuelo Aurelio de la Fuente, gracias a lo cual pude alquilar un cuarto cerca de la Escuela de Economía, hasta que la facultad compró una gran residencia frente a ella, en la avenida República y organizó un pensionado universitario al cual me integré desde su inicio.

Esta etapa me permitió estrechar más aún una fuerte relación con mi abuelo dentista, quien me llamaba “dos veces hijo mío”, y con quien mucho conversé durante las largas estancias con él y su mujer en su finca de Peñaflores, pueblo cercano a Santiago. Aurelio era espiritista y convivía armoniosamente con el mundo espiritual en donde tenía su maestro, un espíritu superior al que consultaba mediante médiums. En verdad crecí oyendo todo tipo de historias sobre contactos con seres ya fallecidos. Y la última, que me contaron después, cuando ya no estaba en Chile, tuvo que ver con el deceso de mi abuelo en 1960. Sufrió un ligero derrame cerebral, debido a su edad (80 años) y a su gran peso corporal, que lo afectó sensiblemente, pero se repuso. Entonces emprendió una serie de visitas a sus amigos para despedirse y cuando le preguntaban hacia dónde iba a viajar, el abuelo les decía que hacia la vida espiritual porque su ataque había sido un aviso de su “maestro” de que pronto partiría. Y al poco tiempo tuvo un segundo derrame del cual no se repuso y falleció. Hoy por hoy, al llegar casi a su edad, envidio esa ecuanimidad ante la muerte, un hecho tan normal en nuestras vidas como el de nacer, pero que todos rechazamos hasta el último momento. Y con respecto al espiritismo mi posición es la de un personaje de un cuento español según el cual un amigo le pregunta al otro. “¿Tú crees en los fantasmas?”. A lo cual el aludido responde: “¡Claro que no, pero de que los hay, los hay!”.

Mi vida universitaria era estudio y deporte. Llegué a integrar los equipos de atletismo y de rugby, primero del Stade Français de Santiago y posteriormente de la Universidad de Chile. En el club francés me relacionaba con jóvenes y otros no tan jóvenes, provenientes de la burguesía acomodada de origen francés cuyo objetivo en la vida era el éxito económico y una vida placentera. Esto me permitió integrar en 1950 el equipo de rugby por invitación del Club Atlético San Isidro, de Buenos Aires, para jugar varios parti-

dos en esa ciudad. Reconozco que, al menos para mí, el “reencuentro” con el Buenos Aires de 1950, a mitad del Gobierno de Juan Domingo Perón, fue el del campesino que llega por primera vez a una gran ciudad. Fui deslumbrado no solo por la enormidad de la ciudad sino por su arquitectura y por sus barrios residenciales a lo largo de la línea del tren que va desde la estación El Retiro hasta El Tigre. Pero lo más impactante sucedió cuando al visitar el Club Hindú para el segundo encuentro, que dicho sea de paso ganamos (primera vez que un equipo de rugby chileno le ganaba a uno argentino), descubrí que tenía una gran cantidad de hermosas residencias que para mi asombro resultaron ser las casas de recreo de los ricos argentinos que pasaban en ellas los fines de semana. Esa expresión de riqueza sobrepasaba mi imaginación de joven chileno de 17 años de clase media. Para rematar, el viejo Meléndez, de los Meléndez Betti, dueños de buena parte de la Patagonia, invitó al equipo a uno de sus stud (en donde criaba caballos de carrera), para un asado pampero argentino y por primera vez vi cómo estos artistas de la carne son capaces de asar perfectamente media res de una sola vez. Ignoraba que en aquel entonces Argentina había sido el sexto país del mundo en ingreso per cápita.

Posteriormente, al integrarme a los equipos de atletismo y rugby de la Universidad de Chile, me relacioné con estudiantes y profesionales de esa institución que tenían un horizonte intelectual considerablemente más amplio que mis anteriores camaradas del Stade Français. Por ejemplo, uno de los menos dotados para el rugby era, no obstante, un físico teórico, otro, con el cual debía establecer una estrecha vinculación durante los partidos, era ingeniero y cantaba en el coro de la universidad y pude escucharlo cantar con ocasión de uno de los espectáculos más bellos e impactantes que he presenciado en mi vida como fue la presentación de la cantata *Carmina Burana* del alemán Karl Orff, interpretada por la orquesta sinfónica

chilena y con la participación del ballet y del coro de mi universidad, bajo la dirección del maestro coreógrafo alemán Ernest Utoff.

Después de los partidos de rugby, que tanto ganábamos como períamos, había un encuentro en casa del capitán, el constructor Luis Aron, alrededor de té y de sándwiches, todo ello ofrecido por la encantadora esposa de Luis. Era la culminación del sentido de pertenencia al equipo y de vinculación humana entre sus integrantes.

Mi relación con el deporte desde temprana edad me había permitido asistir a los primeros Juegos Panamericanos en Buenos Aires en 1951 en calidad de simple acompañante de la delegación chilena y en particular del equipo de polo acuático. Una tarde, en la piscina del Club Universitario de Buenos Aires, pude estar a unos pocos metros de Perón y de Evita. Ella se tapaba la cara con un sombrero y un velo, probablemente para ocultar las manifestaciones de la enfermedad que la mató tempranamente. También pude conocer a una de las muchachas más bellas que he tratado en mi vida, una joven nadadora de 14 años, de origen alemán, y de la cual estuve enamorado platónicamente durante varios años. Regresé a Buenos Aires en 1954, como integrante del equipo de atletismos de la Universidad de Chile, ocasión en la que volví a encontrarme con mi amor argentino, y a mediados de 1958 volví a Buenos Aires y, desde luego, me encontré con ella, cuando ya me había convertido en un profesional y experimentando las primeras manifestaciones de un hombre que siente la necesidad de una compañera permanente. Mas al conversar con ella, una belleza germana deslumbrante, pero con manifestaciones ideológicas como el antisemitismo y el anticomunismo, y cuyo único objetivo de vida era llegar a tener un negocio propio con su futuro marido, me di cuenta de que mi relación con ella sería imposible. Yo ya estaba ladeado hacia la izquierda y un aventurero no encaja detrás de un mostrador. ¡Final

de ese capítulo de mi vida! Y probablemente mi primera manifestación de madurez.

A mediados del cuarto año de mis estudios universitarios, en 1955, me habían ofrecido un puesto para trabajar medio día en el Departamento de Estudios Económicos del Banco Central de Chile. Pasé de la noche a la mañana de ser un estudiante universitario becado y sin recursos a la opulencia estudiantil, con mi propio apartamento, buena ropa y dinero para gastar. Tenía 22 años, 1,80 de estatura, cuerpo atlético de 74 kilos, y con esa base material desperté el interés y me convertí así en un buen prospecto para las jóvenes de buena familia que trabajaban en el banco, apreciación que fue reiteradamente comprobada, aunque de manera empírica. Iba en camino de lograr introducirme en los altos círculos sociales a los cuales, según mi madre, pretendí ingresar durante mi adolescencia.

Sin duda alguna, los integrantes del Departamento de Estudios Económicos del banco éramos los más educados y los más políticamente definidos de la institución, con un sentido de la diversión que poco a poco fue atrayendo a hermosas mujeres que trabajaban en otros departamentos a las cenas que organizábamos en el propio Country Club del banco, situado en la calle Príncipe de Gales. Después de las cenas, el que podía lograba lo suyo (y lo mismo podía aplicarse también a ellas) en la medida de sus posibilidades, y yo las tenía. Mi apartamento de soltero se convirtió en un lugar altamente frecuentado por otros empleados del Banco Central, casualmente casi todos casados, ahora que lo pienso. Mi vida iba tomando un curso previsible en medio de actividades disolutas tolerables en jóvenes profesionales que no dejaban de llegar todos los días a la hora a su trabajo. Me deslizaba suavemente por un tobogán que me llevaba inexorablemente a un tipo de vida predecible para un joven economista, en los momentos en que despertaba el interés y la necesidad de ese tipo de profesionales en Chile y en América Latina.

No obstante, durante mi tránsito por la “dulce vida”, no faltó la inquietud política e intelectual, lógicamente desde la perspectiva de un joven profesional o en vías de serlo, de cuello y corbata y un conocimiento “libresco” y muy incompleto de la vida, pero inquietud al fin. Mi trabajo en el Banco Central me concedió el estatus de profesional de una institución importante y la posibilidad de relacionarme con economistas graduados y de incipiente fama por sus capacidades intelectuales. Así fue como establecí una relación de amistad con Alban Lataste, Carlos Matus, Gonzalo Martner, el ingeniero Alberto Martínez, entre otros, y con jóvenes políticos como José Toha y con otros no tan jóvenes como Salomón Corvalán, secretario general del Partido Socialista, lo que me permitió iniciar mi vinculación política con los partidos de la izquierda chilena: el Comunista y el Socialista.

En el Chile de los años cincuenta, el fenómeno económico principal era la inflación casi galopante que experimentaba la economía y no hacía falta una gran perspicacia para darse cuenta de que ese proceso reducía implacable y continuamente sueldos y salarios. El refugio ante ese mal era convertir cuanto antes los pesos chilenos en dólares norteamericanos con lo cual la cotización de esa divisa se elevaba más rápidamente aún que el nivel de los precios. Llevaba en mi oficina un registro gráfico de la cotización del dólar y la curva correspondiente se inclinaba cada vez más hacia arriba, y cuando quise ajustarle una curva matemática tuve que inventarla debido a que la exponencial no se aceleraba lo suficiente como para ajustarse al movimiento real. Ese marco general en el cual me desenvolvía motivaba la búsqueda de soluciones defensivas para los trabajadores y consecuentemente motivó que su problemática me atrajera y me llevara a pensar en términos de sus intereses y no en el de los empresarios. Quien tuvo mayor influencia en mi “corrimiento hacia la izquierda” por esa situación general por la que

atravesaba el país y que influía sobre mis inquietudes, fue Jaime Barrios, mi jefe directo en el Departamento de Estudios Económicos del Banco Central, la primera persona que me hizo leer un libro marxista, nada menos que Ludwing Feurbach o el fin de la filosofía clásica alemana de Federico Engels, libro trascendental que me abrió un nuevo horizonte al hacerme tropezar con la dialéctica marxista. Con el tiempo descubrí que este economista graduado en la Universidad Católica, proveniente de una antigua familia burguesa de Talca, de gran cultura, era ya un firme militante del Partido Comunista de Chile. Por consiguiente cuando se empezó a organizar la candidatura de Salvador Allende para la Presidencia de Chile en 1957, me enrolé decididamente en su campaña y hasta participé en la elaboración del programa económico de su eventual gobierno. Fue mi primera experiencia en el intento de transformar una sociedad. Ni remotamente soñaba con que al poco tiempo estaría de lleno metido hasta el cuello en la vorágine de una revolución de verdad.

Estamos en el año 1958, y llegó al Banco Central de Chile la beca para el postgrado en el ILPES, el Instituto Latinoamericano de Programación Económica y Social, que me adjudicaron. El destino golpeó mi puerta y yo la abrí.

## INTUICIÓN

El Santiago de Chile de aquella época, finales de los años cincuenta, tampoco existe ya. Era tres veces más pequeño que el actual pero tenía ese sabor provinciano peculiar que se ha perdido. Me habían seleccionado en el Departamento de Estudios Económicos del Banco Central para cursar el posgrado del ILPES, anexo a la CEPAL, la Comisión Económica para América Latina, dirigida en aquel entonces por Raúl Prebisch, quien se apoyaba en sus “cuatro mosqueteros”: el brasileño Celso Furtado, el cubano Región Boti, el venezolano José Antonio Mayobre y el mexicano Juan Noyola.

La CEPAL venía desempeñando un rol trascendental en el pensamiento económico de mi generación. Los estudios de economía en las universidades se centraban en la problemática del equilibrio general de la economía y, gracias al pensamiento de Keynes, en cómo evitar las depresiones de la actividad económica mediante la política fiscal y monetaria. Pero la problemática principal a la que se abocaba la CEPAL era la del desarrollo económico, cuestión fundamental para los países subdesarrollados de América Latina. Y esta no era otra que la de los economistas clásicos de los siglos XVIII y comienzo del XIX, a los cuales les preocupaba descifrar las leyes que explicaban la acumulación de la riqueza en un país, o sea, el crecimiento económico. Fue para mi generación el encuentro con el pensamiento clásico, pero desde la óptica y en el contexto de los países pobres de la época. En mi caso al menos, la cuestión no era solamente el crecimiento económico sino la problemática

de “desarrollo para quiénes”. En ese punto mi formación teórica se entronca con la obra de Carlos Marx, continuador del pensamiento económico de los clásicos ingleses Adam Smith y David Ricardo.

En el curso del ILPES había estudiantes de distintos países de América Latina, entre ellos un cubano de nombre José Paglieri; un hondureño, el “Pelao” Rodas, y un chileno, Carlos Matus, quien años después sería el ministro de Hacienda en el Gobierno de Salvador Allende. También el simpático Dantas, un jodedor brasileño; un paraguayo que por primera vez en su vida presencié una elección presidencial democrática a la chilena; varios venezolanos, que eran los “ricos” del curso, y un colombiano muy formal, al cual el brasileño le puso el mote de “Don Pomposo”, y hasta un mexicano, David Ibarra, quien llegaría a ser ministro de Hacienda de su país. El único no latinoamericano era Branco Vukusich, un yugoslavo que hablaba perfectamente el castellano. Aunque comunista, era de un partido “repudiado” en aquella época por todos los demás, en virtud de las órdenes de Moscú. En su adolescencia, Branco había sido guerrillero de Tito, y no dejó de demostrarnos antes de que terminara el curso que había vivido experiencias violentas en su vida.

Las clases y los trabajos prácticos eran realmente interesantes, la atmósfera era de camaradería y buen humor, los profesores de alto nivel y de actitud amistosa. El término que se utilizaba era “programar” y de ninguna manera “planificar” dada su connotación “roja” para no decir comunista. Pero según la CEPAL, para salir del subdesarrollo, o al menos atenuarlo, había que elaborar programas de desarrollo con metas definidas y con fuentes de financiamiento posibles, política en la cual el Estado debía desempeñar un papel nada despreciable. Ese enfoque, más las tesis de Prebisch sobre la tendencia secular al deterioro de los términos del intercambio entre países ricos y pobres en detrimento de estos últimos

y, sobre todo, la comprobación histórica de que los países pobres crecían y se desarrollaban más durante las épocas de crisis económica de los países ricos o de guerras mundiales que durante la paz, porque no les quedaba más recurso que fabricar ellos mismos lo que antes importaban, logró para la CEPAL la enemistad de los gobiernos de Estados Unidos. Por consiguiente, para los economistas y estudiantes de posiciones al menos progresistas, el pensamiento que generaba la CEPAL era de gran interés y debía ser estudiado. La influencia de la CEPAL se hizo también sentir en el campo de la política de los países latinoamericanos. Sus informes anuales sobre los resultados económicos en cada uno de ellos se convirtieron en virtuales exámenes de la gestión de los gobiernos correspondientes y por consiguiente, a los políticos no les quedó más alternativa que aprenderse términos como producto interno bruto, tasa de crecimiento, balanza de pagos, entre otros. Con el tiempo, los departamentos ministeriales de estudios económicos e institutos de investigación económica y social se convirtieron en una necesidad de la política en América Latina.

El cubano Regino Boti era, según Jaime Barrios, uno de los economistas latinoamericanos más relevantes y carismáticos. Y precisamente Regino debía impartirnos conferencias sobre política económica. Durante su primera clase nos llenó de su personalidad, inteligencia y buen humor. Esta clase se dictó inmediatamente antes de las vacaciones de fin de año, por lo que no debíamos volver a estar con Regino hasta los primeros días de enero de 1959. ¡Nadie esperaba lo que aconteció!

“Y en eso llegó Fidel”, el 1 de enero del 59. No volvimos a ver a Regino pues de inmediato regresó a Cuba ya que era miembro del 26 de Julio, el movimiento político creado por Fidel Castro. Fue nombrado ministro de Economía en el primer gobierno después del triunfo revolucionario.

La presencia del cubano José Paglieri, quien simpatizaba con el Movimiento 26 de Julio o M26, más el cúmulo de cables y comentarios en la prensa suscitados por el triunfo revolucionario en Cuba, volcaron la atención de todo el grupo de alumnos y profesores hacia los acontecimientos en ese país. ¡Y qué acontecimientos! Hoy en día es muy difícil comprender el impacto que en nosotros, o al menos en algunos, tuvieron las primeras leyes revolucionarias en Cuba. Era inconcebible que un Gobierno latinoamericano a los dos meses de estar en el poder, redujera a la mitad las tarifas telefónicas de una compañía estadounidense, rebajara los alquileres de las casas también a la mitad, comenzara a hablar de una reforma agraria y además creara un ministerio para que se hiciera cargo de los denominados bienes malversados por personeros de gobiernos anteriores que, dicho sea de paso, habían huido del país hacia Estados Unidos, en donde los acogieron sin chistar, con la excepción de Batista, que habría sido un peu trop y tuvo que refugiarse en la República Dominicana de Trujillo.

Fidel Castro, en una demostración de sabiduría política, no aceptó ningún cargo en el primer gobierno constituido después del 1 de enero. Únicamente reclamó para sí algo indiscutible: la jefatura del Ejército Rebelde, que era ya el único ejército que había en Cuba. Pero las realidades del poder político se imponen inevitablemente y el piso 17 del Hotel Habana Hilton, en donde se alojaba, se transformó en la sede del poder real.

El gobierno surgido del triunfo de la revolución armada se formó con personeros de la política tradicional cubana que no tenían ni las manos manchadas de sangre ni habían colaborado abiertamente con Batista. No alcanzó a durar dos meses: los políticos tradicionales se habían “suicidado” sin saberlo y la historia, que transcurría a toda velocidad, se los hizo saber cuando se dieron cuenta de que

no mandaban fuera de sus respectivas casas y de que ya no había cubanos que los siguieran. La Revolución había creado otro tipo de políticos, de los que se jugaron la vida por sus ideales. No hubo más que una alternativa realista y fue designar el 24 de febrero de 1959 a Fidel como primer ministro del Gobierno que formalmente presidía Manuel Urrutia.

Recuérdese que era aún la América Latina de Strossner, en Paraguay, que gobernaba al país como si fuera “su” latifundio; de los Somoza, en Nicaragua, que hacían lo mismo; de “Papa Doc” Francois Duvalier, en Haití; de Rafael Leonidas Trujillo, “Chapita”, en República Dominicana; de los militares “gorilas” en Argentina, después del golpe a Perón; del general Rojas Pinilla, en Colombia; de la Guatemala de Castillo Armas, después de la invasión preparada por la CIA; de una Cuba que había vivido medio siglo como república mediatizada bajo el control estadounidense, rematado por el Gobierno corrupto, entreguista y asesino de Batista; y en Chile, Allende acababa de perder la Presidencia gracias a la aparición de un predicador convertido en político, el llamado “Cura de Catapilco”, que obtuvo, gracias a una verborrea irresponsable y a un financiamiento de quién sabe dónde, los 40.000 votos que le faltaron a Allende para ganarla. Además está decir que todos los gobernantes y candidatos a gobernantes del continente miraban hacia el Norte antes de opinar y de actuar en cualquier materia. Se vivía todavía bajo las secuelas del llamado “macartismo”.

La cuestión era qué harían estos “muchachos”, desconocidos fuera de Cuba (Fidel Castro sólo tenía 32 años, el Che 31, Raúl Castro 28), quienes acababan de tomar el poder en ese país, después de dos años de lucha guerrillera en las montañas primero y finalmente en el resto de la isla, y de haber derrotado en solo dos años a las fuerzas armadas y a la policía que juntos sumaban 80.000 hombres, con no más de varios cientos de combatientes revolucionarios

que a lo más llegaron a ser 3.000 en total el día del triunfo. ¿Qué tipo de gobierno?, ¿en qué direcciones?, ¿qué tipo de relaciones mantendrían con el Gobierno estadounidense?

Pero los que teníamos alguna actitud crítica sabíamos leer los cables y las noticias “al revés”. Si expresaban críticas contra el Gobierno revolucionario cubano eso era prueba irrefutable de que llevaban a cabo una política al menos progresista. Y además, estaba el precepto bíblico de que “por sus hechos los conoceréis”, más o menos equivalente, y con el perdón de los cristianos, a lo que decía Lenin de los políticos: “No les miren la boca, mírenles las manos”.

Y no faltaban motivos para las críticas de la prensa internacional. Desde el momento en que Fidel fue nombrado primer ministro empezó la ejecución del programa económico que Fidel Castro había dado a conocer durante su defensa a raíz del fracasado intento de tomar por asalto al Cuartel Moncada, en Santiago de Cuba, el 26 de julio de 1953.

- El 3 de marzo de 1959, se dispuso la intervención de la Compañía Cubana de Teléfonos, empresa estadounidense.
- El 6 de marzo, se dictó la ley por la cual se rebajaban en 50% los alquileres de las viviendas.
- El 20 de marzo, se aprobó la rebaja del precio de los medicamentos.
- El 21 de abril, se declararon de uso público todas las playas del país.
- El 17 de mayo, se dictó la primera ley de reforma agraria que acabó con el latifundismo y se creó el Instituto Nacional de Reforma Agraria (INRA).
- El 20 de agosto, se rebajaron las tarifas eléctricas y del gas.

-Simultáneamente, se inició una política de construcción de hospitales, escuelas, tiendas del pueblo y balnearios populares.

Nada sustituye a la universidad en la formación de una persona. De la misma manera en que lo que se aprende en las clases y en los libros forma una visión “aceptable” del mundo y de sus problemas, también de una u otra forma se encuentran las ideas que siembran la duda y que instan a buscar otras soluciones a los problemas supuestamente ya resueltos y a la idea de que “el mundo es inevitablemente así”. Pero hay aspectos de la vida, particularmente para quien la aventura es una constante en su existencia, que la universidad no puede enseñar.

Al finalizar el curso del ILPES, los participantes fueron invitados a visitar la ciudad de La Serena a unos 600 kilómetros al norte de Santiago. Poco antes de llegar, y en un lugar de la carretera que pasa por el borde de un barranco, vimos un camión que se había salido de la ruta y se había volcado. El autobús se detuvo y bajamos a ver el siniestro. Había un hombre herido atrapado por el camión. Nos quedamos paralizados. Ninguno de nosotros atinó a hacer algo con la excepción de Branco, el yugoslavo, quien inmediatamente tomó el mando del grupo, impartió órdenes porque sabía cómo proceder e hizo sacar al herido de debajo del camión, acostarlo en una tabla y subirlo hasta la carretera desde donde se envió un pedido de auxilio a La Serena que llevó un automovilista. Esta fue la primera experiencia personal en la que constaté la incapacidad del intelectual puro, aunque sea deportista, para atinar con lo que hay que hacer en un escenario de catástrofe con un herido. Branco reveló en ese momento lo que le había enseñado la guerra: actuar serena y decididamente en medio de una situación trágica. Mucho tiempo después yo también pasaría por ese tipo de experiencias que transforman a los hombres y que la mayoría de la gente normal nunca conocerá.

Hoy aún me cuesta confesar que durante ese viaje el problema principal para “El Pelao” Rodas, militante comunista, y para mí era si aceptar o no ir a la recepción que iba a ofrecer al grupo en su casa de La Serena el expresidente de Chile, Gabriel González Videla, quien durante su gobierno había ilegalizado al Partido Comunista y perseguido a sus militantes. Terminamos asistiendo a la recepción, durante la cual, dicho sea de paso, conocí a una de las hijas de González Videla que se mostró muy simpática y entusiasmada en medio de unos veinte y tanto hombres jóvenes.

Se acercaba un momento decisivo en mi vida y al parecer estaba preparado para afrontarlo. Para mí todo era posible, no tenía una visión de un futuro definido que ambicionara alcanzar, salvo la idea de aportar algo que justificara mi existencia, y por tanto nada más lejos del encasillamiento existencial que da la vida burguesa. Probablemente fueron las secuelas de una vida como hijo de diplomático francés, seguida de seis años en medio de la Segunda Guerra Mundial en Europa, para terminar en Chile como hijo mayor de una viuda de guerra, madre de cuatro hijos, a los que mantuvo y educó gracias a su inteligencia y a su tesón. La vida me había preparado para dudar y para vivirla libremente.

## HACIA CUBA

Fue Thomas Vietoriz, el jefe académico del postgrado, quien propuso enviar un telegrama al ministro Boti, para ofrecerle un equipo de apoyo enviado por la CEPAL. La idea fue inmediatamente aprobada y fui el primero en ofrecerme como candidato para el proyecto. La respuesta de Boti, recién nombrado ministro de Economía de Cuba, no se hizo esperar y fue simplemente: “Vengan”. Rápidamente se conformó el equipo con el propio Vietoriz, el profesor Slavinsky, Carlos Matus, Rodas, Fernández Balmaceda (argentino), yo y como jefe nada menos que el ya famoso y controvertido economista mexicano Juan Noyola.

Cuando le comuniqué mi decisión a mi jefe, Jaime Barrios, este trató de convencerme de que estaba tirando por la borda todo un brillante futuro como economista del Banco Central y como integrante de algún organismo internacional como el FMI, el Banco Mundial, o la propia CEPAL. Ya me habían ofrecido una beca de estudio para la Universidad de Stanford. En verdad, mi decisión se basaba en dos apreciaciones. Ya yo sabía cómo iba a ser mi vida si continuaba por ese camino. Sabía con qué tipo de mujer me casaría, más o menos cuántos hijos tendría, qué tipo de suegros me tocarían, cuando llegaría a tener primero mi propia casa en la ciudad y luego una cabaña en la playa, mi primer automóvil; en síntesis, ya sabía qué vida me tocaría vivir. ¿Y quién quiere vivir una vida que ya conoce cómo será? Quizás mucha gente, muy posiblemente la mayoría, pero ese no era mi caso. Había en mí, sin saberlo

concientemente, una sed por lo nuevo, por vivir la vida como una aventura. A ello se agregaba lo que le dije a Jaime Barrios: “Me perdí la Revolución Rusa, me perdí la Revolución China, pero esta no me la voy a perder”. Ante esos argumentos, Jaime no insistió más. ¿Fue intuición o fue una decisión inmadura que se trocó en una realidad? Fue un momento en el que la intuición me llevó hacia una apasionante aventura que jamás habría podido imaginar.

El chileno que va a partir hacia Cuba en marzo de 1959 es un joven economista pequeñoburgués, convencido de tener una posición política revolucionaria de izquierda, pero absolutamente inconsciente de hasta qué punto él es un producto de una sociedad culta pero provinciana, llena de convencionalismo y ferozmente discriminatoria con los pobres de esa tierra, sin mencionar a los indígenas.

Jaime Barrios me invitó a una cena con nuestro derrotado candidato presidencial Salvador Allende, quien acababa de regresar de una breve visita a Cuba. No ocultaba su entusiasmo por los jóvenes dirigentes cubanos, pero al mismo tiempo hacía énfasis en su absoluta falta de conocimientos convencionales sobre cómo se dirige un gobierno y se maneja un país. La verdad es que, salvo Fidel Castro, que había militado en el Partido Ortodoxo Cubano, ningún combatiente de la Sierra Maestra tenía experiencia en política convencional ni en lo que se refería a dirigir un país. La historia que estaban creando los obligó a aprender en la práctica.

Liquidé mis contribuciones en el seguro social y con USD 1.000 (de la época) en el bolsillo tomé el avión hacia Panamá el día que cumplí los 26 años, el 18 de marzo de 1959. De ahí fui a La Habana, a la que llegué el 20 de marzo. A la salida de Chile me encontré en el avión con un estadounidense pintor que me había sido presentado

unos días antes, precisamente durante la cena con Allende. Cuál no sería mi sorpresa cuando durante el vuelo me dijo que se ganaba la vida como estibador. Para mí existía una incompatibilidad evidente, más aún, una imposibilidad social, entre ser estibador y artista de la plástica al mismo tiempo, tal era la estratificación clasista del Chile de aquella época, de la cual yo no escapaba. No obstante, el “shock” social no me impidió tomarme unas cuantas copas demás con el pintor-estibador, veterano de la Segunda Guerra Mundial y casado con una japonesa, quien se frotaba las manos diciéndome “mañana, cocina japonesa y cama japonesa”. Nos separamos en Panamá en donde debí esperar hasta el 20 para seguir viaje hasta La Habana.

El vuelo a La Habana, a bordo de un DC 6 de Branif, duraba en aquel entonces unas cuatro horas. Al aproximarnos a Cuba y ver los cayos o islas no podía creer lo bajos que eran, acostumbrado como estaba a un país de montañas como es Chile, y la impresión que tuve fue que en cualquier momento el mar cubriría esas tierras, no solamente los cayos sino también la isla grande ya que la provincia de La Habana se caracteriza por la ausencia de colinas y es casi totalmente plana: tiene una altura sobre el nivel mar que no llega a los 100 metros, si acaso. ¿Quién iba a pensar hace más de 50 años que ese escenario se convertiría en una trágica certeza si el calentamiento global del planeta no se reduce a tiempo?

Como no traía pasaje de salida de Cuba, al llegar al viejo aeropuerto de La Habana fui detenido por inmigración, pero al insistir en que venía a trabajar con el ministro Regino Botí, una llamada telefónica resolvió el problema y al poco tiempo llegó su jefe de despacho en el auto del propio ministro, un Chrysler Imperial de un tamaño y de un lujo que no había visto jamás en mi vida. Directo al restaurante El Templete, en la avenida del Puerto, frente a la ba-

hía de La Habana, en donde tropecé con el “jaibolito” de ron añejo Bacardí con hielo y soda, y un lechón relleno con congrí, también llamado moros y cristianos, que no es más que arroz blanco cocinado simultáneamente con frijoles negros. Además, coincidimos con uno de los legendarios miembros del Trío Matamoros. Días después comentaba con mis nuevos amigos cubanos, la costumbre que había descubierto en esta tierra: comer tomando ron. Insistí en mi apreciación sobre cómo el jefe de despacho me había propuesto beber los “jaibolitos” que siguieron durante toda la comida. Risas, y la información de que el personaje era conocido como muy bueno para el alcohol, o, como se dice en Cuba, era un “kurda”. Del restaurante, el jefe de despacho me llevó a la oficina del ministro Boti. Cuando llegamos, Boti estaba acompañado de dos personalidades, Osvaldo Dorticós, a la sazón ministro de Leyes Revolucionarias, y posteriormente presidente de Cuba, y por Bilito Castellano, magistrado del Tribunal de Cuentas, la Contraloría cubana de la época, y abogado defensor de los asaltantes del Cuartel Moncada liderados por Fidel Castro el 26 de julio de 1953.

Regino Boti me alojó en el Hotel Colina, frente a la Universidad de La Habana del cual a los pocos días me mudé a un pequeño apartamento amoblado en la esquina de las calles 17 y 10 del Vedado. Ahí conocí a la primera mulata “jabada”, es decir, de pelo liso y ojos verdes, con piel aceitunada, mujer literalmente exótica e increíble para un chileno. Lástima que era muy jovencita, pero la impresión que me provocó todavía la conservo en mi memoria.

En ese mismo edificio se alojaron los integrantes del equipo de la CEPAL, en la medida en que iban llegando.

La Habana en marzo de 1959 estaba igual que como era antes del triunfo revolucionario. Me sentía como un campesino en una gran

ciudad ante la increíble cantidad de automóviles, todos modernos para mí, de todas las marcas, principalmente estadounidenses, el sofisticado surtido de las tiendas y de los supermercados en donde había cervezas de distintos países, cualquier variedad de whisky y de vinos importados, e inclusive comidas listas congeladas traídas desde Estados Unidos. Este despliegue de productos importados era inconcebible para un chileno que venía de un país en que regía un severo y discriminatorio régimen de permisos de importación por lo exiguo del valor de sus exportaciones. Todo ello con la presencia de miembros del Ejército Rebelde de Fidel por todas partes y una desbordante alegría. El Santiago de aquellos años era una ciudad espartana al lado de La Habana, y a la cual le faltaban obviamente estos personajes casi mitológicos, vestidos de verde olivo y con pistolas Colt 45 al cinto. Y cuando me llevaron al Tropicana a ver el show Carnaval en Río, me sentí como en una película musical de la Metro Golding Mayer. Mención aparte de las famosas modelos del Tropicana con increíbles cuerpos llenos a la cubana. En dos palabras: un ambiente nocturno delirante con casinos en todos los hoteles y, desde luego, también en el Tropicana.

Las cubanas merecen un párrafo especial. La mezcla de razas europeas, africanas y asiáticas, con algunos atisbos genéticos del indio caribeño, logra bellos ejemplares exóticos que despiertan el entusiasmo de cualquier varón. Es parte muy importante de la cultura cubana la convicción de que la hembra nació ante todo para atraer a los machos. Todo lo demás es secundario para ellas. Y para lograrlo la naturaleza les dio principalmente unos glúteos muy bien desarrollados de los cuales ellas sacan el mejor partido posible al vestirse de manera muy ajustada, amén de los senos, más el arte de mover el cuerpo al caminar como si fueran panteras. De ahí por qué acuñé el término de “devoradoras de hombres” que les aplico a esos monumentos del sexo que Dios ha creado para la felicidad

de los hombres. Practican el amor “a finish”, sin inhibiciones de ningún tipo y el objetivo final para ellas es dejar al hombre absolutamente exhausto, y de ahí la expresión popular de “dormirse a un hombre” que ellas utilizan para expresarlo.

Los cubanos son muy diferentes de los chilenos, por lo menos de los que viven en Santiago. Ante todo, su naturaleza les exige comunicarse con otros seres humanos. En Cuba todo el mundo se tutea al poco tiempo de conocerse. Miran a los ojos y al encontrarse, se conozcan o no, saludan con unos buenos días o unas buenas tardes, con lo cual la comunicación queda abierta para lo que decida alguno de los dos. En Cuba, el vecino es el pariente más cercano que uno tiene y las casas tradicionales tienen portales que dan a la calle para así poder participar de su movimiento sin salir de la casa. Durante las noches de calor, todo el mundo sale a sentarse en el portal, y si no lo tiene se instala en la acera. El padre de la antropología cubana, Fernando Ortiz, lo expresó de manera sintética cuando dijo que las dos columnas sobre las cuales está edificada la sociedad cubana son la familia y la amistad. Y nuevamente el dicho popular lo confirma: “Quien tiene amigos tiene un central azucarero”. Digamos que son profundamente humanos y sin prejuicios.

Cuando Regino Boti, en su época de estudiante, llegó a la Universidad de Harvard en la década de los años cuarenta del pasado siglo, le tocó compartir la habitación con un estudiante estadounidense. Al presentarse, este último notó que Regino no le dio ninguna importancia a su apellido, notoriamente judío. Ante la falta de reacción de Regino, su compañero de cuarto le dijo “soy judío”, a lo cual Regino le contestó con entera seriedad “¿y eso qué es?”, porque en Cuba a los judíos les dicen “polacos” con lo cual revelan una genuina y total desinformación sobre los avatares de ese pueblo, particularmente en la época de Jesús. Boti y el estudiante

establecieron una profunda amistad que duró toda la vida pese a haber estado separados a partir de 1959, uno en Estados Unidos y el otro en la Cuba Revolucionaria.

Algunos años después de mi llegada a Cuba, un buen amigo argentino, que trabajaba en la editorial revolucionaria y que estaba casado con una cubana, me comunicó un día que se iba de la isla. En aquellos momentos, irse del país en medio de la confrontación con Estados Unidos era prácticamente una traición. Así que le dije de inmediato que si tenía algún problema me lo dijera para tratar de resolverlo. Él me dijo que no era el caso, y al insistir sobre los motivos de su partida, me replicó: “Tú sabes que yo soy judío y la verdad es que como judío no puedo vivir en un país en el cual no hay antisemitismo”. La razón era que se marchaba a cumplir una tarea revolucionaria, según me enteré mucho después, y que, por razones obvias, no me lo podía comunicar en esos momentos.

Es verdad que al principio de la Revolución había discriminación en contra de los negros y mulatos, pero no como en Estados Unidos sino como en el Brasil de aquellos días. La Revolución lograría la igualdad política y de oportunidades educativas para todos sin excepción pero quedaría un sesgo que no es otro que el proveniente del origen cultural de los negros, mejor dicho, de los africanos, así como de los blancos. Proviene de culturas distintas y estas, el segundo código genético que poseemos según mi apreciación, no se disuelven ni con una revolución. Y la cultura africana es muy fuerte: ellos también tuvieron muchos siglos para crearla y se traspasó de padres a hijos esclavos y continuó después de que desapareciera la esclavitud en Cuba en 1880.

Pero de mayor significación en mi transformación personal que el descubrimiento de las características de la cultura cubana, fue

sin duda alguna el enorme contraste entre el tipo de política a la cual estaba acostumbrado en Chile y la que se estaba desarrollando en Cuba. Un proceso revolucionario armado que se inicia como la única vía alternativa a un golpe de Estado militar, más o menos aceptado por la casi totalidad de los partidos políticos de la época, mediante la creación de una nueva organización política que hace su debut atacando a la segunda fortaleza militar de la isla para tratar de apoderarse de ella y de sus armas y llamar a la insurrección popular. Después de su fracaso y de casi dos años de cárcel para sus dirigentes, se organiza en México una expedición libertadora de solo 82 hombres para luchar en contra de 80.000 soldados y policías que tuvieron el apoyo militar y político de estados Unidos. Casi aniquilada la insurrección y a los pocos días del desembarco reducida a solo 12 hombres y 7 fusiles, logra ganar la guerra en solo dos años. Esto nada tenía que ver con una política basada en la existencia de partidos como agentes exclusivos de un formalismo democrático burgués. Descubrí otra manera de hacer política en la cual los personajes rápidamente se sacan las máscaras para mostrarse tal cuales son y se juegan el pellejo por sus ideas. Al principio los revolucionarios cubanos daban la impresión de que eran unos “locos” por la forma de pensar y de actuar, para ellos nada era imposible, hasta que uno comprendía que eran así a consecuencia del tipo de lucha que emprendieron y del éxito que tuvieron.

No pude resistir la amplitud de la oferta de mercancías en La Habana de principios de 1959. Me gasté los USD 1.000 (de la época) en una tarde: una “cuña” dos puertas Mercury automática de 1952, un equipo de alta fidelidad como había visto solo uno en Santiago, y un televisor con pantalla rotatoria Philco (la televisión llegó a Chile en 1964). Por las tardes después del trabajo, cuatro de los asesores “cepalinos” que se habían mudado a un espléndido apartamento

del edificio Foxa frente al mar, se dedicaban a mirar televisión hasta que se acababan los programas. Habían descubierto la atracción de la “caja para idiotas” como se denominó a la TV en esa época. Pero Fidel les iba a dar otra sorpresa y otra lección: la utilización de la televisión para formar ideológicamente a su pueblo y contarles verdades que se les habían ocultado por mucho tiempo. Y cuando en esos días Fidel hablaba, y a veces lo hacía más de una vez por semana, las calles de La Habana estaban desiertas: todo el mundo estaba frente a un televisor. Es seguramente la primera vez en la historia que todo un pueblo fue ideologizado por su líder, un excepcional comunicador, gracias a la televisión.

Pero hubo más que disfrutar de la televisión por las noches. Me había reservado en el apartamento que compartía el cuarto y el baño destinados a la criada, pero que tenía su propia puerta de entrada al apartamento. Así podría recibir discretamente a mis visitantes femeninas. El primer encuentro con una experimentada mulata cubana merece mención aparte. Convencido de mi vasta experiencia chilena, inicié las acciones a mi manera, ante lo cual la mulata me dijo al rato: “Déjame a mí”. Y me di cuenta de que acababa de iniciar mi educación sexual “a la cubana”.

Pero ya el propio 22 de marzo, recién llegado a Cuba, frente al antiguo Palacio Presidencial me había tocado ver algo sorprendente, otra experiencia inconcebible en Chile o en cualquier otro país de América Latina: al comandante Raúl Castro, jefe del Ejército Rebelde, del brazo con David Salvadores, secretario general de la Central de Trabajadores de Cuba, encabezando un desfile conjunto de obreros y guerrilleros victoriosos. Posteriormente, y por primera vez, vi a Fidel Castro exigir que se llevaran un toldo que habían puesto para que no se mojara al empezar a llover y demostrar así que este nuevo tipo de dirigente político se la jugaba con el pueblo

que había venido a escucharlo. Ambas cosas me confirmaron que algo muy profundo empezaba a suceder en Cuba.

Sin embargo, en materia de trabajo estaba francamente confuso. Todo se movía, todos eran presagios de mayores cambios, pero sin que yo percibiera una dirección clara. Se estaba produciendo la toma del Estado, todavía bajo el control de la antigua burocracia batistiana, por las fuerzas revolucionarias y yo no estaba en condiciones de percibir la intensa lucha política que se desarrollaba en el seno del Gobierno, así como entre las propias fuerzas revolucionarias mientras estas se decantaban en el transcurso vertiginoso de la real toma del poder político por medio de las instituciones. En este proceso siempre terminaba imponiéndose la fuerza ya incontrastable de Fidel a quien apoyaba sin vacilar la inmensa mayoría del pueblo con el cual tenía una comunicación extraordinaria y que le manifestaba una confianza total. Pero también Fidel tenía el talento de no ir más rápido de lo que el pueblo cubano podía comprender y aceptar. El rumbo estratégico empezó a definirse un sábado 17 de mayo de 1959. Camino a la playa de Varadero, por radio escuché en la voz de la locutora Violeta Casal de Radio Rebelde, que era la emisora en los días de la guerra en la Sierra Maestra, los artículos de la Ley de Reforma Agraria.

Si algo definió el carácter del proceso revolucionario cubano que se iniciaba fue esa ley. Puso un límite máximo de 60 caballerías, unas 800 hectáreas, a la tenencia de la tierra en Cuba cuando había fincas de más de 100.000 hectáreas en manos de empresas estadounidenses como la United Fruits y muchas más, entre ellas la de los padres de Fidel, quienes controlaban casi 10.000 hectáreas, las cuales fue expropiadas igual que las otras. Además la ley creaba el Instituto Nacional de la Reforma Agraria fuera de la estructura del Estado, con personal de confianza de Fidel, quien así reveló una

gran perspicacia política al excluir a la burocracia estatal de la época de la puesta en vigor de esta ley y de esa manera constituir un nuevo organismo revolucionario que se convirtiera en corto plazo en el núcleo del naciente Estado revolucionario cubano.

Por algo menor que esa Ley de Reforma Agraria cubana, la CIA organizó la fuerza armada, que con Castillo Armas a la cabeza, en 1954 invadió Guatemala en donde se había promulgado una tímida reforma agraria bajo el Gobierno de Jacobo Arbenz. Como ya dije, eran los años del Gobierno de Eisenhower, con John Foster Dulles en la Secretaría de Estado y con su hermano a la cabeza de la CIA, entidad que no dejó de tomar nota de lo que acababa de suceder en Cuba. Cuando Fidel visitó Washington en mayo de 1959 y se entrevistó con el vicepresidente Nixon, pues el presidente Eisenhower no lo recibió, aquel escribió su famoso memorando para Eisenhower en el que declaró que Fidel era un gobernante incontrolable, a raíz de lo cual la CIA empezó sus operaciones subversivas en contra de la Revolución Cubana, a las cuales se sumaron todas las demás medidas en los terrenos económico y diplomático. Qué se podía esperar de un país con un gobierno cuyo secretario de Estado dijo una vez con una total franqueza, “hay que reconocerlo, los Estados Unidos no tienen amigos sino intereses”, ¡y la Revolución Cubana le estaba tocando sus intereses!

En el fervor popular por la reforma agraria se destacaba, como siempre, el propio Fidel, que en sus comparencias televisadas y en sus discursos ante concentraciones populares abogaba por reunir fondos destinados a esa reforma y más de una vez en un raptó de entusiasmo revolucionario dijo públicamente que donaba su sueldo del mes para esa causa, con lo cual sus ministros, por solidaridad con ese gesto, seguían su ejemplo y también donaban el suyo. Esas expresiones de solidaridad con la causa revolucionaria provocaban

las consecuentes angustias financieras en los hogares y muestra de ello eran las visitas de Regino Boti, ministro de Economía, a sus antiguos colegas de la CEPAL que residían en el edificio Foxa en busca de un préstamo que le permitiera terminar el mes. En verdad, este tipo de comportamiento era algo nuevo en la geografía política de América Latina. Pero la Ley de la Reforma Agraria fue también el elemento que aceleró la polarización de las fuerzas políticas revolucionarias: los que no pasaban de ser reformistas de la realidad existente en Cuba y los que verdaderamente querían transformarla, a la cabeza de los cuales estaba Fidel.

Me tomó mucho tiempo llegar a comprender la naturaleza de estos nuevos políticos revolucionarios y el corte radical que llevaron a cabo con las prácticas tradicionales de la política cubana. No fue solamente el aspecto que las armas y los uniformes les daban a estos “diletantes” políticos, sino que ninguno, salvo Fidel, tenía experiencia en esa materia, aunque eran precisamente esas características las que permitirían comprenderlos en la medida en que fueran consideradas como “pistas” para desentrañar su nueva naturaleza. Fue la vida en medios de la selva y de las montañas, la vida reducida a la existencia en grupos relativamente pequeño de cual todos dependían para sobrevivir, así como el grupo a su vez dependía de los habitantes más pobres y humildes de Cuba, sus campesinos marginados en las montañas. Fue el manejo de las armas mediante tácticas desarrolladas por ellos mismos lo que los llevó a éxitos sucesivos a pesar de las derrotas que habían experimentado al inicio. Y sobre todo, fue la idea de Fidel, inconcebible en América Latina, de que el camino al triunfo político pasaba por el triunfo militar sobre las fuerzas armadas regulares al servicio del dictador Batista. Me tomó mucho tiempo comprender que la síntesis del guerrillero y de la función política había creado otro tipo de político.

También demoraría mucho tiempo en entender que en aquellos primeros meses del año 1959 el rumbo estratégico que seguía Fidel era su programa de acción gubernamental con el que justificó el asalto al Cuartel Moncada el 26 de julio de 1953, que se conoce como su defensa al ser juzgado bajo el título de “La historia me absolverá” y que redactó estando en prisión después de ese suceso.

En sus propias palabras:

“En el sumario de esta causa han de constar las cinco leyes revolucionarias que serían proclamadas inmediatamente después de tomar el cuartel Moncada y divulgadas por radio a la nación. Es posible que el coronel Chaviano haya destruido con toda intención esos documentos, pero si él los destruyó, yo los conservo en la memoria. La primera ley revolucionaria devolvía al pueblo la soberanía y proclamaba la Constitución de 1940 como la verdadera ley suprema del Estado, en tanto el pueblo decidiese modificarla o cambiarla, y a los efectos de su implantación y castigo ejemplar a todos los que la habían traicionado, no existiendo órgano de elección para llevarla a cabo, el movimiento revolucionario, como encarnación momentánea de esa soberanía, única fuente de poder legítimo, asumía todas las facultades que le son inherentes a ella, excepto la de modificar la propia Constitución: facultad de legislar, facultad de ejecutar y facultad de juzgar. Esta actitud no podía ser más diáfana y despojada de chocherías y charlatanismo estériles: un gobierno aclamado por la masa de combatientes, recibiría todas las atribuciones necesarias para proceder a la implantación efectiva de la voluntad popular y de la verdadera justicia. A partir de ese instante el Poder Judicial, que se ha colocado desde el 10 de marzo frente a la Constitución y fuera de la Constitución, recesaría como tal poder y se procedería a su inmediata y total depuración antes de asumir nuevamente las facultades que le concede la Ley Suprema de la República. Sin estas medidas previas, la vuelta a la legalidad poniendo su custodia en manos que claudicaron deshonrosamente, sería una estafa, un engaño y una traición más”.

“La segunda ley revolucionaria concedía la propiedad inembargable e intransferible de la tierra a todos los colonos, subcolonos, arrendatarios, aparceros y precaristas que ocupasen parcelas de cinco o menos caballerías de tierra, indemnizando el Estado a sus anteriores propietarios a base de la renta que devengarían por dichas parcelas en un promedio de diez años”.

“La tercera ley revolucionaria otorgaba a los obreros y empleados el derecho de participar del treinta por ciento de las utilidades de todas las grandes empresas industriales, mercantiles y mineras, incluyendo centrales azucareros. Se exceptuaban las empresas meramente agrícolas en consideración a otras leyes de orden agrario que debían implantarse”.

“La cuarta ley revolucionaria concedía a todos los colonos el derecho a participar del cincuenta y cinco por ciento del rendimiento de la caña y cuota mínima de cuarenta mil arrobas a todos los pequeños colonos que llevasen tres años o más de establecidos”.

“La quinta ley revolucionaria ordenaba la confiscación de todos los bienes a todos los malversadores de todos los gobiernos y a sus causahabientes y herederos en cuanto a bienes percibidos por testamento o abintestato de procedencia mal habida, mediante tribunales especiales con facultades plenas de acceso a todas las fuentes de investigación, de intervenir a tales efectos las compañías anónimas inscritas en el país o que operen en él donde puedan ocultarse bienes malversados y de solicitar a los gobiernos extranjeros extradición de personas y embargo de bienes. La mitad de los bienes recobrados pasarían a engrosar las cajas de los retiros obreros y la otra mitad, a los hospitales, asilos y casas de beneficencia”.

“Se declaraba, además, que la política cubana en América sería de estrecha solidaridad con los pueblos democráticos del continente y que los perseguidos políticos por las sangrientas tiranías que oprimen a naciones hermanas encontrarían en la Patria de Martí, no como hoy persecución, hambre y traición, sino asilo generoso,

hermandad y pan. Cuba debía ser baluarte de libertad y no eslabón vergonzoso de despotismo. Estas leyes serían proclamadas en el acto y a ellas seguirían, una vez terminada la contienda y previo estudio minucioso de su contenido y alcance, otra serie de leyes y medidas también fundamentales como la Reforma Agraria, la Reforma Integral de la Enseñanza y la Nacionalización del Trust Eléctrico y el Trust Telefónico, devolución al pueblo del exceso ilegal que han estado cobrando en sus tarifas y pago al fisco de todas las cantidades que han burlado a la Hacienda Pública”.

“El problema de la tierra, el problema de la industria, el problema de la vivienda, el problema del desempleo, el problema de la educación y el problema de la salud del pueblo, he ahí concretados los seis puntos a cuya solución se hubieran encaminado resueltamente nuestros esfuerzos, junto con la conquista de las libertades públicas y la democracia política...”.

Pero era imposible llevar a cabo ese programa sin tener el control de la economía del país, y en la medida en que sus acciones tácticas dejaban entrever el objetivo estratégico, se polarizaban dentro de la fuerza revolucionaria, los que no estaban de acuerdo en ir tan lejos y los que seguían a Fidel sin vacilar. Expresión de esto fue la renuncia de Fidel al cargo de primer ministro por incompatibilidad política con el presidente Urrutia, lo que provocó la dimisión de este el 17 de julio de 1959. Urrutia fue sustituido por Osvaldo Dorticós y Fidel se reincorporó a su cargo.

## EN EL INSTITUTO NACIONAL DE LA REFORMA AGRARIA

Un día del mes de junio de 1959, se recibió en el Ministerio de Economía, en donde trabajaba, la visita de Oscar Pino Santos, flamante jefe de producción del recién creado Instituto Nacional de la Reforma Agraria, INRA (que era presidido personalmente por Fidel), quien había venido al Ministerio de Economía a pedir la colaboración de los economistas de la CEPAL. En un raptó de oportunismo, me ofrecí inmediatamente para colaborar con Pino Santos, quien me invitó a trabajar en el INRA. Y así fue como en el mes de junio de ese año inicié mis labores en un gran despacho anexo al del jefe de producción en el cuarto piso del edificio en el cual se había instalado el INRA, construido bajo el régimen anterior para albergar la Alcaldía de La Habana y en donde de verdad sucedían las cosas. En efecto, el INRA fue el germen del futuro Estado revolucionario desde el cual Fidel, como su presidente, fue tomando las posiciones institucionales necesarias para transformar a Cuba ¡y yo me había “colado” dentro de esa institución!

El INRA era territorio verde olivo, vale decir, fidelista: desde los que hacían guardia en la entrada hasta los que trabajaban adentro, más los continuos visitantes. ¡En aquel edificio se respiraba revolución! Pero a esta altura del debate, había diversas concepciones de lo que era hacer la revolución. Desde la de un enorme guardia veterano del Ejército Rebelde, en cuyas manos la carabina M1 parecía un juguete, quien me dijo que ya él había cumplido y que por lo tanto regresaba a su finca en oriente, pasando por el entusiasmo

en el trabajo diario de los funcionarios, pero sin una clara visión de que les esperaba, hasta Fidel, quien era el único que día a día iba trazando el futuro mediante acciones aparentemente circunstanciales. Solamente mirando retrospectivamente es que uno se da cuenta de cómo Fidel aprovechaba cada coyuntura para tomar una decisión aparentemente restringida a solucionar la problemática del momento, e iba engranando uno a uno esos pasos tácticos hacia un objetivo estratégico que no era fácil discernir en aquella época y que compartía únicamente con sus seguidores de más confianza, entre ellos Raúl y el Che.

Pino Santos era un reputado periodista, de mediana estatura, fuerte constitución física, pelo negro y barba cerrada, un poco achinado, con una tremenda inquietud por la economía y de muy buen carácter. Fidel lo había seleccionado por su postura política y su fama como periodista especializado en temas económicos para integrar el grupo que formuló la Ley de Reforma Agraria, en el cual participaron entre otros el Che, el capitán Núñez Jiménez y Alfredo Guevara, quien sería fundador del Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográfica.

Mientras conversaba con Pino Santos, miembro del Partido Socialista Popular, comunista, este llegó a la conclusión de que su nueva adquisición era confiable y fue explayándose sobre las directivas de Fidel, quien había dividido el país en 28 Zonas de Desarrollo Agrario, con un jefe en cada una de ellas que recibía directamente sus directrices. Pero la propiedad privada impone respeto y Fidel, consciente de ello y para romper la inercia, ordenó la intervención de una vez de 1.000.000 de hectáreas de los latifundios de la provincia de Camagüey, esencialmente ganadera y con un índice de explotación de la tierra de 13 hectáreas por cabeza de ganado. Ganadería extensiva mediante la cual un toro cebú demoraba cuatro

años para alcanzar las 1.000 libras. Pino Santos me comunicó que debido a esa instrucción de Fidel saldríamos al día siguiente hacia Camagüey para ver en el terreno cómo sucedían las cosas. Durante el viaje me confió que el jefe militar de Camagüey, el comandante Huber Matos, ejercía una gran influencia sobre el personal del INRA en la provincia y que como empresario arrocero tenía una concepción diferente de la forma y del ritmo con que se debía hacer la reforma agraria.

Para empezar, Pino Santos nos comunicó que por ningún motivo nos alojaríamos en Camagüey, en el mejor y único buen hotel, muy frecuentado por los latifundistas, por lo que tuvimos que meternos en un hotelucho de mala muerte en donde conocí las cucarachas más grandes que había visto en mi vida y comer en una cafetería popular sentado en sillas rotatorias frente al mostrador. Empezaba mi adecuación a las condiciones de vida espartanas, que dicho sea de paso, eran muy normales para los guerrilleros que hacía poco tiempo dormían en hamacas en plena montaña.

Me presentaron a Huber Matos y este, al enterarse de que era un economista de la CEPAL, me dedicó toda su atención durante la reunión multitudinaria que se centró en las nuevas directrices de Fidel, y que fue bastante larga, actitud que entendí no como un homenaje a mi personalidad (no era tan egocéntrico, solo un poco) sino como una actuación destinada a ser relatada a otros miembros de la CEPAL. No pasaría mucho tiempo, tres meses a lo sumo, para que Huber Matos, en 1959, tratara de dividir las fuerzas revolucionarias esgrimiendo como argumento una desviación de Fidel hacia el comunismo.

De regreso en La Habana y después de haber palpado el terreno en donde sucedían las cosas, le hice dos propuestas a Pino Santos.

La primera, la necesidad de incluir a más personal en su área, por lo cual me preguntó si le podía recomendar a gente “confiable”; le contesté que serían economistas que no tendrían vacilaciones ante medidas revolucionarias. Pino Santos me pidió que escribiera los nombres y les fijara un sueldo. Mis recomendados fueron desde luego mi exjefe Jaime Barrios, y Raúl “El Conejo” Maldonado, Edmundo Meneses y Sergio Aranda, los tres compañeros de estudio en la Escuela de Economía de la Universidad de Chile, todos miembros del Partido Comunista de Chile y recomendados no por sectarismo sino por sus capacidades y por ser confiables ante cualquier posición radicalmente revolucionaria que hubiese que adoptar. Al pasar por mi lado, Pino Santos me pidió la hoja mecanografiada y salió de la oficina. Fue al despacho del vicepresidente del INRA, el capitán Núñez Jiménez, y al regresar me dijo simplemente: “Diles que ya están contratados y que se vengán”.

La segunda de mis propuestas fue organizar una reunión de todos los jefes de las 28 Zonas de Desarrollo Agrario con Fidel, para unificar políticas generales y adaptarlas a las condiciones particulares de cada zona. El encuentro fue igualmente aceptado por la alta dirección del INRA y se llevó a cabo en julio de 1959. Por ahí, en la antigua revista INRA debe haber una foto en la cual aparecen estos hombres de acción vestidos con uniformes verde olivo y pistola al cinto y, en un rincón, un joven de cuello y corbata que desentonaba totalmente en aquel ambiente visiblemente revolucionario: yo.

Fue mi primera sesión de trabajo con Fidel. Waldo Medina, el llamado “Juez justo” por su actitud durante la dictadura de Batista, era el director jurídico del INRA, y como la Ley de Reforma Agraria contemplaba el pago de las tierras que serían expropiadas con bonos que devengaban 4% anual, Waldo había preparado para esa reunión unas fotos aéreas observables mediante unos prismáticos

especiales a fin de determinar, exactamente, los linderos de las fincas a expropiar. Ante los requerimientos de Waldo, Fidel observó ese despliegue, miró a través de los anteojos especiales con visible impaciencia y poco entusiasmo. Posteriormente se dirigió a los presentes y dijo más o menos lo siguiente: “Vamos a tumbar todas las cercas de este país, vamos a hacer lo que tenemos que hacer, y después vamos a legislar. ¡Pero no nos llevamos una luz roja en la calle!”. Al escuchar esas palabras tan gráficas y sencillas y al mismo tiempo tan llenas de contenido revolucionario, pensé en Lenin, el Estado y la revolución, obra que acababa de leer, y al contemplar a Fidel lo vi, o mejor dicho, lo sentí de otra manera al captar ese espíritu revolucionario que emanaba de él. Fidel adquirió para mí una aún mayor dimensión política e intelectual y pensé “es verdad, estoy metido de lleno en una verdadera revolución”. Pero quizás el episodio más significativo que me mostró un Fidel muy por encima de convencionalismos patrioteros y de falsos sentimientos nacionales ocurrió cuando un jefe de zona de Camagüey le preguntó cómo debían ser tratados los campesinos haitianos (miles de ellos habían venido en el pasado a Cuba a cortar caña de azúcar y se habían quedado a vivir en el país) a la hora de repartir los latifundios y conceder un título de propiedad a los aparceros, precaristas y en general a los campesinos sin tierra. Fidel le respondió: “¿Viven en Cuba?, ¿han sido explotados en Cuba? Entonces tienen los mismos derechos que todos los demás”. Muchos años después, al escuchar nombres franceses de “pichones de haitianos” como se les dice en Cuba a los descendientes de haitianos, entre los campeones olímpicos y mundiales cubanos, recordaría ese episodio. Porque el padre del tricampeón olímpico de boxeo Teófilo Stevenson hablaba el español con acento inglés, como tantos jamaicanos radicados en Cuba por las mismas razones que los haitianos, a quienes se les dio el mismo tratamiento.

Tuve otra oportunidad de acercarme nuevamente al Fidel de 32 años de edad “en vivo y en directo”, como se dice hoy en día, la mañana en que acompañé a Pino Santos a una reunión con él, que se celebraría en una vasta sala del 4º piso del INRA, llena de rebeldes y de funcionarios de la reforma agraria en las provincias.

Carisma es la especial capacidad de una persona para atraer y fascinar. Si hay alguien a quien se le puede aplicar esta definición es a Fidel Castro. Alto, de 1,85 metros, con su perfil griego clásico y su barba, el Fidel joven impresionaba a primera vista y cuando hablaba la fascinación era imposible de evitar, más aún cuando exponía sus proyectos, que por lo general desafiaban lo establecido y hasta lo que se consideraba posible. Es el único ser que conozco que era capaz de llenar un estadio con su sola presencia, tal es lo que emana de él.

Durante esa reunión, en cierto momento el delegado a cargo de la Zona de Desarrollo Agrario de Guantánamo le explicó con mucho entusiasmo a Fidel cómo le estaba comprando el maíz a los campesinos a un precio y vendiéndolo a un precio muy superior. Fidel estalló como el volcán Krakatoa, tildó al delegado de tener un espíritu de “bodeguero” (almacenero en Cuba), y agregó que debía pagarles el mayor precio posible ya que su función no era lucrarse a costa del campesinado. Esa “erupción” no duró más de dos o tres minutos (pues, dicho sea de paso, no hay cuerpo humano que lo aguante más tiempo), al cabo del cual le pasó el brazo por el hombro al sujeto, y le explicó el objetivo político de su función. Al finalizar, este, con los ojos brillantes, exclamó ante mí: “¡Qué grande es Fidel!”. Al rato llamaron por teléfono a Fidel para darle la noticia de que un estadounidense que había sido contratado por el Instituto del Turismo se había fugado con una fuerte cantidad de dinero. Nuevamente estalló el volcán, esta vez con apelativos

muy elocuentes entre los cuales me llamó la atención el de “mentalidades neocolonizadas”, y terminó el incidente con una llamada a Bilito Castellano al cual le dio la orden de tomar el mando del referido instituto y de “limpiarlo”. El encuentro duró hasta la noche; cuando me presentaron a Fidel, este me pasó el brazo sobre los hombros y me preguntó hasta cuándo me quedaría en Cuba, a lo que respondí espontáneamente: “Hasta que usted me bote del país”. Eso todavía no ha ocurrido.

Ese encuentro con Fidel hizo que se me tildara de descortés con Salvador Allende, quien estaba de visita en La Habana. Los chilenos del equipo de la CEPAL lo habíamos invitado a almorzar en nuestro apartamento del edificio Foxa y no asistí a esa actividad. Cuando Allende me preguntó el motivo de mi ausencia, tuve la mala idea de decirle que la causa había sido esa reunión con Fidel. Creo que nunca me lo perdonó.

Esas vivencias en la Cuba revolucionaria, esas oportunidades de ver y de escuchar a Fidel, despertaron en mí un enorme entusiasmo revolucionario que no dejé de expresar en mis cartas a mis amigos en Chile y en particular a aquellos para los cuales había conseguido trabajo en el INRA. Pero otra era la percepción en Chile y mis “reclutas” consideraban mis apreciaciones como fruto del entusiasmo de un joven ante simples apariencias de una revolución que a lo sumo era democrático-burguesa. El frío análisis de comunistas “experimentados” indicaba la conveniencia de asumir una posición de duda al respecto. Por lo tanto, con ocasión de un viaje a Chile de Carlos Rafael Rodríguez, alto miembro del Partido Socialista Popular, PSP, comunista, los cuatro reclutados le pidieron una entrevista a la cual accedió. Le plantearon que un joven amigo, de poca experiencia política, les había ofrecido trabajo en el INRA, que él opinaba que se estaba llevando a cabo una verdadera revolución,

pero que ellos creían que se había dejado llevar más por el entusiasmo que por la realidad. Me contaron después que Carlos Rafael se rió y les dijo: “Pues vuestro amigo tiene toda la razón. Es una verdadera revolución”. Después de eso, aceptaron la oferta pero ya no “por la libre” como se dice en Cuba, sino como un apoyo del Partido Comunista Chileno al Partido Socialista Popular y, por su intermediación, al proceso revolucionario cubano. Los comunistas chilenos habían descubierto, sin saberlo, el internacionalismo proletario.

Mientras tanto, yo seguía experimentando las vivencias del choque con la cultura cubana y con el espíritu revolucionario que había invadido al país.

El capitán Julio Suárez, miembro del PSP, parecía un ogro con su larga barba, su voz de barítono y su cuerpo más bien rollizo. Era el delegado provincial del INRA en Matanzas. Lo había conocido en reuniones celebradas en el instituto y habíamos trabado amistad. En ocasión de uno de los viajes que hacía a las provincias para “tocar” la reforma agraria, lo llamé a Matanzas para comunicarle que lo visitaría. Julio me ofreció inmediatamente hospitalidad y terminó diciendo: “Bueno, te quiero”. Pensé: “¡Mierda, me salió maricón!”, porque en Chile esa frase entre hombres no tenía otra explicación. Pero estaba en Cuba y en este país es una expresión común de afecto entre hombres y entre mujeres. Por lo tanto, con aprehensión fui a Matanzas y acepté la hospitalidad de Julio Suárez, durante la cual ninguna complicación afectó mi pudor.

Transitando en mi automóvil por la carretera central a más de 100 kilómetros por hora, fui detenido por exceso de velocidad por un policía motorizado, un “caballito” como se les dice en Cuba. Solamente pude argumentar que viajaba por razones de trabajo y mostré

mi credencial del INRA, ante lo cual el policía me dijo “¡Adelante la Reforma Agraria!”, y se despidió con un cordial saludo de compañero a compañero. ¡Qué tiempos aquellos!, pienso hoy en día cuando me detiene un policía de tránsito y generalmente me multa.

Un día tuve un encuentro que me marcaría durante los siguientes 47 años. Al bajarme del automóvil después de estacionar en el parqueo lateral del INRA, vi frente a mí descender de un antiguo Mercedes de la época a la criatura más bella que había visto en mi vida, con una figura de guitarra sobre zapatos de tacón alto. Acompañaba a un comandante barbudo que también se bajó y ambos se dirigieron a la entrada lateral del edificio del INRA. Un rato después, desde mi oficina del 4º piso, que daba al pasillo, vi a la bella criatura, que volvió a pasar a los pocos segundos evidentemente en plan de espera. Salí de la oficina y sin mayor preámbulo entablé conversación con ella y así me enteré de que se llamaba Anita Ortega y de que era la secretaria del comandante Pedro Miret, ministro de Agricultura. Cautivado por su belleza y su gentileza le pregunté cómo podía verla nuevamente, y ella me dijo que en su oficina del ministerio. Al día siguiente le hice la primera visita, ocasión durante la cual ella me presentó a su jefe. Esa fue la primera de muchas visitas con sus correspondientes invitaciones a salir de noche. Había quedado prendado de la bella Anita, mejor dicho, profundamente enamorado. Fue lo que los franceses llaman un coup de foudre. Era la encarnación de un ideal para un profesional pequeñoburgués en proceso de transformarse en revolucionario: bella, graciosa, educada, con estudios de piano, taquimecanógrafa en español e inglés, y sobre todo muy gentil. Las salidas nocturnas eran con “chaperona”, situación que era atenuada por una amiga de Anita que se convertía en inevitable compañera del “Conejo” Maldonado, quien ya estaba en Cuba. Pero como trabajaba hasta altas horas de la noche, aprovechaba la circunstancia para sacarla de su

oficina cuando su jefe estaba en el Consejo de Ministros o en una reunión fuera del ministerio y disfrutaba entonces de un encuentro íntimo, pero limitado solamente a las caricias de adolescentes, con alguna que otra frescura a la altura de los senos que fueron aceptadas sin chistar.

Pedro Miret no dejó de darse cuenta de mi fascinación por Anita. Compartimos muchas veces cuando llegaba a visitarla a sus oficinas y él estaba presente. Así que fue inevitable que, como ministro de Agricultura y Minería, un día me pidiera que visitara una instalación industrial minera recién construida y situada en el pueblo de Santa Lucía, provincia de Pinar del Río. Quienes me acompañaron y yo partimos por carretera y hubo que atravesar la sierra de los Órganos para llegar a la planta, que estaba al borde del mar. Rometales, como se llamaba, había sido construida por un empresario cubano de apellido Romagoza con créditos estatales. El problema era que la firma francesa Speichim había calculado y diseñado la planta para un determinado mineral compuesto de hierro, azufre, cobre y oro, composición que resultó muy diferente a la que realmente existía en los yacimientos cercanos. Debido a que la instalación tenía como contrapartida un crédito estatal, el negocio verdadero fue la sobrevaloración de la inversión, que le proporcionó a Romagoza un beneficio exento de riesgo alguno. En dos palabras, la planta nació tullida y después de ser expropiada hubo que operarla por debajo de sus parámetros de diseño con las secuelas económicas correspondientes.

El viaje me permitió ver y conocer la realidad de la pobreza de los campesinos en las montañas de la provincia de Pinar del Río, la más occidental de Cuba, llamada “La Cenicienta”, imposible de constatar desde La Habana. Niños descalzos y casi desnudos con la barriga hinchada por los parásitos, bohíos miserables con piso

de tierra, ausencia total de asistencia sanitaria y educacional; el mismo panorama que después vería en las montañas de los estados Yaracuy y Falcón, en Venezuela. Pude ver con mis ojos la miseria en el campo cubano, que contrastaba obscenamente con el lujo y la riqueza de La Habana. Esa era la historia de Cuba: cuatro siglos de concentración de la riqueza en La Habana y de la miseria en el interior del país. ¡Jamás existió la famosa “tacita de oro” de la que hablan los trasnochados cubanos de Miami cuando se refieren a la Cuba prerrevolucionaria!

Un día Pino Santos me entregó un expediente de la posible reapertura de una anticuada refinería de azúcar en Cárdenas, provincia de Matanzas, cerrada desde 1953. Pero sus obreros mantuvieron durante todos esos años la unidad y los intentos para que se reabriera, cosa comprensible en un país donde el desempleo superaba 20%. Ahora, venían con la propuesta de reabrir la para suministrar el azúcar a una fábrica de dulces y caramelos que establecería el administrador de la refinería Arrechabala, de esa misma ciudad, para lo cual este solicitaba al INRA un préstamo de unos 4 millones de pesos de la época, equivalentes a 4 millones de dólares estadounidenses. Luego de estudiar el caso, mi respuesta fue que el dichoso y oportunista administrador quería montar una empresa particular con los fondos del Estado y utilizar al sindicato de la refinería como “palanca política”, y mi respuesta fue un rotundo no. Días después, Pino Santos me invitó a ir a Varadero para sostener una reunión con el administrador y la dirección del sindicato de la refinería que se celebraría nada menos que en el Hotel Internacional de ese balneario. Pino Santos dio la cara y de la manera más suave del mundo dijo que la respuesta del INRA era un no al proyecto, y citó la conclusión “del experto” que lo había analizado. El representante del sindicato de la refinería nos invitó a un acto en la ciudad de Cárdenas y, de repente, estábamos ante cientos de per-

sonas prestas a escuchar a Pino Santos explicar el no al proyecto. Pero seguidamente, oradores del sindicato empezaron a exigir un sí y el ambiente comenzó a calentarse, lo que me motivó a decirle a mi amigo, el capitán Julio Suárez, quien nos acompañaba, “esto se está poniendo malo de verdad”, ante lo cual Julio dijo: “No te preocupes que al final hablo yo”. Y efectivamente, Julio Suárez resultó ser un tremendo orador de “barricada” y el acto terminó con vivas a la Revolución y con Julio prácticamente cargado en hombros. Sin embargo, todo eso no impidió la publicación de ataques en la prensa local, en la que aparecieron apreciaciones no muy agradables sobre mi persona, como por ejemplo que era un tecnócrata de mala muerte. No podía imaginarme que este caso sería el pretexto que utilizaría un día cercano para establecer una relación directa con el Che.

Transcurrieron los primeros seis meses de mi estadía en la Cuba revolucionaria y al cabo de ese tiempo ya me sentía parte del proceso, en buena medida gracias a la actitud fraterna de los cubanos que me rodeaban, para quienes mi origen no tenía ninguna importancia, ya que existían en ese momento en Cuba únicamente dos tipos de personas: revolucionarias y contrarrevolucionarias. Pero sí bien yo me incluía en el primer grupo, ¡estaba aún muy verde!

## CHE

Una tarde del mes de septiembre, mientras estaba en el despacho de Pino Santos se abrió la puerta y entró el Che. Acababa de regresar de un prolongado viaje por los países no alineados y Fidel lo acababa de nombrar jefe del Departamento de Industrialización del INRA, para sustituir al simpático y descarado “Moro” Abich, que había sido propietario de bodegas en la Sierra Maestra y que me decía: “¿Ves lo gordo que está Fidel? Eso es por la comida que yo le daba en la sierra. Pero no se lo digas”. Para quienes no conocían bien a Fidel ni al Che y menos aún la estrecha amistad y comunidad de pensamiento que había entre los dos, ese nombramiento fue considerado como el fin del Che como dirigente de la Revolución Cubana.

El que entró esa tarde en la oficina de Pino Santos era la encarnación de un héroe mítico de la antigua Grecia, vestido con un uniforme militar de soldado y con su ya famosa boina negra con una estrella dorada. Fraternal, saludó a su amigo Pino Santos y al serme presentado, me extendió la mano con una mezcla de cortesía y de distanciamiento. Me quedé impresionado por haber conocido, al fin, a ese personaje ya legendario del cual había oído hablar muchas veces. La visita fue breve; Che venía a saludar a Pino Santos y con su característica modestia le pedía su ayuda para enfrentar esta nueva tarea que Fidel le había asignado.

No pasó mucho tiempo antes de que al utilizar el expediente del “affaire Cárdenas”, subiera al 8º piso del INRA, en donde se ha-

bía instalado el Che, con el pretexto de traspasarle a este un tema evidentemente de la competencia del nuevo jefe del Departamento de Industrialización. La puerta de la oficina estaba abierta y a la izquierda estaba Che, sentado frente a un buró acompañado del inflexible Pancho García Vals, su “comisario político” como me enteré más tarde. Frente a la puerta, el capitán Harry Villegas, hoy conocido como el Pombo de la guerrilla boliviana, estaba acostado en una butaca doble y un guerrillero de inequívoco aspecto de cubano oriental, el primer teniente Hermes Herrera, estaba sentado en una silla con una subametralladora sobre las rodillas. Imposible concebir una decoración más espartana y, por qué no decirlo, lamentable.

Con el pretexto de entregarle el famoso expediente inicié una conversación con Che que duró no menos de tres horas. Al tocar temas sensibles, le dije “voy a ser muy franco”, a lo que él me contestó: “Esa es la única manera en que podamos entendernos”. Al finalizar el encuentro le solicité trabajar bajo sus órdenes, y el Che me contestó: “Elige un buró y ponte a trabajar”. Así fue como ingresé al equipo que se estaba formando en el Departamento de Industrialización del INRA. ¡Me había vuelto a “colar”!

Con la autorización de Pino Santos empecé mis labores en el octavo piso del INRA. Lo primero que hizo el Che fue, como buen guerrillero, instalar una cocina para todo su pequeño colectivo en un “pantry” en el cual todos almorzaban por turnos, incluso el Che. Bien pensadas las cosas era verdaderamente una “guerrilla” que pretendía iniciar el desarrollo industrial de Cuba. Su jefe quería hacer cosas y en consecuencia los primeros proyectos en cartera eran de una diversidad digna de una quincalla. A saber, el proyecto favorito del Che, el guarapo enlatado destinado a derrotar a la Coca Cola, una fábrica de pilas para linternas, la producción del color caramelo para poder hacer un refresco cubano tipo cola,

el desarrollo de la mina de manganeso en oriente, una fábrica de bicicletas y otros que ya no recuerdo.

A la hora del almuerzo en nuestro nuevo comedor conocí al soldado Julio Cáceres, alias “El Patojo”, guatemalteco amigo del Che que había vivido con él en México, y que era jefe de personal del departamento. Julio me contó anécdotas sobre el Che, entre las cuales estaba la de su actividad como fotógrafo en la calle para ganarse la vida, y que cuando veía a una mujer con un niño que parecía ser su hijo le ofrecía “tomarle una foto al chiquito”, sin saber que con esa palabra, según Cáceres, los mexicanos se refieren al “culo” de una mujer. Cáceres moriría pocos años después como guerrillero en su país y el Che le dedicaría uno de sus relatos más conmovedores, en el cual expuso tres recomendaciones con las cuales sintetizó para “El Patojo” lo que es la guerra de guerrillas: “Movilidad constante, desconfianza constante y vigilancia constante”.

No es posible concebir una forma más modesta de iniciar la construcción de la nueva industria cubana. Sobraban capacidad de decisión y valor, tanto como ignorancia. Nuestras escuelas fueron las pocas empresas estatales que habían sido financiadas por el Estado mediante los bancos estatales Banfaic y Bandes, entre las cuales destacaban por su envergadura y tecnología las fábricas de papel en Cárdenas y en Rodas, así como la de fertilizantes nitrogenados de Matanzas.

Expresión simultánea de la ignorancia y de la falta de cuadros capaces al inicio del proceso de industrialización, fue el encargo del Che de que me ocupara de las industrias papeleras y químicas, a mí, que nunca había podido aprobar un examen de química a la primera. “Cosas veredes, Sancho”. Y la razón era muy simple: siempre la confianza política por encima de la competencia técni-

ca, cuando ya la lucha de clases estaba al rojo vivo y el Gobierno estadounidense iniciaba su injerencia ofensiva desestabilizadora.

Utilizar el papel es una cosa, pero conocer cómo se fabrica es otra muy diferente, y yo tenía la suficiente inteligencia para darme cuenta de mi ignorancia, lo que motivó que visitara las empresas que estaban bajo mi responsabilidad. Primero, el recorrido por la tecnología acompañado por el administrador del periodo anterior a la Revolución que estaba todavía en funciones, o por el ingeniero principal, para adquirir nociones “culturales” del proceso productivo y de sus problemas. Después, encuentro con un “compañero de confianza política” previamente identificado, al cual le preguntaba quiénes eran los técnicos indispensables para que la fábrica no se parara. Una vez conocidos sus nombres, tratamiento especial para ellos durante la visita a la fábrica, con oferta de resolverles cualquier problema, entrega del número de teléfono de la oficina e invitación a visitarme cuando fueran a La Habana. Es muy posible que hasta el día de hoy alguno de estos técnicos esté aún convencido de que yo tenía tendencias homosexuales y les había hecho una proposición “por si acaso”.

Otro caso que hoy me llena de vergüenza sucedió cuando visitaba la fábrica de fertilizantes nitrogenados de Matanzas. El comandante “Tabo” Machín, administrador revolucionario de la planta, me mostró unas 4.000 toneladas de nitrato de amonio dentro de un almacén parabólico de concreto. Como parte de mi cultura química se la debía al Readers Digest, recordé el artículo sobre la catástrofe sucedida en 1917, en el puerto canadiense de Halifax, cuando un barco cargado de nitrato, seguramente chileno, voló por los aires y destruyó la ciudad por explosión del nitrato, que tuvo una fuerza equivalente a 4 kilotonnes. Puse “en guardia” a “Tabo” Machín y muy probablemente lo angustié gratuitamente gracias a mi igno-

rancia revestida de seriedad seudotécnica. ¿No era acaso uno de los asesores del Che? “Tabo” murió en la guerrilla del Che en Bolivia.

Poco a poco se fueron incorporando jóvenes ingenieros, contadores y personal con experiencia administrativa y también poco a poco fuimos invadiendo las oficinas vacías del 8° piso del INRA.

Mirando retrospectivamente esa etapa de la Revolución Cubana, me llama la atención el parecido que tenía con la gesta de la guerra. Así como con un grupo inicial de 12 hombres con siete fusiles se llegó, a los dos años de lucha, a dominar todo el país y poner fuera de combate a las fuerzas armadas batistianas, el control y posterior desarrollo de la industria en Cuba se inició virtualmente como una guerrilla que fue expandiendo su acción en la medida de nuestras posibilidades hasta lograrlo en su totalidad. Me doy cuenta ahora de esa similitud con la guerra revolucionaria, con el temprano apoyo, a partir de 1961, de especialistas venidos de los países socialistas de Europa.

Un día, en el Departamento de Industrialización del INRA tropecé en uno de los pasillos con los dirigentes sindicales de la famosa refinería de azúcar cerrada en Cárdenas, que hacían antesala en la oficina del Che. Me imaginé lo que este debió decirles referente al proyecto. Salieron del encuentro y no quisieron verme. Tiempo después, cuando se empezaron a comprar y a instalar fábricas, la primera que me tocó estudiar y proponer su localización fue una de bicicletas. Al recordar los pasados acontecimientos en Cárdenas y la fama que tenía esa ciudad por la abundancia de bicicletas, le propuse al Che instalarla allí, idea que aceptó inmediatamente. Y así fue como un día me anunciaron la visita de la delegación sindical de marras, muy interesada en conocer cuántos puestos de trabajo se iban a abrir en la nueva fábrica. Los atendí, les di la información

solicitada y antes de despedirse se excusaron del mal rato que me habían hecho pasar en Cárdenas, diciéndome que en esos días estaban políticamente “confundidos”, pero que ya no lo estaban.

Era octubre de 1959, cuando una mañana al despertarme oí en el radio que el comandante Huber Matos había presentado públicamente en Camagüey su renuncia al Ejército Rebelde para fomentar de esa manera la división en su seno. Al escuchar la noticia me alarmé, pues había quedado impresionado por la simpatía que el pueblo de Camagüey le manifestó durante un recorrido que hice en su compañía por la ciudad cuando lo conocí. Nunca me imaginé que Fidel resolvería ese conflicto, primero, enviando al comandante Camilo Cienfuegos a tomar preso a Huber Matos, y posteriormente trasladándose a esa ciudad para congregarse a su población y hablarle sobre el verdadero significado de ese acto destinado a dividir a las fuerzas armadas revolucionarias. En menos de 24 horas, Fidel había neutralizado el intento divisionista de Huber Matos, quien fue juzgado y sentenciado a 20 años de cárcel. Matos cumplió la pena y después se trasladó a Miami, desde donde se dedicó a combatir a la Revolución Cubana, y especialmente a Fidel.

Llegaron los “reclutas” chilenos y se los presenté al Che. Además está decir que también fueron inmediatamente ubicados en sendos burós o escritorios en la oficina contigua a la del Che, que se comunicaban interiormente por una puerta que le era muy necesaria ya que el inodoro estaba en la oficina de sus “asesores” chilenos. Como mi buró estaba al lado de la puerta entre ambas oficinas, cuando Che tenía que ir al baño para satisfacer necesidades mayores, se sacaba su pistola Walter 7.65 que llevaba por debajo de su camisa suelta verde olivo, me la entregaba y me decía “cuídamela”. Quizás ese comportamiento se debía a que, como Che me dijo un día, le recordaba por el físico a Ciro Redondo, su entrañable com-

pañero de la guerrilla, muerto durante la guerra con el grado de capitán.

A los pocos días de su llegada, durante el mes de octubre de 1959, los cuatro reclutas chilenos acompañaron al Che a la segunda reunión de Jefes de Zonas de Desarrollo Agropecuario convocada por Fidel. Se tocó el tema del ganado en los latifundios que eran expropiados. Fidel planteó que había que pagárselo a los latifundistas al contado lo cual motivó que los asesores chilenos intervinieran en la discusión que se estableció con argumentos en contra. Jaime Barrios dijo que el pago constituiría un ingreso monetario para individuos contrarios al proceso. Fidel rebatió ese argumento de tal manera que ahí terminó la discusión. Con el tiempo nos dimos cuenta de que Fidel trataba de evitar hasta el último momento posible la conversión en enemigos políticos de quienes todavía no lo eran, y, además, de evitar dar la impresión de que la Revolución se estaba incautando del ganado de los latifundistas dándoles a cambio “papeles” de dudoso valor para ellos.

En esa reunión estaba sentado al lado del Che, cuando observé que se aproximaba hacia nosotros el comandante Sori Marín, exministro de Agricultura, y el Che al verlo acercarse me dijo de manera que aquel pudiera oírlo: “Cuidado con lo que me dices, que este no es de confianza”. A lo que Sori respondió visiblemente incómodo: “Este Che tan bromista”. Tiempo después, Sori Marín se pasó en cuerpo y alma a la contrarrevolución y después de ser capturado durante un desembarco clandestino en Cuba promovido por Estados Unidos, fue fusilado por traidor a la Revolución. Cuando me enteré de lo sucedido pensé que ese día el Che le había transmitido una advertencia aparentando que bromeaba con él. ¿Otra vez el principio de conservar un aliado hasta el último momento posible?

Fue en esos días iniciales en el Departamento de Industrialización del INRA cuando conocí a dos personajes que jugaron un importante rol en esa etapa de la Revolución y de los cuales ya nadie se acuerda, salvo los amigos. Ellos fueron el primer teniente Orlando Borrego Díaz y el contador Alfredo Travieso, creadores del sistema presupuestario de financiamiento, que surgió como respuesta casi desesperada a la avalancha de fábricas y negocios que fueron intervenidos en poco tiempo sin timidez alguna por el entonces ministro del Trabajo, el comandante Augusto Martínez Sánchez, y que fueron entregadas a la administración del Departamento de Industrialización del INRA. Para ser sincero, bastaba que el sindicato acusara al propietario de la empresa, ante el Ministerio del Trabajo, de desidia empresarial, retiro de fondos, paralización de las reparaciones o huida al exterior, para que dicho organismo interviniera la empresa. Este proceso se complementaba posteriormente con la venta forzosa al Estado, hasta que a mediados de los años sesenta toda la industria ya era estatal.

El Che había establecido una relación de trabajo con sus asesores mediante la cual les planteaba problemas económico-políticos que el Gobierno iba confrontando, para escuchar ideas “valiosas” sobre qué hacer. En verdad nosotros teníamos la experiencia de provenir de un país en el cual existía un fuerte control del Estado sobre la economía que se desarrolló a partir del Gobierno de Pedro Aguirre Cerda, en 1938, y que coincidió con los últimos años de la crisis económica global que empezó en 1929. Esto continuó durante los años de la guerra mundial, cuando, primero por falta de capacidad de pago y después por la imposibilidad de adquirir recursos desde Estados Unidos por estar comprometidos para la guerra, el Estado chileno debió iniciar una política de inversiones estatales y de control estricto de sus medios de pago internacionales. En dos palabras, proveníamos de una economía controlada por el Estado

y con un proceso de crecimiento endógeno, experiencia totalmente diferente a la de Cuba, en donde la economía era absolutamente abierta hacia el mercado estadounidense y fluctuaba automáticamente según el volumen y el precio de sus exportaciones de azúcar. Para nosotros, la intervención estatal era algo normal y necesario y de esa experiencia extraíamos nuestras recomendaciones sobre qué hacer para que la Revolución avanzara.

Pero, a decir verdad, durante esas conversaciones con el Che, sus asesores hacían todo lo posible para desviarlas hacia el recuento de sus anécdotas sobre la lucha guerrillera y sus principios, campo al cual no era muy difícil arrastrar al Che. Así, tuvimos el placer de conocer y disfrutar del talento narrativo del Che, su delicado sentido del humor, sus anécdotas personales en las cuales él era el “antihéroe” porque se caía o salía corriendo, salvo en aquellas utilizadas para explicar principios de la guerra de guerrillas. De ellas, nunca olvidaré aquella con la cual Che explicaba la escasa operatividad de la aviación para combatir a los guerrilleros y el relato sobre cómo solo y a caballo, en un campo descubierto, un avión militar lo vio y picó para ametrallarlo, ante lo cual el Che, sabiendo que cuando un avión de combate pica no puede cambiar su curso, se apartó de la zona que sería acibillada con un corto galope del caballo, lo que repitió hasta que el avión desistió de su proyecto original. Así, en un tono serio y pedagógico, Che explicaba lo fácil que era eludir un avión de combate que va en picada disparando a matar, maniobra que para él no tenía ninguna connotación heroica o meritoria, salvo la de salir con vida del incidente.

Un tema en el cual yo insistía, y que provenía del programa político de Salvador Allende cuando era candidato a la Presidencia de Chile en 1958, era la nacionalización de los recursos minerales y petroleros del país. Ante mi insistencia, Che me dijo un día: “prepara un

proyecto de ley”. Escribí dos proyectos, uno para los recursos minerales y el otro para las reservas petroleras. Transcurría el mes de octubre de 1959, y un día que el Che iba a un Consejo de Ministros, el máximo organismo del Gobierno que estaba bajo la dirección del primer ministro Fidel Castro, le entregué los dos proyectos. Che me dijo: “No van a pasar”, refiriéndose al ala derechista del 26 de Julio que todavía detentaba ministerios. Le contesté que sí, y hasta le lancé una apuesta que rechazó, en primera instancia, puesto que el juego ya había sido prohibido en Cuba. Insistí sobre la base de que la apuesta era una caja de puros: si perdía se la regalaría al Che, y si ganaba él me la regalaría. Che no contestó y se llevó los dos proyectos de ley.

El 26 de octubre de 1959, Fidel convocó al pueblo ante el Palacio Presidencial a raíz de una incursión aérea de Díaz Lanz, exjefe de la Fuerza Aérea Revolucionaria que había traicionado el proceso y al huir a Estados Unidos dejó caer sobre La Habana varias bombas, por suerte de bajo poder explosivo, aunque causaron varias decenas de heridos. Fue la ocasión en la que Fidel, en uno de sus discursos históricos más trascendentes, abiertamente planteó que una guerra con Estados Unidos se les venía encima a los cubanos de la isla y en medio de su discurso, en un momento de exaltación, exclamó: “¡Y la ley de minas va, y la ley del petróleo va!”. Me encontraba entre el pueblo, frente al palacio y pensé: “Gané la apuesta”. Al día siguiente, al entrar en la oficina, sobre mi buró había una enorme caja de marquetería llena de puros cubanos, decorada con el escudo nacional de Cuba en colores y en su interior una dedicatoria del comandante Ernesto Che Guevara. Jaime Barrios, sabedor de la apuesta y en un momento de lúcido oportunismo comunista, dijo: “Yo me quedo con la caja y renuncio a mis puros”, con lo cual al autor de la apuesta no le quedó más recurso que recibir su “cuota” de puros y guardarlos en un cajón de su buró, que los escoltas del

Che se encargaron de saquear en la medida de sus necesidades hasta que se acabaron.

Era inevitable que respirando ese aire de epopeya guerrillera no se me ocurriera iniciarme en el camino de las armas y así fue como le dije un día a Che que nosotros, sus asesores chilenos, queríamos aprender a disparar. Me contestó: “Dile al ‘Cuate’ de parte mía, que les dé clases”. ¿Pero quién era el “Cuate” Conde? Nada menos que el mexicano que quiso y pudo abastecer de armas a Fidel en México, que adquirió por cuenta de los cubanos el yate Granma en el que viajó la expedición revolucionaria a Cuba a finales de 1956 y por cuyos manejos fue encarcelado por los estadounidenses. Fue liberado en 1959, tengo entendido, por una temprana petición del Gobierno revolucionario cubano, y se integró al equipo del Che en el Departamento de Industrialización del INRA.

Nunca olvidaré la primera clase en la playa del Chivo, a la salida del túnel que pasa por debajo de la bahía de La Habana, al inicio de la cual el “Cuate” nos dijo: “Dicen que los tiros a veces salen por la culata; eso no es cierto: todos los tiros salen por el cañón del arma y los tiros se escapan, se lo digo yo que tengo varias heridas que lo confirman. Por consiguiente, siempre deben saber hacia dónde apunta el cañón del arma que tengan en sus manos”. Ese consejo me ha servido durante toda mi vida y nunca se me ha escapado un tiro.

En aquellos días, cuando ya se había establecido el equipo de chilenos asesores del Che, este me entregó una copia mecanografiada del primer capítulo de un libro que empezaba a escribir para que sus cuatro asesores le dieran su opinión. Se trataba del primer capítulo de Guerra de guerrillas. Al leerlo, quedamos impactados por la envergadura de su análisis político y por sus tesis, a saber:

- 1) “Las fuerzas populares pueden ganar una guerra contra el ejército”.
- 2) “No siempre hay que esperar a que se den todas las condiciones para la revolución; el foco insurreccional puede crearlas”.
- 3) “En la América subdesarrollada, el terreno de la lucha armada debe ser fundamentalmente el campo”.

Hasta entonces regía un axioma en la política latinoamericana que decía: “Se puede hacer una revolución con el ejército, sin el ejército, pero nunca contra el ejército”. Nunca se había escuchado este tipo de lenguaje entre los políticos de la izquierda latinoamericana. ¡Pero Fidel había demostrado que sí se podía! Más aún, plantear que el terreno de la lucha armada es el campo y no las ciudades en donde reside la clase obrera, era para los partidos comunistas una herejía que solamente se podía perdonar a los chinos, porque habían ganado. Pero los asesores eran todavía, yo entre los menos, solamente intelectuales de izquierda. Por ello, al recibir los capítulos siguientes, buscamos afanosamente otras grandes ideas esclarecedoras del quehacer revolucionario y quedamos defraudados cuando al poco tiempo el Che entró de lleno en la temática de la táctica guerrillera, en la cual exponía el quehacer de la guerrilla hasta llegar a detalles como la importancia del calzado, de un pedazo de nailon para cobijarse, cómo hacer un refugio para protegerse de un bombardeo con morteros y otras recomendaciones de esa índole. Recuerdo que Jaime, el más esclarecido del grupo, dijo: “No tiene tiempo por su trabajo, para continuar el alto nivel analítico del primer capítulo”, y, a decir verdad, sus asesores económicos perdieron el interés por la obra. Pero en el futuro, que todavía yo no podía vislumbrar entonces, comprendería por propia experiencia en los montes venezolanos que sin el dominio de esos “detalles” aparentemente intrascendentes que Che describía como táctica guerrillera, se termina muerto y ¡adiós al objetivo estraté-

gico!, la revolución. La táctica es demasiado concreta y específica y por consiguiente no es del gusto de los intelectuales de izquierda quienes sí se apasionan por la estrategia, la gran solución general, que conduce “idealmente” al triunfo revolucionario.

Para el Che, el dirigente revolucionario debía dar el ejemplo y demostrar continuamente respeto al pueblo mediante una forma de vida frugal y normas morales aceptables. Esta anécdota ayuda a mostrar lo formal que podía llegar a ser el Che en materia de moral revolucionaria. Un día, y no sé por qué razón, Che, sentado frente a sus cuatro asesores chilenos les dijo: “No me importa con qué mujeres ustedes tienen relaciones; solo les pido que no sea con las que trabajan en el departamento porque bajo el Gobierno batistiano una muchacha para lograr un trabajo debía generalmente acostarse con su jefe y este no es el caso bajo el Gobierno revolucionario”. Bueno, recuérdese que yo tenía sólo 26 años y había sido atleta, así que no fue de extrañar que una verdadera belleza de cara con un cuerpo voluptuoso de no más de 18 años, me enfilara los cañones de forma directa y descarada. Me salvó mi enamoramiento de Anita, la secretaria de Pedrito Miret, porque de no haber sido por ese poderoso antídoto, habría caído envuelto en las llamas de la pasión carnal. Así que ante los requerimientos de la belleza para que la llevara a su casa al anochecer, le pedía con embarazo a mi colega “Conejo” Maldonado que lo hiciera, y argumentaba que debía cumplir con un trabajo impostergable. Es muy probable que esa mujer, hasta el día de hoy, esté convencida de que soy gay, o al menos impotente.

Otra anécdota que muestra el respeto que Che tenía por el pueblo la relató mi amigo Orlando Borrego, segundo al mando en el Departamento de Industrialización. Borrego necesitaba un automóvil y se lo pidió a Riera, encargado de las empresas tabacaleras, quien le envió al joven teniente nada menos que un Jaguar Sport que

había sido nacionalizado para uno de los empresarios, y que Orlando aparcó al lado del lugar donde Che guardaba su automóvil, un Chevrolet 59. Horas después, este lo llamó y le preguntó qué hacía ese Jaguar al lado de su automóvil, y Orlando le explicó que se lo había enviado Riera. Entonces Che le dijo simplemente: “Tienes dos horas para deshacerte de él”.

Por aquel entonces, un día por la mañana, llegó a mi oficina “Fofó” Gutiérrez, mexicano que apoyó en cuerpo y alma a los revolucionarios cubanos durante su exilio y entrenamiento en México y al que habían nombrado gerente del Instituto Cubano del Petróleo (que dirigía el Che), que manejaba todas las refinerías del país y la distribución de carburantes, ya que tenía en su país una sociedad para la exploración petrolera, lo cual en nuestras circunstancias hacía de él un “experto de alto nivel”. “Fofó” me había contado cómo cuando conoció a Fidel, en México, este lo había convencido de unirse a su lucha en solo cuatro horas. Le conté a Che esa anécdota y él, sonriente, me dijo: “A mí Fidel me convenció en dos horas”. “Fofó” le traía un regalo al Che, pero conociendo su carácter, tenía dudas de que lo aceptara. Me pidió mi opinión y desarrolló un paquete en el cual estaba un hermoso “jacquet” de cuero verde olivo, con puños y cuello en lana azul oscuro. Le dije que al ser del color del uniforme no creía que el Che se lo rechazara y así fue. Esa era la prenda que Che llevaba el 4 de marzo de 1960, cuando el fotógrafo Korda, que luego sería su amigo, inmortalizó su rostro en una de las 100 fotos más importantes del siglo XX.

Finalizando el mes de diciembre de 1959, una mañana, el Che se reunió con sus asesores y les soltó una bomba: “Tengo plena confianza en ustedes; vamos al socialismo a todo galope”. Su declaración nos impactó a pesar de que esa era la esperanza soñada y para nosotros constituyó una certeza ya que Che nunca lo habría expre-

sado si no fuera porque era el rumbo trazado por Fidel. Sólo 12 meses habían pasado desde el triunfo de la Revolución. Los acontecimientos se sucedían a velocidades vertiginosas y en un año ya yo había vivido más y más intensamente que la mayoría de los hombres durante toda su vida. Pienso hoy en día que Fidel, con esa capacidad tan bien descrita, no estoy seguro si por García Márquez o por Buteflika, el presidente de Argelia, por la que “viaja al futuro y cuando regresa nos lo cuenta”, aun en los inicios del proceso revolucionario había comprendido que Cuba no tenía otra alternativa para cumplir con el Programa del Moncada, que ir más allá de lo inicialmente propuesto por él en 1953, y que para Cuba era imposible una “tercera” posición a sólo 90 millas náuticas de Estados Unidos. ¿Y por qué socialismo y no otra organización económica y social? Porque los guerrilleros en el poder, sin experiencia política previa y mucho menos de gobierno, descubrieron en la práctica de la lucha política que para lograr los grandes objetivos sociales de la Revolución, en primer lugar, hay que lograr la unidad del pueblo tras esas metas, y que para lograrlas hay que controlar los recursos económicos del país. Y la única organización social conocida que lo permite es el socialismo. El carácter socialista de la Revolución Cubana sería proclamado públicamente por el propio Fidel el 16 de abril de 1961, la víspera de la invasión a Cuba por la Bahía de Cochinos. Che nos adelantó la noticia 16 meses y Fidel habló públicamente por primera vez de socialismo al pueblo cubano, nueve años después de haber iniciado su lucha en 1952.

Y otra vez la cuestión de la ignorancia... ¿Qué podíamos saber de socialismo los cuatro economistas chilenos que apenas habíamos leído un manual soviético sobre el tema, cuando estábamos en Chile? Pero bueno, ya contagiados por la audacia del espíritu revolucionario cubano, nuestra actitud fue: ¡para allá vamos!

Además de nuestras labores oficiales, había reuniones periódicas “secretas” en una casa de Cojimar, un pueblo que estaba a orillas del mar a la salida de La Habana, y que Hemingway hizo famoso pues tenía ahí su barco de pesca. Los encuentros se realizaban entre cuadros del PSP, bajo la dirección de Carlos Rafael Rodríguez y los asesores chilenos, con el Che presente la mayoría de las veces. Se nos recomendaba hacer maniobras de desorientación por si acaso éramos seguidos. Recuerdo que me sentía protagonista de una escena de un filme de espionaje cuando al mirar hacia atrás para cerciorarme de que no era seguido, ¿por quién?, no importaba. Durante esos encuentros se discutía y se proponía de todo, inclusive la destitución de algún ministro o una nueva ley revolucionaria. Por eso, Carlos Rafael creó el término de “los locos de Cojimar”, porque decía que si alguien al pasar nos hubiera escuchado habría pensado que esos locos se creían gobierno. Años después Tad Szulc, del New York Times, en su libro Fidel, a portrait hablaría del llamado “gobierno secreto” y contaría por primera vez la existencia de ese grupo.

Uno de mis temas favoritos, como “experto”, era el control revolucionario del Banco Nacional de Cuba, cuyo presidente era Felipe Pazos. El banco central cubano a su vez era el accionista principal de los bancos estatales de Desarrollo Agropecuario, de Desarrollo Industrial y del Comercio Exterior, entidades que habían financiado a la oligarquía criolla y que eran, por tanto, tenedoras de obligaciones de las empresas resultantes. Pero esa no fue la razón por la cual en diciembre de 1959, Che fue designado presidente del Banco Nacional de Cuba. Probablemente y casi seguramente, fue un caso de simple coincidencia. Ese nombramiento provocó un chiste de los reaccionarios que dice que después de la reunión en la que nombraron al Che presidente del Banco Nacional, este le preguntó a Fidel porque él, y Fidel le contestó: “Porque tú levantaste la mano

cuando pedí un economista”. Por lo que Che le habría dicho: “Pero Fidel, yo entendí que tú querías un comunista”.

En diciembre de 1959, Che se instaló en el Banco Nacional y se llevó con él a Jaime Barrios, porque sin duda ya se había dado cuenta de que Jaime era no solamente el mejor de sus asesores sino también el de más criterio político y madurez, además de contar con su experiencia en Chile como asesor del presidente del Banco Central de Chile. Iba los miércoles por la tarde al Departamento de Industrialización, que dejó bajo el mando operativo de Orlando Borrego, a revisar la marcha de los diferentes proyectos a los que ya se hizo referencia. Esa era la oportunidad de Hilda Gadea, su primera esposa, peruana, para traerle a su hija Hildita por la cual Che tenía un entrañable cariño. Este ya estaba casado con la hermosa y atractiva Aleida March, a quien conoció durante la campaña de Las Villas, y una vez más se comprobó, y esta vez con un guerrillero ya legendario, que para un sudamericano es imposible resistirse a una cubana bien plantada.

Uno de los reclutas chilenos que siguió al grupo inicial de asesores fue Alban Lataste, cuatro años más adelantado que yo en la Facultad de Economía, y quien había estudiado en Harvard gracias a una beca que se había ganado. Durante su estadía en esa universidad trabó relación con el famoso economista marxista estadounidense Paul Sweezy, autor de un excelente libro que yo había estudiado, titulado Teoría del capitalismo. Alban mantenía comunicación con él y recibió una carta en la cual Sweezy proponía visitarlo en Cuba. Alban consultó al equipo y se decidió comunicárselo al Che, quien inmediatamente estuvo de acuerdo con el viaje. Sweezy llegó acompañado por Leo Huberman, autor de un muy conocido y excelente libro, Los bienes terrenales del hombre, que explica la historia del desarrollo capitalista desde un enfoque teórico mar-

xista. Como era de esperar, quedaron fascinados por el Che y este por la madurez política y la actitud de colaboración que mostraron los dos estadounidenses. El 4 de marzo de 1960, los llevé a la concentración convocada en la calle 23, a la altura de la calle 12, con ocasión de los funerales de los fallecidos en el barco francés La Coubre, que traía para Cuba un embarque de municiones y que fue volado por la CIA en el puerto de La Habana. Como no podíamos pasar por el frente del estrado que había sido levantado para que hablara Fidel, entonces los conduje por detrás. Fue el día en que Fidel creó el lema “Patria o muerte”. Huberman, al dedicarme un ejemplar de su libro escribió: “A Carlos Romeo, que me permitió ver por primera vez a Fidel (por detrás)”. Esa fue la ocasión en que Korda logró su famosa foto del Che.

Sweezy y Huberman repitieron el viaje a Cuba, pero acompañados por Paul Baran, otro destacado economista marxista estadounidense, coautor con Sweezy de un trascendental libro *The Political Economy of Growth*, sobre la dinámica del capitalismo en su fase imperialista, y al regresar a Estados Unidos redactaron y publicaron un pequeño libro sobre la Revolución Cubana que agradó mucho al Che y a sus asesores.

Obviamente el Gobierno estadounidense, con los republicanos Eisenhower de presidente y Nixon de vicepresidente, no era ajeno a lo que estaba sucediendo en Cuba, y en mayo de 1959 consideraban a Fidel Castro como un gobernante latinoamericano incontrolable, por lo que iniciaron una política de presiones in crescendo para desestabilizar al Gobierno cubano, que provocó también respuestas similares del Gobierno revolucionario con el apoyo de la inmensa mayoría de la población, que reaccionó ante las agresiones externas a una política que comparten y han hecho suya.

¿Qué estaba sucediendo? Que el Gobierno estadounidense no acep-

taba la realización del Programa del Moncada por sus consecuencias en Cuba, en donde ellos tenían fuertes intereses económicos y por el ejemplo que se daba a toda Latinoamérica de que “sí se puede”. Así murió la idea de “revolución democrática burguesa”, tan en boga entre los partidos comunistas del continente en aquella época, como un objetivo alcanzable en los países de la región, ficción de una posible alianza política del tipo “frente popular” de los años 30 del siglo XX. Cuba estaba demostrando que era imposible llevar a cabo un programa de profundas reformas populares en el contexto de la organización política burguesa y que, además, eso no era tolerable para el Gobierno gringo. Recuérdese lo dicho por John Foster Dulles, el secretario de Estado de la época, quien señaló que “los Estados Unidos no tienen amigos, sino intereses”.

Los cubanos llegaron al socialismo sin proponérselo. Ya en 1960, a raíz del intercambio de “golpes” entre el Gobierno estadounidense y el Gobierno revolucionario, Cuba había perdido su cuota de azúcar a precio preferencial destinada al mercado estadounidense y su Gobierno había prohibido el transporte de petróleo y sus derivados a Cuba. La respuesta cubana fue la nacionalización de todas las propiedades estadounidenses en Cuba: bancos, minas, industrias, refinerías de petróleo, entidades comerciales. Mientras tanto, la burguesía cubana se exilió en masa en Estados Unidos, especialmente en el estado de Florida, y abandonó sus propiedades con la idea de recuperarlas al regresar detrás de un ejército invasor que llegaría para volver a poner en “orden democrático” al país. Estos bienes también fueron intervenidos y estatizados por el Gobierno revolucionario. A finales de ese año, los medios de producción más importantes del país y la mayor parte de la tierra agrícola estaban en manos del Gobierno revolucionario. Y en materia de armas para la defensa contra una agresión gringa, estas fueron adquiridas en la Unión Soviética y en otros países socialistas. El petróleo llegó de la

Unión Soviética, país que además adquirió 4 millones de toneladas de azúcar cubana, y sustituyó así a la cuota azucarera que antes se destinaba a Estados Unidos.

Los eventos desencadenados a consecuencia de la ejecución del Programa del Moncada habían llevado a Cuba a una situación inimaginable en 1953, y superaban necesaria e inevitablemente con creces los objetivos definidos en aquel entonces. El poder revolucionario dominaba prácticamente toda la economía, con la salvedad del sector campesino privado y el comercio al detalle.

¿Cuándo los acontecimientos ocurridos y una proyección del futuro llevaron a la dirección de la Revolución a plantearse el socialismo como objetivo necesario e inevitable? Pareciera que dos tendencias confluyeron para llegar a esa conclusión, además de la política de hostigamiento del Gobierno de Estados Unidos desde un inicio. Por una parte, la necesidad de contar con el apoyo político y económico del campo socialista, para poder resistir la agresión estadounidense; por la otra, el convencimiento, logrado por la práctica de gobierno hasta entonces, de que únicamente un Estado que controla a los medios fundamentales de producción podía cumplir cabalmente el Programa del Moncada, que era apoyado por la inmensa mayoría de la población cubana.

¿Cuándo se llegó a esa conclusión? No hubo un plan preconcebido sino que el socialismo fue el resultado inevitable del cumplimiento de un programa cuya racionalidad implícita era la producción y la distribución de bienes para la totalidad de la población, racionalidad económica incompatible con la del sistema capitalista. El programa del Moncada era irrealizable en el contexto de una Cuba con una democracia burguesa y una economía capitalista y dependiente. La historia de Cuba redactada por Hugh Thomas es excelente por la

cantidad de informaciones que contiene, no así por su interpretación de lo que aconteció durante 1959 y 1960, porque en el intento de explicar cómo la Revolución Cubana llegó al socialismo, se pierde en conjeturas sobre las circunstancias políticas derivadas de la política aplicada por el Gobierno de Estados Unidos, de las contradicciones internas que surgieron dentro del Movimiento 26 de Julio y del Directorio 13 de Marzo, y de la política de colaboración del Partido Socialista Popular (comunista), y no le da la importancia debida a una intervención del Che durante el Primer Congreso de la Juventud Latinoamericana, en agosto de 1960, durante la cual dijo: “Si me preguntaran si nuestra Revolución es comunista, la definiría como marxista. Nuestra Revolución ha descubierto por sus métodos el camino que Marx nos señaló”. Al relacionar lo que el Che les dijo a sus asesores chilenos en diciembre de 1959 con su intervención de agosto de 1960, se puede decir que al finalizar el primer año de Gobierno revolucionario, en un período de unos 12 meses, los principales dirigentes de la Revolución, Fidel, Raúl y el Che, habían comprendido que esta Revolución, inevitablemente, rompía los estrechos marcos constitucionales de 1940, y esa era la voluntad política que encarnaban; se quería no solamente cumplir el Programa del Moncada, sino todo lo demás que derivaba de su ejecución.

Es difícil para un historiador, por excelente que este sea, comprender que en un proceso de transformaciones realmente revolucionario, en el cual no participó, “se hace camino al andar”, como dice el viejo poema español.

Ya en 1960, la cantidad de empresas intervenidas por el Gobierno revolucionario y entregadas al Departamento de Industrialización era agobiante. En esa coyuntura sucedieron cosas notables y otras que rayan casi en la desesperación. Entre las notables está la instalación por Orlando Borrego y Alfredo Travieso del sistema presu-

puestario de financiamiento que se les aplicó a todas las empresas, y gracias al cual nunca se perdió el control y la dirección de esas empresas. El sistema consistía en la creación de una cuenta para cada empresa, en la cual estas debían depositar todos sus ingresos, y otra para gastos presupuestados, sobre la cual podían girar libremente, pero sin pasar el límite establecido para cada ítem. Todo traspaso de un saldo positivo en un ítem para cubrir otro ya agotado debía ser autorizado por el Departamento de Industrialización. En esos días nadie pensaba que esta experiencia sería la base empírica de la famosa tesis del Che sobre la no vigencia de las relaciones mercantiles dentro de la economía estatal cubana y su vinculación con el desarrollo de la conciencia socialista.

Asumir la administración de una empresa intervenida o nacionalizada exigía seleccionar a su personal directivo. En la medida de lo posible se mantenía el mismo personal. Pero se vivía una intensa lucha política y en la mayoría de los casos se hacía imprescindible sustituirlo. Pero ¿por quiénes? Al efecto, en 1960 se organizaron cursos masivos de capacitación con ese propósito. Me tocó impartir clases de economía política en los locales de La Flor Martiana en calle 100 y 41, en Marianao. Se utilizó el texto de Leo Huberman que rápidamente había sido traducido al español y editado en Cuba. Tenía un curso de cien o más personas. Una noche me encontré con el aula casi vacía, lo que me provocó una cierta inquietud. Pero en las noches siguientes empezaron a regresar mis alumnos y me explicaron que ya habían sido nombrados como administradores de empresas que habían sido intervenidas, entre ellas muchas estadounidenses. No habría sido recomendable poner la mano en el fuego por el grado de preparación de estos nuevos administradores, pero, ¿qué hacer? En una lucha política encarnizada siempre lo político tiene la prioridad con respecto al dominio técnico. ¿Que si

hay que pagar un precio por ello? Claro que sí. ¿No se derrumbó uno de los dos hornos Martin de la Fábrica Antillana de Aceros que producía cabillas de acero por un extremismo político del administrador, que despidió a los ingenieros sobre la base de que “la clase obrera se basta a sí misma”. ¿O cuando en un raptó “obrerista” y “asarampionado” se declaró con toda pompa que un obrero había resuelto el problema de los contactos de platino de las centrales telefónicas analógicas al sustituirlos por secciones de presillas para papel de alambre de acero que tenían casualmente el mismo diámetro, que dicho sea de paso duraban algunos días solamente? La lista sería larga, pero ¿se detiene el avance de la Revolución cuando empresarios y técnicos emigran a Estados Unidos y esperan que las tropas yanquis invadan el país y les devuelvan sus propiedades y sus cargos? Para bien o para mal, así se hicieron las cosas. Orlando Borrego, en uno de sus libros, relata la estupefacción de Jean Paul Sartre cuando asistió a un acto de toma de posesión de jóvenes mozalbetes que iban a asumir la administración de empresas intervenidas. “Están locos”, dijo Sartre. ¿Es que había otro camino? No creo que lo hubiera, y de haberlo, sencillamente lo ignorábamos. Pero estábamos conscientes de nuestra ignorancia, que compensábamos con decisión y sobre todo con audacia, y por eso los que vivimos esa etapa la denominamos “la época de la barbarie”.

Pero no éramos tan bárbaros, o mejor dicho, éramos conscientes de nuestras limitaciones. No pasó mucho tiempo antes de que, al constatar la falta de técnicos y obreros especializados, se organizara un programa de adiestramiento de personal en los países socialistas de Europa, para así tener la mano de obra calificada necesaria para construir y operar las futuras fábricas industriales que compraríamos en esos países.

En lo personal, fracaso total en mi empeño de casarme con la bella Anita para quien había hasta alquilado una villa con piscina en Bejucal y había ordenado muebles diseñados especialmente para esa casa. Anita la visitó conmigo una tarde y salió huyendo de un destino que la habría transformado en un ama de casa que vivía a 30 kilómetros de La Habana. Ella, secretaria de un ministro y niña mimada de todo el Gobierno, ¿perderse las emociones de la Revolución desde ese nivel? ¡Ni pensar!

Hay momentos en que uno tiene la suerte de plantearse un dilema y tener, además, que elegir uno de los dos caminos que se le ponen por delante. Dormí únicamente una noche en esa casa de Bejucal, solo, y quizás por ello pude darme cuenta de que o bien me quedaba con esa casa y con todo lo que ello suponía, o bien seguía trabajando con Che y me olvidaba de casa, muebles, y lo que es más importante, o yo dominaba las “cosas” o ellas me dominaban a mí. Vivir para tener o tener para vivir como uno quiere, lo cual no es en absoluto la misma cosa. Esa noche elegí tener lo necesario para poder vivir como yo quería. El chileno estaba cambiando. Lo he practicado desde entonces y eso me ha hecho inmune al consumismo capitalista y a su resurgir hasta en la misma Cuba revolucionaria de la actualidad.

El descalabro sentimental me “multiplicó por 0”, expresión que trata de describir la incapacidad casi total para pensar en otras cosas y por tanto para trabajar, pero consciente de mi lamentable estado, le pedí permiso al Che para pasar un tiempo con las Fuerzas Tácticas del Centro, su tropa, que estaba construyendo la ciudad escolar Camilo Cienfuegos al pie de la Sierra Maestra. Permiso concedido, así que me trasladé hasta el lugar en mi Ford V8 que había sustituido a la “cuña” Mercury y me presenté ante el comandante Armando Acosta, a quien había conocido en las oficinas del Che. Este me recibió con mucho afecto y me dijo que me alojaría con

él en su casa. Pensé: “Por lo menos estaré alojado a nivel del jefe”. Pobre de mí, como dicen los argentinos; no me había percatado de que todavía eran guerrilleros y la “casa” del jefe era una barraca de tablas con cuatro literas dobles vestidas con unas sábanas que una vez, hacía ya mucho tiempo, habían sido blancas.

Aguanté no más de tres o cuatro días y fui a despedirme del comandante Acosta. Este dudó, pues no sabía si había venido voluntariamente o si había sido enviado por el Che como castigo. Cuando me di cuenta del dilema prácticamente hui del lugar y no paré hasta llegar a La Habana. El chileno iba cambiando, es cierto, pero a su ritmo.

Repuesto, pero con la espina aún clavada en el corazón, como diría una canción romántica de aquella época, me trasladé a vivir al Hotel Copacabana, sobre el litoral del barrio de Miramar. Un día de abril de 1960, recibí una llamada telefónica de mi madre desde Santiago de Chile, con la que me comunicaba que no era capaz de controlar a mi hermanito de casi 16 años y que me lo enviaba a Cuba para que me hiciera cargo de él. Víctor llegó y lo alojé conmigo en el Copacabana. Al día siguiente se lo presenté al Che y le pedí permiso para enviarlo con el comandante Acosta, a la ciudad escolar en construcción de la cual había “huido” casi vergonzosamente, para que adquiriera los valores revolucionarios. Al Che la idea le pareció muy buena y dijo: “Yo debería hacer lo mismo con mi hermano menor”. Muchos años después se lo contaría a Juan Martín Guevara en Buenos Aires, y este me diría que pese a su entusiasmo su padre no aprobó el proyecto. Así y todo, Juan Martín se convertiría en montonero.

Mientras esperaba el viaje a la ciudad escolar Camilo Cienfuegos, Víctor me acompañaba a todas partes. Una mañana al salir del hotel, el portero nos pidió de favor de que lleváramos a un cliente

hacia el centro de La Habana. Resultó ser una hermosa mujer estadounidense y modelo de profesión. Conversamos durante el trayecto; yo me expresé en mi mal inglés y al bajarse del auto la joven, me dijo: “Quisiera volver a verlo”, cosa que resultó muy fácil pues habitábamos en el mismo hotel.

Resultó ser que la “gringuita” (1,75 de estatura) era de una familia del social register de la costa oeste estadounidense, con un abuelo que tenía una empresa de corretaje de acciones en la New York Stock Exchange. La muchacha no había acabado de sentar cabeza y había venido a pasar una temporada en la playa de Varadero con una amiga de su misma nacionalidad.

Sin ninguna originalidad, la cosa terminó en la cama, primero en la de ella y después en la mía, el mismo día que Víctor partió para la provincia de Oriente junto a Sergio Aranda y el controvertido personaje René Dumont, economista agrario francés que recomendó elevar el rendimiento de los campos de caña y reducir la superficie de siembra. Esta recomendación aparentemente racional, pero que no tomó en cuenta la capacidad organizativa cubana para cumplirla, o mejor dicho la ausencia de capacidad organizativa, provocó una drástica reducción de la producción azucarera en 1962 y en mayor medida en 1963.

Choque de culturas: ella, Miles Davis, yo, Los Panchos y Lucho Gatica; ella, contando de sus anteriores amantes y yo, desestabilizado por una liberación sexual que ya venía caminando, al menos en Nueva York, pero que aún estaba muy lejos de llegar a Santiago de Chile; ella, a la búsqueda de la realización existencial para escapar de los moldes sociales; en mi caso, romper los moldes para hacer una revolución social. Pero, y perdónese la expresión, por la noche el disfrute de la anatomía de una modelo gringa limaba cual-

quier aspereza cultural diurna. Y así empecé a practicar mi inglés mediante el mejor de los métodos, en la cama, porque después ¡hay que conversar!

Un viernes, Che me dijo: “Vamos a visitar unas fábricas en Matanzas durante el fin de semana; nos vemos el sábado por la noche en la henequera a la entrada de Varadero”. Partí ese día con la gringuita, quien me dejó en la henequera, una fábrica de sogas hechas con las fibras del henequén y regresó a La Habana en el Ford V8. Ya de noche llegó el Che. Lo esperaban todos los obreros de la instalación y tuvo que decir algunas palabras. Después me fui en el mismo carro del Che hasta una casa en Varadero donde ya estaban Aleida, su esposa, y su madre, una mujer menuda muy bien conservada, que hablaba un francés perfecto y que muy hábilmente no interfería para nada en las relaciones entre él y Aleida.

A la mañana siguiente, caminé hasta la playa que se encontraba a unos 100 metros, y contemplé ese maravilloso mar tranquilo y de colores que van desde el verde esmeralda, pasando por el azul turquesa hasta el azul marino, según la profundidad y el fondo marino. Me dieron ganas de bañarme, pero no había llevado bañador. Entonces con un escolta me dirigí hasta las oficinas del Instituto del Turismo donde encontré al comandante Jesús Montané. “Chucho”, como le decían sus amigos era “socio fundador” de la Revolución Cubana puesto que había participado en el asalto al Cuartel Moncada y era el segundo del Instituto Nacional de Turismo. Lo hice partícipe de que el Che estaba en Varadero y solicité algunos bañadores o shorts para que este y los demás pudieran bañarse. Y agregué: “Sería una oportunidad para que Che pudiera dar un paseo en una embarcación”. Minutos después, llegó a la casa donde estábamos alojados un vehículo con shorts y como a la hora divisé, al final de la calle que daba a la playa, el perfil de un motovelero,

el Río Damují, fondeado a unos 100 metros de la playa. Con toda inocencia le comuniqué al Che las novedades y cuando este indagó sobre la causa, le dije que muy posiblemente el comandante Jesús Montané se había enterado de su presencia en Varadero y había enviado shorts y embarcación para él. Él era demasiado inteligente para tragarse ese cuento, pero no dijo nada. Finalmente todos nos trasladamos a la playa para embarcarnos en el Río Damují.

Sucedió un episodio realmente cómico. Del barco vino un bote de madera con un remero que no tendría más de 12 o 13 años para trasladarnos hasta la embarcación. Entonces se pudo ver al héroe legendario sentado con cara de resignación en la popa del bote, con Aleida al frente, y el niño remando, mientras que la madre del Che nadaba al lado con un magnífico estilo. Nunca olvidaré ese episodio de “las cosas al revés”.

Al subir a bordo, Che le preguntó a Aleida: “¿Trajiste al camarada Mao?”. Y Aleida le entregó uno de los tomos de las Obras escogidas del dirigente chino. Yo, en cambio, me fui a popa y con una vara de pesca que encontré lancé al agua el nailon con una carnada artificial con tan buena suerte que al poco rato de andar, o mejor dicho de navegar, picó una barracuda de buen tamaño que logré subir a bordo. Al oír el escándalo, Che soltó al camarada Mao, cogió su cámara y tomó unas fotos del acontecimiento. ¿Dónde estarán esas fotos?

A principios del año 1960, Che había enviado al “Conejo” Maldonado a trabajar en el Banco de Comercio Exterior para apoyar y asesorar al joven comandante Alberto Mora, recién nombrado su presidente. Mora provenía del Directorio Revolucionario formado por los estudiantes de la Universidad de La Habana, que se había unido al Movimiento 26 de Julio de Fidel, cuyos jefes, rápidamente,

solicitaron al Partido Socialista Popular, comunista, una formación marxista. Pero como expresión del equilibrio político, si bien Mora venía del Directorio Revolucionario, su segundo al mando era Jacinto Torras, economista y antiguo miembro del Partido Socialista Popular. Maldonado en el Bancex, Jaime en el BNC, y de los cuatro primeros asesores chilenos quedé solo en el Departamento de Industrialización, ya que Sergio Aranda trabajaba con Pino Santos y Edmundo Meneses había sido enviado a la provincia de Oriente donde, como era de esperarse, cayó fulminado por una cubanita de 15 años, pero con el cuerpo de una hetaira, con quien al poco tiempo se casó y siguen juntos hasta el día de hoy. Pero se había incorporado Alberto Martínez, además de Albán Lataste, al Departamento de Industrialización del INRA. Alberto fue enviado por Che a apoyar a Regino Boti, director ejecutivo de la Junta Central de Planificación y Alban siguió tiempo después el mismo camino. Ambos llegaron a ser viceministros de esa institución. También el “Conejo” Maldonado llegó a viceministro de Comercio exterior y le tocó la responsabilidad de reorientar las relaciones comerciales de Cuba hacia los países socialistas.

Con una rapidez de la que no nos dábamos cuenta, las fuerzas revolucionarias más consecuentes con la necesidad de cambios a favor de la población cubana y de mantener la independencia política con respecto a Estados Unidos, procedían a conquistar posiciones de poder económico bajo el liderazgo de Fidel, quien le entregó al Che la responsabilidad de estructurar la nueva economía revolucionaria que iba naciendo, y reservó para sí la agricultura. La Junta Central de Planificación quedó a cargo de Regino Boti; el Banco de Comercio Exterior, que de hecho pasó a controlar el comercio exterior, y el Banco Nacional, eran presididos por el Che, como guardián de las divisas y controlador del dinero; el Ministerio del Trabajo tenía al comandante Augusto

Martínez Sánchez al frente; el Ministerio del Transporte, a cargo del capitán Omar Fernández; el Ministerio de Hacienda con el Comandante Díaz Astarain a la cabeza, y, desde luego, el comandante Raúl Castro, como ministro de las Fuerzas Armadas, y el comandante Ramiro Valdés, segundo del Che en la Sierra, en la organización de la policía revolucionaria y los servicios de inteligencia y de contrainteligencia. A finales del año 1960, ya se había conformado la estructura institucional del poder revolucionario con veteranos de la guerrilla. Después de muchos años he llegado a comprender el porqué de la manera de actuar de los dirigentes revolucionarios cubanos durante los primeros años después del triunfo de la Revolución que, por sus objetivos, alcance y premura en lograrlos, parecían decisiones de dirigentes políticos “inmaduros e idealistas” que se pasaban a llevar “reglas clásicas” de cómo se dirige la economía de un país subdesarrollado.

Los despachos diarios con el Che (más bien nocturnos, para ser exacto) se habían trasladado al Banco Nacional de Cuba. Al llegar éramos recibidos por el inefable José Manresa, secretario y jefe de despacho del Che, al cual se le preguntaba al entrar “cómo estaba el ambiente”. En mi caso, después de haber terminado, me dirigía a la Bodeguita del Medio, en donde me sentaba en la mesa de Carlos Puebla y ordenaba una botella de ron, que apenas le alcanzaba al cantante para aclararse la voz. Como había adquirido una guitarra por solo 4 pesos en la exposición soviética que se presentó en La Habana al principio del año 1960 y pretendía aprender a tocar el instrumento, Carlos Puebla me ofreció clases gratis por las noches en la Bodeguita, oferta que acepté con toda ingenuidad. Obviamente, era una botella por noche, y de clases, nada. Pero sí, en cambio, una buena borrachera de un grado tal que así y todo me permitía conducir mi automóvil hasta donde residía.

Todos nos enamoramos de las canciones revolucionarias que Carlos Puebla había sacado y la que más me gustaba, era “Llegó el Comandante y mandó a parar”. No me da vergüenza reconocerlo, yo era el más asiduo a la Bodeguita del Medio y por lo demás el único soltero. Me encantaba atravesar la plaza de la Catedral después de la media noche, con los sentidos en su punto por el ron añejo que inevitablemente había bebido con Carlos Puebla. En aquellos días, con unos pocos faroles iluminando ese cuadrado perfecto, con la catedral de un sobrio barroco al norte, un edificio del siglo XVIII al frente y otros dos tanto o más antiguos a los lados, sentía como si hubiera retrocedido doscientos años en el tiempo. Hoy, en cambio, esa plaza, prostituida por un turismo seudocultural, despierta en mí la misma ira que seguramente experimentó Jesús cuando a latigazos expulsó del templo a los mercaderes.

Para engarzar con un acontecimiento que transcurrió en 1960, es necesario dar un salto atrás y contar cómo un día a finales de 1959, cuya fecha no recuerdo, habían llegado hasta las oficinas del Departamento de Industrialización dos alemanes de la República Democrática Alemana (RDA) para ofrecer maquinaria de su país. Para los asesores “rojos” del Che fue un acontecimiento y los habíamos recibido con la mejor intención de que sus objetivos prosperaran. Entre sus ofertas estaba una fábrica de máquinas de coser y uno de ellos, en tono confidencial me dijo: “También sirve para hacer ametralladoras”. El objetivo de los visitantes era establecer, al menos, relaciones comerciales con Cuba y los asesores no podíamos estar más de acuerdo con esa idea. Al buscar una manera de formalizar estas relaciones, a Jaime Barrios se le ocurrió redactar una carta que firmaría el Che, mediante la cual se invitaría a la Cámara de Comercio de la RDA a visitar Cuba. Jaime se sentó ante una máquina de escribir y redactó la carta que Che firmó sin vacilar. Los alemanes habían superado con creces sus objetivos más

ambiciosos, y en señal de gratitud invitaron al equipo a cenar al Hotel Nacional.

En marzo de 1960, llegó la delegación de la Cámara de Comercio de la RDA y el traductor era, qué casualidad, un alemán que había vivido gran parte de su vida en Chile. Su apellido era Klein, “como la farmacia Klein en Santiago”, nos decía. El Che me encargó la tarea de formalizar las relaciones comerciales con ese país y, por consiguiente, durante el encuentro final en el salón de reuniones del Banco Nacional, al que llegué tarde, Che me invitó a sentarme a su lado. En una manifestación de fastuosa atención, casi asombrosa en el Che, este encargó un servicio de bebidas y canapés al famoso restaurant Floridita, en el que Hemingway iba a tomarse sus daiquiris. En ese momento la discusión giraba en torno al precio del azúcar cubana que los alemanes querían comprar, pero las instrucciones que tenía el joven comprador alemán no le permitían aceptar el precio que pedía el Che. El alemancito estaba rojo de congoja ante el dilema que no podía resolver y Che ya se había tomado un daiquirí y como no estaba acostumbrado a tomar bebidas alcohólicas, él también tenía la cara sonrosada. Un camarero nos ofreció otro daiquirí y el Che al tomarlo me dijo: “Otro trago más y les declaro la guerra”. Habría que haber conocido al Che para darse cuenta de su fino y sutil sentido irónico en virtud del cual se estaba burlando de sí mismo en el papel de “hombre de Estado”, al cual el guerrillero no estaba acostumbrado, pero que finalmente la historia lo obligó a asumir.

A raíz del establecimiento de relaciones diplomáticas con la RDA, su Gobierno envió a Cuba un grupo de cinco científicos y economistas para ayudar a definir un plan de desarrollo. Desde luego que me correspondió la atención del grupo. Uno de los problemas más complejos que tenía el país era hacer funcionar la fábrica yanqui

de níquel, en Moa, construida sobre la base de un procedimiento muy novedoso hidrometalúrgico que la hacía única en el mundo. Los 800 kilómetros entre La Habana y Moa se recorrieron en el avión ejecutivo del Che, un Cessna 310 C, piloteado por Eliseo de la Campa. En Moa se organizó un recorrido por la planta bajo la conducción del administrador estadounidense. Aún recuerdo al profesor Leibnitz parado debajo del reactor diciendo con asombro: “¡Ácido sulfúrico a 190 grados!, ¿qué pasará ahí dentro?”. ¡A confesión de parte relevo de pruebas! Estaba claro que los alemanes no habían visto y ni siquiera leído nada sobre la producción de sulfuro de níquel-cobalto por lixiviación en ácidos sulfúrico y sulfhídrico.

Pero ya se había extraído secretamente un tanque de 55 galones con sulfuro de cobalto-níquel producido durante la puesta en marcha por los gringos. Raúl León y yo habíamos preparado una operación de extracción que fue fructífera y esa muestra había sido enviada a la Unión Soviética. La respuesta de los soviéticos fue que podían asimilar toda la producción de Moa cuando se lograra arrancar la planta, cosa que es otra historia a contar más adelante.

Se programó un encuentro del equipo de expertos alemanes con el Che en su oficina del Banco Nacional. Empezó después de la media noche y duró hasta cerca de las cinco de la madrugada, lapso durante el cual los alemanes rindieron su informe verbal al comandante. Ya bien entrada la madrugada el hambre me hizo salir del salón de reuniones y dirigirme al pantry de la presidencia del banco, en donde encontré a Manresa comiendo un succulento filete. Al manifestar mi hambre, Manresa me dijo: “Queda uno y te lo puedes comer”, cosa que hice de inmediato y después regresé a la reunión. A la hora de despedirnos recuerdo que el Che dijo: “Bueno, señores, ahora voy a meterle mano a una carne que tengo guardada”. Al oír eso, me apresuré a despedirme y salí a toda velocidad

del banco y no me atreví jamás a averiguar si me había comido el filete del Che.

En verdad, yo había logrado establecer una relación personal muy estrecha con Che hasta el punto de que fui el primero en pedirle su avión personal prestado, en tres o cuatro ocasiones, para cumplir misiones fuera de La Habana. Esto me permitió establecer amistad con Eliseo de la Campa, su piloto, expropietario de una vaquería, por lo que, en 1959, podía conducir su propio Porsche deportivo, con el que sufrió un accidente y se fracturó una pierna. Eliseo, ya adscrito al proyecto del Che en cuerpo y alma, entregó su vaquería al Gobierno revolucionario y se dedicó exclusivamente a prestar servicio al Che. Una vez, mientras volaba el Cessna 310 C en compañía de otra persona, tropezó con un avión que había venido de Estados Unidos para bombardear un central azucarero. Eliseo, al darse cuenta de lo que ocurría le entregó la dirección del avión a su acompañante y con su fusil automático FAL ametralló al avión enemigo y lo abatió. Che al enterarse del combate aéreo, le regaló como muestra de reconocimiento una de las codiciadas pistolas soviéticas calibre 9 mm de 20 balas, que disparaban tiro a tiro y también ráfagas.

Mis amores con la estadounidense y su prestancia hicieron que miembros del PSP que me vieron con ella le fueran con el cuento al Che, quien me pidió que la reenviara a Estados Unidos y me olvidara de ella. Cumplí con sus instrucciones y convencí a la gringuita de retornar a su país por un tiempo. Evidentemente, los “sapos” sacaron rápidamente la conclusión de que estaba siendo infiltrado “sexualmente” por la CIA. En realidad la CIA nada tuvo que ver en el asunto. Era puro y simple amor carnal de ambas partes.

En 1960, llegaron los primeros especialistas soviéticos y, desde luego, establecieron contacto con los asesores del Che. Su misión era conocer la situación de Cuba y prepararse para la eventual ayu-

da que empezó a llegar de inmediato. Primero fue la compra de la cuota azucarera cubana de Estados Unidos cuando ese país la eliminó; después fue el suministro de petróleo cuando el gobierno yanqui decretó el embargo de los combustibles y la prohibición de los barcos transportaran combustibles a Cuba, so pena de no poder tocar después puertos estadounidenses.

En 1960, los dos cuadros permanentes de los soviéticos en Cuba para las cuestiones económicas y comerciales fueron el jefe, Merkulof, y su segundo, Kósariev. El primer encuentro de los asesores chilenos con ellos se realizó en la sala de reuniones del ministro de Agricultura, que la bella Anita puso a nuestra disposición, pues la reunión debía ser muy discreta. Asistimos Raúl Maldonado, Jaime Barrios y yo y el objetivo era transmitirles las principales necesidades. Hoy me da vergüenza revelar que, entre ellas, Jaime pidió una central electro-nuclear porque Cuba carecía en esa época de una producción significativa de petróleo. Cuando Kósariev escuchó semejante pedido, demostró su profesionalismo al no echarse a reír y con su poker face contestó “no tenemos”, a lo cual Jaime le insistió diciendo que él había leído en una revista soviética que sí las fabricaban. Respuesta de Kósariev sin inmutarse: “No tenemos para la exportación”. No obstante, se estableció rápidamente una relación de amistad con estos dos soviéticos que se instalaron en una bella casa en la 1ª avenida y calle 36, que visitábamos periódicamente Maldonado, Jaime y yo, acompañados de Orlando Borrego, quien ya era el N° 2 del Departamento de Industrialización del INRA. Cuando se llegaba a la casa, Merkulof, el jefe, se dedicaba a poner la mesa: abría latas de caviar, de arenques en aceite, y sobre todo, destapaba con sus manos botellas de vodka y de brandy armenio. Se trabajaba a toda velocidad para después sentarse a comer y, sobre todo, a beber a la soviética. De ahí se salía siempre en un estado de “alta espiritualidad alcohólica” debido a lo cual una noche, Mal-

donado, con Jaime desvanecido a su lado, dejó sus cuatro neumáticos en las rocas decorativas que rodeaban el monumento a Maceo en la curva que hay en G y Malecón.

Kósariev se puso “la camiseta cubana” y en sus despachos con Che, cuando este le comentaba de alguna grave escasez, Kósariev le decía: “Pídaselo a Mikoyan”, el N° 2 en la jerarquía soviética, a lo cual Che le contestaba que le parecía impropio. Kósariev le decía: “Pídaselo, que es obligación de Mikoyan mandárselo”. En efecto, a Mikoyan sus colegas del Buró Político del PCUS le pusieron el sobrenombre de “Patriota Cubano”. Después de que Kósariev terminó su misión en Cuba, cada vez que Che iba a Moscú no dejaba de ir a visitarlo en su casa. Porque Kósariev era de lo mejor que tenía la Unión Soviética, junto con Alexander Alexeiev, el periodista de la agencia Novosti a quien con mucha inteligencia Nikita Krushov designó como embajador en Cuba y del cual habría dicho: “¡Merecía su busto en oro!”.

Tuvimos la oportunidad de conocer lo mejor de los cuadros soviéticos con los militares que a ayuda llegaron para ayudar a organizar las Fuerzas Armadas Revolucionarias. Me contó después mi esposa cubana, quien fuera fundadora de la Artillería, que cuando finalizó la Crisis de los Cohetes, en 1962, por el acuerdo Krushov-Kennedy, se le dio la orden al general que comandaba a las tropas soviéticas encargadas de los cohetes y de su defensa de dismantelar las instalaciones, este, avergonzado, abrazó llorando a Fidel y le dijo: “¡Fidel, yo vine aquí dispuesto a morirte contigo!”.

Con ocasión de la despedida del grupo de expertos soviéticos que había llegado antes para concretar la primera ayuda, particularmente la militar, se celebró un almuerzo en el restaurante Los An-

des, y los soviéticos llegaron superabastecidos de coñac y de vodka que empezaron a servirnos en vasos para agua. A las dos horas ya nadie sabía cómo se llamaba. Ellos habían destacado a dos participantes que no bebían, ya que estaban encargados de “recoger los cadáveres” y de meterlos en el ómnibus que los llevaría de regreso. Yo ya estaba con un alto grado de intoxicación alcohólica cuando me informaron que en el Banco del Comercio Exterior, a dos cuerdas de distancia, había una llamada internacional para mí. Fui como pude, y llegué para escuchar a la gringuita que me precisaba sobre si nos íbamos a casar o no. En mi borrachera le dije que por qué no y que regresara a Cuba. Esa “decisión”, si se la puede llamar así, tendría consecuencias.

La gringuita regresó y nos fuimos a vivir a un apartamento en la playa de Santa María del Mar, al este de La Habana. Como mejoraba la compenetración sexual decidí cumplir mi palabra y casarme con ella. Pero ojos avizores se percataron del “reenganche” y nuevamente le fueron con el cuento al Che. Este me mandó a llamar y me recordó su anterior advertencia. A decir verdad, yo era bastante intolerante en materia de intromisiones en mi vida personal, que para mí estaba y sigue estando desvinculada de mi vida profesional y política. Por lo tanto le contesté que lo respetaba enormemente, pero que no aceptaba que se inmiscuyera en mi vida personal. Él me dijo que tenía razón y que estaba de acuerdo con eso, pero que como dirigente debía tomar las medidas correspondientes. Ese fue el momento de mi distanciamiento del Che. Dejé de ser uno de sus asesores directos pero continué trabajando en el Departamento de Industrialización del INRA y nos veíamos y conversábamos de trabajo de vez en cuando. Quizás, sin saberlo, la gringuita me salvó la vida porque, y hoy en día me doy cuenta, de haber seguido mi relación tan estrecha con Che, y con mi tendencia a vivir aventuras intensas, lo más probable es que hubiera insistido hasta el cansan-

cio en participar en una de las guerrillas latinoamericanas, que, como se sabe hoy en día, fracasaron casi en su totalidad.

Me mudé a unas oficinas que el Departamento de Industrialización ocupaba en la zona conocida como La Rampa, en La Habana, en donde se estableció un equipo de jóvenes ingenieros que pasarían con el tiempo a conformar las Direcciones de Inversiones y de Ejecución de Proyectos del Ministerio de Industrias, adornado por bellas y excitantes secretarias.

Cuando le comuniqué al personal con el que trabajaba que me iba a casar, decidieron darme una despedida de soltero por la noche, después del trabajo, en un cabaret cercano. Allí, una de las secretarias, de cuerpo ampuloso, me sacó a bailar y me dijo que cometía un error al no casarme con una cubana, que no sabía lo que me perdía, mientras me introducía su bien torneado muslo entre las piernas y apretaba sus generosos senos contra mi pecho. Resistí la tentación.

Esos jóvenes, casi todos ingenieros, que habían trabajado para la firma estadounidense que había construido la fábrica de Moa, fueron enviados por Che, en 1962, con la misión de arrancar esa planta, cosa que hicieron voluntariamente. Fue un bello logro del Che y de esos jóvenes, que demostraron así que aún se disponía de capacidad técnica, aunque insuficiente para todo lo que se pretendía hacer.

Me casé por lo civil y mis testigos fueron el “Conejo” Maldonado y el gringo Eddy Boorstein, economista al que había conocido en Chile y al que invitamos a trabajar con nosotros, obviamente con la debida aprobación del Che y que nos transmitía consejos utilizando antiguos dichos judíos como el de “no botes el agua sucia mientras no tengas agua limpia para reemplazarla”. Al año ya era padre de una muy hermosa rubita, Carla, bembona como la madre y con su mismo cuerpo atlético.

El “Conejo” Maldonado también sucumbió ante el encanto de las cubanas y nada menos que con su secretaria, una hermosa mujer de 18 años de largas y bellas piernas, amplio busto y una cara llena de promesas. Pero estaba de por medio la advertencia del Che con relación a las mujeres que trabajaban en las mismas oficinas. Por consiguiente, Maldonado tuvo que “oficializar” su relación ante las autoridades competentes de la moral revolucionaria y declarar la seriedad de sus intenciones, tal como se hace en las “buenas familias”, pese a estar en una revolución a toda marcha hacia el socialismo. Las tradiciones son las tradiciones. Maldonado y Maggy se casaron al poco tiempo y les devolví la mano actuando como uno de los testigos del matrimonio.

Poco tiempo después Jaime Barrios también cayó redondo en los brazos de Nancy, una secretaria del Ministerio de Relaciones Exteriores, y Sergio Aranda con una damisela del INRA. Las cubanas fueron implacables con los asesores chilenos y si yo no sucumbí en esa época fue porque simplemente me habían rechazado. ¡Pero habría novedades en el futuro!

El año 1960 fue decisivo para las relaciones entre los gobiernos de Cuba y de Estados Unidos. Se caracterizó por un intercambio de “golpes” entre ambos países. A la cancelación de la cuota azucarera de unos tres millones de toneladas que Cuba le vendía anualmente a Estados Unidos a un precio preferencial, Cuba contestó con la firma de un contrato de venta por cuatro millones con la Unión Soviética. A la suspensión de los embarques de petróleo hacia Cuba y la prohibición para cualquier barco que transportara combustible a la isla de atracar en puertos gringos, nuevamente la respuesta fue transferir las compras a la Unión Soviética. La Esso, la Shell y la Texaco se negaron a refinar el petróleo soviético y la respuesta de Fidel fue instantánea: fueron intervenidas por el Gobierno. A la

preparación de bandas contrarrevolucionarias con suministros estadounidenses y a los sabotajes, Fidel contestó en agosto de ese año con la nacionalización de todas las propiedades yanquis en Cuba.

¿Cómo dar a entender la real significación de que en 1960 un pequeño país del Caribe, a solo 90 millas náuticas de Estados Unidos, expropiara todas las propiedades gringas? Era simplemente inconcebible, suicida, realmente una locura política, más allá de toda la capacidad imaginativa de cualquier político profesional latinoamericano de la época. Y Fidel lo hizo y lo logró, con toda seguridad sabiendo a lo que se exponía.

En ese momento, para nadie era un secreto que Cuba marchaba a toda velocidad a una confrontación abierta con los yanquis. Recuerdo un comentario que le hice a Jaime Barrios por aquellos días sobre lo inevitable de una confrontación armada con Estados Unidos, y la respuesta de Jaime fue: “¿Y tú tienes el valor para marcharte?”. Tal era el estado de ánimo, que una noche mi americanita, al ver por la ventana del apartamento las luces de los pescadores cubanos que capturaban agujas y emperadores en medio de la corriente del golfo, me dijo alarmada: “Es la invasión”. Yo mismo, por las noches, al contemplar la iluminación de la ciudad no podía creer que todo siguiera más o menos funcionando. El país resistía y se preparaba para una contienda desigual sin ningún temor ni vacilación. Los cubanos alcanzaron en esos días la altura de los espartanos cuando decidieron enfrentar a los persas en las Termópilas. Pero la administración yanqui, prepotente y mal informada, solamente logró concebir una invasión de unos 1.500 “cubanos” en abril de 1961. No darse cuenta de lo ridículo de sus premisas políticas y de sus acciones militares expresa objetivamente el desprecio que los gringos tienen por los latinoamericanos. Ha pasado casi medio siglo y cuando se observa hoy en día su actitud hacia

Venezuela, Bolivia, Ecuador, es difícil creer que sean tan tercos y que no hayan aprendido nada durante todo este tiempo. Pero lo son. Están casados con el ayer de la primera mitad del siglo XX y no ha habido un solo presidente de esa nación que haya podido rebasar esa limitación, salvo John F. Kennedy, a quien por algo mataron y de manera impune.

No está demás reflexionar y sacar conclusiones sobre la experiencia cubana con la mafia estadounidense, que hasta finales de 1959 todavía controlaba los casinos que operaban en todos los grandes hoteles de Cuba y en el cabaret Tropicana. El Gobierno revolucionario decretó el cierre de esos casinos e ilegalizó el juego con dinero en todo el país. La mafia gringa hizo calladamente sus maletas y se fue de Cuba sin chistar. ¿Por qué? Sencillamente porque no había nadie en el Gobierno revolucionario y mucho menos en la policía, que a la sazón comandaba nada menos que el comandante Efigenio Almejeira, hoy general de división y héroe cubano, con quien lograr un acuerdo como el que mantenían con las autoridades políticas, policiales y judiciales en todos los países en donde operaban con una virtual inmunidad e impunidad, en tanto que organización, salpicada de arrestos publicitados pero que no alteraban para nada sus actividades y su desarrollo. Muy probablemente la mafia pensó “volveremos pronto”, tal como lo imaginaba la burguesía cubana, detrás de los marines que invadirían a Cuba. Pero lo único que pudieron hacer fue colaborar activamente con la CIA para promover la contrarrevolución y así ganarse su sitio en una nueva/antigua Cuba que nunca volverá a existir. La Habana se salvó de ser transformada en Las Vegas del Caribe.

Se ha hablado mucho también del rompimiento del Gobierno cubano, con la Iglesia católica en aquella época. En verdad, la Iglesia

fue víctima de su propia orientación clasista y estratégicamente equivocada. La Habana está llena de iglesias pero no así los pueblos del interior del país. Y es que la curia se dedicó a la clase pudiente y descuidó a los pobres del campo y de los pequeños pueblos. Cuando quiso utilizar su fuerza espiritual hizo el ridículo porque la mayoría de sus ricos feligreses huyeron hacia Estados Unidos, y las grandes masas no la conocían por lo que ya no tenía ningún ascendiente sobre ellas. Por consiguiente, gran parte de la curia, de origen español, abandonó el país y se quedaron los verdaderos sacerdotes cubanos. Entre ellos hubo curas revolucionarios como el padre Sardiña, quien subió a la Sierra Maestra y se unió a la columna de Fidel, desde donde bajó con el grado de comandante. Vino a arreglar este problema años después el nuncio apostólico, monseñor Sachi, hombre de gran inteligencia y de mentalidad moderna, quien se bañaba en traje de baño en las playas cubanas y se convirtió en gran amigo de Fidel. Cuando este fue a Roma muchos años después, en noviembre de 1996, para un encuentro con el papa Juan Pablo II, no dejó de ir a visitar su tumba.

Durante el segundo semestre de 1960, Che partió en un largo viaje a los países socialistas, incluso China, acompañado de Alban Lataste y muy probablemente también del “Conejo” Maldonado. En su recorrido adquirió un sinnúmero de fábricas, de máquinas y herramientas. Cuando regresó le pregunté quién tenía la relación de las compras y sus valores y este me remitió a Alban, con el cual, botella de ron de por medio, hice la lista de las compras. Ese fue el comienzo de las inversiones en la construcción de la nueva industria socialista cubana. Alban me regaló una pistola CZ de calibre 7.65 mm, copia fiel de la Walter, un regalo que él había recibido en Checoslovaquia. Durante algunos años, hasta 1963 si no recuerdo mal, la llevé al cinto para completar mi uniforme de miliciano.

¿Qué pretendíamos en materia de desarrollo industrial? Básicamente sustituir importaciones ya que Cuba lo importaba casi todo. Pero además de esta línea general, que se nutría de la información en los anuarios del comercio exterior del país hasta el año 1957, se agregaban ahora los consejos de los nuevos amigos socialistas: energía eléctrica, transformadores eléctricos, industria mecánica, industria química, especialmente fertilizantes agrícolas, utensilios para el hogar tales como cocinas de gas, ollas de presión, sanitarios, etc. A todo lo cual nuestros buenos deseos, fruto de la ignorancia, habían agregado una siderurgia y una fábrica de automóviles, que obviamente nunca se llevaron a cabo. ¡Por suerte, la realidad pudo más que la ignorancia!

Lo que se compró a crédito en los países socialistas eran, como bien se sabe hoy en día, tecnologías atrasadas en comparación con las que ya existían en los países capitalistas. Pero era eso o nada. Ya Cuba estaba prácticamente bloqueada por Estados Unidos y además no disponía de divisas convertibles ni de créditos en esas monedas a mediano y largo plazo.

Conocidas las características de las fábricas a edificar, quedaba el problema de dónde situarlas. Hay que recordar que Cuba salía de un estado en el cual contaba con 20% de desempleo y, por lo tanto, la ubicación de las futuras fábricas adquiría una fuerte connotación política regional. Ese pasó a ser mi trabajo principal, con un par de ayudantes y con el “abrepuestas” que era ser parte del equipo del Che, del cual todavía formaba parte.

En febrero de 1961, se crearon, entre otros, el Ministerio de Industrias y el de Comercio Exterior. En este, le tocó al “Conejo” Maldonado la gigantesca tarea de cambiar la dirección del comercio exterior de Cuba hacia los países socialistas y todos los miembros

del Departamento de Industrialización del INRA se trasladaron nuevamente a la Plaza de La Revolución, al antiguo edificio del Tribunal de Cuentas.

## **Y en eso vino el ataque por Playa Girón**

Los recuerdos indican que el 15 de abril de 1961 era sábado. Vivía en el 7° piso del edificio Riomar, que tiene vista al mar. Me despertó el ruido de las bombas con las que aviones B-26, con falsas insignias de la Fuerza Aérea Revolucionaria, estaban atacando el aeropuerto militar de Ciudad Libertad, en el occidente de La Habana, y al mismo tiempo atacaban los aeropuertos de San Antonio, en La Habana, y de Santiago de Cuba. Era un intento de destruir los pocos aviones de combate en estado operativo que tenía la Revolución para asegurar el éxito del desembarco militar que tendría lugar dos días después en Bahía de Cochinos, al sur de la provincia de Matanzas. Medio dormido miré hacia el norte por una ventana y vi una gran luz amarilla sobre el mar. Le dije a mi esposa que estaba saliendo el sol y ella me hizo ver que el sol salía por el este. Entonces caí en cuenta de que lo que acababa de ver era un B-26 que había sido abatido por las armas antiaéreas y que se estrellaba en el mar.

Los asesores chilenos también sentían la fiebre de la preparación militar que campeaba por sus respetos en la Cuba de 1961. En un país donde un mulato cubano me había dicho, a principios de 1959, “hay revolución si los gringos quieren”, todo el mundo quería “limpiarse” por no haber combatido con Fidel en la Sierra o en el llano, y se incorporaba masivamente a las Milicias Revolucionarias para enfrentarse no a un país latinoamericano vecino sino a los mismísimos yanquis. Cuando los asesores chilenos le exigimos al Che nuestro derecho a combatir por la patria cubana, este nos dijo:

“Dedíquense a su trabajo que sobran cubanos para combatir”. Pero de todas maneras y en “secreto” nos incorporamos a la Milicia, si no para pasar entrenamiento e integrarnos a los batallones, por lo menos para vestir el uniforme y montar guardia en el centro de trabajo. Recuerdo mi primera guardia con un M3, una subametralladora estadounidense calibre 45, arma que desconocía totalmente, pero cuando me la entregaron mentí descaradamente al decir que la podía manejar sin problema alguno. Así que cuando sucedió lo de Playa Girón, no fuimos a la batalla y nos quedamos trabajando en nuestras oficinas escuchando con ansiedad los partes que daba la radio. Todo terminó en 72 horas. Fidel, con ese toque maestro en política digno de un gran pianista, había declarado públicamente el 16 de abril, un día antes de la invasión, el carácter socialista de la Revolución Cubana. Los cubanos fueron al combate sabiendo por qué iban a luchar y hacia dónde se dirigían. Entre ellos la bella Anita, quien ya era sargento e integrante de la artillería. Su jefe, el comandante Pedro Miret, había dejado el Ministerio de Agricultura, y pasó a ser jefe de la naciente artillería cubana que debutó en esa batalla con los cañones soviéticos de 120 milímetros que molieron a los invasores en Playa Girón.

Exactamente el 30 de abril de 1961, la víspera del 1° de Mayo, tuve que presentarle al Che el plan de localización de las nuevas industrias ya adquiridas y por construir, que él como ministro debía exponer al siguiente día ante las cámaras de la televisión. Subí a su oficina en el 9° piso del ministerio y al entrar me llamó la atención una cicatriz en su mejilla derecha y un plástico transparente que le apartaba el lóbulo de la oreja de la piel del cuello. Mucho después me enteré de que en Pinar del Río, durante los días de Playa Girón, mientras el Che visitaba una unidad militar bajo su mando tropezó en un patio con un tubo de agua a flor de tierra por lo que la pistola soviética que llevaba en una funda abierta a lo “cowboy” se había

caído. Como llevaba una bala en la recámara se disparó. La bala le entró por la mejilla y salió por detrás de la oreja, sin interesarle ni huesos ni vasos sanguíneos.

Colgué en la pared un gran mapa de Cuba en el cual se señalaba la localización de cada fábrica y por qué habían sido situadas allí. Al finalizar mi exposición, Che me preguntó: “¿Y eso está bien?”. Y le contesté que estaba aprobada por el ministro y nada más. Entendió perfectamente el mensaje: que se había hecho lo mejor posible, pero que con seguridad un trabajo de esa envergadura y de esa importancia merecía un estudio más profundo y profesional. Entonces, le pregunté si habría alguna sorpresa en la concentración del siguiente día, y después de pensar un instante dijo que sí. Es de suponer que se refería a que en la ceremonia del 1º de Mayo de aquel año se tocaría y cantarían “La internacional” por primera vez en un acto oficial de la Revolución Cubana.

Me encargaron del Plan de Inversiones del Ministerio de Industrias, durante lo que quedaba de 1961 y en 1962, tiempo durante el cual constaté nuestro grado de incapacidad para proyectar e instalar las nuevas industrias. Tanto en 1961 como en 1962 no pudimos invertir lo que se había planificado.

Recuerdo el día en que, por un motivo ya olvidado, entré fumando a la oficina del Che, en el 9º piso del Ministerio de Industrias. Al verme él me dijo, “apúrate en fumar”. Y pregunté de inmediato: “¿Le molesta el humo del cigarrillo?”. Y él me respondió: “No, es que vamos a eliminar la marca de los cigarrillos que estás fumando”. Eran los famosos Bock Especial, lo mejor que se ha hecho en cigarrillo negro, elaborados con los recortes de una fábrica de puros y presentados en unas cajetillas de color marrón oscuro y letras y diseños en oro, con 14 cigarrillos ovalados fabricados con

papel de arroz. La razón de esa medida era “la racionalización” de la producción de cigarrillos, por la que se eliminarían marcas para solo dejar una media docena en aras de lograr una producción más económica. Pero bajo ese argumento de racionalidad se escondía otra vez nuestra incapacidad administrativa, que llevó a la eliminación de numerosos productos que nunca más volvieron a aparecer en los mercados de Cuba.

Consolidación de empresas, creación de monopolios nacionales, reducción del número de productos a elaborar, todo ello bajo el signo de “una nueva racionalidad económica”. Hoy, muchos años después, nos damos cuenta de que eran soluciones pragmáticas ante la incapacidad de seguir operando la economía bajo su anterior división del trabajo social, tal como Lenin lo concibió en su libro *El Estado y la revolución*, escrito antes de la toma del poder por los bolcheviques. “Otra cosa es con guitarra”, dice el viejo refrán chileno. Pero no se puede desconocer el enorme cambio que rápidamente se fue produciendo en la estructura del consumo con el vertiginoso crecimiento de los gastos en educación y salud pública, sin olvidar los de la defensa, lo cual implicó la reasignación de los recursos económicos del país debido al carácter de clase del Gobierno revolucionario

Cuando llegaron los especialistas soviéticos para definir nuestras necesidades energéticas, la tarea de situar las centrales eléctricas térmicas me tocó a mí, ya que yo había localizado los lugares en donde estarían las nuevas industrias. Recuerdo que el especialista principal, de una edad que le permitía haber trabajado en los inicios de la electrificación de la Unión Soviética, bajo el mando de Lenin, me pidió que lo llevara a los probables emplazamientos de las centrales, que debían ser ciudades con puerto para facilitar el abastecimiento del combustible. Pero había más: el especialista

me dijo que requería lugares en donde se pudieran descargar equipos de 80 toneladas métricas de peso. Eso redujo el recorrido a los puertos de Mariel, Nuevitás, Cienfuegos y Santiago de Cuba. Alquilé un avión Curtis C46 de Cubana y partimos a recorrer la isla. Finalmente los lugares escogidos y en donde se instalaron las primeras dos termoeléctricas soviéticas fueron Mariel, a 30 km de La Habana, y Santiago de Cuba, en el oriente, ya que el sistema eléctrico cubano no estaba aún unificado y había dos redes que no llegaban a unirse: una que empezaba en La Habana y otra en Santiago de Cuba.

Che había designado al comandante “Tabo” Machín como su viceministro para el desarrollo industrial. Él era al que yo había “aterroizado” cuando visité la planta de nitrato de amonio en Matanzas con el peligro que representaba, a mi juicio, un inventario de 4.000 toneladas de fertilizante nitrogenado. “Tabo” era, por tanto, mi jefe directo. Un día me comunicó con evidente preocupación que Raúl Castro quería vernos en Santiago de Cuba. Raúl era por aquel entonces el jefe militar y político en la provincia de Oriente. Che puso a nuestra disposición su avión Cessna y Eliseo de la Campa nos llevó a Santiago y nos trajo de vuelta a La Habana. Al llegar nos encontramos con que íbamos a asistir a una reunión bastante numerosa. Raúl Castro entró e inmediatamente saludó afectuosamente a “Tabo”, quien me presentó. Al estrecharme la mano, Raúl dijo solamente: “Lo creía mayor”. La cuestión era la localización de una planta termoeléctrica en Oriente. Cuando estuve ahí con los expertos soviéticos, había dicho que sería ubicada en donde lo determinarían esos expertos con la aprobación del Che. Mi afirmación prepotente no había sido del agrado de los ingenieros santiagueros, pues muchos de ellos habían integrado el Movimiento 26 de Julio y habían combatido en la clandestinidad, así que tenían mucha mayor estatura política, técnica y moral, y yo no había tomado en

cuenta sus opiniones. Por eso se quejaron con Raúl. Me mantuve en silencio durante toda la reunión y solamente le expresaba al oído mis opiniones a “Tabo”, quien, si lo estimaba pertinente, las expresaba en voz alta. Parece que mi proceder disciplinado impresionó positivamente a Raúl ya que al terminar la reunión se despidió de nosotros sin mayor comentario. Con el tiempo me di cuenta de que había metido la pata al olvidar que en Cuba no se puede pasar por encima de las opiniones de los cubanos, mucho menos si estos eran antiguos combatientes de la lucha contra el régimen batistiano. Aprendí la lección, aunque mi prepotencia de intelectual chileno fue gradualmente sustituida por la de uno que ya se consideraba un participante de la Revolución y que por eso asumía también los eventuales riesgos y responsabilidades.

En 1961, también llegaron los asesores checoslovacos para enseñarnos la metodología de la planificación soviética que se había extendido a todos los países socialistas europeos. Así, en la práctica, aprendimos a conocer lo que es el voluntarismo apoyado en un conocimiento insuficiente de las verdaderas condiciones para ejecutar lo que se planifica.

Los cubanos habían llegado al socialismo sin proponérselo, tratando de cumplir el Programa del Moncada. Los eventos que se desencadenaron como consecuencia de la ejecución de este programa habían llevado a Cuba a una situación que habría sido inimaginable en 1953, y superaban inevitablemente y con creces los objetivos definidos en aquel entonces. El poder revolucionario dominaba prácticamente toda la economía, con la salvedad del sector campesino privado y el comercio al detal.

¿En qué momento los hechos acontecidos y la proyección del futuro llevaron a la dirección de la Revolución a plantearse el

socialismo como objetivo necesario e inevitable? Pareciera que dos tendencias confluyeron para llegar a esa conclusión. Por una parte, la necesidad de contar con el apoyo político y económico del campo socialista, necesario para poder resistir la agresión estadounidense; por la otra, el convencimiento logrado por la práctica del gobierno de que únicamente un Estado que controla los medios fundamentales de producción podía cumplir cabalmente el Programa del Moncada, que era apoyado por la inmensa mayoría de la población cubana.

¿Cuándo se llegó a esa conclusión? En diciembre de 1959, Che había comunicado a sus asesores más íntimos que la Revolución marchaba “a todo galope” hacia el socialismo, aunque se estaba en plena elaboración del Programa del Moncada. Fidel esperó hasta el 16 de abril de 1961, víspera de la invasión por Playa Girón, para revelar públicamente que para cumplir el programa ya los cubanos habían construido las bases del socialismo en su patria.

No hubo un plan preconcebido; el socialismo fue el resultado inevitable del cumplimiento de un programa cuya razón implícita era la producción y la distribución de bienes a la totalidad de la población, proyecto económico incompatible con el del sistema capitalista. El Programa del Moncada era irrealizable en el contexto de una democracia burguesa y de una economía capitalista y dependiente.

¿Pero quién sabía de socialismo en Cuba en aquella época? Los viejos comunistas del Partido Socialista Popular creían saber, aunque sus conocimientos no pasaban de haber viajado a los países socialistas de Europa y de haber leído algún manual soviético sobre economía socialista. Pero el problema práctico estaba planteado: ¿cómo se administra y se dirige una economía socialista? Y la única respuesta posible era pedirles a quienes ya lo practicaban que enseñaran a los cubanos cómo se hacía.

Nuestros “profesores” de socialismo fueron especialistas checoslovacos y no soviéticos, porque los primeros representaban al socialismo light y los segundos habían sido durante mucho tiempo “los malos” de la propaganda anticomunista. Y así, desde la Junta Central de Planificación, pasando por los ministerios hasta llegar a las empresas, los asesores checoslovacos transmitieron la manera de organizar y de planificar una economía socialista, que era la que ellos habían aprendido, a su vez, de los soviéticos.

No era de esperarse que hubiera críticas criollas al sistema organizativo y operativo propuesto. ¿Críticas basadas en qué experiencia? La cuestión era simplemente tomarlo o dejarlo, y la decisión política de tomarlo ya había sido acordada.

Desde el punto de vista de la organización de la economía, el principio era muy simple: lo que pertenece a todo el pueblo queda en manos del Estado, que lo administra en su nombre, para lo cual el aparato de Gobierno se convierte también en aparato administrativo, con una burocracia destinada a administrar las propiedades estatales en todos los niveles. Así como en el feudalismo no había siervo sin señor, en el socialismo real no había empresa, ni fábrica, ni comercio sin ministerio del cual dependiera. Toda actividad en el ámbito estatal estaba bajo el mando de un ministerio o de un instituto, eufemismo que quería decir lo mismo que ministerio.

Como ya no sería el mercado el que se encargaría de generar las informaciones conducentes a definir qué y cómo producir los productos y en qué cantidades, se establecía el método de la planificación de toda la economía y de todas las empresas para un período inmediato, para el siguiente año y para los siguientes cinco años. Así fue como se prepararon en 1961 los planes para el año 1962 y para el período 1962-1965. El método de trabajo consistía en preparar

Cifras Directivas para cada ministerio, que emanaban de la Junta Central de Planificación, y aquellos debían desglosar las cifras por empresas a los efectos de que remontaran desde ese nivel inferior las contraproposiciones sobre cuándo y cómo hacerlo. Finalmente, bajaban otra vez las cifras desde la Junta Central de Planificación con las cantidades que debía lograr cada ministerio. Estas cifras constituían EL PLAN que, una vez aprobado por el Gobierno, se convertía en una ley de obligatorio cumplimiento.

Como es bien sabido, la planificación soviética, que tuvimos que aprender sobre la marcha, descansaba en los cálculos que durante el año efectuaba la burocracia económica en todos los niveles, desde la fábrica pasando por el conjunto de empresas administrativamente vinculadas, los ministerios y finalmente la Junta Central de Planificación, para decidir qué se iba a producir el año siguiente. Lo más importante era el cálculo en términos físicos, tanto de la producción como de la distribución de esa producción entre las empresas que la requerían, como materias primas y partes, y para el consumo de la población. Si bien todas esas magnitudes tienen una expresión en valor, puesto que tienen un precio asignado burocráticamente calculado, la expresión valorativa del plan era absolutamente secundaria y la circulación financiera prácticamente irrelevante. Para ilustrar este fenómeno bastan dos ejemplos: ¡los soviéticos vendían las plantas industriales completas, sobre la base de un precio por tonelada! Ante la queja del viceministro para el Equipamiento del INRA por los precios de unos repuestos de aviones AN-2 para la fumigación agrícola al compararlos con similares estadounidenses, los vendedores soviéticos le pidieron como favor que aceptara dichos precios y que él pusiera el precio en siguientes entregas, porque era una pérdida de tiempo y además prácticamente imposible presentar una reclamación para que se corrigieran dichos precios ya oficializados.

En dos palabras, la contabilidad como la entendemos, era prácticamente inexistente en la Unión Soviética. Increíblemente, en un país socialista que decía representar la realización de la teoría económica marxista, se desconocía en la práctica el fenómeno y la necesidad del valor como solución a la problemática del intercambio en una sociedad en la que imperaba la división social del trabajo, admirablemente bien tratada por el propio Carlos Marx en *El capital*. Copiamos sin crítica alguna (ni se nos pasó por la mente) tanto la organización estatal de las empresas como su planificación, porque en nuestra ignorancia sobre lo que era el socialismo, no dudábamos de que era lo que ya existía en la Unión Soviética y en las llamadas democracias populares de Europa.

Lo hecho, hecho está. Pero no hay que olvidar los orígenes del actual sistema económico de Cuba para poder hacer, a la luz de lo sucedido en esos países modelos, las necesarias correcciones.

Pero a todo lo dicho habría que agregar la ignorancia en el campo industrial. Únicamente así era posible que en nuestros planes de desarrollo hubiera un proyecto para la fabricación de automóviles en Cuba. Tan en serio se lo consideraba que mi esposa cubana me contó que un día durante una conversación con Fidel, ella le dijo que tenía serios problemas con su viejo vehículo yanqui y que Fidel, con toda seriedad, le contestó que próximamente podría contar con un automóvil cubano. Fueron mis asesores checoslovacos, entre ellos uno que había sido vicepresidente de la fábrica de vehículos Tatra, quienes me hicieron comprender que para fabricar un automóvil se requería de todo un conjunto de distintas fábricas: de neumáticos, de baterías, de carburadores, de motores, etc. No pasó mucho tiempo antes de que abandonáramos esas fantasías en la medida en que adquiríamos nociones “culturales” de lo que es la industria. Por su parte, a Maldonado, en el Ministerio de Comer-

cio Exterior, le tocaron también episodios increíbles, tales como la solicitud de importación desde la Unión Soviética de “bombas de mono” en vez de bombas de mano, y la planificación de la compra de “250 toneladas de cobre y sus manufacturas”. Se dice que compraron hasta barredoras de nieve, probablemente para limpiar las calles o las playas, supongo. Regino Boti le puso un nombre: “planificación a yunque y martillo”. Así y todo, logramos direccionar el comercio exterior hacia los países socialistas, controlar la industria cubana, mantenerla funcionando e incluso iniciar la construcción de las nuevas industrias. Hay que reconocer que sabíamos lo que queríamos hacer, con algunas exageraciones, claro está, y lo hicimos mal que bien. La Revolución Cubana aún no había cumplido tres años y ya estaba implantado el socialismo.

En agosto de 1961, Che debía representar a Cuba en la reunión de Punta del Este. Para su intervención en esa reunión, yo debía preparar un documento en el cual describía los proyectos de inversión industrial y su estado de ejecución, todos aún en fase de estudio. Momentos antes de que Che partiera para el aeropuerto subí al noveno piso del ministerio para entregarle el documento y entré en su despacho. En ese momento apareció Tamayito, actualmente el coronel Leonardo Tamayo, veterano de la guerrilla en Bolivia, vestido con traje gris, camisa blanca, corbata azul, sombrero gris con una cinta azul y, last but not least, con unos zapatos azul y blanco. Tamayito era un joven oriental, delgado y de buen ver. Al entrar le dijo al Che: “Che, estoy listo, ¿qué hay que hacer?”. Che lo miró y dijo: “Van a creer que tú eres mi bugarrón”. Tamayito, extrañado, le contestó: “¿Por qué Che? Este simplemente se rió, recogió unas cajas con documentos que se puso bajo los brazos y al salir de la habitación, con esa sonrisa suya y la mirada brillante que tenía cuando iba a entrar en acción, me dijo, “esto parece un lanzamiento campesino”, refiriéndose a los desalojos de los campesinos po-

bres a quienes la Guardia Rural expulsaba de sus tierras antes de la Revolución. Después de la reunión de Punta del Este, Felipe Pazos, otrora fundador y presidente del Banco Nacional de Cuba que ya había desertado de la Revolución, publicó un artículo en la revista del Fondo Monetario Internacional sobre la intervención de Che en Punta del Este, en el cual hizo una crítica lapidaria de nuestros inmaduros proyectos de inversión.

Una noche de 1962, seguramente de verano, había invitado a mis colegas chilenos a una cena en mi apartamento situado en el 7º piso del edificio Riomar, cuya terraza daba al mar, y mientras nos encontrábamos allí empezaron a dispararnos desde el mar con ametralladora de grueso calibre. Recuerdo que apagué las luces y les grité a todos que se acostaran en el piso. El ataque duró no más de 20 o 30 segundos y fue seguido del ruido inequívoco de motores a toda velocidad, con lo cual nos dimos cuenta de que habíamos sido tiroteados por una lancha rápida que provenía de Estados Unidos. En efecto, según leí en la prensa años después, Basulto, jefe del grupo Hermanos al Rescate, se vanagloriaba de haber tiroteado un edificio de apartamentos lleno de técnicos comunistas con sus familias. Nada pasó, salvo reiterarnos que estábamos del lado cubano y en una virtual guerra. Hoy en día, después del 11 de septiembre de 2001, me doy cuenta de que para los estadounidenses hay terroristas buenos y malos: nosotros somos los malos, aunque nunca fuimos terroristas.

También el año 1962 fue el de la Crisis del Caribe o Crisis de los Cohetes, que llevó al mundo al borde de la tercera guerra mundial. Recuerdo bien el primer comunicado de Fidel con el que puso al país en pie de guerra por el bloqueo naval a Cuba con ciento y tanto navíos de guerra yanquis. Todos nos integramos de uniforme a nuestras unidades de la Milicia y a mí me entregaron una subame-

tralladora checa de 9 mm con cuatro cargadores. Sin embargo, continuamos trabajando en el ministerio ya que no pertenecíamos a los batallones de milicianos preparados para el combate en campo abierto. Por las noches escuchaba la BBC de Londres en un radio de onda corta y así me enteré de que teníamos instalados en Cuba cohetes soviéticos de alcance medio con cabezas nucleares y que Kennedy exigía su desmantelamiento inmediato so pena de atacar. Creí sinceramente que en cualquier momento un ataque gringo, a lo mejor hasta con armas nucleares, nos borraría del mapa. Mi estado de ánimo no era diferente del de la inmensa mayoría de los cubanos, que en esos días estuvieron más tranquilos, corteses y amables, lo que me hizo recordar al admirable pueblo inglés durante la Batalla de Inglaterra, en 1940 y 1941. Fue un sábado por la noche, si no recuerdo mal, cuando me enteré por la emisora inglesa que se había producido un intercambio de cartas entre Nikita Krushov y John Kennedy y finalmente había un acuerdo consistente sobre el retiro de los cohetes soviéticos de Cuba y el de los cohetes estadounidenses, que desde Turquía apuntaban a la Unión Soviética. Esa noche dormí aliviado en compañía de mi americanita y de mi hija. Pero al siguiente día leí que Fidel se negaba a dejar que inspeccionaran a Cuba y los soviéticos tuvieron que colocar los cohetes en la cubierta de sus barcos para que los aviones yanquis los fotografiasen y los contaran. Fidel permitió únicamente la entrada a Cuba de U Tan, el secretario general de las Naciones Unidas, al cual le reiteró que ninguna persona podría ingresar a Cuba a inspeccionar nada. En las calles de La Habana había afiches que rezaban “Cuba no es El Congo” y que mostraban maniatado sobre un camión al primer ministro de ese país, Patricio Lumumba, quien fue fusilado bajo el paraguas protector de las Naciones Unidas. ¿Cuál fue la reacción del pueblo cubano? En una demostración de profunda comprensión de la situación política, creó dos consignas que se complementaban. La primera decía “¡Nikita, Nikita, lo que

se da no se quita!” y la otra era “¡Fidel, Krushov, estamos con los dos!”.

Enfrascados en mantener la economía a flote e iniciar la construcción de una nueva industria cubana, no se prestó la atención debida al grave retroceso en el sector azucarero provocado por la deficiente evaluación de nuestras verdaderas fuerzas. Las fábricas de azúcar estaban bajo la dirección del Ministerio de Industrias mientras que los campos de caña bajo el de Agricultura, con lo cual logramos divorciar una identidad que había existido durante al menos dos siglos. En la época de las 28 Zonas de Desarrollo Agropecuario se desató una fiebre por fomentar tierras incultas para sembrar cuanto cosa importaba Cuba. Ante este despilfarro de dinero, el economista agrícola francés René Dumont planteó que con un aumento de solo 10% en el rendimiento promedio de los campos de caña de azúcar, se podían liberar 130.000 hectáreas de las mejores tierras ocupadas por caña y utilizarlas para nuevos y diferentes cultivos. Esa idea fue aceptada y se dio la orden de demoler esa superficie de caña. Una vez más, una idea interesante fue ejecutada sin control y de esa manera se destruyeron siembras de caña a diestra y siniestra, y en consecuencia la producción azucarera pasó de unos 6 millones de toneladas en 1961 a 4,8 millones en 1962 y a 3,8 millones en 1963.

En 1963, trabajaba en la dirección del Plan Perspectivo de la industria y relacioné nuestra poca capacidad para invertir en nuevas industrias con la vertiginosa caída de la producción azucarera. Mi conclusión fue que si seguíamos así, Cuba perdería sus ingresos de divisas, situación que haría difícil mantener la independencia política, por lo tanto había que volver a darle prioridad a la producción de azúcar, único producto de calidad que los cubanos podían exportar en grandes cantidades.

Cuando comenté mis ideas y el proyecto de escribirlas para someterlas a la consideración del Che, mi jefe directo me aconsejó que no lo hiciera porque, a su juicio, esos planteamientos no serían bien apreciados por Che. Hoy me doy cuenta que en 1963 ya empezaba a surgir en el seno del Ministerio de Industrias, organismo creado y organizado por el Che, el espíritu burocrático, uno de cuyos principios más importantes es el de no desafiar las ideas del jefe aunque se tenga la más firme convicción de que lo que se piensa es correcto. Con el tiempo, he podido observar cómo la burocracia estatal pasó de la “autocastración” intelectual a la indiferencia ante los problemas que exigen soluciones nuevas, distintas a lo establecido y que por lo tanto son conflictivas para el statu quo. Pero yo no me había olvidado de lo que el Che me había dicho el día que nos conocimos: que la franqueza era la condición para poder entendernos.

Todos andamos por la vida ocultos detrás de una máscara. Se requiere de tiempo y mucha sutileza para penetrar el disfraz de una persona y llegar a conocerla. Pero en la guerrilla la sed, el hambre, el peligro y el cansancio desnudan al ser humano y en poco tiempo se le llega a conocer mejor que su propia madre. Lo experimenté en carne propia, lo que me permitió llegar a conocerme a mí mismo un poco más. La mentira y la cobardía, tanto intelectual como física, no existen en un contingente guerrillero y, de haberla, no pueden durar mucho tiempo. Pero cuando los guerrilleros asumieron el poder político y económico del país, fueron inevitablemente absorbidos por la masa de seres enmascarados y así se fue introduciendo en las instituciones ya existentes y en las nuevas ese espíritu individualista, que busca el acomodo personal, por el cual el “yo” pasa a ser lo más importante, como ilustra el lema: “Si tú me ayudas, yo te ayudo”. Ese fue un proceso en el que también hubo excepciones, como cuando en un Consejo de Ministros, el titular de Salud Pública, el comandante Machado Ventura, señaló que

necesitaba una máquina de aire acondicionado para equipar una sala de operaciones y el secretario ejecutivo de la Junta Central de Planificación, mi amigo Regino Boti, le dijo que él sabía en dónde había una y que la mandara a buscar. Machado Ventura le preguntó dónde estaba y Regino le contestó: “Es el que está instalado en mi casa”. Nunca más hubo aire acondicionado central en la casa de Regino Boti.

Conociendo la preparación del Che en matemáticas y su profunda capacidad de análisis, redacté un documento en el cual explicaba que la rígida ley de la economía marxista por la cual la industria de medios de producción debe crecer mucho más de prisa que la de los bienes de consumo, no regía cuando se introducía el comercio exterior a través del cual, con bienes de consumo exportables, se podían adquirir los medios de producción, sin tener que fabricarlos. Y la fuente para poder adquirirlos, en el caso cubano, era precisamente la producción de azúcar. Por consiguiente, había que darle prioridad a la producción azucarera, incluso en detrimento de inversiones industriales de ser necesario. Mi demostración teórica se basaba en la introducción del vector comercio exterior en la matriz de la reproducción ampliada desarrollada por Marx en *El capital*, y se apoyaba, por una parte, en la acumulación de miles de toneladas de equipos y de instalaciones industriales en los puertos y patios de descarga que no éramos capaces de instalar y, por otra parte, en la caída de la producción azucarera.

Me enteré después de que el Che había considerado mi trabajo “pessimista”, pero como era el Che, mandó a todos sus viceministros a leerlo para que posteriormente se reunieran conmigo para discutirlo. Obviamente, en la discusión mis interlocutores sacaron lo del “regreso al monocultivo azucarero” como crítica principal, pero creo que me defendí bien y salí airoso del encuentro.

Poco tiempo después Carlos Rafael Rodríguez, presidente del INRA, solicitó mis servicios para que fuera su asesor después de la trágica muerte en un accidente de aviación del que había sido su colaborador, el encantador y brillante chileno Rodrigo Cabello Bolosky, quien había sido mi alumno cuando cursó el segundo año en la Facultad de Economía de la Universidad de Chile. Entonces volví a la agricultura, y lo primero que hice fue un análisis crítico del plan nacional de producción agropecuaria y continué con mi idea de que era urgente emprender una recuperación azucarera.

¿Cómo era el Che? Esta pregunta es inevitable e intentaré contestarla. No me voy a referir a su aspecto físico, ya bien conocido en todo el mundo, sino a su carácter y, desde luego, no pretendo decir la última palabra al respecto, solo quiero dar mi impresión sobre él, que todavía recuerdo a pesar del tiempo transcurrido. Cosa extraña, a pesar de haber desaparecido hace ya 41 años (no es una simple frase o un cliché), los que lo conocimos lo sentimos todavía presente, como una constante en nuestras vidas.

Ante todo, Che llamaba la atención por su calma y aplomo en todo momento, salvo cuando se estaba divirtiendo, para lo cual debía estar enfrascado en una conversación interesante o relatando alguna anécdota, lo que hacía con humor y gran talento narrativo. En cualquier conversación, Che le prestaba su total atención al interlocutor, escuchaba con tranquilidad y hasta diría con impavidez. Respondía sin levantar jamás la voz, seguro de que sus palabras tenían fuerza por ellas mismas. Solamente una vez lo vi perder los estribos: en una ocasión lo invité a ver a Fidel por la televisión en el despacho del comandante Pedro Miret, en el piso 17 del edificio del INRA, para visitar en su compañía a mi amada Anita, secretaria de Miret. Cuando regresamos a nuestro piso, no encontró a su escolta hasta que entró en un cuartito y vio al primer teniente Al-

berto Castellanos durmiendo en una pequeña cama que pateó para despertarlo, al tiempo que gritaba gruesas palabras.

Che sabía escuchar las ideas ajenas y refutarlas si no estaba de acuerdo con ellas. Una vez en la Escuela de Economía dijo que en el plano intelectual era un contrincante que no daba cuartel, como en la guerra. Pero después, por muy fuertes que hubieran sido las discrepancias, no alteraba para nada la relación personal con su contrincante ocasional. Y si el contrincante no tenía suficientes argumentos o sus planteamientos eran desechables, la discusión no era muy larga. Che no perdía el tiempo discutiendo con quienes no le interesaban.

Era imposible no sentirse atraído por Che y al trabajar con él, uno lo hacía con total devoción, interés y alegría. Recuerdo que durante una visita nocturna a una fábrica en Cárdenas, me di cuenta de que estaba expuesto a que le dispararan desde el exterior a través de una puerta abierta que daba a un patio oscuro, e inmediatamente me situé delante de la puerta como un escudo. Él se volvió hacia donde yo estaba y se dio cuenta de la situación, sin embargo no hizo ningún comentario, como si yo hubiera hecho simplemente lo que debía hacer.

Era audaz, le gustaban los proyectos que representaban un desafío. Recuerdo que una vez cuando le señalé que el Plan de Inversiones Industriales para el año siguiente era imposible de cumplir por su envergadura, me dijo: “No me digas que es imposible; nosotros ganamos una guerra que empezamos con apenas 12 hombres”. Eso puede llamarse voluntarismo y, efectivamente, lo fue, pero Fidel le había enseñado que era posible lograr lo aparentemente imposible, y Che era hijo espiritual de Fidel.

El respeto que le teníamos quienes trabajábamos con él era compartido por todo el pueblo cubano revolucionario, que lo escuchaba con interés y respeto durante sus intervenciones públicas. El Che tenía fama de decir las cosas tal como eran. Al respecto, recuerdo que durante una de las reuniones de producción que celebraba con la dirección del ministerio y los administradores de las empresas industriales, para evaluar públicamente la marcha de la institución que dirigía, y que era transmitida por la televisión nacional, le recomendó al pueblo no acaparar pasta dental porque al cabo de un tiempo se endurecía, y señaló que lo sabía muy bien porque la producía una de las empresas que él dirigía. Ese respeto lo sentían también todos los dirigentes políticos de la Revolución. Recuerdo que dos veces coincidí en la antesala de la presidencia del Banco Nacional de Cuba con el comandante Raúl Castro. La primera vez, entré a la antesala y vi a un joven de pelo corto, vestido con un traje marrón, camisa blanca y corbata del mismo color del traje, sentado en un sillón con una pierna sobre la otra leyendo un documento. Me pregunté quién sería el joven personaje y obtuve la respuesta cuando Manresa, el secretario personal del Che, se le cuadró y le dijo: “Comandante, el Che le pide que pase a su despacho”. El joven de marras era nada menos que Raúl Castro que hacía pacientemente antesala para entrar y discutir con el Che un discurso que debía leer esa noche ante no recuerdo cuál asamblea. La segunda vez iba de uniforme y con sus escoltas, estaba muy animado y jovial, y nos dio a los presentes una breve explicación sobre las ventajas y desventajas de la subametralladora Uzi que tenía en sus manos.

Solamente dos personajes no le hacían antesala al Che: Fidel y me atrevo a decir que tampoco el comandante Camilo Cienfuegos, el amigo más querido del Che y de quien decía que había sido el mejor guerrillero de todos ellos.

Che se hizo cargo de la industrialización de Cuba con el bagaje de conocimientos de un médico, de un gran jefe guerrillero y de su experiencia “industrial” en la Sierra Maestra, en donde desarrolló varias actividades artesanales. Pero él, como hombre inteligente que era, tenía conciencia de su ignorancia en algunos temas y de que tenía necesidad de conocerlos. Así fue como tomó clases de matemáticas y estudió contabilidad y economía política. A esto deben agregarse su costumbre de visitar las industrias que estaban bajo su mando y el trabajo voluntario que cumplía todos los fines de semana, que, además de colocarlo a la altura de un simple obrero, le proporcionaba conocimientos concretos sobre actividades industriales que estaban bajo su responsabilidad. De esa manera, Che fue haciéndose él mismo un verdadero y notable ministro de Industrias, que organizó ese sector para que pudiera implantarse la planificación socialista. Más aún, esas experiencias le permitieron desarrollar su propia concepción del socialismo, que expuso no solamente en el ejercicio de sus funciones, sino en numerosos artículos que publicó en Cuba, que constituyen una parte de la herencia que nos dejó, junto con las tareas que emprendió y su ejemplo como revolucionario multifacético.

Se han escrito muchas estupideces sobre supuestas discrepancias entre Fidel y Che, sobre su partida de Cuba y el abandono de sus cargos de ministro y de dirigente político para volver al combate guerrillero, primero en El Congo y después en Bolivia. Quienes lo han dicho nunca conocieron al Che y mucho menos de su relación con Fidel, sobre la que él se expresó tan sinceramente en su famosa carta de despedida dirigida a su amigo y maestro. Solamente puedo decir al respecto algo que una vez, en broma, le dije: “¿Cómo hay que tratarlo? ¿Qué es usted: doctor, ministro, comandante o dirigente político?”. Y él me contestó: “Guerrillero”.



## NUEVAMENTE EL INRA Y CARLOS RAFAEL RODRÍGUEZ

En 1962, después del intento del Partido Socialista Popular, comunista, de asumir el control del Gobierno revolucionario mediante la conjura de Aníbal Escalante y sus secuaces, destinada a asegurar el socialismo en Cuba a su manera, y resuelto el caso por Fidel con su estilo político magistral e indoloro, este nombró a Carlos Rafael Rodríguez, alto miembro del PSP que le demostró fidelidad, como presidente del Instituto Nacional de la Reforma Agraria. Carlos Rafael había estado en la Sierra Maestra en 1958 con Fidel como enlace del PSP con el jefe del Movimiento 26 de Julio. Así que conocía bien a Fidel y se había dado cuenta de que Fidel era un político extraordinario y genuinamente de izquierda. ¿Cuál era en esos días la crítica fundamental de los comunistas de la América Latina a Fidel y a su movimiento? Que Fidel no era comunista, que no era obrero sino hijo de un rico latifundista y que el Movimiento 26 de Julio tenía una fuerte presencia “pequeño-burguesa”. Ergo, Fidel no podía dirigir una verdadera revolución proletaria. ¡QED! Pero seguramente, y esto es especulación mía, también hubo razonamientos de esa índole en el seno de la dirección política de la Unión Soviética, el hermano mayor que dirigía a todos los partidos comunistas del planeta, salvo al chino y al yugoslavo, y muy probablemente tampoco al vietnamita. Sin apoyo de la URSS, Aníbal Escalante no se la hubiera jugado a un intento de coger el poder mediante el método de la infiltración y de sembrar dudas sobre la fiabilidad política de cualquiera que no estuviera bajo el control del PSP.

Para Fidel, la piedra maestra de la Revolución era la unidad política de todos los cubanos revolucionarios, fuera cual fuera su origen: M26, Directorio Revolucionario, PSP, sin partido político. Por consiguiente, Fidel no prescindió de los viejos comunistas después de la conjura sino todo lo contrario, promovió a los que valían la pena y desplazó a los que no servían por sectarios y políticamente incompetentes. Y nombrar a un antiguo comunista en la jefatura de la agricultura cubana, fue una clara demostración de su política unitaria.

Nuevamente llegué al 4º piso del edificio del INRA y me instalaron en una cómoda oficina, con una secretaria que resulto ser, además de competente, “yampanga”, o sea, tremenda tanto en físico como en comportamiento.

Durante los cuatro años transcurridos desde la promulgación de la Ley de la Reforma Agraria, la agricultura cubana se había organizado en dos grandes sectores: el estatal y el de los campesinos privados. Después de haberse disuelto las 28 Zonas de Desarrollo Agropecuario, las tierras estatales habían sido divididas en empresas agrícolas y ganaderas, agrupadas por provincia bajo el mando de una Delegación Provincial del INRA. Cada empresa agropecuaria tenía un administrador nombrado por el delegado provincial y cada delegación contaba con un aparato técnico y administrativo supeditado al del organismo central y, claro está, la dirección de todas ellas se lograba mediante la planificación burocrática de “arriba” hacia “abajo”.

El sector campesino privado pasó a constituir la Asociación Nacional de Agricultores Pequeños, organismo que los representaba ante el INRA y que asumía también un plan de producción que distribuía entre sus integrantes, agrupados también por provincia,

y que negociaba con el Estado los suministros indispensables para sus labores.

Las empresas eran de gran extensión para que se asemejaran a los koljoses soviéticos, con la idea de utilizar con mayor eficiencia la maquinaria y los medios de transporte, de los cuales estaban dotados. Esto fue el resultado de sintetizar la organización socialista con el deseo de asimilar esas empresas a las grandes explotaciones existentes en los países capitalistas con una agricultura desarrollada. Pero, a mi juicio, lo que nunca se comprendió en Cuba ni en los demás países del socialismo real, es que la extensión, la estructura productiva y la gestión de las empresas agropecuarias en el capitalismo, respondieron al desarrollo tecnológico de empresas industriales destinadas, por una parte, a abastecer a la agricultura de maquinaria, medios de transporte, de semillas, de vacunas y de alimento para los animales. Es decir, que la agricultura fue revolucionada y desarrollada por los frutos de la industria que la abastecía de todo lo necesario para su actividad. En otras palabras, la transformación y desarrollo de la agricultura capitalista fue producto del desarrollo industrial tanto en lo que se refiere a los insumos como a la elaboración de sus productos.

Después de varios días tratando de introducirme en la problemática agrícola del momento, decidí examinar el plan anual de producción agrícola nacional. Todavía imperaba la idea de sustituir importaciones agropecuarias y una infinita confianza en que de-sear era poder. Soya, ajonjolí, algodón (gracias a la buena voluntad de los amigos uzbekos) y otros cultivos exóticos tenían un lugar relevante en el plan de producción anual, sobre los cuales no había prácticamente ninguna experiencia en Cuba. ¿Y la recuperación cañera? ¡Bien, gracias!

Procedí a calcular el valor en el mercado externo de la producción estimada en el plan de una “caballería” (igual a 13,4 hectáreas) de los diferentes cultivos y compararlo con el valor equivalente del azúcar contenido en la misma área. El resultado fue el esperado: con el valor generado en una caballería de caña de azúcar se podía comprar en el mercado internacional el equivalente a más de una caballería de una serie de productos programados, suponiendo que se lograra el rendimiento esperado. Esto no era más que la aplicación de la teoría de los rendimientos comparativos que en el siglo XVIII había explicado Adam Smith. Y para mí era la continuación de esa línea de pensamiento que surgió en el Ministerio de Industrias cuando critiqué la política inversionista de ese ministerio y planteé el regreso al azúcar.

Años después, escucharía muchas críticas sobre este aparente regreso al pasado en materia productiva, al tan criticado monocultivo dependiente, por buenos amigos quienes, como generales después de una batalla, creen tener todos los elementos para cuestionar cómo fue librada. La cuestión de fondo era que un país sabe hacer lo que sabe y que toma tiempo aprender a hacer cosas nuevas y diferentes. Sobre todo cuando, en última instancia, son los trabajadores adecuadamente preparados los que operan las fábricas, y hasta donde se sabe los equipos no funcionan ni se reparan solos, y esos trabajadores deben ser educados y entrenados, lo cual toma tiempo, años. Y mientras tanto, ¿qué hacer? Mi tesis era hacer más, de ser posible, de lo que los cubanos sabían hacer muy bien para vender en el exterior: azúcar. Y por cierto, una cosa no quita la otra.

Solo sé que al cabo de un tiempo escuché a Fidel hablar en un discurso sobre cómo se podían comprar los equivalentes de varias caballerías de diferentes cultivos con el valor producido por una caballería de caña de azúcar. Deduzco que Carlos Rafael, también

ganado a mi tesis, logró convencerlo, y entonces Fidel abrazó con la pasión que lo caracteriza esta nueva línea económica.

Desde luego que copias de mis dos trabajos, el que hice en el Ministerio de Industrias así como el del INRA, se las entregué a Jaime Barrios, quien después de la salida del Che del Banco Nacional de Cuba, pasó a trabajar en el Palacio Presidencial como asesor del presidente de Cuba, Osvaldo Dorticós, y por su intermedio se las hice llegar a Fidel Castro. Jaime compartía plenamente mis ideas y las hizo suyas. Por consiguiente, no fue una sorpresa cuando un día me llamó al Palacio Presidencial y me comunicó que la Dirección del Partido Unido de la Revolución Socialista, fusión del M26, del Directorio y del PSP, después de haber pasado por la etapa de las ORI (Organizaciones Revolucionarias Integradas), quería conocer cuánta azúcar podía producir Cuba. Detrás de esa fraseología estaba la decisión de Fidel.

A veces los hombres de más talento no perciben ciertos resultados económicos por muy significativos que sean, ya que sus importantes funciones y la falta de entrenamiento económico no les permiten apreciarlos. Jaime me contó que al graficar la curva de la producción azucarera desde 1959 hasta 1963, rayó el espacio que quedaba entre la curva que mostraba la producción real, 4,8 millones de toneladas en 1962 y solamente 3,8 millones en 1963, y la hipotética derivada de que se hubiera mantenido constante la producción de los 6 millones de toneladas de azúcar logrados en 1960. Además cuantificó esa diferencia durante tres años en unos 600 millones de dólares estadounidenses, suma considerable cuando el presupuesto anual de importaciones en monedas convertibles era de unos 150 millones de dólares. El presidente Dorticós quedó asombrado con la magnitud de la pérdida.

Pero antes de entrar en lo que fue la preparación del gran plan de desarrollo azucarero que culminó en la zafra de 1970, es necesario relatar otra de las experiencias personales derivada de mis informes críticos sobre la planificación nacional agropecuaria, y particularmente significativa desde el punto de vista político. Resulta que 40% del abastecimiento de alimentos procedía de los 130.000 campesinos independientes, todos propietarios de sus tierras. ¡El enorme sector estatal solo aportaba 60%! En un documento dirigido a mi jefe, llamé la atención sobre esta situación.

Después de leer mi trabajo, Carlos Rafael nos citó a su despacho a Raúl Herrera, responsable de la producción cañera, y a mí. Nos dijo que lo que nos iba a revelar era un secreto de Estado y que por tanto debíamos mantener la más absoluta discreción al respecto. La noticia era que se había decidido proceder a una segunda reforma agraria, esta vez limitando la tenencia de la tierra a 5 caballerías de tierra (65 hectáreas) en vez de las 60 de la primera ley (800 hectáreas). La noticia me cayó como una bomba y tardé en comprender cómo la Revolución había decidido pagar un gran precio por mantener lo fundamental que, a decir de Lenin y también de Fidel, desde luego, era el poder político.

En La Habana y gracias al aplastante fervor revolucionario de la época, no sentíamos la virtual guerra que se estaba librando en el interior de Cuba, particularmente en las montañas del Escambray, en el medio de la isla. Recuerdo cuando el Che, en 1961, me dijo que en ese momento ya habían 50.000 milicianos combatiendo contra las guerrillas contrarrevolucionarias. Para entonces, 1963 y 1964, estas se habían extendido a prácticamente todas las provincias cubanas en virtud del generoso apoyo logístico en armas y municiones que brindaba la CIA mediante lanzamientos en paracaídas y desembarcos en playas solitarias. Y nadie mejor que Fidel

para saber que una guerrilla solo puede existir en una zona si tiene el apoyo de sus habitantes, particularmente de los campesinos. Así que la segunda reforma agraria era una exigencia político-militar que se trató de aplicar de la manera más suave e indolora posible. Vale resaltar que los campesinos más recalcitrantes y comprometidos con la contrarrevolución, en las montañas del Escambray, fueron desplazados al extremo de Pinar del Río, en donde se les dio nuevas tierras y viviendas. Así surgió Ciudad Sandino. Pero se pagó el precio con un creciente desabastecimiento de productos agrícolas, que no fue compensado por la agricultura estatal.

Esa segunda Ley de Reforma Agraria fue “casuística”. Me tocó, con mi amigo Francia Mestre, vicepresidente del INRA, y con el asesor soviético Bondarchuk, ir a transmitirle al secretario del partido en la provincia de Pinar del Río las instrucciones de Fidel para aplicar dicha Ley. En esencia, había que discriminar caso por caso: tocar lo más suavemente posible a los campesinos revolucionarios y sin piedad a los que no lo eran. ¡Estábamos en guerra!

## HACIA UNA PRODUCCIÓN DE 9 MILLONES DE TONELADAS DE AZÚCAR, QUE SE CONVIRTIERON EN 10

Ante todo es necesario precisar cuáles fueron las principales hipótesis de las cuales partimos Jaime y yo para encarar este trabajo solicitado por la dirección política de Cuba.

En primer lugar, el plan debía limitarse a las posibilidades de ampliación tolerables de los 160 ingenios azucareros existentes. Debía ser un plan “barato”. En segundo lugar, la parte que, a nuestro juicio, resultaba más delicada y difícil de asegurar era que el INRA lograra la producción necesaria de caña de azúcar. En tercer lugar, el eventual crecimiento de la producción azucarera permitiría exportar todo lo que pudieran absorber los países socialistas, salvo lo que era imprescindible vender en el mercado capitalista, para lograr las divisas convertibles necesarias, a pesar de los precios irrisorios. En cuarto lugar, el precio de venta del azúcar a los países socialistas no podía ser el que se determinaba en la bolsa de Londres (en aquella época oscilaba entre 1,5 y 2 centavos de dólar la libra de azúcar crudo), sino otro derivado de relaciones comerciales de distinto tipo.

El método de trabajo elegido fue ir incorporando, en la medida en que el desarrollo del trabajo lo iba exigiendo, a más especialistas que provinieran principalmente de la Empresa Consolidada del Azúcar, y empezamos con nuestro buen amigo y director Alfredo Menéndez, del Ministerio de Comercio Exterior, con el “Conejo” Maldonado, viceministro de Economía; y, desde luego, del INRA,

Raúl Herrera, secretario del partido en la provincia de Pinar del Río. El cuartel general fue situado en el Palacio Presidencial, en las oficinas de Jaime, quien demostró una vez más su capacidad como coordinador y de “interfase” con la dirección política.

Con respecto a la cuarta hipótesis es necesario dar un largo rodeo porque surgió de nuestra investigación que, felizmente, permitió que se aplicara rápidamente una medida que tuvo consecuencias muy importantes para la evolución de la Revolución Cubana hasta que desapareció la Unión Soviética.

Cuando Marx analizó el proceso productivo de la economía, utilizó un esquema matricial simplificado de dos sectores: el que produce los medios de producción y el que produce los bienes de consumo. Señaló que, debido a las tecnologías empleadas, el primero requiere una mayor concentración de capital que el segundo. Ahora bien, al calcularse los precios de venta de ambos tipos de productos aplicando una tasa de ganancia a la totalidad del capital empleado, los precios de los medios de producción quedan “bonificados” por la gran concentración de capital utilizado mientras que, al aplicar la misma fórmula, los precios de los bienes de consumo asignan un menor valor al precio porque emplean una menor dotación de capital. Esto da por resultado que el valor de una hora hombre del primer sector (dividiendo el valor de la producción entre las horas hombres utilizadas), es mucho mayor que en el segundo con lo cual al intercambiarse sus producciones ocurre una transferencia de valor del sector de los bienes de consumo al de los medios de producción.

Partiendo de la teoría de Raúl Prebisch “del centro y de la periferia”, lo que hice fue simular con dicho esquema el intercambio por la vía del comercio exterior entre un primer sector altamente desarrolla-

do, los países ricos, y un segundo sector de bajo desarrollo relativo, los países periféricos o del tercer mundo como se los llama ahora. Así nació el concepto de “intercambio desigual” que si bien resultó de mi investigación independiente, había sido también teorizado por un alumno del economista francés Charles Betelheim que nos visitaba periódicamente. Reforzados por la aprobación de Betelheim de mi conclusión, que Jaime había hecho suya, la introdujimos en nuestro trabajo sobre el desarrollo azucarero cubano. Por lo demás, coincidía con las conclusiones del famoso informe de la CEPAL del año 1954 que habíamos estudiado y que exponía la teoría del “centro-periferia”, que entre otros aspectos se apoyaba en una larga serie de precios de materias primas y de bienes de capital desde fines del siglo XIX hasta mitad del siglo XX, que mostraba inequívocamente la tendencia al deterioro de la relación de intercambio entre el centro desarrollado y la periferia subdesarrollada, en detrimento de esta última.

De una manera un tanto ingenua, nuestro parecer era que el intercambio de productos entre países socialistas no podía regirse por los mismos principios económicos que se utilizan entre países capitalistas. En otras palabras la cuestión era: “¿Somos o no socialistas?” Los países socialistas nunca aceptaron esta tesis económica, pero ante la argumentación y presión de Cuba no les quedó más remedio que aplicarla, pero según ellos “por razones políticas” y no económicas. En definitiva, el resultado fue que Cuba ganó la pelea y esto determinó en buena medida el relativamente alto nivel de vida del que gozaron los cubanos hasta el derrumbe del campo socialista.

Como había perdido, desgraciadamente, mi copia del informe sobre el posible desarrollo azucarero que hice con Jaime Barrios, recuerdo que, “torturando” las estadísticas, llegué a justificar un

precio de venta del azúcar a los países socialistas de 5,15 centavos, cuando en Londres estaba a menos de 2 centavos.

Nuestro documento, que le entregamos al presidente Dorticós, se titulaba “Hacia una producción de 9 millones de toneladas de azúcar en 1970”. De 9 millones, la meta pasó a ser de 10 y se le encargó la tarea al nuevo Ministerio del Azúcar, propuesto por nosotros en el informe, y cuyo primer titular fue nada menos que el segundo hombre del Ministerio de Industrias y mano derecha del Che, mi amigo el teniente Orlando Borrego Díaz.

En 1964, Fidel volvió a visitar la Unión Soviética cuando Nikita era todavía el N° 1. Regresó después de haber negociado un convenio azucarero que superaba nuestras expectativas tanto en cantidad como en precio. Logró 6 centavos por libra de azúcar cruda después de una negociación, que aunque no presencié, me imagino como la de dos campesinos pragmáticos: “Nikita, ¿cuánto te cuesta la libra de azúcar que produces?” “Me cuesta 12 centavos, Fidel”. “Te la vendo a 6, ¿qué te parece?”. “Te la compro, Fidel, mitad para ti y mitad para mí”.

Carlos Rafael Rodríguez o Carlos Rafael, como lo llamábamos todos, era un hombre de una cultura muy superior a la mía y no se hable de política, en cuyo campo era un maestro. Pero era además de una gran modestia intelectual, lo que permitía discutir con él de cualquier tema aunque nuestras opiniones fueran radicalmente diferentes de las suyas. Después de la confrontación nada había pasado y si se trataba de cuestiones de trabajo, era receptivo y, como es lógico, finalmente tomaba las decisiones que le parecían pertinentes. Un día, al consultarle si estaba de acuerdo con yo tomara clases de matemáticas modernas, cómo se las llamaba en esos días, con el matemático Ramón Rubio, que había estudiado en Francia

en la época del Grupo Bourbaki, me sorprendió al decir que él también asistiría a las clases. Debo reconocer que en los meses que duró el curso, más de una vez Carlos Rafael se me adelantó en la comprensión de lo que el profesor explicaba, a pesar de que en la Universidad de Chile aprobé con excelentes notas dos años de matemáticas superiores.

Como me dio por escribir, algunas veces por mi iniciativa y otras por requerimiento del encantador Fabio Grobar, director de la revista del partido Cuba Socialista, siempre le pedí a Carlos Rafael que leyera mis manuscritos para recibir sus críticas. Así, escribí para Cuba Socialista dos artículos, uno sobre cómo encarar el desarrollo agropecuario a partir de la agroindustria y no de manera independiente como se hacía, y aprender de las revoluciones agrarias de Estados Unidos y de Europa, y otro sobre la estrategia de desarrollo económico de Cuba. También escribí sobre temas más conflictivos en la revista marxista Pensamiento Crítico, publicada por el Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana. El primer trabajo trataba sobre el desarrollo de una nueva clase en el socialismo, la burocracia estatal y empresarial, tema que por ser tan álgido desde el punto de vista del pensamiento marxista oficial, a petición de los editores, se publicó bajo el seudónimo de Homero Fuentes, imagino que para desvincular totalmente a Carlos Rafael de cualquier posible relación intelectual conmigo. Desgraciadamente, creo que fui profético.

Otro artículo fue aún más irreverente, aunque se basaba en la segunda tesis del Che de la guerra de guerrillas, y trataba sobre las clases sociales en América Latina y sobre por qué una guerra no convencional revolucionaria debía apoyarse en el campesinado. Nunca olvidaré lo que Carlos Rafael me dijo después de leer un artículo en el que yo usaba la expresión "... y por última vez", y en

el que refutaba algunos planteamientos de nuestros examigos en lo político, Sweezy y Huberman, quienes se habían alineado con los chinos: “No hay ‘última vez en política”. La vida me ha confirmado esta verdad.

Mis inquietudes teórico-literarias se asociaban a mi labor como profesor de Economía Política en la Facultad de Economía de la Universidad de La Habana, actividad que tuve que emprender, desde 1963 hasta 1965, para sustituir a Carlos Rafael, quien no podía asumir esa responsabilidad. Tenía apenas unos 30 años. Recuerdo con nostalgia a las bellas cubanitas que se sentaban en primera fila de mi aula y con las cuales sostenía después de clase, junto con otros alumnos, largas conversaciones en la plaza Cadenas de la universidad. En más de una ocasión, eso nos permitió el privilegio de compartir con Fidel, quien gustaba de llegar sin aviso previo a la llamada plaza Cadenas y compartir con los estudiantes universitarios. Juro que estuve a la altura de la más elevada ética universitaria en mis relaciones con mis alumnas. Para ser sincero, la americanita que tenía en casa me bastaba.

Tuvimos la suerte de contar con la colaboración del profesor hispano-soviético de economía política de la Universidad Lomonosov Anastasio Mancilla, que fue uno de los niños cuyas madres españolas republicanas, desesperadas, los enviaron a la Unión Soviética al derrumbarse la resistencia republicana contra los fascistas del general Franco, en 1939. Lo primero que hizo Mancilla con nosotros, los profesores improvisados de economía política marxista, ¡fue enseñárnosla! Organizó un seminario de estudio de El capital, durante el cual aprendíamos lo que posteriormente le transmitíamos a nuestros alumnos. Mancilla también fue profesor del seminario que sobre el mismo tema organizó el Che en el Ministerio de Industrias y que duró dos años. Che faltó únicamente dos veces

porque estaba de viaje en misión, creo recordar que a las Naciones Unidas en Nueva York. Nunca llegó a una sesión sin haberse estudiado el capítulo correspondiente, según me contó Jaime Barrios quien era uno de los participantes. Cuando alguno de sus viceministros o dirigentes del ministerio llegaba a una sesión sin haberse preparado y argumentaba razones de trabajo, Che simplemente los miraba sin hacer comentarios.

Anastasio Mancilla se reencontró con su madre en España cuando ya era profesor universitario y más soviético que español. Ya falleció, pero dejó lo mejor de sí en Cuba, sus enseñanzas de economía política, además de la amistad que nos brindó.

Fui testigo de los inicios de la mecanización de la zafra azucarera con la ayuda de los soviéticos, después de los intentos del Che de construir una máquina cortadora de caña. El primer éxito se lo debimos a Enrique Cabré, responsable de mecanización del INRA. Recuerdo el día en que acompañé a Carlos Rafael a darle un diploma de reconocimiento a Reinaldo Castro, el mejor cortador de caña de azúcar de Cuba. En esa ocasión, Cabré le rogó a Carlos Rafael que se detuviera en un taller situado en la avenida Rancho Boyero para mostrarle una alzadora de heno soviética que, según él, podía resolver el problema de alzar la caña cortada para depositarla en las carretas que la llevarían al molino, si se la reforzaba estructuralmente así como al sistema hidráulico. Y ese fue el primer prototipo de alzadora de caña que todavía se usa en los campos en los cuales no se puede emplear la cosechadora mecánica. Hay que haber cortado y alzado caña de azúcar a mano para comprender la importancia de esta máquina porque, como todos sabemos, el homo sapiens no está dotado de bisagra en la espalda. Lo de la cosechadora mecánica tomó muchos años más, pese a que Nikita habría dicho, según me contaron: “Si hemos llegado a la Luna,

cómo no vamos a resolver el problema del corte mecanizado de la caña que tienen los cubanos”. Sin embargo, en la zafra azucarera de 1964-1965, en la cual se recuperó el nivel de los 6 millones de toneladas de azúcar, al parecer había un fuerte déficit de equipos (tractores, alzadoras, carretas, camiones). Un día, al entrar por la puerta de los “ejecutivos” del INRA vi en el lugar que siempre utilizaba Fidel para estacionar un automóvil desconocido. Me enteré después de que era el del embajador de la Unión Soviética, Alexander Alexeiev, que estaba en conferencia con mi jefe Carlos Rafael. Mi amigo Bondarchuk, jefe de los cuatrocientos y tantos jóvenes komsomoles (Juventud Comunista Soviética) que estaban por toda la isla en calidad de técnicos asesores, me contó que durante esa reunión Carlos Rafael le pidió a Alexeiev que transmitiera a su Gobierno un pedido urgente de equipos soviéticos porque si no sin estos la zafra azucarera fracasaría. Bondarchuk me dijo que la Unión Soviética fletó en el mercado capitalista 27 barcos de carga para traer a tiempo todo el equipamiento solicitado.

Una de las múltiples limitaciones que me impedían ser un revolucionario de vanguardia, como lo entendía el Che, era mi muy temprana adicción a la pesca submarina, intensa como un vicio que solamente se puede dejar cuando el cuerpo ya no es capaz de practicarlo. Antes de salir de Chile en marzo de 1959 había visto las películas *El mundo del silencio* de Jacques Cousteau y *El viejo y el mar*, sobre la obra del mismo nombre de Ernest Hemingway. Ambas películas me impresionaron profundamente. Cuando llegué a Cuba fui como en peregrinación al restaurante La Terraza de Cojimar, el lugar donde se filmó la última escena de *El viejo y el mar*. En mayo de 1960, me lancé por primera vez al mar con una careta, un esnórkel y una pequeña escopeta de ligas para la pesca submarina en la playa que del pueblo de La Boca, cerca de Trinidad. Cuando llegué nadando a una profundidad de unos 15 metros casi se me

cortó el aliento por la impresión que me produjo la belleza de los fondos coralinos y la multitud de peces exóticos que los habitaban. Pero también sentí el miedo que inspira el desconocimiento popular sobre los tiburones. Una sola vez un tiburón intentó atacarme, y no fue en Cuba sino en la costa venezolana, y pude neutralizarlo por la experiencia que había adquirido en materia de tiburones y barracudas. Porque para que se me quitara el miedo a estos animales fui una vez a pescar al golfo de Guanahacabibes, famoso por la abundancia de escualos. El primer encuentro se produjo con dos ejemplares que nadaban directamente hacia donde yo estaba y que al verme, a unos 3 o 4 metros, de distancia “frenaron en seco”, dieron media vuelta y salieron disparados en sentido opuesto. Al poco tiempo, estaba pescando en medio de dos o tres tiburones, que nos rondaban por la sangre de los peces que arponeábamos, pero ninguno se atrevió siquiera a robarme un pescado.

Quedé “flechado” por los fondos de los mares de Cuba, e inicié, en Trinidad, mi vida de pescador submarino. Llegué a ser bastante bueno; para esa época bajar a pulmón a unos 24 metros y volver a la superficie con un pez arponeado no lo hacía cualquiera. Inicié realmente la práctica submarina en el litoral norte de Cuba, principalmente en la provincia más occidental, Pinar del Río. Y como el pescador submarino sueña con cazar peces grandes había que buscar sitios más y más aislados y vírgenes para lo cual hacía falta un barco. Así fue como llegué a tener primero un pequeño motovelero y después una lancha rápida de dos motores, ambos en Puerto Esperanza, Pinar del Río, a donde iba todos los fines de semana, si no había un fuerte norte que lo impidiera, junto a mi americanita, que se volvió también una consumada pescadora submarina capaz de matar un mero de 100 libras de peso de un solo arponazo en la cabeza, y después también con mi hijita Carla. Aprendí a convivir con los pescadores cubanos y a respetarlos: eran hombres que rea-

lizaban un trabajo muy duro y fueron mis maestros en todo lo que tenía que ver con el mar. Ellos eran capaces de ubicar cualquier sitio guiándose con “marcas” en la costa o en los cayos, que les servían para identificar con toda precisión los lugares mediante la técnica de la triangulación.

“Tamboro” era el pescador que atendía mi embarcación en Puerto Esperanza. Era fuerte, de 1,70 de estatura, con una panza que llamaba la atención. No sé si le pusieron ese sobrenombre por ella o por otra razón. Para mí, encarnaba lo mejor de los pescadores cubanos. Llegar a su bohío de piso de tierra y entrar en él era como entrar en una mansión por la actitud que asumía “Tamboro” al recibirme, la grandiosidad con la que me invitaba a tomar asiento en uno de sus modestos sillones y su manera tan formal de conversar. Desde luego, durante estas visitas las hembras desaparecían: la esposa y las tres hijas dejaban solos al dueño de casa y a su invitado. Se escuchaba entonces el “¡Cuca, café!”, la orden para que su esposa preparara y nos sirviera el brebaje. Un día me invitó a comer cangrejos de mangle, que salen por millares en junio y se cogen por sacos. Cuando llegué, un sábado por la noche, en la sala del bohío había una mesa con un mantel blanco y solamente dos cubiertos, para él y para mí. Las mujeres, que habían preparado la cena, estaban en la cocina. Hubo cangrejos en cuesco, vale decir con sus carapachos, y masa limpia de cangrejo, ambos platos en enchilado. Era como retrotraerse al pasado lejano en una especie de ceremonia gastronómica solo para hombres.

Pero quien mejor caracterizó a “Tamboro” fue un cineasta francés a quien había invitado a una pesquería y al que luego de almorzar en casa de “Tamboro” le pregunté qué le parecía mi amigo. Y me dijo: “¡Es un gran señor!”. Porque efectivamente, “Tamboro” y

otros pescadores amigos tienen eso, señorío, heredado de la mejor tradición española, que desgraciadamente se ha perdido en la gran ciudad y ha sido sustituido por una falta de formalidad en el trato entre las personas y por un lenguaje vulgar y de mal gusto.

No olvido su comparación entre la situación de relativa escasez vigente en 1963 y 1964 y la que existía antes de la Revolución, cuando, según los contrarrevolucionarios, Cuba era “una tacita de oro”. “Tamboro” me decía que él prefería la escasez con dinero en el bolsillo que la aparente abundancia sin dinero alguno. Contaba que los barcos a vela tenían un vivero en el casco para mantener vivos a los peces, ya que no disponían de refrigeración. Esto funcionaba siempre y cuando la embarcación se mantuviera en movimiento, lo que permitía que se renovara el agua y no se asfixiaran los peces. Cuando regresaban, después de varios días de pescar la cherna (mero), el único comprador del puerto pesquero les decía que no tenía interés en comprar o les imponía un precio irrisorio como gran favor, por lo que solo obtenían unos pocos centavos como retribución por el trabajo de varios días. Los pescadores cubanos así como los campesinos muy tempranamente empezaron a recibir los beneficios económicos y sociales que trajo la Revolución.

Han pasado muchos años, y según me han contado los nietos de esos pescadores que fueron mis amigos y mis maestros, todavía entre los viejos se recuerda y se habla del “Chileno”. Con el tiempo también aprendí los rudimentos de la pesca de altura para capturar peces espada, agujas y casteros, en lenguaje cubano, y logré pescar unos cuantos de estos magníficos animales. A lo mejor existe la memoria genética porque, según me contó mi madre, los Romeo somos originarios de una isla de pescadores llamada Proscida, muy cercana a Capri, frente a Nápoles.

La Revolución Cubana seguía su marcha y se profundizaba. Fidel, paso a paso y sobre la base de la unidad política, lograba concentrar todos los esfuerzos del país en proyectos sociales inconcebibles en la vieja Cuba y en cualquier país no socialista.

Un domingo por la noche, después de regresar de una pesquería de fin de semana, sonó el timbre de mi apartamento, a eso de las diez, y al abrir la puerta vi a un hombre que no conocía y que me preguntó si allí vivía Carla Romeo, a la sazón de solo cuatro o cinco años de edad. Asombrado le dije que sí, y entonces me entregó el caramelo con la vacuna antipolio que le tocaba tomara la niña a la mañana siguiente a eso de las siete. Nunca olvidaré la experiencia de que un hombre que nunca volví a ver, seguramente de un Comité de Defensa de la Revolución del barrio, me trajo un domingo por la noche la vacuna de mi hija. Eso se repitió en todo el país y, al día siguiente por la mañana, a eso de las siete, todos los niños de Cuba en edad de ser inmunizados contra la polio tomaron su vacuna. Fue un momento de la verdad, en el que le tomé el pulso a la Revolución que estábamos haciendo. Años después, escuché por radio a Fidel hablando del deporte, cuando dijo más o menos: “Un día les ganaremos a los estadounidenses en un deporte y después en otros”. Pensé: “Eso está demasiado fuerte, Fidel”, todavía con la visión de Estados Unidos como el coloso al que no se podía derrotar. Vino primero la Guerra de Vietnam, de donde pequeños hombres asiáticos botaron a los estadounidenses a tiros y después, tal como lo había profetizado Fidel, los cubanos empezaron a ganarles a los gringos, primero en béisbol, después en boxeo, en voleibol, en judo, en halterofilia, y siguió una lista que se hizo cada vez más larga.

Era el año 1964, cuando me tocó mi último contacto de trabajo con Che, en ocasión de la preparación de la documentación que llevaría la delegación cubana, encabezada por él, a la conferencia

en Ginebra convocada para constituir la Unctad, la Comisión de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo, que sería presidida nada menos que por Raúl Prebisch.

Un grupo de economistas y funcionarios nos reunimos con el Che en un salón del Ministerio para el Comercio Exterior alrededor de una larga mesa, y este, como siempre, invitó a los presentes a exponer sus ideas. Finalmente, decidió repartir el trabajo y nos encargó a Raúl León, viceministro de Comercio Exterior, y a mí, que preparáramos las pautas del discurso que debía leer en Ginebra. Trabajar con Raúl León era muy fácil y placentero. Elaboramos el texto y se lo presentamos al Che en la siguiente reunión. Recuerdo que lo encontró “muy cepalino”, refiriéndose a las concepciones de la Cepal que estaban en boga entonces, pero lo aceptó. Cuando lo escuché hablar desde Ginebra por la televisión sentí un gran orgullo al darme cuenta de que, en una demostración de su modestia y espíritu de equipo, había seguido en general los lineamientos que habíamos preparado Raúl León y yo, aunque, obviamente, había incluido sus propias consideraciones.

Nunca más nos volvimos a encontrar el Che y yo, pero el efecto de haberlo conocido y trabajado para él perdurará en mí para siempre. Esto me hace recordar una conversación que tuve a finales de 1967, en La Serena, ciudad chilena, con un relativamente joven sacerdote católico belga, que se jactó de ser egresado de la Universidad de Lovaina, igual que el sacerdote colombiano Camilo Torres, quien se unió a las guerrillas de su país y murió en combate y al cual había hecho referencia durante el encuentro. Al saber que había conocido y trabajado con el Che, pidió mi opinión sobre ese personaje que ya empezaba a convertirse en un mito. Para poder expresarle mi idea en términos que pudiera entenderme, le dije: “Che es para nosotros lo que es un santo para ustedes”, refiriéndome a los cató-

licos. Y el sacerdote me desconcertó cuando me preguntó: “¿Y por qué no para nosotros también?”.

Han pasado los años, muchos, décadas, y el Che sigue siendo un personaje que atrae a las juventudes de todo el mundo. Su imagen se encuentra en todas partes, como me decía perplejo un francés, cuyo hijo tenía un póster y una camiseta con el rostro del Che. Para mí, la explicación es sencilla: Che encarnó lo mejor que puede haber en el ser humano y no es de extrañar que los jóvenes se sientan atraídos por él. En él se encontraba una rara combinación de apostolado, de intelectualidad, de hombre de acción y de belleza física, con una profunda sensibilidad por todo lo que afecta a los hombres en cualquiera parte del mundo.

En 1964, hubo una recuperación de la actividad azucarera y logramos sobrepasar los 4 millones de toneladas. En 1965 volvimos a hacer unos 6 millones de toneladas y pude informarle a Carlos Rafael que la producción agropecuaria nacional había crecido 3% en 1964. Así y todo, una mañana de mediados de 1965, me enteré al llegar al INRA que Carlos Rafael me había citado a su casa. Allí me comunicó que dejaba la presidencia del INRA para crear la Comisión de Colaboración Económica y Científico-Técnica con los países socialistas y que yo continuaría como su asesor en esta nueva tarea. Fue sustituido por el comandante Raúl Curbelo, quien había sido jefe de la Fuerza Aérea Cubana cuando Playa Girón, y que era un caballero, como sus dos hermanos a los que tuve la suerte de conocer: Ángel, vicepresidente del INRA, y Merejo, hombre de profundos conocimientos sobre ganadería. Los tres eran muy queridos y respetados por Fidel.

## LA COMISIÓN DE COLABORACIÓN ECONÓMICA

Estamos en 1965 y la Revolución tiene más de seis años. Está consolidada y se prepara para integrar su economía al resto del campo socialista. Pero al mismo tiempo la dirigencia cubana ha elaborado su propia concepción sobre cómo hacer una revolución social en América Latina. El nuevo país socialista, que está a solo 90 millas náuticas de los Estados Unidos, es “díscolo” y piensa por sí mismo. Más que desobediente (jamás los soviéticos trataron de darles órdenes a los revolucionarios cubanos), es indócil y en materia de revolución en el continente americano tiene ideas propias. Esa es la característica que marca este período. Al mismo tiempo, los países de América Latina no tienen relaciones oficiales de ningún tipo con Cuba, salvo México; por lo cual el Gobierno Revolucionario se siente libre para decidir su política hacia ellos.

Carlos Rafael y su pequeño séquito de cuatro personas se trasladaron a las oficinas del Comité Central del partido, el PURS, Partido Unido de la Revolución Socialista. Lo conformaban su secretaria; Filiberto, su taquígrafo-mecanógrafo; Acosta, encargado del pantry, y yo. En esos tiempos el secretario de organización del partido era el capitán Emilio Aragonés y el comité central era reducido. Todos cabíamos en el edificio del que había sido el Diario de la Marina, el periódico más tradicional y reaccionario de Cuba, situado frente al Capitolio Nacional, antigua sede del Parlamento cubano. Como éramos pocos, todos almorzábamos juntos en un comedor en el último piso. Pero venían con mucha

frecuencia a esa hora dos viceministros del Interior, los comandantes José Abrantes, jefe de la contrainteligencia o seguridad del Estado, y el legendario Manuel Piñeiro, alias “Barbarroja”, jefe de la inteligencia. También venía a almorzar otro miembro del Comité Central, el famoso líder obrero Lázaro Peña, con su esposa Tania Castellanos, la muy conocida compositora de bellas canciones románticas.

Che estaba desaparecido desde comienzos de 1965, y al constituirse el Comité Central de Partido Comunista de Cuba, en el que se convirtió el Partido Unido de la Revolución Socialista Cubana, Fidel leyó la hermosa carta de despedida que el Che le dejó. Carta auténtica de principio a fin, en la cual reconocí ideas que le había escuchado al Che, como cuando lamentó no haber tenido más confianza en Fidel desde el primer momento. En efecto, una vez nos había contado que cuando Raúl se reencontró con Fidel después del desastre de Alegría de Pío, había solo 12 hombres y siete fusiles, y aun así Fidel exclamó: “Ahora estoy seguro de que ganamos esta guerra”. Al oírlo, Che pensó que Fidel desvariaba a causa de los trágicos acontecimientos recién vividos. Y casi exactamente dos años después, ganaron la guerra contra unas fuerzas armadas de 80.000 hombres apoyados por el Gobierno de Estados Unidos. ¡No era para menos!

Sentados en el escenario del teatro Karl Marx, el recién constituido Comité Central del Partido Comunista de Cuba era una gran mancha de uniformes color verde olivo salpicada de algunos miembros vestidos de civil. Era la imagen de una revolución iniciada en la Sierra Maestra por combatientes para la mayoría de los cuales el marxismo y, desde luego, la militancia comunista, les eran totalmente ajenas, y cuyos objetivos, contenidos en el Programa del Moncada, desembocaron inevitablemente en el socialismo.

La misión encomendada a Carlos Rafael Rodríguez era organizar y desarrollar las relaciones económicas con los países socialistas. Me puse a trabajar en dos direcciones. Una de ellas era proyectar la balanza de pagos de Cuba para los siguientes cinco años, hasta 1970. La otra era tratar de definir los principios sobre los cuales debían basarse las relaciones comerciales entre los países socialistas más desarrollados y los menos desarrollados, entre de los cuales estaba Cuba.

La primera de esas tareas era eminentemente una investigación empírica, a partir de las estadísticas de comercio exterior y la proyección de las importaciones futuras, sobre la base de hipotéticas tasas de crecimiento económico y contrastando los resultados con estimaciones de las probables exportaciones de Cuba, incluyendo desde luego las azucareras, que debían alcanzar 10 millones de toneladas en 1970. El resultado fue que ni con el plan azucarero se alcanzaban los valores necesarios para lograr un crecimiento económico significativo en el siguiente quinquenio. La realidad me dio la razón cinco años después.

La segunda tarea era para mí mucho más interesante y consistía, ni más ni menos, en teorizar las reglas del comercio exterior entre países socialistas. Desde luego, mi enfoque partía de que de ninguna manera dichas reglas podían entrañar un intercambio desigual de valores, como el que había conducido al mundo a que hubiera en esa época una diferencia de 20 a 1 entre los países ricos y los pobres en el campo capitalista, y que dichas reglas inevitablemente irían ahondando esa enorme diferencia, que hoy es más del doble de la que existía en aquella época.

No se conoce suficientemente hasta qué punto Cuba vivió unos años de intensa discusión teórica sobre lo que debíamos entender

como socialismo. Me refiero al período entre 1962 y 1968. Por un lado estaba el pensamiento ortodoxo, que era el que emanaba de la Unión Soviética. Por otro lado, estaba el pensamiento no comprometido de jóvenes revolucionarios cubanos, que hicieron su revolución sin ninguna ayuda de los camaradas comunistas del resto del mundo, entre los cuales se destacaban el Che, el comandante Alberto Mora, y de otros no tan jóvenes como Carlos Rafael Rodríguez, quien expresó públicamente en la Facultad de Economía de la Universidad de La Habana su falta de respeto por el pensamiento económico marxista oficial en los países socialistas, planteamiento que en esa ocasión fue totalmente compartido por el Che. De ese lado, del “bueno”, estábamos Jaime Barrios y yo, intentando teorizar sobre la economía socialista, pues ya nos habíamos dado cuenta de que el pensamiento oficial que nos venía del otro lado del mar era bastante mediocre y era más una forma establecida de hacer las cosas que el fruto de un serio razonamiento teórico. Fue la época durante la cual se invitó al economista Ernest Mandel a Cuba, a pesar de que era secretario general del Movimiento Trotskista Internacional. En esa etapa también editamos, con Carlos Rafael, el libro *La nueva economía*, del soviético Preobrayensky, fusilado por Stalin en 1936 y que aún no había sido rehabilitado, y para el cual escribí la introducción a la edición cubana. En dos palabras, partíamos de la premisa de que la Revolución Cubana podía y debía desarrollar su propio pensamiento teórico en economía, obrar libremente e incluso influir en la evolución del propio campo socialista. ¡A decir verdad, no nos faltaban agallas!

No es mi objetivo analizar aquí el pensamiento heterodoxo del Che sobre cómo construir una sociedad socialista en Cuba, la que, según él, debía diferenciarse sustancialmente de las ya existentes en Europa. Me basta con decir que fue el producto de su experiencia como constructor de una industria estatal, de sus estudios de

economía política marxista con un excelente profesor y de su visión crítica del socialismo real europeo, todo ello en la mente de un hombre con un gran sentido sistémico de las ideas y al mismo tiempo lleno de la osadía de un auténtico revolucionario. No hay que olvidar que su pensamiento se desarrolló durante una corta vida que le impidió valerse de la experiencia histórica, que viene a ser en el terreno social, en cierta medida, el equivalente al método empírico en las ciencias naturales.

El batallar de Cuba en el campo del comercio exterior socialista permitió lo que se ha venido a conocer como la relación de precios deslizantes. Significa que establecida una relación de intercambio entre, por ejemplo, una tonelada de azúcar por 4 de petróleo, esta se mantenía corrigiendo el efecto de la variación en el precio del producto a pagar que se había alterado. Si el petróleo subía también lo hacía el azúcar. Si eso no fue la aplicación de nuestra teoría del intercambio desigual en el capitalismo, fue al menos una buena solución práctica destinada a corregir el fenómeno. Pero hay que distinguir entre una idea, por trascendente que sea, y su aplicación práctica, que requiere considerar una multitud de otros factores, más el talento necesario para llegar a implementarla. Fue un logro de la dirección de la Revolución Cubana.

Una relación de intercambio de la naturaleza descrita, más generosas líneas de crédito, principalmente de la Unión Soviética, y desbalances comerciales significativos en contra de Cuba, que se consolidaban en créditos a largo plazo, amén de recibir gratuitamente todas las armas que Cuba podía operar, permitieron que el pueblo cubano disfrutara democráticamente de un nivel relativamente alto de bienestar material, hasta el desplome de la Unión Soviética y del resto del campo socialista. Los sueños de igualdad básica para todos se concretaron en la realidad y solo escaseaban

los productos sofisticados de la moderna industria capitalista. Pero el año 1991 fue el despertar a una nueva realidad en la que Cuba pasó a depender de sus propios recursos y en la que el fruto de su trabajo comenzó a ser valorado por el mercado internacional capitalista de tal manera que en vez de comprar cuatro toneladas de petróleo por una de azúcar, la relación se invirtió a una de petróleo por cuatro de azúcar.

El sueño de Fidel de una sociedad igualitaria se cumplió gracias a la iniciativa cubana y a la audacia de sus planteamientos, independientemente de que la dirigencia de la Unión Soviética lo considerara una acción política y no económica. De hecho, estábamos construyendo un mundo nuevo, distinto al que existía hasta la fecha. Vivimos por algunos años el “futuro” de lo que habría podido ser el mundo, al menos el subdesarrollado. Pero si bien Lenin quiso sembrar gigantes, se cosecharon pulgas. La humanidad perdió una oportunidad que mucho costó al pueblo soviético. No hay rencor, hay mucho agradecimiento y tristeza por lo que se transformó en la esperanza frustrada de la humanidad. Pero queda la lección de la historia que no debe ser olvidada. Algo muy importante falló. Es una tarea pendiente averiguar qué salió mal.

Esa época fue también la del desarrollo de una idea cubana sobre cómo hacer la revolución en América Latina, que descansaba sobre la forma de lucha con la cual Fidel y los que lo siguieron habían llegado al poder. Y el eje de esa concepción era la lucha armada por medio de la guerra de guerrillas, destinada a derrotar al ejército y dar confianza al pueblo para unirlos por los objetivos revolucionarios. Este pensamiento fue dominante en los años sesenta entre los dirigentes políticos cubanos. Pero al mismo tiempo originó serias divergencias con los partidos comunistas de los países socialistas europeos, el de la Unión Soviética en particular, y de los de Amé-

rica Latina. No recuerdo ninguna excepción, salvo la del partido venezolano, que cambió radicalmente de orientación en 1963 y se alineó con los demás.

No me atrevo a opinar sobre acontecimientos históricos de los cuales no fui partícipe, pero sí puedo contar episodios vividos por mí y relatarlos, para que cada uno saque sus propias conclusiones.

A principios de 1967, me tocó ir con los alumnos de la Escuela de Economía a la provincia de Oriente para calcular las necesidades imperativas de combustible que requería la agricultura cubana. Según nos dijeron, se esperaba un recorte en las entregas de combustible y lubricantes por parte de la Unión Soviética. Me reservé el tema del equipamiento agrícola y de su utilización. Después de ver un enorme cementerio de tractores soviéticos, llegué a la conclusión de que de cada cuatro tractores solo uno prestaba servicios, pues dos estaban hechos chatarra y el otro estaba en el taller de reparaciones. El subdesarrollo es el subdesarrollo, particularmente cuando todo es de todos y nada es de nadie en particular.

¿Cuál había sido la razón por la que nos enviaron a calcular las necesidades de combustible? Al parecer, las cosas estaban muy tirantes en 1967 con la Unión Soviética. Che ya estaba en Bolivia y Cuba estaba lanzada en su línea de hacer la revolución en América Latina por la vía armada. Trabajaba en el segundo piso del edificio en el cual está radicado hoy en día el Comité Central del Partido Comunista de Cuba.

Una tarde salí de mi oficina y me acerqué al ventanal que da hacia la plaza de la Revolución, desde el cual podía divisar la parte central del edificio que alberga al Consejo de Estado, dado el ángulo que forman sus alas izquierda y derecha con la parte central. Cuál

no sería mi sorpresa al ver en la cima de la escalinata que comunica la entrada con la parte de abajo, en donde se paran los vehículos, a Fidel y a su hermano Raúl. En eso se detuvo una limusina Chaika soviética, de la cual se bajó nada menos que Alexei Kosiguin, el segundo hombre en el escalafón soviético, quien al divisar a Fidel y a Raúl, subió solo la escalinata con una gran sonrisa. Fidel y Raúl lo esperaron arriba y lo saludaron cuando Kosiguin llegó a la altura en la que estaban. No podía dar crédito a mis ojos. Si hay alguna manera de demostrar una actitud de “usted viene a mí y no yo a usted” fue lo que presencié. Este gesto me hizo recordar lo que mi amigo Regino Boti dijo una vez a un visitante extranjero que le señaló que “obviamente, Cuba es un satélite soviético”. Regino, de manera pseudoingenua le contestó: “Yo creía que era todo lo contrario, que la Unión Soviética era un satélite nuestro”.

El año 1967 fue el año de la Tricontinental, un encuentro de casi todos los movimientos revolucionarios del mundo que se celebró en La Habana, bajo el lema del Che “Creando dos, tres Vietnam”, que él incluyó en una carta que envió para la ocasión. También fue el año de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), que reunió también en la capital cubana a revolucionarios de América Latina. Ambas actividades se organizaron bajo la inspiración de Cuba, de Fidel para ser más preciso, y en completa contradicción con la línea internacional de Moscú.

No pude escapar de una especie de disyuntiva existencial: la construcción del socialismo o la lucha armada revolucionaria en América Latina, dilema particularmente agudo a los ojos de los cubanos para quienes éramos ciudadanos de países aún no “liberados”. Había que elegir y poco tiempo después me llegaría el momento de tomar una decisión. A decir verdad, éramos empu-

gados suavemente a enfrentar el asunto de hacer la revolución en nuestro país de origen, Chile, hasta el punto de que los chilenos residentes en Cuba llegamos a tener un encuentro con Fidel durante el cual se dio por sentado nuestro interés por participar en la lucha revolucionaria chilena, por lo que se nos ofreció un programa semanal en Radio Habana Cuba, la emisora internacional de la Revolución. El programa se llamó “Contra el reformismo burgués (el de Frei padre), la revolución del pueblo”. Redactaban el libreto dos periodistas chilenos que trabajaban en Cuba, Orlando Contreras y Luis Carrera, y me tocó ser la voz oficial junto a una chilena que había sido locutora radial profesional. Todos los sábados por la mañana grabábamos el programa que se transmitía por la noche del mismo día. Arrastrados por la ola revolucionaria de la época cometimos ciertas “exageraciones” como, por ejemplo, criticar a Neruda por su asistencia al Pen Club en Nueva York y por su visita al presidente del Perú, Belaunde Terry. Años después, Orlando Contreras y yo nos reiríamos de nosotros mismos al pensar que en el futuro, cuando la gente leyera El canto general para tener una idea de la situación que vivió América Latina bajo el macartismo yanqui y disfrutar de la poesía de Neruda, quién carajo se iba a acordar de dos pelagatos que osaron criticar a un gigante de la literatura castellana por visitar al Pen Club y por su amistad con un presidente reaccionario.

Al mismo tiempo que hacíamos nuestro trabajo para construir y mejorar al socialismo, empezamos a participar también en la gran discusión sobre cómo hacer la revolución en América Latina. Yo también estaba en “la onda” de descubrir la fórmula estratégica infalible para tomar el poder por la vía de la lucha armada. Me faltaba cierto tiempo para descubrir en la práctica lo que significa verdaderamente la unidad de la táctica y de la estrategia militar, tal como la expone Clausewitz, y mucho más tiempo aún para

vislumbrar los aspectos necesarios para que brote y triunfe un movimiento revolucionario.

Entre los personeros más destacados de este movimiento revolucionario (no por sus aciertos sino por haberse convertido en pensadores “oficialistas”, y me refiero a jóvenes intelectuales que produjeron “interesantes” análisis demostrativos de sus tesis), que yo sepa, brillan por su ausencia los que tuvieron la decisión y el coraje de “embarcarse” en la real lucha revolucionaria armada. Sobresale entre ellos Jesús Díaz, quien terminó pasándose al bando contrario desde posiciones intelectuales críticas sostenidas desde Europa. Ellos no dejaban de mirarme con desconfianza, que les despertaba mi estrecha relación con Carlos Rafael, al que identificaban sin vacilar como uno de los representantes del pensamiento revolucionario conservador, y olvidaban que Carlos Rafael sí subió a la Sierra Maestra en la época de la guerra y ellos ciertamente no.

Fue la época en la que trabé amistad con Regis Debray, autor del artículo “El castrismo o la larga marcha de América Latina”, publicado en la revista *Les temps modernes* que dirigía Jean Paul Sartre y que según me dijeron había impresionado al Che y luego a Fidel. Como también soy francés, el idioma y la nacionalidad establecieron el puente entre Regis y yo. Él residió en Cuba durante un par de años en compañía de su amiga venezolana, hasta que un día se perdió para reaparecer preso en Bolivia cuando el Che se encontraba todavía combatiendo en ese país. Regis publicó un pequeño libro que convirtió en el “manifiesto revolucionario” del momento en Cuba titulado *Revolución en la Revolución*, que criticaba el pensamiento marxista oficial de los partidos comunistas de América Latina. Mi relación con él se desarrolló en el plano social e intelectual, ya que como estaba vinculándose a auténticos

proyectos guerrilleros, la discreción impedía que tratara de esos temas y proyectos conmigo.

Al menos Regis tuvo el valor de participar en un movimiento guerrillero, el del Che en Bolivia, aunque rápidamente se dio cuenta de que ese no era su campo. Al abandonar la guerrilla con el permiso del Che, la desesperación por reintroducirse en el medio “civilizado” lo hizo cometer, junto a sus compañeros, un error craso de impaciencia que le costó casi cuatro años de cárcel en Bolivia. Su madre, vicepresidenta de la Alcaldía de París, mujer inteligente y de temple, hizo cuanto pudo para impedir que mataran a su hijo y para sacarlo de la cárcel boliviana. Y lo logró. La conocí en Cuba en uno de sus viajes, así como al hermano mayor de Regis, médico cirujano plástico. Visitó mi humilde casa, si se la compara con el apartamento que tenía en el “16eme arrondissement” de París que conocí cuando me invitó a almorzar durante una breve estadía en esa ciudad.

Años después Debray publicaría un desafortunado libro para tratar de desvincularse de su participación en los acontecimientos de los años 60 en América Latina, con la excusa de que había sido engañado o seducido por Fidel, a quien “sirvió” como un ingenuo.

Fue también la época en que conocí en La Habana a Francois Maspéro, el famoso editor de libros de izquierda y propietario de la librería más famosa de París, La Joie de Lire. Otra vez el idioma francés sirvió de puente para establecer una amistad. Lo llevé a una excursión de pesca submarina con mi hermano Víctor y ambos trabaron igualmente una excelente relación.

Demás está decir que al revelarse “que otras tierras del mundo demandan el concurso de mis modestos esfuerzos”, los del Che, nos

sentimos como espoleados para seguir su ejemplo. Cubano con el que trababa alguna amistad me pedía que cuando “partiera” para una guerrilla lo llevara conmigo porque para ellos yo supuestamente debía estar involucrado en algún proyecto revolucionario. No era el caso. Era tildado de “intelectual”, y los guerrilleros en el poder nunca les habían perdonado a los intelectuales cubanos su ausencia de las montañas durante la guerra en contra de la tiranía de Batista. Como no había entrenamiento para mí decidí aprender a tirar por mi cuenta y me volví un asiduo de los polígonos deportivos, porque no hay mejor método de aprendizaje que disparar con fusiles calibre 22 a las dianas a 50 metros. Y me convertí en un buen tirador capaz de alcanzar una puntuación de 90 sobre 100 con fusil olímpico a 50 metros y acostado. Yo era chileno y quería aprender a tirar y como dos más dos son cuatro, la conclusión de los entrenadores de tiro era que yo me estaba preparando. Nunca me faltaron ni las armas ni las municiones. Tanto fue lo que tiré sin protección que perdí 50% de la capacidad auditiva. Todavía me perseguía la ignorancia.

Y llegó la noticia de la muerte del Che en Bolivia en los primeros días de octubre de 1967. Fidel la confirmó. Nos dejó anonadados. Parecía imposible que hubieran matado al guerrillero por excelencia. Lentamente, empezamos a preguntarnos qué había fallado, ¿cómo era posible que hubiera ocurrido?, ¿habría equivocaciones en nuestras concepciones revolucionarias? Pero los suramericanos sabíamos que los bolivianos no eran como los cubanos, y eso nos llevó a considerar la historia de los pueblos, su cultura, los aspectos étnicos y otros elementos que debían ser tomados en cuenta a la hora de pensar en una revolución en un país particular.

Hoy en día agrego a esas consideraciones el recuerdo de lo que me dijo el Che cuando conversaba con él sobre la guerra de guerrillas,

y que vine a entender en toda su significación mucho después. Para el Che la única forma de combatir la guerrilla era con las contraguerrillas, unidades militares móviles que se internan en la zona guerrillera y se mueven y viven como una guerrilla, pero están bien abastecidas de comestibles y parque. Y eso fue precisamente lo que hicieron las fuerzas armadas estadounidenses y latinoamericanas. ¡El enemigo fue sorprendido en Cuba, pero reaccionó y aprendió!

A algunos de nosotros nos pareció que no era el momento de abandonar la lucha, y, en mi caso particular, había una dedicatoria del Che en mi ejemplar de Guerra de guerrillas totalmente inmerecida, por lo menos hasta ese momento, que era para mí un desafío que debía encarar.

A finales de 1967, después de ocho años de trabajo ininterrumpido, le solicité a Carlos Rafael permiso para un viaje a Chile, el cual realicé a finales de ese año después de la muerte del Che.

Tal era el aislamiento político de Cuba en América Latina en esos años que ningún país de la región tenía relaciones diplomáticas con ella, salvo México. Así que para viajar hacia el Sur tuve que ir hacia el Norte, a Madrid para seguir a París, y en esa ciudad tomar un avión de Air France que finalmente me llevó hasta Santiago, pero pasando por Senegal, Río de Janeiro y Buenos Aires. En el aeropuerto de Ciudad de México campeaban los agentes norteamericanos que controlaban todos los vuelos que procedían de La Habana. Y en 1960, el Time Magazine le había dedicado portada y artículo al Che y señalaba que sus asesores eran chilenos. Así que aplicamos el principio de que “en la duda, abstente”.

Iba a Chile a buscar contactos para ver si era concebible y posible organizar la lucha revolucionaria por los senderos que no frecuen-

taban los partidos comunista y socialista chilenos. La respuesta era el MIR de Miguel Enríquez. No recuerdo quién me puso en contacto con su hermano Edgardo, un joven encantador y alegre que de esa manera enmascaraba su profunda convicción revolucionaria y su dedicación a su hermano, quien era secretario general del MIR. Por su intermediación logré una entrevista con Miguel en casa de mi madre. Conocí a ese joven revolucionario que impresionaba por su inteligencia y claridad de pensamiento. Al preguntarle cual era, a su juicio, la mejor preparación que podía pretender, me dijo que debía ser la de la industrial artesanal militar, no la de la lucha guerrillera en el campo.

Además de mí encuentro con el MIR, establecí contacto con antiguos conocidos de mi época de deportista, quienes ni por asomo se identificaban con posiciones progresistas en aquella época. Pero, cuál no sería mi sorpresa al enterarme de que eran militantes desde hacía mucho tiempo, ya que durante el tiempo en que nos tratamos nunca se tocó el tema de la política. Ahora era distinto, pues yo era un “veterano” cubano.

Aproveché la estadía en Chile para visitar en su casa de Colchagua al diputado socialista Joel Marambio a quien había conocido en Cuba. Él era, además, líder del campesinado de su provincia y estaba en vías de convertirse en el de todo el campesinado chileno. Lo acompañé durante sus recorridos y participé en sus reuniones con “los viejos”, como los llamaba, que realizaban en un local de un pueblo alrededor de una olla de porotos, para cuya preparación todos colaboraban con un paquetito del grano, que era cocinado por algunas de las esposas de los participantes. Otras veces la reunión se desarrollaba a puertas cerradas y empezaba con una colecta para comprar un chuico de vino tinto (15 litros) del cual todos recibíamos nuestra cuota. Pero las reuniones o encuentros más pintorescos se

celebraban en pleno campo y de noche con campesinos que trabajaban en “fundos” en donde no se aceptaba la sindicalización. Parar en una noche oscura al borde de un camino secundario y estar de repente rodeado de figuras sombrías envueltas en mantas de castilla negras y sombreros del mismo color, era una experiencia parecida a las escenas que habíamos visto en la pantalla cinematográfica.

Cuando Joel planeaba sus viajes no solía seguir rutas directas y cuando le pregunté la razón, me dijo: “Es que en el pueblo por el que vamos a pasar hay un vinito muy bueno”. Lo que siempre era verdad. Joel tenía un programa radial en una emisora de Colchagua y más de una vez, llegada la hora de su intervención, estuviera donde estuviera, transmitió su arenga y sus directrices vía teléfono público. Pero lo más espectacular era asistir a las sesiones, que desarrollaba en el patio de su casa en San Fernando vestido con una bata de casa, durante las cuales atendía las solicitudes y demandas de la población, en una escena que recordaba a un señor feudal recibiendo las quejas de sus vasallos.

Joel falleció en Santiago de cáncer a la temprana edad de 49 años, muy poco tiempo después del golpe militar de Pinochet en Chile. Vivió intensa y alegremente su vida, como si supiera que iba a ser corta. Lo recuerdo con nostalgia y como uno de mis personajes inolvidables.

Al regresar a Cuba vía París me encontré con la sorpresa de que mi americanita quería separarse para poder experimentar por su cuenta otros aspectos de la vida. Me aclaró que por ningún concepto estaba dispuesta a esperar el regreso de un posible guerrillero latinoamericano. Así que me marché del apartamento con mi hija de seis años para vivir en casa de unos amigos que generosamente nos brindaron asilo.

Llegó el año 1968. Durante el Congreso de Intelectuales conocí a una espectacular danesa con la cual no fue difícil establecer una relación íntima, corta pero muy placentera. A la danesa siguió una italiana, que me pidió un prólogo para un libro sobre el Che, y después una chilena, hija de una amiga mía, de maravillosos senos y con gran vocación para el sexo. Ellas son personajes inolvidables en mi vida.

Los intelectuales que durante el congreso apoyaron fervorosamente la línea revolucionaria de Cuba, viraron 180 grados después de los acontecimientos en Checoslovaquia ese mismo año, a causa de la aprobación de Fidel a la entrada de las tropas soviéticas en ese país, que puso fin a lo que se denominó “la primavera de Praga”. Fue una demostración anticipada del fracaso del socialismo real a la soviética en un país que no hizo una revolución sino que quedó del lado de allá en los acuerdos de Yalta y de Potsdam. Así lo dio a entender Fidel, pero cuando se está a 90 millas de los Estados Unidos no hay mucho campo para actuar. Con el Pacto de Varsovia o fuera de él. Esa fue la disyuntiva y Cuba no podía darse el lujo de tomar una seudotercera posición.

En esa época, me encontré con viejos amigos de los tiempos en los que pretendía a la bella Anita y me informaron que seguía soltera y que estaba a cargo de recopilar todo lo concerniente al Che, por encargo expreso del comandante Juan Almeida. Recordé la dedicatoria escrita por el Che en mi ejemplar de su libro Guerra de guerrillas, y decidí visitarla y llevarle el texto a sus oficinas del Comité Central del partido. Seguía tan bella como la recordaba. Me recibió con su habitual cortesía y encanto. Le informé de mi separación de la americana y la invité a cenar esa noche y aceptó. Al día siguiente la volví a invitar y le presenté a mi hija, quien inmediatamente simpatizó con ella. Después caímos en el terreno

de las caricias. A la tercera invitación, que fue al siguiente día, y después de la cena, en medio de caricias más intensas le dije: “¿Nos casamos ahora?”. Y su respuesta afirmativa fue inmediata. Desde ese momento tuvimos encuentros nocturnos diarios, cada vez más intensos y ardientes antes de casarnos. El matrimonio se celebró el 3 de mayo de 1968, y duró 38 años hasta su muerte prematura. Durante ese noviazgo, ya sin chaperona, una tarde fuimos a la playa de Santa María, al este de La Habana, y al acercarnos a la arena, cuál no sería mi sorpresa al encontrarme con mi antiguo profesor y jefe Regino Boti, acompañado de una muy joven y atractiva muchacha de no más de 18 a 19 años con una espléndida figura, en un traje de baño enterizo de color azul. Después me enteré que se llamaba Lilian, que había sido seducida, hasta donde es posible seducir a una cubana de esa edad, por un Regino veintitantos años mayor y que la aventura había terminado en matrimonio. Su unión duró hasta la muerte de Regino. Gracias a esta casualidad conocí a la que ha sido una gran amiga hasta el día de hoy, y a la que se agregan sus hijos, Reginito y Lily, quienes con el tiempo, también se convirtieron en mis amigos.

La primera noche de la llamada luna de miel con mi Anita transcurrió en el Hotel Nacional. Debíamos lavar sábanas en las mañanas en una casa solitaria de Cayo Largo, una isla a 70 millas de la costa sur de Cuba con 20 kilómetros de playa. Dedicábamos el día a la pesca submarina y la noche al amor. Todo funcionó a las mil maravillas y nuestra hija nació exactamente a los nueve meses y diez días de nuestra llegada a Cayo Largo, en donde, además, ¡pescamos mucho!

Un joven pescador nos acompañaba a nuestras excursiones de caza submarina durante las cuales hubo de todo, desde un tiburón que me siguió durante un tiempo, pero que finalmente desistió de cual-

quier agresión, hasta el encuentro de dos inmensas tortugas, que estaban una sobre la otra en una aparente copulación. Cuando se separaron, cada uno de nosotros le cayó a uno de los ejemplares y logramos cazarlos a ambos y descubrimos, para nuestro asombro, que ambos eran machos. ¡Tortugas gay! Fue una revelación. Al parecer hasta en el reino animal sucede lo que describe una vieja moraleja chilena: “Las humanas pasiones (y al parecer también las animales) actúan en todas direcciones”.

Anita era militar, fundadora de la artillería, y había combatido en Playa Girón. Además era la excelente secretaria ejecutiva bilingüe del jefe del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas Cubanas, por lo cual debió pedirle permiso para casarse conmigo a su jefe, el comandante Miret, y este al ministro, comandante Raúl Castro. Cuando le participé a mi esposa mis planes para integrarme a un movimiento revolucionario armado en un país de América Latina, no solamente me apoyó totalmente en mi decisión sino se sintió muy orgullosa de haber elegido como marido a un futuro guerrillero. ¡Así éramos nosotros en aquella época!

Había conocido al inefable Gaspar Rojo, representante en Cuba del frente de liberación de Venezuela que tenía guerrillas en ese país, las FALN (Fuerzas Armadas de Liberación Nacional), y por su intermediación al comandante venezolano Francisco Prada, quien había asistido a la Conferencia OLAS de movimientos revolucionarios, durante el año 1967 en La Habana. No pasó mucho tiempo antes de que les solicitara integrarme a su movimiento en Venezuela y que ellos me aceptaran. Desde ese momento todo giró alrededor de mi partida para ese país.

Carlos Rafael se había dado cuenta de que mis pensamientos se apartaban cada vez más de mis tareas en la Comisión de Colabora-

ción Económica y con la gentileza que lo caracterizaba me informó que no se podía “dar el lujo” de disponer de un economista teórico cuando tenía que resolver cuestiones prácticas y organizativas. Aproveché la oportunidad para decirle que ya tenía todo preparado para integrarme a las guerrillas venezolanas y que por tanto coincidíamos en nuestros propósitos e intereses. Me deseó suerte en mi siguiente aventura.

Estaba casado con una mujer que ya estaba encinta pero que no me necesitaba para mantenerse ella y a mi hija Carla. Vivíamos en el apartamento de sus padres, ubicado en el mismo edificio en que habitaba Raúl Castro. Ella había trabajado directamente bajo sus órdenes en la recopilación de documentos y materiales del Segundo Frente Oriental, abierto por Raúl durante la guerra, y por eso se le asignó un apartamento en el edificio en donde realizaba esa tarea, que cumplía simultáneamente con la de secretaria del jefe del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas Revolucionarias. Por mi parte había convencido a la americana de regresar a su país sin su hija, y por lo tanto había recuperado mi apartamento, el cual puse a disposición de mi nueva esposa.

Y llegó el día de la partida. Mi ruta me llevaría hasta Quebec en un mercante ruso, de ahí iría en avión hasta París, luego seguiría en tren hasta Milano, en donde debía encontrarme con los camaradas venezolanos que me acompañarían en el viaje hasta Venezuela.

Mi esposa me regaló un reloj Omega de mujer, para que lo cambiara por uno de hombre que resistiera la vida al aire libre, y una pistola Colt 38; me acompañó hasta el barco y con enorme tristeza la miré marcharse caminando lentamente por el muelle...

## GUERRILLERO EN VENEZUELA Y PREÁMBULO EN TRINIDAD

Otra vez, y con mayor razón en este caso, para ir hacia el sur, a no más de 2.000 kilómetros de distancia, hubo que ir hacia el norte, en un periplo en el cual para nosotros la puerta de América del Sur estaba en Europa, y mi itinerario empezaba por Canadá.

La travesía hasta Quebec duró una semana y se desarrolló sin incidencias. Como éramos muy pocos pasajeros el capitán nos invitaba a su mesa para almorzar y cenar. Me acompañaban dos estadounidenses que conocía, una de ellas madre de una joven bailarina que practicaba “barra” todos los días en la barandilla del barco. Años después la volví a encontrar transformada en una bellísima mujer con unas piernas portentosas y el tema de la conversación, promovido por ella, fue si las gringas eran buenas en la cama. El asunto solo fue tratado teóricamente. Típico caso de tema adecuado en circunstancias inadecuadas.

En Quebec, primer “shock” con la realidad capitalista desarrollada. Entré a un hotel de lujo y al ir al baño me encontré con la sorpresa de que ¡había que introducir una moneda para que se abriera la puerta del inodoro! Por suerte, horas después tomé el avión de Air France para París, en donde me recibió el muy buen amigo Francois Masperó, quien me llevó a su apartamento en la rue des Archives. La esposa de Masperó, Franchita, de origen español, fue quien tradujo del español al francés secretamente en Cuba el Diario del Che en Bolivia, que fue lanzado simultáneamente en varios

países. Francois también había editado en francés mi libro sobre la estructura de clases en América Latina y había cedido los derechos a una editorial italiana que lo publicó, por lo cual nos reíamos al pensar qué habría quedado del original después de que el libro había pasado del español al francés y del francés al italiano.

En París tomé el tren nocturno, que a eso de las ocho de la mañana siguiente me dejó en Milano. Ahí me atendió nada menos que uno de los hermanos Pirelli, los de la fábrica de neumáticos, a quien había conocido en La Habana por intermedio de mis amigos venezolanos. Me llevó a un exquisito apartamento decorado con un excelente gusto, todo para mí, y fui atendido directamente por un joven mecánico italiano al que cuando miré tuve que decirle: “¡No vayas nunca a Cuba!”. Era la reencarnación de Camilo Cienfuegos en cuerpo, cara y barba. Pero a diferencia de Camilo, era algo alocado: uno de los golpes que había propuesto a su organización era nada menos que en ¡incendiar la Escala de Milán! Por su parte Pirelli logró cambiar el Omega de mujer que me había regalado mi esposa por un buen reloj pulsera de hombre a prueba de intemperie.

En Milano me reencontré con Francisco Prada, Gaspar Rojo, “El Cabito” Julio Chirino, y el arquitecto Fruto Vivas, todos venezolanos que también venían de Cuba, pero por otra vía, y que regresaban a su país para reintegrarse a la lucha revolucionaria.

El itinerario del viaje a Venezuela incluía ir de Milano a Londres y de ahí a Barbados, en donde se ajustaría la última etapa del viaje. Todo esto porque en esa isla vivía la hermana de una de las integrantes de las FALN que estaba casada con un inglés. Este matrimonio nos alojó en su espléndida casa. La pareja tenía una hija de unos 16 o 17 años, que me enfiló rápidamente los cañones y me

obligó a realizar otra vez mi acto de gay, de impotente o simplemente de imbécil. ¡No estábamos para ese tipo de aventuras en medio de la otra aventura de introducirnos en Venezuela!

Estuvimos unos días en ese paraíso que es Barbados y después un nuevo salto aéreo hasta Puerto España y Trinidad y Tobago, durante el cual Gaspar Rojo se encargó de pasar mi pistola Colt 38 por la aduana, pues no me sentía muy seguro como para hacerlo yo mismo. En este nuevo país, nuestro “hombre” era un chino que tenía una pequeña tienda. Nos consiguió un modesto local con baño en el cual todos nos alojamos. Allí empezamos a esperar un contacto con Venezuela para emprender la última etapa del viaje. Como es sabido, Trinidad y Tobago esta solamente a unas cuantas decenas de millas de Venezuela, frente a la desembocadura del río Orinoco. Por consiguiente la última etapa sería una infiltración por mar. En efecto, el chino nos puso en contacto con unos contrabandistas que estaban dispuestos a llevarnos e introducirnos por uno de los tantos caños por donde desemboca ese monstruo que el Orinoco. Así fue como una mañana fuimos en automóvil hasta la costa sur de Trinidad y nos embarcamos en una lancha de madera de unos 20 pies con un buen y único motor fuera de borda. Ya en medio del mar me di cuenta de que no llevamos agua fresca a bordo y le pregunté a uno de los contrabandistas cómo podía conseguirla. Me contestó con una pregunta: “¿Quieres beber agua?”. Y entonces metió una güira en el mar que me pasó para que bebiera. ¡Era agua dulce! Fue cuando me di cuenta de que todo ese “mar” era el agua del Orinoco que llegaba hasta Trinidad.

Después de algunas horas de navegación, llegamos frente a la desembocadura de uno de los caños del Orinoco a una plataforma de madera sobre la cual habían construido una casa rústica. Nos

recibió un individuo que nos reabasteció de gasolina y nos dio de comer. Ahí vi por única vez la espada llena de dientes por los bordes de ese pez pariente de los tiburones.

Reemprendimos la navegación y entramos en un enorme caño de no menos de doscientos metros de ancho y nos tropezamos con un indio vestido apenas con un taparrabo, pintado y con plumas, como salido de un documental del Discovery Chanel, quien nos ofreció pájaros exóticos para la venta, oferta que declinamos sin acercarnos. No estábamos para adquirir “souvenirs”.

Cayó la noche y se acabó la gasolina. A remar todo el resto de la noche hasta que encontramos una casa al borde del río en la cual conseguimos combustible y nos prepararon algo de comer: una arepa de trigo, que no es más que la galleta campesina de Chile. El viaje siguió hasta la segunda noche cuando hicimos alto en otra casa, al parecer de gente amiga, que nos informó que el ejército nos estaba esperando en Tucupita, final de nuestro viaje. En medio de la Amazonía venezolana no había otra opción que regresar a Trinidad y Tobago por la misma vía. Y así lo hicimos durante la tercera noche, con la angustia de tener que pasar a oscuras y en total silencio a unos 50 metros de un patrullero fluvial de la Marina venezolana, pero por suerte no notaron nuestra presencia.

Nuevamente en una playa de Trinidad. Uno de los contrabandistas fue a buscar un taxi y en él emprendimos el viaje a Puerto España, con tan mala suerte que nos cruzamos con un vehículo de la policía. Después de pasarlo, Gaspar dio la orden de parar y de que todos saliéramos del taxi y nos introdujéramos en la maleza que rodeaba la carretera. Recuerdo que salí del auto, tomé mi maleta y corrí cuesta abajo y de repente sentí un fortísimo dolor en el brazo que no me impidió seguir corriendo. Había sido picado por

una avispa de las que en Cuba llaman “mata caballo”. El dolor es equivalente a una descarga eléctrica que medio paraliza el brazo.

Finalmente nos reunimos en un claro del bosque adonde no llegaron los policías que, quizás, ni nos persiguieron. ¡Estábamos “enguerrillados” en Trinidad y Tobago sin beberla ni comerla! Al cabo de un tiempo se acordó que alguien bajara hasta el pueblo más cercano e hiciera contacto con la organización de contrabandistas. Fui elegido para esa misión porque no solamente tenía un pasaporte francés en regla sino porque además hablaba inglés, idioma oficial de ese país. Me acompañó uno de los contrabandistas, un negro enorme y más grande que yo, que debía dirigirme. Nunca he visto un hombre con más miedo que ese trinitario, pero en la medida en que íbamos llegando a “territorio civilizado” fue transformando su miedo en guapería y al llegar a la casa de un contacto ya era un oso lo que caminaba a mi lado.

Una vez hecho el contacto, un automóvil me llevó hasta donde había dejado a mis compañeros. Después de encontrarme con ellos (“El Cabito” me había dado todas las señas para que me orientara y no me perdiera) ¡fui simbólicamente “ascendido” a oficial! Todos regresamos a Puerto España a la casa que nos había conseguido el chino.

Se decidió que yo volara solo, directamente a Caracas, para que hiciera contacto con las FALN y explicara la situación a efectos de que se preparara una operación para que pudieran regresar a la patria.

Entré a Caracas por el aeropuerto de Maiquetía como un turista francés. Subí hasta Caracas y mediante un número de teléfono que se me había dado contacté a la mujer de Francisco Prada, con quien me entrevisté en la universidad. Explicué la situación y me llevaron a una casa de donde debí salir al día siguiente porque el

mari-novio de mi anfitriona puso el grito en el cielo. Se hizo cargo de mí la “Catira”, una atractiva y joven médica que me llevó a Maracay a una casa llena de muchachas jóvenes con quienes no tardé en establecer excelentes relaciones y que pertenecía a una abogada enormemente gorda, y muy inteligente.

Esperé durante al menos dos semanas. Un día en un carro Mustang del 67 de la abogada, fui a visitar una casa que tenía en la playa. Durante el viaje a la costa me detuvo una patrulla de la Guardia Nacional y cuando me preguntaron el número de la chapa yo, como no lo sabía, hice amago de salir del auto para leerlo, pero el joven soldado me lo impidió diciendo que no me molestara ya que él lo haría. Me di cuenta de que el automóvil y mi buena ropa eran distintivos de un “caballero adinerado” y que el soldadito estaba para servirnos a “nosotros”, los pudientes y, es verdad, ¡todo ejército está al servicio de las clases dominantes!

Encontré la casa y allí conocí a un mulato que me atendió. Salimos a hacer pesca submarina, él en una lanchita a motor y yo en el agua. Esa fue la única vez que un tiburón, de unos buenos tres metros de largo, quiso probar mi sabor. El escualo, después de unos cuantos intentos, dio una vuelta demasiado amplia que aproveché para subir a la lancha con una agilidad que me habría valido una medalla en una olimpiada.

Un día me dijeron que me alistara porque esa noche subiría a las montañas. Al recordar lo que Che había escrito nueve años atrás, me hice de un mantel de nailon para que me sirviera de tienda de campaña, pero cometí el error de no adquirir una hamaca, cosa que habría de lamentar durante varios días. Llegó la noche y un auto me recogió en casa de la abogada; tuve la impresión de que tomamos la carretera que va a la costa y que yo, ya conocía.

Pasé bordeando abruptas colinas y precisamente en uno de esos puntos se detuvo el auto. Unas sombras salieron de la maleza, me dijeron que me bajara y que empezara a subir loma arriba. Y así, como en un cambio instantáneo de escenas cinematográficas, dejé el confort del auto y de todo lo que con él se vinculaba e inmediatamente después estaba gateando por una colina empinada, agarrándome de cuanta mata podía. Subí, subí y subí, hasta que el corazón quería salirse por la boca. Tuve que detenerme para coger aire y mis acompañantes me esperaron. Me recomendaron moverme lentamente, consejo que no había que darme porque eso era lo que hacía, hasta que finalmente llegamos al firme de la loma en donde nos detuvimos.

Fui presentado a un hombre joven, muy cortés, que era Freddy Carqués, quien con 5° año de medicina había elegido la vía de la guerrilla y era el jefe de la columna a la cual me acababa de integrar. Se estableció el campamento para pasar la noche, y en ese momento me di cuenta de que ese no era un ejército en donde la intendencia te apertrechaba de todo así que tuve que acostarme en la tierra sobre el mantel de nailon que había llevado conmigo. Estaba en el trópico pero quien no haya estado ahí no se imagina el frío que hay por la noche en esas montañas y que tuve que soportar durante unos cuantos días. No recuerdo exactamente cuándo ni dónde me empaté con un par de botas militares, con un pantalón y una camisa de gruesa tela de uniforme, pero de color azul, discreto como el verde oliva y que no se destaca en la selva montañosa, todo lo cual cabía en una mochila rústica, y también una canana con una cantimplora de aluminio y su taza del mismo metal. Ah, y, muy importante, una cuchara de postre porque es la que cabe dentro de una lata cilíndrica de sardinas, que vendría a ser nuestra fuente principal de proteína animal. Me entregaron, además, más bien por error, una subametrallado-

ra del tipo de la inglesa Stern que tanto había visto en manos de los “maquis” franceses.

Lo cierto es que pasaron varios días antes de que consiguiera, no recuerdo cómo, una hamaca de nailon, un “chinchorro” como le dicen en Venezuela, y una colcha delgada, con lo cual se acabó el inaguantable frío nocturno que sentía pegado a la tierra, y que entonces se convirtió en frío tolerable. Después me cambiaron la subametralladora por un fusil belga de cerrojo Máuser, con su dotación de balas. Dicho sea de paso, ese fusil es una arma tremenda no solamente por el alcance de sus proyectiles, sino también por el ruido que mete cuando se dispara, aspecto relevante porque en un combate los proyectiles no se ven pero el ruido si se escucha. Esta característica me la revelo un guerrillero veterano cuando hice este “inteligente” comentario: como en la selva la visión no supera los 20 o 30 metros, para qué llevar armas pesadas cuando a esa distancia eran efectivos los proyectiles 9 milímetros que disparan las subametralladoras más livianas. Su respuesta fue que con estas nadie me respetaría, porque lo que impresiona es el ruido y no las balas, que no se ven. Con el tiempo “ascendí” de fusil de cerrojo a una carabina M2, el arma favorita del Che, mucho más liviana y con una dotación de unas doscientas balas.

La mañana siguiente a mi incorporación me di cuenta de que yo era el hombre más lento de la columna. Simplemente no podía seguir el paso de los demás. Y empecé a inquietarme al darme cuenta que Freddy Carqués, el jefe, ordenaba descansos demasiado seguidos y demasiado largos por mi culpa. Me imagino que lo que pensaban mis compañeros sería lo que en la jerga que nos ha proporcionado la contaminación cinematográfica yanqui se expresa diciendo ¡fucking chilean! Pero no hubo una sola palabra de reproche ni solicitudes para que apurara mi marcha.

A los dos o tres días hubo acción. Se produjo un ataque a una alcabala de la Guardia Nacional, en el cual no participé y en el cual murió un guardia. Emprendimos la retirada lo más rápidamente posible y entonces yo me volví un “ancla de arrastre” para la columna. Durante un descanso le dije a Freddy, completamente extenuado, que me dejara con una pistola y que siguieran sin mí. Freddy le quitó dramatismo a la situación al darme una barra de chocolate e instarme a proseguir la marcha a mi ritmo. Se superó la situación y seguí en la columna.

Las primeras noches en un campamento guerrillero eran toda una experiencia, sobre todo a la hora en que la naturaleza obligaba a cumplir con ciertas necesidades. Para empezar, la oscuridad en la selva es absoluta, total. Cuando en susurros uno le comunicaba a un compañero experimentado que debía ir a hacer sus necesidades, este indicaba la dirección hacia la que se debía caminar, a no menos de 10 metros. Después de hacer un hueco, defecar y tapan el hueco, ¿cómo regresar al campamento y a su hamaca? Totalmente perdido en la oscuridad absoluta de la noche en la selva, el novato empezaba a pedir socorro en voz baja hasta que un veterano iba a buscarlo para llevarlo a su lugar. Al poco tiempo se aprendían los trucos del oficio y entonces le tocaba al que fue novato rescatar a otro cuando se perdía a pocos metros del campamento.

Días después se organizó una patrulla de exploración de una zona en la cual se operaría en el futuro, y me incluyeron para que ganara algo de resistencia. Fue una excelente idea.

Fueron días de marcha sin cesar, salvo por las paradas para descansar, almorzar una taza militar de arroz, media lata de sardinas en aceite, la proteína más barata en la Venezuela de esa época, y un buche de agua de la cantimplora, que podíamos llenar cuando

encontrábamos agua, cualquier agua, en cualquier condición y de cualquier color.

Por las noches acampábamos. Cuando encontrábamos vegetación densa, dábamos un salto dentro de la maleza, borrábamos nuestras huellas, caminábamos unos 100 metros y en el primer claro que encontráramos establecíamos el campamento y prendíamos fuego. Tuve que aprender a cocinar arroz y también espaguetis, que preparábamos en una olla que por turnos llevábamos en nuestro equipaje. ¿Por qué estos productos? Porque el arroz al cocinarse con bastante agua “crece” cuatro veces y los espaguetis dos, y el objetivo era llenar la barriga en la mayor medida posible. La cena consistía en una taza de arroz, media lata de sardinas, más un buche de agua. Sinceramente recomiendo esta dieta a quienes quieran bajar rápidamente de peso sin caer en la anorexia.

Gracias a la invención del transistor unos diez años antes, disponíamos de un radio portátil a pilas con el cual escuchábamos los programas preferidos cuando nos tocaba el turno. Algunos seleccionaban las emisoras colombianas por la música. En mi caso, escuchaba Radio Habana Cuba, mi radio, y así oía la voz de compañeros locutores que había conocido cuando fui circunstancialmente uno de ellos.

Recuerdo vívidamente que durante ese patrullaje, al tratar de subir una loma escarpada, llegué a un estado de agotamiento casi total. Entonces vino a mi memoria la famosa frase de Raúl Castro: “Siempre se puede más”. Y pensé que debía dar un paso adicional, cosa que hice. Al lograr este objetivo pensé: “He vuelto a la situación anterior, ¿por qué no dar otro paso?”. Di un nuevo paso y después otro, bajo el mismo principio de que siempre se puede más, y llegué a la cima de la loma. Como soy un “intelectual”, recordé a Arquímedes, quien concibió el cálculo integral sobre

la base de descomponer el todo en sus elementos más pequeños posibles. ¿Guerrillero mediocre e intelectual o me estaba transformando, convirtiéndome en otro yo? Creo que simplemente estaba descubriendo lo que permite la fuerza de voluntad cuando hay un mínimo de vergüenza, porque fui yo quien les pidió a los venezolanos que me aceptaran en la guerrilla. ¡Nadie me forzó a hacerlo!

La exploración se llevó a cabo sin incidentes y regresamos a la columna principal que después se dividió en dos. Me integré a un pequeño grupo de ocho que estaba al mando de “El Cabito”, cuyo objetivo era ir desde el estado Yaracuy hasta Falcón, provincias contiguas pero grandes, e integrarnos a otra columna que operaba el último estado.

Pero antes de separarnos llegó la Navidad. Debido a un robo exitoso de un camión de valores, el movimiento tenía dinero, y por eso una noche nos acercamos a una carretera, momento en el que, dicho sea de paso, descubrí el hedor a combustible quemado que emana de ellas. Estando allí llegó un vehículo que descargó todo tipo de provisiones, cigarrillos incluidos, por lo que pasamos una Navidad por todo lo alto llenándonos la barriga de golosinas.

Nos aprovisionamos de alimentos para infantes enlatados y azúcar, con los cuales preparamos una mezcla que llamábamos “polvo” y nos tocó una ración de unos 5 kilos a cada uno. Ese polvo con agua era nuestro alimento de día ya que no había que cocinarlo. Además, cada uno recibió una lata de leche condensada que era nuestra reserva para casos de emergencia. Algunos de los más jóvenes no resistían la tentación por la noche de chupar un poco de leche condensada después de hacerle un agujero a la lata o de “cucharear” en el saco en el cual guardábamos el famoso polvo.

Empezó una larga caminata de la cual recuerdo el hambre (particularmente durante tres días en los que únicamente pudimos beber el agua que llevábamos en la cantimplora y en una botella de 750 mililitros), la sed y desde luego el cansancio. Durante el viaje los menús contaron con carne de animales “exóticos” tales como gavilán, mono, tortuga morrocoy, pavas y paujies, que constituían exquisitas variedades que sumábamos al arroz con media lata de sardinas. Matar y descuartizar a un mono es lo más parecido a cometer un infanticidio.

A veces, en los “conucos” de campesinos que viven separados unos de otros por kilómetros y kilómetros de selva, encontrábamos plátanos, que debíamos cocinar verdes y que de la misma manera en que entraban por la boca al poco tiempo salían por el ano. Únicamente los más veteranos eran capaces de guardarlos en la mochila durante algún tiempo hasta que maduraban y se volvían dulces.

Como yo había sido pescador submarino y buzo aficionado, mi rol más destacado en la columna era ser el primero en atravesar un río o un torrente de montaña para encontrar un lugar por donde vadearlo. La primera ocasión en la que tuve que demostrar mi experiencia en dicha materia fue durante el cruce de un río que tenía no menos de 100 metros de orilla a orilla, pero mi debut no pudo haber sido más torpe: me desnudé y entré al río, que no era muy hondo, pero cuando iba más o menos por la mitad miré hacia la derecha y en un banco de arena vi a un hermoso cocodrilo que al divisarme se sumergió de inmediato en el agua. Mi reacción fue instintiva: me cubrí testículos y pene con ambas manos como protección, pero al parecer el cocodrilo tuvo tanto miedo como yo, pues llegué a la otra orilla y regresé sin que nos encontráramos.

En las películas gringas los exploradores van precedidos por nativos que se abren paso, machete en mano, cortando arbustos a diestra y siniestra. Bueno, todo eso es pura película. En la guerrilla, por lo menos en la venezolana, se evitaba al máximo machetear. Como los campesinos viven en casas separadas unas de otras por kilómetros de selva y alejadas del pueblo más cercano, abren senderos machete en mano, lo que llaman una “pica”, la que conservan durante años. Cada campesino conoce sus picas y las de sus “vecinos”. Por lo tanto, abrir una pica adicional era como dejarles a los campesinos de la zona una tarjeta que dice: “Por aquí pasaron hace tanto tiempo unas personas que no son de la región”. Conclusión: machetear selva estaba absolutamente prohibido. ¡Pero hay más!

Los campesinos de Aragua, Yaracuy, Falcón y muchos estados más calzaban alpargatas. Quienes calzan botas son los militares. Por eso, los guerrilleros (que utilizaban botas militares cuando podían) no dejaban huellas al caminar, y para que no hubiera dudas, el último de la retaguardia (se caminaba en fila india) llevaba amarradas a su canana dos ramas con las que borraba los rastros que hubieran podido quedar. Dejar huellas constituía otra “tarjeta de visita” perfectamente legible para un campesino de la zona. Y el ejército siempre interroga a los campesinos para recabar información sobre “personas extrañas”.

A poco tiempo, el guerrillero novato había aprendido los trucos del oficio, entre otros cocinar y encender fuego hasta cuando llovía. Saber cocinar arroz, espaguetis y arepas fritas o asadas sobre las brasas eran un must, como dice Cartier. Yo me convertí en un especialista culinario y sacaba hasta ocho porciones de una tortuga morrocoy. “Tortue morrocoy avec son riz, entourée de moustiques”, bien podría ser el nombre francés de una comida sofisticada

en París, ya sea en La Tour d' Argent o en el Fouquet, en donde seguramente ¡costaría mucho dinero!

A nadie le recomiendo comerse un mono y lo digo por experiencia. Tal era el hambre uno de esos días, que le disparamos a un mono gris que cayó a tierra agonizante. Como era mi turno en la cocina, tuve que encarar su preparación, pero cuando miré a ese pariente mío en el suelo en vías de expirar, la impresión que tuve fue la de que era un niño, por su tamaño, sus manos como las nuestras y sus pies. Rápidamente le corté la cabeza, las manos y los pies, y entonces, menos impresionado, imaginaba que lo que tenía entre las manos era una especie de conejo grande. Su carne asada es lo más parecido a comerse un pedazo de neumático Michelin. En cambio, la carne de cocodrilo es casi un manjar, tal parece que uno se está comiendo un pollo gigante. Y ya que estamos en el campo de la gastronomía, tampoco recomiendo la carne de gavilán y mucho menos la de los armadillos, de los que se dice que están llenos de parásitos.

Pasar cerca de la casa de un campesino cuando resultaba imposible de esquivar exigía una meticulosa preparación previa bajo la exhaustiva inspección de "El Cabito". Había que cerciorarse que no se produciría ningún ruido metálico, que en medio de la selva se oye como si fueran campanas. Los ladridos de los perros eran inevitables, pero, por suerte, había otras razones que podían explicarlos.

En la guerrilla venezolana había un personaje destacado, omnipresente, mañana, tarde y noche: el mosquito. Por su forma de picar (sube sus patas traseras) y por unas manchas blancas se puede identificar al tristemente famoso *Aedes aegypti*, transmisor de la fiebre amarilla y del dengue. Cuando nos quedábamos varios días en un mismo lugar, el tamaño de esos mosquitos crecía de día en día hasta alcanzar una envergadura tal que aplastados cubrían una

moneda de 25 centavos. Por suerte cuando subí al monte llevaba puesta una camiseta de nailon tejida, que era como un mosquitero con el cual me podía tapar la cara. Escuchaba el vuelo de esos insectos, pero no podían picarme. Situación diametralmente opuesta a la que confrontó un turista italiano en Cuba que exclamó: “¡Chúpame toda la sangre, pero no me cantes la canción!”.

Otro factor destacado en la vida guerrillera es la sed, pues el agua escasea pese a que siempre se está rodeado de una vegetación frondosa. Follaje verde por todas partes que uno sabe está lleno de líquido, pero al mismo tiempo, se padece de una sed que apenas se mitiga bebiendo solo “buchitos” de la cantimplora para que alcance hasta que se pueda volver a llenar. Gracias al conocimiento de los veteranos sobre el terreno, podía encontrarse agua en manantiales y pequeños ríos. Pero hasta que eso sucedía, el consumo debía limitarse a lo que uno llevaba en la cantimplora militar. De los famosos tallos que sueltan agua al cortarlos, no había ni que pensarlos, porque era otra forma de dejar de manera muy visible otra tarjeta de visita.

No debo olvidar las serpientes que gozan de tan mala fama. Son relativamente abundantes, pero los encuentros son fortuitos y siempre se producían porque el guerrillero se les acercaba involuntariamente. La más abundante es la mapanare, que mide entre 2 y 3 metros de largo y es muy venenosa. Debo confesar que cuando aparecía una serpiente, y al grito de “¡una mapanare!”, los guerrilleros de origen campesino rápidamente se hacían de un largo palo y al poco rato la serpiente estaba reducida a un potencial alimento proteínico. Me contaron que en una ocasión uno de los integrantes de la columna, de origen yaracuyano, fue mordido por una mapanare y como no tenían suero antiofídico pararon la marcha y acamparon para que él se acostara. Sus compañeros lo rodearon

en espera de lo peor y lo que aconteció fue que se recuperó y al siguiente día prosiguieron la marcha.

Pequeña, de unos 30 a 40 centímetros de largo, con anillos rojos y crema, la serpiente coral es letal. Pero es muy chica y difícil de detectar. A una de estas le pasó por encima uno que iba delante de mí en la columna y la aplastó sin darse cuenta; cuando yo llegué al lugar, la pobre coral se retorció en su agonía. Dicho sea de paso, yo cargaba en mi mochila el suero antiofídico junto con las demás medicinas.

Después de una pequeña odisea, y gracias a los conocimientos de “El Cabito”, nos encontramos finalmente con la columna guerrillera que comandaba el famoso comandante “Magolla”, Elegido Sibada, joven campesino yaracuyano de fuerte constitución y carácter alegre y campechano. La columna estaba compuesta por veteranos a los que recuerdo con cariño como Renán, “Choropo”, “Cara ‘e Vieja” y “El Camarita”, y otros cuyos nombres ya no me vienen a la memoria.

Se nos unieron algunos compañeros que habían actuado en las ciudades y que fueron trasladados a una columna guerrillera porque estaban muy “quemados”. Eran hombres de acción con impresionantes antecedentes por sus desempeños en el llano. No obstante, a los pocos días ya podía apreciarse que no eran capaces de aguantar las condiciones de la vida guerrillera. Recuerdo que una noche en la que tuvimos que pernoctar en una isla en medio de un enorme pantano, uno de ellos, con la mirada extraviada y cubierto con un impermeable, prácticamente se metió dentro de la hoguera para huir de los mosquitos. Hubo que bajarlo nuevamente a la ciudad.

Ya en Falcón, bajamos de las montañas hacia una zona muy particular, cercana a la ciudad de Coro. Había charcos que queda-

ban de la época de las lluvias, muchas tunas espinosas y una abundante población de venados, jabalíes o pécaris, a los que denominan en esa zona báquiros, y tortugas morrocoy. Además, habitaban en aquel paraje reses casi salvajes. Era el paraíso de las garrapatas, en especial de las pequeñas de color rojo, que permanecen en las matas al acecho de algún animal al cual agarrarse para desarrollar en ellos su corta vida. Recuerdo que durante una marcha de repente vi mi pantalón cubierto por una mancha roja compuesta por algunos cientos de estos insectos, que me quité con un cuchillo. Al caer la noche teníamos 20 o 30 garrapatas en el cuerpo: debajo del cinto, en las piernas, las axilas, el cuello. La cura estaba en un pomo que contenía una hoja de tabaco y agua. Nos desnudábamos al lado de la fogata y nos frotábamos todo el cuerpo con esa agua color café aguado. A los cinco minutos no quedaba garrapata viva y podíamos dormir. Nuestro baño nocturno “garrapaticida” parecía una ceremonia pagana de algún pueblo primitivo mientras ejecutaba un ritual religioso ante el fuego. Cuando volvíamos a subir a las montañas con sus frondosos árboles y helechos, desaparecían las garrapatas. Solo los mosquitos nos acompañaban siempre.

Para los fumadores como yo, la falta de cigarrillos era doblemente dolorosa. Por una parte el cuerpo nos reclamaba nicotina pero, además, el cigarrillo ayudaba a matar el hambre. Por mucho que alargáramos el consumo del último suministro, era más el tiempo que estábamos sin cigarros.

A veces, buscando información y, sobre todo, comida, llegábamos a la casa de algún campesino que vivía aislado. La relación era muy formal, como si estuviéramos de visita. Nos comportábamos con la mayor corrección y pagábamos todo lo que consumíamos pese a las protestas del dueño de casa que quería obsequiarnos. ¿Qué iba

a hacer un solo hombre contra ocho o más individuos armados? Desde luego que al despedirnos le recomendábamos que no se fuera de la lengua con el ejército, aunque sin mucha convicción de que cumpliera nuestra sugerencia.

Después de uno de esos contactos en el que no estuve presente, Renán me preguntó qué era bueno para la fiebre. Le contesté que dependía de qué la provocaba y le mencioné dos o tres hipotéticas causas. Entonces Renán me dijo: “Tú vas a ser el médico”. “¿De qué me estás hablando?”, le dije. Entonces me explicó que estábamos en una región desconocida y que necesitábamos la ayuda de un campesino de la zona para salir de ella, pero la hija pequeña del hombre estaba enferma y yo debía curarla para que el padre colaborara con nosotros. ¡Y me convertí en médico! Así, escoltado por el “Camarita” y otro más, partí hacia la casa y al llegar fui presentado como médico a la madre de la niña. Ella tendría unos seis o siete años, la edad de mi hija Carla, y estaba acostada con fiebre y con un malestar intestinal. Yo tenía pastillas de tetraciclina que “La Catira” me había dado antes de subir por si acaso tenía algún ataque de sinusitis, lo que nunca sucedió, supongo que por estar continuamente respirando un aire sin contaminación alguna. Con el temor de que la tetraciclina pudiera provocar efectos secundarios, como la penicilina para ciertas personas, le di tres grajeas a la madre y le dije que la observara después de darle la primera y que si no había ninguna reacción adversa le diera las demás cada ocho horas. Terminada la consulta médica, “Camarita”, quien además de ser un veterano había sido Guardia Rural, le preguntó a la madre: “¿Y aquí no se come?”. Y la mujer inmediatamente empezó a prepararnos una sopa de gallina. Después de comer me tocó hacer la guardia y en eso llegó el padre, a quien la esposa le había informado que había ido “un médico” a tratar a la hija. El hombre subió hasta donde yo estaba, me salu-

dó y empezó a darme todas las informaciones que tenía sobre el ejército en la zona.

Al día siguiente partimos guiados por el hijo mayor del campesino, que iba ataviado como cazador con un morral y una vieja escopeta. Al pasar por la casa vi a mi “paciente” jugando y me saludó alegremente cuando me vio.

Fui por algunas horas “médico” en nuestra América del Sur profunda, donde no hay médicos ni medicinas, y donde los niños, así como los mayores, mueren por una implacable selección natural como los animales salvajes. Por eso creo comprender la significación que tiene la presencia de miles de médicos cubanos hoy en día en lo más profundo de la geografía de países de América Latina, de África y de Asia. Por unas horas fui considerado como la mano derecha de Dios, con el poder de mantener la vida y de vencer a la muerte.

Francisco Prada se nos unió durante una temporada. Me informó que la noticia de mi participación en la guerrilla venezolana se la habían dado a la revista chilena Punto Final, que fue creada como una de las acciones preparatorias de la ida del Che a Bolivia y que se había mantenido después de su muerte como la revista de la izquierda no controlada por el Partido Comunista de Chile. Efectivamente, me entregó un ejemplar en el cual, además de la noticia, yo aparecía en una foto con una carabina M2. “El Cabito” me dijo: “Ahora ya estás quemado”.

A esa altura de mi estadía en la guerrilla, ya me había dado cuenta de que algo había pasado en las relaciones de los cubanos con el FNL-FALN. Cuando contacté a los venezolanos en La Habana, estaba todavía bajo la influencia de unas declaraciones de Fidel, en las cuales comparaba la negativa de Douglas Bravo, jefe del

FNL-FALN, de dismantelar la guerrilla, siguiendo el cambio de línea política del Partido Comunista venezolano, con la actitud del mayor general Antonio Maceo, en Baraguá, cuando no aceptó el fin de la primera guerra por la independencia de Cuba y decidió seguir luchando durante lo que se denominó la “Guerra Chiquita”. Yo había leído también un reportaje que tenía fotos de Douglas Bravo y de Luben Petkoff en los montes venezolanos, este último con un fusil automático soviético AK de culata plegable, que contenía todo un mensaje político. ¿Qué había sucedido?

Cuba apoyó desde el inicio a las guerrillas venezolanas, primero bajo la dirección del Partido Comunista de Venezuela. Pero surgió otro movimiento en ese país, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR, que nació de la separación de un grupo de Acción Democrática y que era otra alternativa de izquierda también independiente del Partido Comunista. Cuba apoyó a ambos movimientos con la esperanza, pienso yo, de que en medio de la lucha llegarían a unirse. Ya no es un secreto que Cuba preparó guerrilleros venezolanos y además envió a cubanos a luchar en ese país. Así, tanto el MIR como el FNL-FALN recibieron el apoyo de varios experimentados guerrilleros cubanos: el MIR en la región del Bachiller, que se encuentra al este de Caracas, y el FLN-FALN, en el occidente de Venezuela.

Hay que recordar la primera tesis del Che, en su Guerra de guerrillas, que era el eje de la concepción revolucionaria cubana de la época: “Las fuerzas populares pueden ganar una guerra contra el ejército”. Esto implica combates y más combates, hasta la derrota del enemigo. Pero las cosas habían cambiado entre los años 1956 y 1968. Los especialistas del Pentágono así como los de los ejércitos latinoamericanos habían leído y estudiado el libro del Che. Tal como él mismo me había dicho una vez, la única manera de

combatir a una guerrilla es con una contraguerrilla. Y eso era lo que los ejércitos americanos habían hecho: preparar unidades de élite que se adentraban en el monte y vivían y caminaban como los guerrilleros, con la gran diferencia de que tenían una excelente logística y el apoyo de helicópteros para así poder establecer en cuestión de horas un cerco táctico alrededor del sitio donde se hubiera producido un combate. En Venezuela esas unidades eran llamadas Cazadores. Había un gobierno salido de unas elecciones tras el derrocamiento de la dictadura del general Pérez Jiménez en enero de 1958 y, para rematar, no solo la izquierda estaba dividida sino que los comunistas habían desistido de la lucha armada. Y, last but not least, Venezuela era todavía el primer exportador de petróleo en el mundo.

Era obvio que la estrategia de Douglas Bravo no era ganarle la guerra al ejército de su país, como habían hecho los cubanos, sino utilizar la guerrilla como una muestra de decisión revolucionaria y tener un rol en el panorama político del país. Ante ese programa político ya no tenía sentido la permanencia de cubanos en los montes venezolanos, así que Cuba procedió a sacarlos del país.

No pretendo juzgar sino dar antecedentes para que cada uno saque sus propias conclusiones en espera de una buena investigación histórica sobre hechos del pasado que todavía gravitan en el presente de Venezuela que, como sabemos, ha superado con creces esa etapa histórica.

Pero para mí, la situación concreta era que se había producido una ruptura de relaciones entre el FNL-FALN y Cuba, y yo estaba en el medio. Empecé a darme cuenta de que entre mis amigos venezolanos yo era considerado como un enviado de Cuba para examinar la situación por dentro “en vivo y en directo”. Tiempo después,

habiendo regresado a Cuba, tuve la oportunidad de conocer a varios de esos guerrilleros cubanos que habían estado en Venezuela e intercambié con ellos relatos y experiencias. Hasta el día de hoy conservo la amistad de algunos de ellos.

Habiendo comprendido finalmente la situación de las relaciones de Cuba con el FNL-FALN y habiendo captado en la práctica la estrategia de Douglas Bravo, no me avergüenza decir que mis pensamientos empezaron a dirigirse hacia el regreso a Cuba. Ya sabía, por una carta de mi esposa, que era padre por segunda vez de otra niña: Carmen Rosa. Era yo el que ahora pensaba en “comida cubana, cama cubana”.

A todas estas, me había salido una herida con forma de verruga que no cicatrizaba. Consulté a Freddy Carqués y me dijo: “Una herida al aire libre cicatriza; si no lo ha hecho es que tienes leishmaniasis”. ¡P’ a su escopeta; la lepra del monte! Solamente a otra enfermedad endémica del trópico le teníamos más miedo y esa era el mal de Chagas, que hace que unos parásitos se te alojan nada menos que en el corazón. La enfermedad era producida por la picada de la “vinchuca”, que suele vivir en los techos de bohíos o cabañas con techos de hojas de palma. En cambio, la leishmaniasis es transmitida quién sabe por qué bicho que deposita los parásitos en la sangre.

Finalizando 1969, la dirección del FNL-FALN decidió que yo debía regresar a Cuba, presuntamente, creo, para que informara a las autoridades sobre las guerrillas y su interés por mantener las mejores relaciones con el Gobierno cubano. El momento fue bien elegido. Ya tenía el hígado lleno de parásitos. Estos se alojan en unos caracoles de agua dulce que contaminan ríos y charcos, así que los adquirí al beber agua.

Una noche me despedí de mis camaradas, no sin antes haber repartido todas mis pertenencias, incluso el reloj de Pirelli, y subí a una camioneta que emprendió la marcha hacia Valencia. Al pasar por una alcabala de la Guardia Rural y, pese a la advertencia del chofer, me dio por mirar a la cara a uno de los guardias, quien nos ordenó detenernos. Se acercó, nos miró, buscó evidentemente trazas de marihuana y nos dejó seguir. Llegamos a Valencia sin contratiempos adicionales. Me alojaron en la casa de una espectacular trigüeña, alta, de pelo negro y ojos verdes, con cara de devoradora de hombres, cuerpo provocador, madre de dos niñas y, algo muy importante... divorciada.

De inmediato me sentí enfermo: caminaba cien metros y quedaba agotado. Orinaba un líquido color Coca-cola. Llamaron a un médico que me atendió en la cama y al preguntarme si había bebido agua de ríos o charcos lo negué enfáticamente, al pensar que los callos que eran visibles en mis pies desnudos constituían un certificado de guerrillero o de campesino. El doctor no me contradijo y desde entonces no sé si lo que tuve fueron parásitos alojados en el hígado o una hepatitis.

Más de un año de contención sexual es soportable en la guerrilla por el lamentable estado físico en que uno se encuentra. Pero después de algunos días de buen comer y de haber superado los achaques de mi enfermedad, mis miradas se dirigían a la bella dueña de casa sin tapujo alguno. Ella no ocultaba su satisfacción al ver que su presencia iba despertando el deseo sexual en su huésped. En verdad, a todas las mujeres les gusta sentirse deseadas y amadas. Pero sucedió algo inesperado: se prendó de mí su prima, que empezó a visitar la casa todos los días y varias veces al día. Pero estaba casada. Who care?

Me contactó un compañero que había conocido en la guerrilla para preparar una acción en Valencia. Debía asaltar una tienda que despachaba balones de gas con una granada de mano tipo “piña” y amenazar con hacerla explotar si no me entregaban el dinero que había en caja. Después de estudiar el lugar, penetré en la tienda con mi granada en una bolsa de papel y lo primero que vi fue al dueño con su hijita de unos cinco o seis años. Cuando la miré, vi a mi hija Carla. Le dije al propietario que había entrado por error y me retire. Amenazar con una granada de verdad un lugar en donde había una niña me resultaba inconcebible. Descubrí así que yo no tenía agallas para terrorista.

Después de ese intento fallido me dejaron tranquilo y permanecí esperando el siguiente paso.

Un día vinieron a buscarme y me llevaron a una casa en el campo, en donde me dejaron en compañía de una mujer de unos 30 años, quien evidentemente iba a cuidarme de día y de noche, maniobra un poco burda que me puso en guardia. Además ella no era mi tipo, sobre todo cuando la comparaba con mi anterior anfitriona o con la prima. Después de varios días llegó sin anunciarse el mismísimo Douglas Bravo con su mujer y un pequeño entourage. No había duda alguna: yo iba a ser portador de un mensaje para Cuba.

Convivimos varios días durante los cuales Douglas Bravo, quien era un hombre simpático y educado, me fue exponiendo sus concepciones políticas. Lo que le entendí era que su estrategia consistía en lograr una insurrección popular con el apoyo de altos oficiales del ejército, que en ese país son de extracción popular, en virtud del carácter marcadamente insurreccional del pueblo venezolano. Evidentemente la guerrilla era una expresión de la actitud de una fuerza política, que por su presencia estaba en condiciones de par-

ticipar activamente en una eventual insurrección y de dirigirla, y repetir lo acontecido en enero de 1958, cuando la insurrección se aglutinó en torno a de la Junta Patriótica que presidía Fabricio Ojeda. Hoy en día me asombro cuando pienso que, en 1992, el teniente coronel Hugo Chávez trató de hacer lo mismo, y cuando siete años después ganó la Presidencia de Venezuela por votación popular, Douglas Bravo no estaba con él sino con la oposición.

Terminado el briefing, como se dice en los organismos de las Naciones Unidas, Douglas se marchó y yo fui llevado nuevamente a la casa de la espectacular venezolana. Ahí me contactó un viejo y encantador abogado que me devolvió mi pasaporte francés y me expresó que debía salir cuanto antes de Venezuela.

La bella venezolana y yo partimos para Caracas. Nos alojamos en una modesta casa en uno de los cerros que rodean la ciudad para esperar la mañana siguiente cuando debía tomar un avión que me llevaría a Trinidad y Tobago. Confieso que estaba sumamente tenso, particularmente cuando pasé inmigración y entregué mi pasaporte, que tenía un timbre de entrada de hacía más de un año. La bella venezolana me siguió con la mirada desde la reja del aeropuerto hasta que subí al avión que haría escala en Maturín. Durante todo el vuelo pensaba que las autoridades podían haberse dado cuenta de mi salida y que me estarían esperando al aterrizar, pero nada de eso sucedió. Cuando el avión abrió sus puertas en el aeropuerto de Puerto España, poco me faltó para que me pusiera de rodillas para besar la loza.

De ahí tomé un avión de Air France hasta Martinica, territorio francés, altamente incómodo para mí porque estaba plagado de excolonos argelinos. Me alojé en un pequeño hotel y llamé a mi amigo Francois Masperó, quien inmediatamente me consiguió un

pasaje para París. Y allí me recibió con grandes muestras de cariño y me llevó a un apartamento en la rive Gauche, propiedad de una bella, pero un poco avejentada francesa.

Mi primera acción fue ir hasta la antigua terminal aérea, situada al borde del Sena, y llamar a mi esposa en La Habana. Pudimos hablar. Se enteró de que estaba vivo y en París y le reiteré mi amor. Me comunicó que habría un pasaje de regreso para mí en Praga para que volara a casa en Cubana de Aviación. Al salir reconfortado y contento de la aerogare, caminé por el borde del Sena y tropecé con una francesita que había salido a pasear con un enorme perro pastor alemán al cual no le gusté y que hizo ademán de atacarme. Con calma me saqué la chaqueta que tenía puesta, me envolví con ella el antebrazo izquierdo y salté hacia el perro con la fría determinación de estrangularlo. Así sería la expresión de mi rostro que la francesita al mirarme salió corriendo con su precioso perro. La pobre nunca supo que acababa de tropezar con un animal salvaje de la selva venezolana.

Tuve que estar varios días en París, pues Cubana de Aviación salía semanalmente de Praga. Francois no pudo ser más atento. Él sin haberme preguntado sabía muy bien de dónde venía. Me pasaba largas horas en las oficinas de su editorial en la place Paul Painlevé, en uno de cuyos edificios vivía quien después sería un famoso director de cine, Costa Gavras, con su bella esposa Francoise, reportera que había ido a Bolivia para intentar establecer contacto con Regis Debray durante su prisión y a quien yo había conocido en La Habana. Un día me pidió que cuidara a su pequeño hijo de meses mientras salía a hacer alguna gestión. También conocí al escritor español Jorge Semprún, quien acababa de terminar el guión de la película El proceso, que transcurría en Checoslovaquia y que era una denuncia de los métodos de la burocracia política de un país

socialista, y sobre la cual me dijo que seguramente no sería vista en Cuba. Años después Semprún fue ministro de Cultura bajo el Gobierno de Felipe González, en España, y se convirtió en un fuerte crítico de una Revolución Cubana, que hizo lo posible para subsistir, y lo logró, después del derrumbe de la Unión Soviética y los países socialistas.

También tuve oportunidad de establecer contacto con la francesa viuda de Lobatón, un jefe guerrillero peruano muerto en la selva en 1964, que había conocido en La Habana y con quien establecí una grata amistad. Al enterarse de que tenía leishmaniasis me citó una tarde y me entregó dos cajas con diez ampollas de 10 cc cada una de Glucantime, única medicina que en aquella época curaba esa enfermedad. A ella le debo el que hoy no me quede traza alguna de la “lepra del monte”.

Finalmente llegó el día de mi partida hacia Praga, a donde llegué casi a la hora de la salida a La Habana del avión de Cubana de Aviación. Al entrar desesperado en el área de embarque me encontré con mi amigo Ernesto Meléndez, el embajador de Cuba, a quien le pedí ayuda para subir al avión. Yo pesaba 146 libras y mi rostro delataba claramente a lo que me había estado dedicando. Ernesto me miró con compasión cuando me dijo que el avión estaba lleno y ya estaba despegando. Llamó a su chofer y le dijo: “Llévalo al Hotel Internacional y que se quede ahí hasta la semana próxima, y que pongan sus gastos en mi cuenta”. Fue un momento de mucha tristeza para mí y el inicio de una estadía de diez días en Praga, ciudad a la cual no le presté atención por mi estado de ánimo, y por eso no me di cuenta de cuán bella era. Fueron diez días porque a la semana regular de espera hubo que agregarle tres días por una fuerte nevada que paralizó el aeropuerto.

Poco a poco se fueron concentrando en el Hotel Internacional, establecimiento elegante que conservaba el buen servicio de su mejor época, los cubanos que debían tomar el siguiente vuelo para La Habana. Entre ellos llegó un viejo conocido, Manuel Pérez, del Instituto Cubano del Arte Cinematográfico, ICAIC, a quien había conocido años atrás y que durante nuestras charlas me confió su deseo de hacer una película sobre la lucha contra los contrarrevolucionarios en las montañas del Escambray. La hizo, y es una de las mejores películas del cine cubano: El hombre de Maisinicú.

Finalmente, tomamos el viejo Bristol Britania, turbohélice inglés de los años cincuenta y después de unas 20 horas de vuelo con escala, llegamos a La Habana. Me esperaba mi bella esposa, que estaba muy delgada porque habían tenido que extraerle dos cordales. Pero por una casualidad estaba también en la terminal una muy bella actriz del cine cubano de la cual le había hablado a mi esposa. Esta, celosa como buena cubana, sacó como conclusión que, advertida por mí, la mujer también había venido a esperarme. Me costó convencerla de su error, pero finalmente mis demostraciones de ardiente amor en nuestra cama la hicieron comprender que estaba equivocada.

El Carlos Romeo que había sido “Víctor” en la guerrilla nunca más volvió a ser el que había sido. Esa experiencia lleva al límite a quienes pasan por ella y por tanto uno puede mirarse en el espejo tal cual es y no como uno pretende ser. Uno constata sus debilidades y su capacidad para aguantarlas y adquiere una valoración “objetiva” de sí mismo. Pero también ese proceso reafirma las convicciones que motivaron a pasar por esa experiencia.

Me salí con la mía, como se dice, y pese a que mi estatus de intelectual (según quienes definían en Cuba a los que podían integrarse a un movimiento guerrillero) no me permitió lograr esa “cima”

revolucionaria, como la considerábamos en aquella época, lo logré por mi cuenta gracias a los compañeros venezolanos.

Quienes hemos vivido la experiencia de ser guerrilleros en América Latina, sabemos que la necesidad durante este tipo de experiencia, que se desarrolla al margen de la razón por la cual uno se encuentra en la selva tropical, nos obliga a volver al comportamiento del hombre primitivo. El colectivo, o sea la columna guerrillera a la cual se pertenece, se convierte en lo más importante, pues la supervivencia como individuo depende, en buena medida, del grupo. Al vivir en medio de la naturaleza, pasar sed, hambre y frío, y confrontar el peligro en el combate, la verdadera naturaleza de cada guerrillero se muestra tal cual es, sin tapujos ni disfraces, y sale inevitablemente a relucir en cada momento. Las relaciones entre los integrantes de estos grupos son ante todo de cooperación y de asistencia mutua, solidarias de manera natural. El guerrillero da un salto hacia atrás en el tiempo de al menos 10.000 años con lo cual su yo natural vuelve a expresarse al quitarse de encima las convenciones y costumbres del mundo civilizado. Sus relaciones con otros hombres, como los campesinos de la zona en donde opera, se desenvuelven bajo el respeto mutuo, y a pesar de que están armados y el campesino no, si algo consumen lo pagan y respetan a la mujer, a las hijas y a los hijos de este.

El guerrillero está en el monte como integrante de una fuerza militar con una finalidad política: lograr cambios en la sociedad en la cual vivía y a la cual pretende regresar, pero para cambiarla mediante una revolución social y económica. De vencer, deberá emprender las modificaciones por las cuales luchó; su experiencia en la guerrilla habrá influido en sus pretensiones de cambio. Por ejemplo, después de haber conocido como viven los campesinos, abandonados a su suerte, actuará, y no solo como recompensa por

su apoyo, para que se modifiquen cuanto antes sus condiciones de vida para que puedan participar al menos en algo de las realizaciones económicas y sociales que su sociedad ha logrado. Digamos que la experiencia guerrillera hará que sus integrantes sean más idealistas y tengan una concepción de lo que es ser humano diferente de la imperante en la sociedad a la cual pertenecen. Marx señaló en su sexta tesis sobre la filosofía de Feuerbach que: “La esencia humana no es algo abstracto inherente a cada individuo. Es, en su realidad, el conjunto de las relaciones sociales”. Por consiguiente, cambiar las relaciones sociales es cambiar el sentido de lo que es humano. Los hombres primitivos, entendidos como homo sapiens, fueron humanos a su manera, definida por las relaciones sociales que naturalmente se establecieron entre ellos. En la guerrilla el necesario liderazgo se gana mediante el ejemplo, que es indiscutible para sus integrantes, así como el espíritu necesariamente solidario, puesto que la existencia de cada uno depende del colectivo al cual pertenece. El guerrillero vivió en el monte bajo relaciones sociales del tipo que experimentaron los hombres primitivos, relaciones naturales en el sentido zoológico del término, y regresó con un ideal de sociedad más justa, más equitativa, más igualitaria y con la vivencia de que la jerarquía social se logra por los méritos reconocidos por todos sus componentes.

En virtud de esa experiencia, logré comprender muchas cosas que no advertí durante los primeros años de la Revolución Cubana; en particular, por qué el primer Comité Central del Partido Comunista de Cuba cuando se presentó luego de su constitución, era una gran mancha “verde olivo”, el color del uniforme de los guerrilleros, que expresaba su identificación ideológica. El carácter de la dirigencia de una revolución queda definido por la modalidad mediante la cual llegó a conquistar el poder político.

## NUEVAMENTE EN CUBA

Fue el reencuentro con mi bella esposa, con mi rubita Carla y el momento cuando conocí, finalmente, a mi pequeña hija de un año de edad. Ambos miramos y vi mi reencarnación, pero bajo la forma de una niña. Por suerte para ella, con los años y al convertirse en mujer, Carmen Rosa mostró más de las facciones y del cuerpo de su madre.

La luna de miel duró muy poco porque me internaron en el Hospital Naval para que fuera “desratizado”. Ahí, al parecer, me curaron de lo que tenía en el hígado. Un buen día apareció un joven médico militar que al enterarse de que tenía leishmaniasis me dijo que era especialista en su curación. Se trataba de Harley Borges, veterano de la guerrilla del Che en el Escambray y uno de los cubanos que pasó tres años con el MIR de Venezuela en las montañas de El Bachiller. Harley me hizo un “bloqueo” doloroso con glucantime alrededor de la verruga y posteriormente me inyectaron dos cajas de ese medicamento. Eso me curó definitivamente la leishmaniasis. Desde esos días Harley y yo hemos mantenido la amistad.

Al fin me soltaron del hospital y regresé a mi casa, el apartamento de la 7ª avenida y calle 70, en Miramar, en donde pude al fin compensar mis casi dos años de vida monástica. Ya estábamos en el año setenta y había que producir los 10 millones de toneladas de azúcar en que se habían transformado los 9 millones de mi plan del año 1964. Así que sintiéndome moralmente responsable partí

para el corte de caña como integrante de una brigada de residentes extranjeros en Cuba.

Cortábamos caña para un centro de acopio, lo que quiere decir que no había que quitarle la hoja, con lo cual el trabajo rinde mucho más. En el centro hay una máquina que le quita la paja a la caña y la corta en trozos de unos 25 centímetros, así llega limpia al central azucarero en donde es molida para extraerle el jugo, o guarapo. Nuestro campamento era una vaquería a medio construir en la cual se organizaron dormitorios, cocina, comedor y hasta duchas de agua fría. Levantarme a las 6:00 para estar en el corte a las 7:00, trabajar hasta las 11:30, almorzar y reanudar la tarea a las 3:00 de la tarde para continuar hasta el anochecer, con tres comidas diarias aseguradas, era para mí como vivir en un hotel 5 estrellas, “todo incluido”, comparado con la vida guerrillera. Empecé cortando con machete, con el cual me hice el clásico tajo en la pierna izquierda al que hubo que darle tres puntos, porque con el cansancio se va perdiendo el control del movimiento hasta que el instrumento se resbala y en vez de cortar la caña corta la pierna. Al cabo de un mes ya pude pasar a cortar con mocha, herramienta más compacta y pesada, pero que requiere de una sólida muñeca. Llegué a cortar unas 600 arrobas diarias, cerca de 7 toneladas de caña, con lo cual pasé a la categoría de “machetero largo”, pero nunca pude igualar a un campesino centroamericano que pasaba diariamente de las mil arrobas. Para un exguerrillero trabajar en el corte de caña, tener tres comidas al día aseguradas, todo el agua que pudiera beber y una buena litera bajo techo para dormir, era prácticamente gozar de vacaciones pagadas.

La meta de la brigada era llegar al millón de arrobas durante la zafra, unas 11.500 toneladas, y lo logramos al cabo de cuatro meses durante los cuales solo tuve pase para salir un par de días cada dos

semanas. ¿Y cuál fue la recompensa? Un pulóver que decía “Machetero Millionario” y un certificado, que todavía conservo, ambos recibidos en un acto “solemne” realizado en el municipio donde trabajamos. ¡El poder de la ideología!

El trabajo como machetero, que desempeñé durante cuatro meses, me permitió saldar mi deuda de trabajador voluntario que adquirí cuando en vez de acompañar al Che los fines de semana para trabajar en fábricas y en granjas estatales, yo me iba a hacer pesca submarina. The righth thing at the wrong time.

En confianza, y ahora que ya se puede decir, puesto que la zafra cubana está casi totalmente mecanizada, el corte manual de la caña es un trabajo para esclavos o para obreros muy, pero muy bien pagados. En la medida en que con el compañero de corte se va abriendo un estrecho espacio de no más de 5 metros campo adentro, deja de correr el viento y se trabaja en una sauna. No se sabe lo que se suda ni los litros de agua que se beben. Como la caña se quemaba antes de cortarla, tanto el pantalón como la camisa de mangas largas iban acumulando azúcar quemada, hasta el punto de que a la mañana siguiente se la podía parar ya que se sostenía sola. La ducha, al regresar del campo por la tarde, era el momento más apreciado.

Como es bien sabido, pese al enorme esfuerzo que se hizo para lograr el objetivo de producir 10 millones de toneladas de azúcar en la zafra 1969-1970, la desorganización hizo que solamente se produjeran unas 8.700.000 toneladas. Este fracaso de lograr el objetivo con el cual Fidel se había comprometido personalmente, marcó el fin de una época de la Revolución Cubana.

Cuando en 1961 empezamos a copiar en Cuba el sistema soviético porque no sabíamos nada de socialismo, en ningún momento du-

damos de que los medios de producción expropiados a la burguesía criolla y a las empresas extranjeras radicadas en el país, debieran pasar a ser propiedad del nuevo Estado revolucionario. El mismo Fidel había aclarado que esa forma de propiedad equivalía a la de “pueblo sociedad anónima”. Pero tampoco dudamos de que la administración de esos medios debía ser responsabilidad del propio Estado, mediante una pirámide burocrática que pasó a dominarlos bajo el hipotético control del Gobierno. Los guerrilleros vencedores que formaron ese Gobierno no tuvieron otra opción que incorporar a la administración de la propiedad estatal a cuadros improvisados, que aun cuando expresaban que aceptaban las medidas revolucionarias, no habían pasado por la experiencia de la guerrilla y por lo tanto se presentaban con la careta que todos o casi todos usamos en la vida diaria. A esto debe agregarse el voluntarismo de estos guerrilleros convertidos en políticos, quienes habían hecho una revolución para corregir injusticias y desigualdades lo antes posible. Si a este panorama se le agrega la ignorancia, casi total, acerca de cómo planificar una economía socialista, no es de extrañar que en 1970 la desorganización de la economía cubana hiciera que Fidel le dijera al pueblo, en la Plaza de la Revolución, que se merecía a un Primer Ministro mejor que él, afirmación que fue unánime y clamorosamente desechada por quienes estábamos presentes.

El intento de la dirección de la Revolución Cubana de “galopar” hacia el socialismo, llevó a Cuba a un tipo de sistema económico en el que la asignación de los recursos económicos se resolvió básicamente mediante una planificación que no era ajena al voluntarismo político, como se ha mencionado. Se trabajaba básicamente en términos de cantidades de productos y de consumo según cuotas asignadas con un criterio igualitarista, y se colocó en un rol más que secundario el aspecto contable y financiero, hasta el punto de que con posterioridad Fidel, en el discurso inaugural del primer Con-

greso del PCC en 1975, confesó que la Dirección Política había considerado hasta eliminar el dinero en Cuba. En dos palabras, la idea era: somos un colectivo de trabajadores vinculados con la producción social, cuya finalidad es distribuir lo más equitativamente posible los servicios y los bienes entre la población. Esta es la simplificación del aspecto económico que recuerda el humanismo, que llamaremos natural, de las comunidades primitivas. Pero el pueblo ya no estaba constituido por hombres primitivos sino por seres que apenas diez años antes eran sujetos de una cultura capitalista neocolonial.

¿Qué pasó? En 1970, cuando no se logró cumplir la meta de producir 10 millones de toneladas de azúcar, debido al desorden vigente en la economía cubana, la dirección política de Cuba decidió regresar a la “ortodoxia” del socialismo real en boga en la Unión Soviética.

El legítimo voluntarismo revolucionario, que hacía todo “apurado” para mejorar lo antes posible y de forma igualitaria las condiciones de vida del pueblo cubano, fue sustituido por la organización y la metodología de planificación soviética que se aplicaron de forma rigurosa y eliminaron los llamados “planes especiales”, que se empleaban para acelerar los objetivos sociales perseguidos por los dirigentes nacionales veteranos de la guerrilla, y que fueron sustituidos por el “plan nacional” elaborado por la Junta Central de Planificación.

Llegó el mes de mayo de 1970 y tuve que reintegrarme a la vida normal, pero el que no estaba normal era yo. Nunca le daba la espalda a una ventana o a una puerta y en lo único en que pensaba era en prepararme para otra aventura revolucionaria (que ya no estaba tan de moda como en 1967), pero no una cualquiera, pues ya yo conocía el oficio y sus riesgos. Me preguntaron qué pensaba

de una nueva guerrilla que se había organizado en Bolivia, y mi respuesta fue que si aguantaba seis meses y lograba salir del cerco táctico que le iban a tirar, tendría posibilidades de sobrevivir. Pero los mataron a todos antes de los seis meses.

Entonces me hice paracaidista. Al recordar las dificultades que viví para entrar en Venezuela desde Trinidad y Tobago, llegué a la conclusión de que el método ideal era ser lanzado en paracaídas en la zona a donde se quería llegar. El Instituto de Aeronáutica Civil de Cuba tenía un Departamento de Fomento Aeronáutico para la práctica del aeromodelismo, del vuelo en planeadores y de paracaidismo. Los jefes del departamento eran más locos que yo. El principal, Delfín Espinoza, había sido piloto militar, después piloto de fumigación agrícola y había sido licenciado de esta última actividad por haberse “bañado” varias veces en DDT. El segundo, Bienvenido, venía del aparato especial que brindaba apoyo a los movimientos de liberación nacional. Por consiguiente, se comprenderá que no me fue muy difícil convencerlos de que me dejaran practicar paracaidismo.

Hubo varias semanas de entrenamiento físico y en el manejo del viejo paracaídas del ejército soviético, el PD47, de superficie cuadrada y con una tobera y cordones para maniobrar. Cada uno debió plegar el suyo y yo lo hice con tanto cuidado que solo me faltó plancharlo como una camisa antes de doblarlo e introducirlo en su funda.

Finalmente, llegó el día del primer salto desde un helicóptero soviético MI4 con motor a pistón. Esa madrugada pasé a recoger a Regis Debray (estaba en La Habana después de haber salido de la prisión boliviana), quien se montó con nosotros en el helicóptero. Después de esa experiencia, Regis solicitó también convertirse en paracaidista, lo que hizo que un oficial del aparato que lo atendía me trajera un mensaje de un importante personero del Gobierno

Cubano, nada menos que de “Barba Roja”, el comandante Manuel Piñeiro, en el que se me solicitaba que disuadiera a Regis de su proyecto porque si no ¡tendría que saltar conjuntamente con el embajador de Francia en Cuba!

El primer salto en paracaídas es inolvidable. En fila dentro del helicóptero todos enganchamos nuestro paracaídas al cable de acero que va de uno al otro extremo de la cabina, y entonces llegó el momento de saltar. Frente a la puerta abierta y a 600 metros de altura, el salto se convierte en la más absoluta contradicción con el instinto de conservación. Únicamente la vergüenza y el débil apoyo conceptual de que tienes un artefacto construido y plegado por ti mismo para atenuar la caída, hacen que salgas por la puerta del helicóptero. Me salió del alma el grito de “¡Mamá!”, cuando caí al vacío, interesante reacción ante la eventual muerte por el salto al vacío. Luego vino la apertura del paracaídas con un fuerte tirón y después el silencioso y placentero deslizamiento hacia abajo a una velocidad de 5 metros por segundo. Y entonces se descubre cuál es el problema del salto: no es la salida del helicóptero, sino el aterrizaje. La velocidad de caída más la del viento forman una hermosa resultante que es la velocidad a la cual te estrelas contra el suelo. Por eso a partir del segundo salto, antes de subir al helicóptero todos tiramos polvo al aire para apreciar cuál era la velocidad del viento y por consiguiente la fuerza del impacto con el que aterrizaremos. Recuérdese que saltábamos con antiguos paracaídas de asalto soviéticos, no con los sofisticados y modernos que vemos ahora en los documentales.

Ya recuperado del susto, fui al encuentro de los amigos espectadores entre los cuales estaban los “jimaguas” (gemelos o morochos en Cuba) Patricio y Tony de la Guardia, quienes fueron especialmente a ver si “el chileno se atrevería o no a saltar”.

Hice 15 saltos, todos forzados, o sea, saltos en los que se engancha la funda del paracaídas a un alambre dentro del helicóptero y entonces se abre inevitablemente cuando uno salta. Así y todo llevábamos en el pecho un segundo paracaídas, más chico y liviano, para el caso de una eventual emergencia. El número de saltos que hice lo determinó mi esposa, quien un día que llegué cojeando a casa me dijo: “¡Se acabó!”.

El año 1971 lo dediqué a realizar estudios y prácticas diversas de dudoso carácter intelectual, para los que solicité la beca correspondiente: manejo y fabricación de explosivos artesanales, construcción de espoletas eléctricas, fabricación de minas, tiro con distintas armas cortas, curso especial de cañón sin retroceso de 75 milímetros, de mortero de 60 milímetros y de ametralladora calibre 50 y principios de protección y de contraprotección. De este curso nunca olvidaré la clase con el mortero de 60 milímetros. Después de explicarme el funcionamiento y la forma de disparar, el profesor introdujo un proyectil en el tubo sin cargas adicionales. Lo disparó con el gatillo y el proyectil salió describiendo su parábola hasta caer pero sin explotar. “Bueno”, dijo el profesor, “después iré y lo haré detonar con una carga de TNT”. Tomó un segundo proyectil y lo dejó caer en el tubo del mortero, pero esta vez no salió. Gatilló repetidas veces, pero nada sucedió. La cosa se puso fea. ¿Cómo sacarlo del tubo? El profesor ocultó como un profesional su inquietud y me dijo: “Vamos a sacarlo virando el tubo del mortero”. “¿Virando el tubo?”, “¿y la espoleta que lleva en la punta?”. Confieso que estuve a milisegundos de salir huyendo cuando vi que viraba el tubo del mortero y luego escuché el proyectil deslizarse por su interior. Pero aguanté, no por valor ¡sino por vergüenza!, hasta que el profesor lo recogió al salir del tubo y dijo: “¡Se acabó la clase!”.

Como puede apreciarse, los temas de estudio estaban muy lejanamente relacionados con la economía. El trauma de la guerrilla requiere tiempo para que desaparezca. Pero 1971 fue el año en que Salvador Allende asumió la Presidencia de Chile. La noticia de su triunfo me había tomado por sorpresa y no exagero al decir que no me hacía ilusiones sobre lo que iba a pasar en Chile. Pero el regreso a la tierra donde nací parecía inevitable y así fue. Lo que presentí, desgraciadamente, también lo fue.

## EN EL CHILE DE SALVADOR ALLENDE

Mi esposa y yo llegamos solos a Santiago en enero de 1972, porque previendo lo que podía suceder y sucedió, dejamos a mis dos hijas con mis suegros en La Habana.

El Carlos Romeo que regresó a Chile era muy diferente del que de allí había salido 13 años antes. Por tanto mi problema era dónde encajar en el Chile de Allende. El país no había cambiado todavía desde que lo había dejado, salvo en lo que se refiere a la actitud de la gente. Se había producido una división muy marcada entre los que estaban a favor y en contra del Gobierno de Allende que, desde luego, alcanzaba a mis conocidos, antiguos colegas del trabajo y compañeros de la universidad. El país se había polarizado y había esa sensación creciente de que unos estaban contra otros, y que no me era desconocida porque ya la había experimentado en Cuba, pero del lado de los vencedores.

Nos volvimos a encontrar los exasesores del Che: Jaime Barrios, Alban Lataste, Alberto Martínez, Raúl Maldonado y hasta el viejo Eddy Boorstein, quien había dejado nuevamente Estados Unidos para apoyar un proceso revolucionario.

Jaime Barrios había sido nombrado gerente general del Banco Central de Chile, cuyo presidente era el socialista Inostroza, antiguo compañero de trabajo en ese mismo banco. Lataste era presidente del Banco del Estado, que abarcaba 50% del sistema bancario chi-

leno. Alberto Martínez era director en el Ministerio de Economía, cuyo titular era Pedro Vuscovich, que había sido mi profesor de estadísticas en la universidad. Maldonado desempeñaba un rol de asesor por cuenta de Unctad, de las Naciones Unidas, y Boorstein colaboraba con Jaime Barrios.

Acostumbrado a la existencia de un solo partido político, el que seis partidos formaran gobierno con el correspondiente reparto de ministerios y de cargos me parecía un disparate. Y lo confirmé cuando me dijeron que en un consejo de dirección ministerial se habían formado seis consejos, uno por cada partido, para discutir si se aprobaba o no lo que ya se había supuestamente acordado con el ministro. Porque eso de la Unidad Popular, conformada por los partidos Comunista, Socialista, Radical, MAPU, Izquierda Cristiana y API, no era precisamente una unidad política ensamblada y con un líder. Era un rebaño de partidos en el cual cada uno tiraba para su lado, independientemente del pretexto.

Existía, además, el Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR) de Miguel Enríquez, que aun cuando apoyaba el proceso se distanciaba de la Unidad Popular y, desde luego, no participaba en el Gobierno. Estaba a la izquierda y trataba de radicalizar más el proceso.

Por otra parte, el objetivo de gobierno de la Unidad Popular era demostrar que por la vía de las elecciones se podían construir las bases para que en un segundo período presidencial se iniciara la construcción del socialismo. Típico razonamiento de los personeros de los partidos de la izquierda chilena acostumbrados a las reglas del juego de un sistema presidencialista controlado por el Congreso Nacional. Recuerdo la impresión que les produjo a Paul Sweezy y a Leo Huberman una visita que hicieron al Congreso chileno en los años sesenta y que resumieron en un comentario:

“Se creen ingleses y que están en el Parlamento británico y no en un país del Tercer Mundo”.

Y a diferencia del caso cubano, en Chile había un Presidente que, pese a sus méritos, era prisionero de los seis partidos que lo habían llevado a encabezar un gobierno, y que iba a actuar según las reglas del sistema en el cual se había formado y creía. Esta realidad de la política chilena era incomprensible para los cubanos, acostumbrados a seguir unidos a un líder político de verdad, como es Fidel.

Por consiguiente, no era en el Gobierno en donde yo debía enro-larme.

Para empezar, mi esposa y yo nos alojamos en la casa de mi madre en Santiago y para poder comer empecé a escribir para Prensa Latina, gracias a la buena voluntad de mi amigo Jorge Timosi, su representante en Chile. Pero no era suficiente. Entonces me dirigí a la Universidad de Chile y postulé para profesor de Comercio Exterior en la Facultad de Economía. Al lograr el cargo, me dirigí también al Instituto de Economía y Planificación, anexo a esa facultad, que dirigía en esos días Ricardo Lagos, futuro presidente de Chile. A decir verdad, me atendió muy bien y me nombró de inmediato investigador en esa institución, con lo cual empecé a desempeñar simultáneamente dos trabajos.

El instituto contaba con unos cuarenta investigadores, varios de ellos también profesores de la Escuela de Economía. Me precedía la “fama” de venir de Cuba y mi estadía en la guerrilla venezolana. Así que no fue una sorpresa para mí tener alrededor de cien alumnos en mi clase. A esto contribuyó también el que un día al subir la escalera de la escuela se me cayera del cinto mi pistola Browning 9 milímetros ante la vista de varios estudiantes. El primer día me

llamó la atención ver sentado en primera fila a un capitán de la Fuerza Aérea de Chile, Raúl Vergara Meneses, apuesto y joven oficial que al terminar la clase entabló una conversación conmigo que duró todo el trayecto a pie desde la avenida República hasta la plaza de la Constitución, en donde estaba situado el Ministerio de la Defensa. Hoy en día, es viceministro para la Aeronáutica, en ese mismo ministerio, nombrado por la presidenta Bachelet. Pero pasarían muchas cosas antes de esto, y particularmente duras e ingratas para Raúl Vergara.

Al poco tiempo, Ricardo Lagos dejó el instituto para asumir la dirección de Flacso, la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, y fue sustituido por mi amigo David Alaluf, quien fue mi compañero de estudios aunque un año más adelantado que yo. David había contraído cáncer y fue salvado por un médico estadounidense después de un largo tratamiento. La lucha contra la muerte desarrolló en David una extraordinaria sensibilidad humana por lo que no había problema personal de cualquier conocido que él no hiciera suyo. David fue llamado a ocupar la dirección del aparato estatal encargado de la compra de alimentos y tuvo que dejar casi inmediatamente la dirección del instituto. Mis antecedentes revolucionarios, más que los académicos, determinaron que el claustro de investigadores y profesores, dominado por miembros de la Unidad Popular, me eligiera como nuevo director, cargo que asumí a mediados de 1972.

No crean que era fácil lidiar, en una época de turbulencia política, con investigadores y profesores pertenecientes a seis y más partidos y con unos 2.500 alumnos de la carrera de economía. Además, estaba el postgrado, Escolatina, dirigido a profesionales de distintas especialidades provenientes de varios países. Tenía alumnos que eran desde licenciados en economía, pasando por sociólogos,

ingenieros, historiadores, hasta un físico nuclear francés. Me reservé una cátedra de economía política en la cual impartía el estudio de El capital de Carlos Marx. Fue un éxito, si no por el profesor, al menos por la asistencia de alumnos y las discusiones que se producían en clases. El curso era más bien un largo seminario que una cátedra típica. Los sucesos que ocurrieron después solo me permitieron dictar clases sobre el primer tomo. Desde el punto de vista puramente académico fue trascendental para mí constatar cómo economistas formados en la concepción capitalista de la economía, que discutieron y defendieron sus ideas durante las clases, finalmente reconocieron que jamás hasta entonces habían tenido una explicación tan clara de la racionalidad del funcionamiento del sistema capitalista como la que Carlos Marx expuso en su obra.

Mucho trabajo, pero gratificante. Mi esposa inició la carrera de educación parvularia, así que ambos estábamos sumidos en la vida universitaria. Nos trasladamos a un pequeño apartamento, propiedad de mi madre situado en la calle Carmen, casi esquina con La Alameda, que tuvimos que amoblar con muebles rústicos, y contratamos a una muchacha para que lo limpiara y nos hiciera la comida. También pudimos comprar un pequeño automóvil usado, un NSU alemán, con lo cual completamos nuestra base material de vida.

Cuando todavía David Alaluf era director del instituto, el capitán Raúl Vergara, convertido ya en un amigo, me contó que él encabezaba un grupo de oficiales de la Fuerza Aérea de Chile de ideas progresistas y para quienes deseaba organizar un ciclo de conferencias sobre economía. Hablé de eso con Alaluf y se nos ocurrió abrir un curso nocturno para empleados públicos, en el entendido de que un oficial de la aviación militar es también empleado público. El instituto publicó un aviso en los periódicos de Santiago para

convocar a los interesados. Desde luego fueron admitidos exclusivamente oficiales de la Fuerza Aérea, pero habíamos actuado de manera “transparente” y dentro de las prerrogativas que nos concedía la autonomía universitaria. Así fue como empecé dictar clases de economía política a estos militares siguiendo estrictamente la lógica de El capital. A cada paso les preguntaba a mis alumnos si lo expuesto hasta ese momento era el producto de un razonamiento lógico y aceptable para ellos, antes de seguir con la explicación de cómo está estructurada y cómo funciona la economía capitalista. Hasta que una noche, al explicar el eje de toda la teoría marxista del capitalismo (la apropiación por el dueño del capital de una parte del trabajo efectuado por sus obreros, lo que Marx llama la “plusvalía”), un capitán reconoció el origen de esa teoría y me preguntó: “Profesor, ¿no es esa la concepción marxista?”. Y yo le respondí: “Sí, y ustedes me han dicho que han estado de acuerdo con lo explicado hasta aquí, por consiguiente, ¿cuál es el problema?”. Obviamente, la respuesta fue la única posible, que la explicación era correcta. Pero de ahí a una aceptación cognoscitiva y a incorporarla al sistema de ideas de cada uno, hay un largo trecho. Sin hacerme ilusiones, partía del supuesto, que fue confirmado tiempo después, de que entre mis alumnos debía haber miembros de la conRAINTeligencia militar. ¿Fue mi perspicaz capitán uno de ellos? Nunca lo supe. No me dieron tiempo para saberlo ni yo tuve el menor interés en averiguarlo.

Día a día la batalla política en Chile iba subiendo de tono y seguía un patrón descrito desde hacía más de cien años por los clásicos del marxismo. Recuérdese que la Unidad Popular solamente controlaba el Poder Ejecutivo, mientras que la oposición dominaba el Congreso Nacional y el Poder Judicial. Clausewits escribió: “La guerra es la continuación de la política por otros medios”. Pero es igualmente cierta la expresión contraria: “La política es la guerra,

pero sin cañonazos”. Una guerra de clases, y cuando una de ellas, la que siempre ha detentado el poder, piensa que lo puede perder, entonces acude a los cañones. ¡Y quienes detentan los cañones son los militares profesionales, que para eso les pagan!

El denominado proceso chileno era como un vehículo que se aproximaba inevitablemente a un barranco en el cual iba a caer. Lo único que no sabíamos era cuándo caería, pero de que iba a caer, ninguna persona inteligente tenía dudas al respecto.

Hubo tanteos y provocaciones, como el asesinato del mayor Ayala, uno de los edecanes militares de Allende, el “Tanquetazo” del 30 de junio de 1973. Por este hecho y por la indecisión de la Unidad Popular y de Allende para actuar, el general Prat, comandante en jefe del ejército, renunció para dejarle el paso franco al general traidor Augusto Pinochet, como lo llamó Allende antes de morir. Paralelamente, los partidos de la Unidad Popular vociferaban que “el pueblo unido jamás será vencido”, al mismo tiempo que deslizaban la información de que “estaban preparados”, vale decir que tenían un plan militar y los medios necesarios para defender el proceso. De que tenían los medios era verdad, gracias a los cubanos que los armaron e incluso les prepararon muchos cuadros militares. Pero jamás hubo un plan de acción militar para contrarrestar un golpe militar, ni de la Unidad Popular, ni de los comunistas, ni de los socialistas. ¡No hablemos de los demás! Y si hubo uno, nunca se ejecutó.

El fracaso del intento de llegar al socialismo por la vía electoral en un país fuertemente estructurado socialmente, en el cual la izquierda nunca sobrepasó 40% de la votación, estaba en la concepción “idealista” de los partidos que conformaban la Unidad Popular. Estos creían que se respetarían las reglas del juego político tradicional cuando se pretendiera romper la estructura sobre la

cual descansaba esa sociedad. O como se dice en Chile, “darle una patada a la mesa” en la cual se está jugando. Más aún, la izquierda nunca, a mi entender, se preocupó por estudiar la “subcultura” particular de las Fuerzas Armadas chilenas, que no solamente condicionaban su “lealtad” a un gobierno que respetara la estructura y el sistema vigente sino que, ¡oh sorpresa!, siempre despreciaron a los políticos profesionales, pues se sentían muy superiores a ellos, y se consideraban los verdaderos responsables de la estabilidad de la patria. Una vez dado el golpe de Estado para salvar a Chile, según los militares, cuando los partidos tradicionales, que de hecho apoyaban el golpe, entre ellos la Democracia Cristiana (¡hoy en el Gobierno... cosas veredes, Sancho!), les pidieron que les entregaran el poder político, descubrieron que los militares, se quedarían con él y durante dieciocho años; todo el tiempo que pudieron.

La concepción estratégica del Partido Comunista Chileno la plasmó el militante y artista excepcional Víctor Jara en una de sus canciones, dedicada precisamente a Cuba, que dice:

*“Como yo no toco el son  
pero toco la guitarra  
que está justo en la batalla  
de nuestra revolución  
será lo mismo que el son,  
que hizo bailar a los gringos,  
pero no somos guajiros,  
nuestra Sierra es la elección”*

Ingeniosa pero equivocada forma de expresar el intento de hacer nada menos que la equivalencia entre la Sierra Maestra y un proceso electoral porque “no somos guajiros”, para diferenciarse de los cubanos tropicales. La concepción cubana fue totalmente diferen-

te, y como dijo el Che: “En una revolución verdadera, se triunfa o se muere”. Y quisieron hacer una “revolución a la chilena” con la bendición de Moscú; sin embargo les tocó la muerte, desgraciadamente, porque era un intento de hacer una revolución verdadera, pero por la vía equivocada.

Víctor Jara, militante comunista, pagó ese error con la vida porque tenía el talento que los artistas de la derecha no tenían, y así se repitió lo que sucedió en los años treinta, cuando Hitler eliminaba las obras de los intelectuales que no entendía o no quería entender. La historia se repitió y los “milicos”, además de asesinar, también quemaron libros porque así como en la época de la Santa Inquisición, el fuego purifica y destruye las ideas impías.

Vi una sola vez a Víctor Jara y fue durante una jornada de trabajo voluntario (cosa inventada por los guajiros caribeños) mediante la cual los integrantes del instituto que yo dirigía descargamos sacos de arroz de un tren, en competencia con representantes del teatro y del ballet de la Universidad de Chile, que, lesionando nuestro prurito machista, nos derrotaron vergonzosamente en la tarea. Nunca olvidé su sonrisa, expresión de un ser que se estaba realizando, construyendo su sueño con las manos, además de hacerlo con su talento artístico.

Y llegó el 11 de septiembre de 1973. A las 05:30, aproximadamente, sonó mi teléfono. Era una amiga que me informaba que se había sublevado la Marina de Guerra en Valparaíso. Mi mujer y yo nos levantamos y salimos para el instituto. Empecé a entrevistar-me con cada uno de los representantes de los diferentes partidos políticos de la Unidad Popular para solicitarles que se pusieran en contacto con sus organizaciones para que nos dieran instrucciones o al menos un punto de concentración para organizarnos militar-

mente. Jamás recibí respuesta alguna. Nadie sabía nada. A eso de las 11:00 escuchamos las explosiones de los cohetes con los que un avión militar atacaba el Palacio de La Moneda en el cual se encontraba Allende. Subí a la azotea del edificio y pude ver la columna de humo que salía del palacio. Para mí fue la confirmación de un golpe de Estado que no se detendría ante nada para derribar al Gobierno de la Unidad Popular y deponer a Salvador Allende.

A las 13:30 di la orden a mis colegas y a los alumnos extranjeros de Escolatina de “abandonar el barco” en un sálvese quien pueda. En el auto del que disponíamos, mi esposa y yo salimos hacia la Embajada de Cuba, pero fuimos detenidos por el ejército unas cuantas cuadras antes de llegar a nuestro destino y se nos impidió el paso. Entonces nos dirigimos a la casa de una cubana casada con un funcionario yugoslavo que había trabajado en el Ministerio de Industrias de Cuba cuando el Che era ministro. Ella nos acogió inmediatamente. Estábamos a no más de cuatro cuadras de la Embajada de Cuba. Prendimos el televisor y pudimos ver al traidor Pinochet rodeado de sus acólitos y escuchar que se había establecido el toque de queda y la noticia de que “el nuevo gobierno” mantendría relaciones con todos los países del mundo, con la excepción de Cuba. Como nos encontrábamos tan cerca, durante la noche pudimos escuchar la feroz balacera que se produjo cuando los soldados trataron de tomar la embajada cubana, que era defendida por al menos una escuadra de las Tropas Especiales del Minint y por diplomáticos cubanos, todos al mando de mi amigo Patricio de la Guardia, eso sí, muy bien armados con fusiles AK y con lanzacohetes antitanque RPG 7. No pudieron siquiera aproximarse a la embajada y sufrieron muchas bajas lo que obligó a los golpistas a negociar con el embajador, Mario García Incháustegui, mi otro amigo, la salida de Chile de los cubanos. Esta se llevó a cabo al siguiente día a bordo de un IL 62 M de Aeroflot que los soviéticos

habían puesto a disposición de los cubanos. Mi amigo chileno Orlando Contreras, que se encontraba en Chile como periodista de Prensa Latina, tuvo la buena suerte de que lo dejaran viajar con los cubanos. Pero Max Marambio, odiado por la derecha y también por las Fuerzas Armadas desde que fue el primer jefe de la seguridad personal del presidente Allende, no recibió autorización para partir y tuvo que quedarse solo durante casi un año en la embajada. Esta quedó bajo la responsabilidad del Gobierno de Suecia y de su embajador, quien tuvo un comportamiento solidario extraordinario y por el cual tuvo que “pagar” posteriormente en Suecia.

¿Qué podíamos hacer mi esposa y yo? Ir a la embajada cubana rodeada por el ejército y bajo un régimen de toque de queda era impensable. Hacer planes improvisados para salir clandestinamente del país con mi esposa era pura ficción para alguien que ya había pasado por esas pruebas. Lo que nos quedaba era simplemente esperar. Al día siguiente se levantó el toque de queda desde el mediodía hasta la noche. Entre mis alumnos de Escolatina estaba uno de los hijos del general González Bermúdez, primer ministro del Perú, quien era ingeniero y muy buen estudiante, por cierto. En Cuba, el comandante Pedro Miret, jefe de mi esposa, me había dicho que en caso de emergencia podía confiar en los peruanos. Eran los años en los que el general Velasco Alvarado era presidente del Perú y durante los cuales se estrecharon mucho las relaciones de ese país con Cuba. Por consiguiente, esa tarde del 13 de septiembre, nos montamos en el automóvil y fuimos a buscar a mi alumno peruano que encontré mediante la ayuda de otro de mis estudiantes de la misma nacionalidad. Cuando pude hablar con él le dije que deseaba solicitar asilo en la embajada de su país. Subió a buscar sus documentos y se montó en el auto. Conduje hasta la entrada de la embajada, González se bajó y entró para hablar con el embajador. Al poco

rato regresó y me dijo que el diplomático quería hablar conmigo. Le pregunté si el encuentro se haría dentro de la embajada y me contestó afirmativamente. Pensé, inmediatamente, que si entrábamos ahí nos quedaríamos. El embajador trató de convencerme de que muy posiblemente yo no tenía motivos para pedir asilo, y yo no tenía gana alguna de explicarle mis razones. Simplemente le dije que estaba seguro de la conveniencia de lo que estaba haciendo; entonces el embajador no tuvo más remedio que aceptar esta complicación adicional que se le presentaba en el desempeño de su misión diplomática.

Cuando llegamos ya había un asilado boliviano, cuyo nombre no recuerdo, famoso porque había sido el secretario general de la Confederación de Trabajadores de Bolivia en los años en que gobernaba al país el Movimiento Nacionalista Revolucionario. Cuando nos presentaron me dijo simplemente “Bienvenido a América Latina”, para referirse a la fama que Chile tenía de ser una especie de Suiza en el continente y al hecho de que su país tenía el récord continental de golpes de Estado. Sutil sentido del humor político negro.

Poco a poco la embajada fue llenándose de huéspedes: desde un importante dirigente del Partido Radical hasta la senadora María Elena Carrera, amiga y miembro del Partido Socialista, y uno de mis alumnos de la facultad, un peruano hijo de un general de la Fuerza Aérea de su país.

A decir verdad, el embajador y su esposa hicieron un excelente trabajo de organización y durante las tres semanas que pasamos en esa sede diplomática disfrutamos de muy buenas condiciones de vida, con los roces inevitables entre personas que deben soportar el hacinamiento en un estado de incertidumbre.

Al segundo o tercer día de estar en la embajada pude leer en un periódico una lista de heridos en combate, entre los cuales encontré el nombre de mi hermano menor, Víctor, militante de una organización de izquierda que se había separado del MIR, el Movimiento Manuel Rodríguez. Llamé a Juan, mi otro hermano, para comunicarle la noticia y pedirle que se la transmitiera a nuestra madre, que en esos días se encontraba en París, y que se entrevistara con algún funcionario de la Embajada de Francia para ponerlo bajo su protección.

Víctor es otro caso de un joven latinoamericano que, desgraciadamente, ya no puede contar su historia, pues falleció envuelto en los vientos revolucionarios de los años setenta del pasado siglo. Los ocho años que pasó en Cuba lo marcaron para toda la vida. Cuando regresó de su estancia con las tropas del Che en la Sierra Maestra, que estaban dedicadas a construir una ciudad escolar en sus estribaciones, se sometió a la prueba de subir cinco veces el pico Turquino, la montaña más alta de Cuba, para así ganarse una beca universitaria. Cumplido ese requisito, en vez de ir a la universidad fue destinado con sus compañeros de prueba a integrarse a las Fuerza Aérea Revolucionaria ante el imperativo de organizar unas fuerzas armadas modernas, capaces de resistir un ataque yanqui. Le tocó formar parte del personal de tierra que atendía a los recién llegados cazas Mig 17 y al cabo de varios años ingresó a los cursos nocturnos de la Facultad de Ingeniería de la Universidad de La Habana.

Lo inicié en la pesca submarina en Puerto Esperanza, Pinar del Río, y entabló amistad con los pescadores amigos míos, particularmente con el inefable “Tamboro”. Durante una de esas expediciones pesqueras conoció a Francois Masperó, el editor francés, a quien yo había invitado, y simpatizaron inmediatamente.

Víctor se enamoró de Pilar, una joven pintora ecuatoriana residente en Cuba con quien decidió casarse a finales de 1966 en Puerto Esperanza. Él le pidió a “Tamboro” que fuera testigo de su matrimonio, por lo que este decidió tener una conversación de hombre a hombre con él. “Tamboro” le dijo, según me contó Víctor después, que lo primero que debía tener un hombre que se va a casar es una cama, ¡y creo que ni eso tenía! Resolvió el problema yéndose a vivir a la casa de su mujer, una bella mansión en la calle 40 de Miramar. Al año nació Francisca, “La Pancha”.

A fines de 1967, Víctor partió de Cuba y regresó a Chile, en donde casi inevitablemente se integró al MIR de Miguel Enríquez; allí se ganó el apodo de “El Guajiro”, nombre con el que en Cuba se identifica a los hombres del campo. Posteriormente se separó de esa organización para constituir el Movimiento Manuel Rodríguez, otra agrupación política revolucionaria de la cual era uno de sus dirigentes cuando sucedió el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973. En un enfrentamiento con personal de la Fuerza Aérea de Chile, cayó por una bala que le atravesó la región del abdomen. La enfermera que acudió a atender a los heridos en el combate, militante de izquierda, lo hizo pasar por muerto y logró enviarlo a un hospital en donde lo operaron y le salvaron la vida.

Mi hermano Juan se comunicó con mi madre en París. Ella, mujer de armas tomar, fue inmediatamente al Ministerio de Relaciones Exteriores de Francia a denunciar el hecho y a pedir la protección del Gobierno francés para su hijo. Inmediatamente tomó un avión para Santiago y al llegar localizó el hospital en donde Víctor convalecía bajo arresto y con vigilancia militar. Como veterana de la lucha contra la policía política del Gobierno de Vichy y de la Gestapo en Francia, logró introducirse en el hospital y ver a su hijo, quien ya estaba bajo la protección de la Embajada de Francia en

Chile. ¡Estaba a salvo de la matanza que se estaba llevando a cabo en Santiago en los estadios Nacional y Chile!

Víctor fue operado una segunda vez, se repuso de su herida, fue juzgado y condenado a 40 años de cárcel, de los cuales cumplió un año y medio al cabo del cual fue liberado gracias a las presiones del Gobierno y del Parlamento francés. En estas gestiones jugó un papel muy importante nuestro amigo Francois Maseró. En la prisión trabó una firme amistad con mi exalumno el capitán Raúl Vergara. Años después ambos partieron a Nicaragua a combatir con los sandinistas.

A las tres semanas del golpe militar, ya se había logrado un acuerdo entre los gobiernos de Chile y de Perú sobre nuestra salida de la embajada y traslado a ese país vecino. Vino a buscarnos un avión de transporte de la Fuerza Aérea peruana. Al salir del edificio del aeropuerto, cuál no sería mi sorpresa cuando me di cuenta de que el que me escoltaba hasta el avión era uno de mis alumnos del curso nocturno para oficiales de la Fuerza Aérea, quien me dijo mientras caminaba a mi lado: “Tranquilo; muchos han caído, pero los demás seguimos”. Esa fue la despedida que recibí al dejar el territorio chileno. Pasarían más de veinte años antes de que pudiera regresar, una vez que se eliminó la “lista negra” en la cual estuve incluido ¡durante dieciocho años!

Un año después me enteré por medio de algunos de mis investigadores del instituto que al día siguiente del golpe militar, un ómnibus lleno de soldados al mando de un general con un brazo en cabestrillo, el mismo que dirigió el asalto al Palacio de La Moneda, llegaron al instituto para llevarse “al cubano” Carlos Romeo. Efectivamente, había al menos un agente de la contrainteligencia militar en mi curso nocturno para oficiales de la Fuerza Aérea Chilena.

En Lima nos recibió con cariño el embajador de Cuba, el capitán Núñez Jiménez, y Lupe Véliz, su esposa, quienes nos alojaron en su residencia durante los días que permanecimos en esa ciudad antes de tomar un vuelo de Cubana de Aviación para La Habana, en cuyo aeropuerto se produjo el feliz reencuentro con mis hijas y mis suegros, quienes por unos días creyeron que nos habían matado.

Alberto Martínez tuvo también la fortuna de asilarse en la Embajada de México y posteriormente llegar a Francia, en donde se estableció como profesor en la Universidad de Reims. En cambio, Alban Lataste fue detenido, ferozmente torturado y encarcelado en un campo de concentración durante año y medio. El “Conejo” Maldonado, al ser economista de la Unctad y ecuatoriano pudo escapar de esa masacre. A Jaime Barrios, quien estaba con Allende, lo mataron en La Moneda y los militares desaparecieron sus restos. Eddy Boorstein también escapó de la matanza.

## EL ECONOMISTA ERRANTE

Después de regresar a Cuba, decidimos que debía volver al Perú, lugar de concentración de varios de mis investigadores del Instituto de Economía y Planificación. A decir verdad, nos mantuvimos organizados y el hecho de que las universidades peruanas fueran extraordinariamente solidarias nos permitió desenvolvernos como profesores y como investigadores en la Universidad Nacional Federico Villarreal y en la Universidad de San Marcos en Lima. Permanecí varios meses en Perú, luego de los cuales llegó mi esposa para residir en un pequeño apartamento situado en la avenida Arequipa de Lima. La estadía fue placentera y nadie interfirió con nosotros. Eran todavía los años del Gobierno militar que había iniciado Velasco Alvarado. Aproveché para tratar de adentrarme en ese país (para mí todavía misterioso) que tiene una larga y espléndida cultura milenaria autóctona y una población mayoritariamente indígena y mestiza que algún día, ya no muy lejano, recuperará el control de su destino.

Un día se nos presentó el decano de la Facultad de Economía de la Universidad de Cuenca, en Ecuador. Venía con la misión de reclutarlos para que integráramos el claustro de profesores de su escuela de economía. Era un hombre culto y sumamente simpático, y no le fue difícil convencer a mis colegas con excelentes salarios. Se decidió el traslado de todo el grupo, salvo yo, quien debía explorar otras latitudes, concretamente Panamá, en donde un viejo amigo de la Escuela de Economía de la Universidad de Chile era integrante del Gobierno del general Torrijos.

En tierra canaleña fui contratado por el rector de la Universidad de Panamá, Rómulo Escobar Betancourt, para impartir clases de Comercio Exterior y le propuse organizar investigaciones por cuenta de la universidad con profesores y alumnos destacados de la escuela de Administración Pública, como se denominaba allí la escuela de estudios económicos y empresariales.

Nuevamente hice trasladarse a mi esposa, quien siempre me siguió a todas partes, lo que según mi suegra indicaba que “era más esposa que madre”.

El Panamá de la época no se diferencia del actual, salvo por el número de torres de hormigón construidas en Punta Paitilla. Era un país totalmente dominado por el comercio y el consumismo, cuyos intelectuales se preguntaban si existía verdaderamente una “cultura panameña”. Eran todavía los años en que el Canal estaba totalmente en manos del Gobierno estadounidense y las dos franjas de tierra en sus bordes constituían la llamada Zona del Canal, con sus bases militares y su propio gobierno gringo, en la cual la policía era yanqui.

El primer contrato que logré lo firmé con el Ministerio de Relaciones Exteriores de Panamá para investigar qué alternativas tenía el país ante el proyecto gringo de construir un canal a nivel a través de Panamá. El contrato se hizo por USD 195.000 de la época (hoy serían varios cientos de miles de dólares), con lo cual tenía todo el financiamiento necesario para alquilar una oficina, pagarles un extra a los profesores que participaran y un estipendio a los estudiantes y, además, para contratar a investigadores adicionales que serían, obviamente, mis antiguos colegas del Instituto de Economía de la Universidad de Chile, quienes en ese momento se encontraban en Cuenca, Ecuador.

Trabajamos varios meses en ese proyecto. La tesis central que establecí se basaba en la teoría de la renta, que Marx expone en el

tercer tomo de El capital, y que aplica a la utilización económica de un recurso escaso y limitado, la tierra. En este caso se trataba de una vía de comunicación marítima que permitiría un considerable ahorro de tiempo y de dinero para pasar del océano Pacífico al Atlántico y viceversa. Ese ahorro constituía una “renta diferencial” que le pertenecía al propietario del canal y que en manos yanquis se trasladaba casi gratuitamente a los usufructuarios, que históricamente habían sido empresas de Estados Unidos ya que era la vía principal de comunicación de la costa oeste con la costa este de ese país. En efecto, las tarifas del peaje establecidas en 1914 prácticamente no se habían alterado y, en dólares de valor equivalente, habían bajado. En consecuencia, el día que los panameños fueran los dueños del canal tendrían un recurso que les podría brindar un sustancial ingreso de divisas. ¿Para qué entonces iban a construir otro canal a nivel los estadounidenses?

Aproveché que mis antiguos colegas chilenos trabajaban en el proyecto del canal desde Cuenca, Ecuador, para visitarlos un par de veces a los efectos de coordinar el trabajo. En aquellos años no existían ni internet ni el correo electrónico. Había que tomar dos aviones: uno desde Panamá hasta Guayaquil y otro desde allí hasta Cuenca. En uno de esos viajes el avión en que debía salir de Panamá se atrasó unas horas y cuando llegué a Guayaquil el que debía conducirme a Cuenca ya se había ido. No me quedó más recurso que viajar en autobús. ¡Pero qué autobús! Típico del Tercer Mundo: con campesinos, indios, gallinas, etc. La primera parte del viaje fue un largo recorrido por un llano hasta que de repente llegamos a una virtual muralla gigantesca, el abrupto contrafuerte de la cordillera de Los Andes. Y empezamos a subir en zigzag por una carretera de tierra por la cual no creía que pudieran cruzar dos autobuses al mismo tiempo, con un muro a un lado y un precipicio del otro que se iba haciendo cada vez más grande has-

ta alcanzar profundidades que yo sinceramente nunca me había imaginado. Pero lo que nunca olvidaré es que a partir de los 2.000 metros de altura (porque hubo que cruzar a más de 4.000 metros), empezaron a aparecer unas “estatuas” vivas con sombrero y poncho que nos miraban al pasar con un rostro inmutable, lo que era garantía de que sería imposible establecer comunicación. Había llegado al territorio de los indios andinos, es decir, a otro planeta con otros habitantes. Tal fue mi impresión.

Finalmente llegué a Cuenca en donde me esperaban mis amigos. El encantador decano de la Facultad de Economía nos invitó a almorzar cuye asado (especie de ratón grande y peludo), con unas papas enormes que jamás había visto en mi vida. Si pensó que me iba a poner en aprietos al servirme ese “manjar” de Los Andes, mi querido decano no podía sospechar que un exguerrillero come cualquier cosa y para él cualquier animal es “comida”.

Pero hubo más en ese proyecto, y fue el encuentro con la “radiografía mental” de la administración estadounidense. La entidad encargada de la administración de la Zona del Canal y de su operación era El Pentágono. Por consiguiente, el anteproyecto de un canal a nivel había sido realizado por los militares. En él se presentaban dos variantes tecnológicas y se dejaba pendiente una incógnita. Las variantes eran: o dos máquinas excavadoras gigantescas que empezarían a trabajar desde las dos puntas de canal lo que sería el canal nivel, o una provocar una sucesión de explosiones atómicas de varios kilotonos de potencia cada una desde un océano hasta el otro. Esta opción ya se habían experimentado por lo que se sabía que la sucesión de los conos provocados por las explosiones dejaba un canal “perfecto”, desde el punto de vista de la navegación. Pero no había ninguna consideración en el proyecto sobre las consecuencias ecológicas y para la salud humana de esa larga serie de explosiones atómicas.

Y la incógnita era: ¿qué pasaría cuando se unieran dos sistemas ecológicos diferentes, pertenecientes a dos océanos distintos? Nunca he vuelto a encontrarme en la vida con dos monumentos a la irresponsabilidad de semejante envergadura. ¡Only in América!

Logré otro contrato para realizar un estudio del mercado nacional del ahorro por solicitud de la Caja de Ahorros de Panamá, el cual nos reportó USD 50.000. El estudio incluyó una investigación de “mercado” que realizó un sociólogo de la Universidad de Panamá. Así que logré que ingresaran en esa universidad casi un cuarto de millón de dólares durante mi primer año de trabajo.

Mis actividades llamaron la atención del ministro de Educación, Aristides Royo, futuro presidente del país, pues este me recomendó ante la Unesco como consultor. Por consiguiente, en 1975, dejé la universidad e inicié mis labores como un especialista en las Naciones Unidas.

En el organismo internacional me dediqué a realizar una reforma educativa, que descansaba en el establecimiento de escuelas en el campo, en las cuales los alumnos también trabajarían en actividades agrícolas. Por ahí hay un documento mío con planteamientos sobre la materia: un intento de elaborar un programa económico-sociológico para la población infantil del campo y sus familias en Panamá.

No recuerdo cómo, un día me llegó una invitación del general Torrijos para que fuera a examinar la zona montañosa de Coclesito, sobre la ribera atlántica de Panamá, en la cual el general estaba llevando a cabo un programa de desarrollo ganadero e instalando una de las nuevas “escuelas de producción”, como las llamábamos. En uno de los viajes que realicé a ese lugar, esta vez en avión, el piloto no alcanzó a aterrizar en el corto campo dispuesto para esto y el avión al llegar al final de la pista se precipitó barranco abajo, con

tan buena suerte que no se incendió ni nadie salió herido, salvo con alguna contusión y el susto natural. Unos años después, Torrijos moriría en un extraño accidente aéreo en esa misma zona.

En Coclé, capital de la provincia del mismo nombre, en medio del patio del cuartel de la Guardia Nacional, organismo que estaba bajo el mando del mayor Dóen, pude ver, en calidad de muestra, la única planta de marihuana que he visto en mi vida. Por cortesía saludaba al mayor cada vez que iba a Coclesito. Durante una de nuestras conversaciones con él, éramos repetidamente interrumpidos por un oficial que iba a comunicarle a Dóen que había habido un nuevo intento de enviarles marihuana a los presos de la cárcel que se encontraba en el mismo cuartel.

A finales de 1975, llegó a Panamá Alban Lataste, después de un año y medio de prisión en un campo de concentración de la dictadura de Pinochet. Lo torturaron ferozmente y mientras lo hacían le preguntaban “dónde estaba el oro”. Llegó a Panamá por las influencias de un amigo común mexicano, David Ibarra, compañero mío en el curso del ILPES en Santiago de Chile en 1958, quien en esa época era presidente de la Nacional Financiera de ese país. Una noche nos reunimos Raúl Maldonado, Alban Lataste y yo con el general Torrijos en la casa de Rory González, en la calle 50, y se armó una de tragos de whisky mientras general nos echaba cuentos de su infancia y de su Gobierno. Alban no aguantó y se quedó dormido. Al verlo así el general dijo: “Me gusta este hombre; denle un par de miles de dólares para se compre ropa y pónganlo a trabajar”. Yo, en cambio, por respeto a un Jefe de Gobierno, me controlé en materia de bebidas y no me emborraché, por lo que me di cuenta de que no había actuado como lo hubiera esperado Torrijos; entonces recordé el viejo refrán: “Desconfía de un hombre que no se emborracha nunca; algo tiene que ocultar”.

Mi esposa y yo permanecemos en Panamá hasta marzo de 1976. Al terminar mi contrato con la Unesco y después de haber ido a París para el tradicional “debriefing”, regresamos a La Habana para estar con nuestras hijas. ¡Ya bastaba de aventuras intelectuales en el exterior!

Envié por avión a mi esposa a La Habana y me quedé en Panamá para liquidar nuestros asuntos. Vendí los muebles y los dos automóviles a Alban Lataste, quien ya había llevado a su familia a Panamá, y adquirí un vehículo más adecuado para las posibilidades de mantenimiento que había en Cuba.

Terminaba así mi etapa de economista errante y regresaba a Cuba.

## DESDE CUBA HACIA LAS ENTRAÑAS DEL MONSTRUO

En 1976, Cuba había cambiado mucho y había soviétizado su organización y modo de funcionamiento. La burocracia había adquirido rigidez y solemnidad. No me adaptaba bien a esas nuevas condiciones en las que mediocres con nombramientos se creían no solamente importantes, sino, lo que es peor, con los conocimientos necesarios para cumplir sus tareas por el simple hecho de que habían sido nombrados para eso. No tengo ninguna duda de que estas opiniones serán muy mal recibidas por esos personeros, si todavía viven, pero hay que decir la verdad. Según mi apreciación puedo señalar que se habían perdido la espontaneidad y la franqueza que nos caracterizó durante los primeros años de la Revolución. Pero en ese momento Cuba estaba creando su propia “nomenclatura” al estilo soviético.

Me desempeñé unos meses como economista en un equipo organizado por un vicepresidente del Gobierno, Flavio Bravo (bella persona que procedía del antiguo PSP), para establecer las bases de la actividad turística. Como me ha pasado tantas veces, estábamos 15 años adelantados en el tiempo ya que el turismo vino a desarrollarse seriamente después del desplome de la Unión Soviética. ¿Antes para qué? Si nos iba muy bien con el campo socialista y, como todos saben, ¡el turismo corrompe a una sociedad del Tercer Mundo! Fidel autorizó únicamente la entrada anual de unos 200.000 canadienses y algunos mexicanos.

De ahí pasé a trabajar en el recién creado Instituto de la Demanda Interna, en el cual también estábamos adelantados en el tiempo, porque quien dice demanda dice mercado y mercancías, y todavía los que creían saber de lo que hablaban condenaban la producción y la circulación mercantil sobre la base de los análisis críticos que había hecho el Che 12 años antes. Y estoy seguro de que ni siquiera los habían leído y mucho menos comprendido. Aproveché la oportunidad para regresar a mis actividades teóricas y escribí un libro sobre la teoría de la demanda, ya que las explicaciones que daban los economistas de ambos bandos no me satisfacían. Por ahí está todavía el texto manuscrito ya que nunca lo publiqué.

Finalmente, le pedí trabajo a Rafael Francia Mestre, antiguo colega del INRA en la época de Carlos Rafael Rodríguez, que era ministro de Agricultura en esos momentos, y me puso a trabajar directamente con él como asesor.

Me encontré dentro de un gigantesco aparato burocrático fosilizado y para respirar un poco de aire fresco, me dediqué al desarrollo de las cooperativas de producción agropecuaria, sobre la base de la unión voluntaria de campesinos privados e independientes. De inmediato, estas cooperativas se convirtieron en las entidades productivas más eficientes de la agricultura cubana. Cuando así lo dije en un consejo de dirección del ministerio, la alta burocracia encargada de las granjas agrícolas estatales se sintió insultada.

Mi último trabajo fue alertar al ministro y al vicepresidente del Gobierno, el comandante Díocles Torralba, que si no se aplicaba una política inteligente de estímulo a los productores de tabaco, Cuba se quedaría sin este producto dentro de una generación. Convencí a ambos, pero no al encargado de la agricultura en el Buró Político del partido, quien opinó que con las medidas que yo sugería los

vegueros ganarían “demasiado dinero”. Por suerte, y entiéndase la expresión, le cayó una enfermedad al tabaco en 1980 y ante esta catástrofe no le quedó más remedio a la dirección política que estimular materialmente a los vegueros tabacaleros, con lo cual, a mi juicio, se salvó el tabaco cubano y con eso sus famosos y exquisitos puros, por los cuales los ricos del mundo pagan cada vez más.

A finales del 1978, recibí una llamada mediante la cual me solicitaron que me reuniera con un representante del coronel José Luis Padrón, ayudante del general José Abrantes, viceministro del Interior. En el encuentro me ofrecieron participar en un proyecto para establecer una sociedad comercial “capitalista”, cuyo objetivo era mejorar la operatividad, en relación con las empresas estatales, y me describieron varios escenarios de acciones comerciales que había solicitado el Gobierno cubano. Realmente, era un proyecto original producto de las mentes más esclarecidas de la Unidad de Tropas Especiales del Ministerio del Interior y había obtenido el visto bueno del mismísimo Fidel. Para ser honesto, tomé nota de la proposición a los efectos de contestarles después, arguyendo que debía solicitar permiso a mi jefe. Conversé al respecto con mi esposa sobre los “riesgos” de meterme de lleno en uno de “esos planes especiales” de Fidel, que a veces tan mal terminaban. Finalmente acepté y, de paso, coloqué a mi esposa como secretaria.

Unos meses antes se había celebrado, con Fidel y Raúl, la reunión de los “75 del exilio” (personas seleccionadas entre la comunidad cubana de los Estados Unidos), cuyo resultado fue autorizar la visita a Cuba de cubanos residentes en el exterior, principalmente en Estados Unidos, pero como turistas que debían alojarse en hoteles durante su estadía en la isla. Por consiguiente, había que montar la operación turística Estados Unidos-Cuba y a la carrera. Obviamente, para que esto pudiera materializarse hacía falta un acuerdo en-

tre los dos gobiernos y esto se hizo posible porque en ese momento la administración estadounidense estaba en manos del presidente Jimmy Carter. Esta fue la etapa durante la cual ambos países establecieron las oficinas de intereses en Washington y La Habana y se iniciaron los vuelos de emigrantes cubanos desde Estados Unidos hacia Cuba.

La operación turística le fue encomendada a las Tropas Especiales y como resultado de ese “proyecto especial” nacieron dos sociedades: la Corporación Cimex S.A. y Havanatur S.A., ambas registradas por mí en Panamá como entidades off shore.

La operación turística la inició Havanatur bajo la modalidad de asignar un vuelo completo a agencias de viajes propiedad de cubanos (con la excepción de un mexicano), que ya hubieran sido debidamente seleccionadas y “autorizadas” por los camaradas de Inteligencia del Minint. Pero como no había vuelos directos desde Miami a La Habana, el transporte de turistas se efectuaba haciendo escala en Kingston, Jamaica, y en Mérida de Yucatán, México, ciudades hasta donde podían volar los aviones de Cubana de Aviación.

Mi primera propuesta fue pasar de la asignación de vuelos completos a las agencias de viaje a un sistema común y centralizado de reservación. La idea fue aceptada, pero a condición de que yo la implementara en todos sus detalles e instalara el sistema en Kingston.

Yo sabía tanto de viajes aéreos como de arqueología china, pero aún me funcionaba bien la cabeza y pensando y aplicando la lógica diseñé un sistema de reservación y cobros que significó volver a descubrir el agua tibia o la sopa de ajos. Me enviaron a Kingston, y allí me alojé en el Hotel Sheraton en una suite presidencial que puso a nuestra disposición el hotel porque éramos

su principal cliente, y teníamos bar abierto 24x24 totalmente surtido, más comidas.

Como muestra de nuestro “profesionalismo” en esa época, basta con decir que cobrábamos en los aviones USD 840 por persona, y en efectivo, por transporte aéreo y una semana en un hotel. Por la noche, después de la llegada de los vuelos procedentes de Miami, se juntaban encima de la mesa central de la suite sumas del orden de los USD 100.000 en billetes de diversas denominaciones. Si por razones de la frecuencia de los vuelos transcurrían algunos días, el monto podía llegar a varios cientos de miles de dólares. ¡Eso era “turismo al cash”, y lo único que nos faltaba era una caja registradora! De paso, los compañeros “cobradores”, que ejercían su función durante los vuelos de Cubana de Aviación, metían el dinero en las bolsas para el mareo que llevan todos los aviones.

Finalmente, las planillas para registrar las reservaciones que nos hacían por vía telefónica desde Estados Unidos estuvieron listas e instalamos una batería de telefonistas en la planta baja del Sheraton para recibir las reservas. Pero surgió un problema que se hizo cada vez más angustioso. Día a día resultaba más difícil para Fred Fuentes, nuestro hombre en Miami, dueño de la compañía Mickey Mouse de charter aéreo, alquilar aviones para nuestros vuelos. Hasta que una noche llegó a Kingston nuestro abogado estadounidense Michael Standard, quien nos explicó las razones. Michael era uno de los cinco socios del bufete Rabinovich, Boudin, Standard, Krinsky y Liberman, que durante años había representado los intereses del Estado cubano en Estados Unidos y cuya contratación yo había sugerido tras pedir la opinión del Secretario del Banco Nacional de Cuba, quien me había dicho: “Nada más que por la lealtad que han demostrado, merecen todo lo que les hemos pagado”. Michael nos explicó que estábamos violando las leyes yanquis

relativas al turismo, una de las cuales decía que para sacar turistas de ese país había que garantizar financieramente los fondos para pagar el transporte de regreso, cosa que ni se nos había ocurrido hacer puesto que no operábamos en ese país. Los gringos nos estaban “apretando” cada vez más para ver si acabábamos de entender el problema y tomábamos las medidas del caso sin provocar una interrupción total de la operación.

Como resultado de esto, recibí instrucciones de salir cuanto antes hacia Nueva York y resolver el problema con la asesoría de Michael y del bufete. Y así fue como una noche de marzo de 1979 aterricé en esa ciudad. Me encontré con Michael en el aeropuerto y este me llevó a las oficinas del bufete en 42 street y 5th avenue. Allí conocí a los demás socios y me enteré de que debía pernoctar en casa de Raulito Roa, nuestro embajador ante las Naciones Unidas, lugar que consideraban seguro, pues en esa ciudad ya habían matado a tiros al compañero “Pechuga”, diplomático cubano ante la ONU.

A la mañana siguiente, partí solito para el aeropuerto Laguardia donde debía tomar el shuttle para Washington. Allí habría una reunión con los funcionarios estadounidenses a la que asistí junto con Michael. En el encuentro nos sentamos en una mesa en la que había no menos de 20 personas que hablaban y a las cuales les entendía no más de 20%. Por consiguiente, a cada rato me viraba hacia Michael y le preguntaba qué decían. En fin, el meollo de la cuestión era que debíamos dar una garantía financiera de USD 750.000 para asegurar el retorno de los turistas que llevábamos a Cuba, y cuando dije que podíamos depositar esa suma, el funcionario principal de los gringos levantó los brazos y exclamó: “¡Entonces no hay ningún problema!”. Esta actitud, que me llenó de asombro, me hizo pensar que el Gobierno estadounidense tenía mucho interés en el turismo comunitario hacia Cuba.

Llamé a Cuba pidiendo que me enviaran la suma solicitada por las autoridades yanquis y quedaron en transferirla vía Panamá, pero después, cuando me comuniqué con el representante del Banco Nacional de Cuba en ese país, el “Guajiro” José Peña, él me comunicó que no había recibido ninguna transferencia destinada a mi operación. Llamé nuevamente a La Habana y desde nuestras oficinas me confirmaron la transferencia. Entonces decidí viajar a Panamá y tomé un vuelo de Branif que llegaba a las 4:00 de la madrugada. En el aeropuerto me esperaba nuestro representante de Cimex en Panamá, Víctor Peña, con una cara de cansancio que daba lástima. Me reclamó por qué no había podido elegir un vuelo que llegara a una hora más normal. Me excusé diciéndole que era el primero que salía desde Washington. Después le pregunté: “¿Qué hay de una transferencia que me mandaron y que requiero con urgencia?”. Y Víctor me contestó que alguien había enviado USD 750.000 a su cuenta personal, que él no había pedido ni necesitaba. Entonces me reí y le dije: “Víctor, tú vales por lo menos USD 750.000”.

Finalmente el dinero llegó a la representación del Banco Nacional de Cuba en Panamá y el “Guajiro” Peña (no confundir con Víctor Peña) conformó una carta de crédito por la cantidad requerida a cobrar en el Swiss Bank Corporation de Nueva York, situado en los pisos bajos de las ahora fatídicas torres gemelas del World Trade Center.

De regreso a Nueva York, Michael Standard y yo empezamos a zapatear las calles de esa ciudad buscando un banco que aceptara una carta de crédito por USD 750.000 emitida por el Swiss Bank Corporation a los efectos de establecer un depósito de garantía para la contratación de los vuelos de regreso de los turistas que llevábamos a Cuba. El asunto era que debía ser un FDIC Bank, o sea, un banco con un seguro estatal para sus depositantes. Finalmente la cuestión se resolvió en Miami a través de un pequeño banco

propiedad de unos judíos cubanos radicados desde hacía años en Estados Unidos.

Me trasladé a Miami y me alojé en casa de Fred Fuentes por razones de seguridad. Nos movíamos juntos a todas partes en su Cadillac del 77, con un teléfono móvil en el carro que me permitía hablar hasta con La Habana y un Magnum 44 a la mano por si acaso nos hacían un atentado.

Recibí de Cuba la proposición de establecer en Miami el centro de operaciones del proyecto comunitario, a lo que contesté que con dinero me atrevía a hacerlo. La respuesta fue “¡métele mano!”. Para ello debía establecer “mi propia compañía” por lo que le compré a un comunitario una firma en papel llamada Travel Services Inc. con la asesoría de un joven abogado de Miami, Ira Kurzban, que era subcontratado por la firma de abogados de Nueva York. En 48 horas ya tenía compañía y cuenta en el banco de los amigos judíos cubanos, y como se dice en ese país: I was in business.

Pero mi llegada a Miami había sido anunciada en la primera plana del Miami Herald con un titular que decía “Francés se hace cargo del turismo comunitario a Cuba”, y daban mi nombre, lo que no me hizo mucha gracia puesto que estaba solito en ese ambiente dominado por la mafia cubana en el exilio. El coronel José Luis Padrón me advirtió: “No te podemos dar protección en Miami, así que si tienes problemas, corre al FBI”.

Empecé a contratar personal, todos cubanos o cubanas, y alquilé un piso en la avenida 49 de Hihalea, distrito de Miami. Comenzamos a trabajar con el método que había diseñado en Jamaica, pero la demanda era tan grande que me obligaba a abrir vuelos con hasta tres meses de anticipación y a hacer las reservas y los

cobros correspondientes a 15 agencias de viaje. Aquello se volvió una tarea poco menos que imposible de cumplir manualmente. A todo esto se sumaba la engorrosa tarea de cobrar los vuelos. La dirección de Havanatur había exigido que los pagos se hicieran con cheques bancarios certificados o cheques de caja como también se les llama. Esos cheques que me mandaban las agencias, condición para que hiciéramos la reservación, yo los mandaba periódicamente a Panamá para que fueran depositados en un banco y reenviados a los Estados Unidos para su cobro. Eran tantos que los mandaba en dos o tres “gusanos” como llamábamos a esos sacos con zipper que se utilizan para viajar. Entonces le pedí a Fred Fuentes que localizara a unos programadores para que me diseñaran un programa de reservaciones y de cobros. Al poco tiempo me encontré cara a cara con dos informáticos, obviamente cubanos, que no solamente se comprometieron a diseñar el programa sino a darme servicio de computadora a través del teléfono. Así, un día de junio de 1979, me entregaron las máquinas y entrenaron para que las manejaran a las jóvenes cubanas de Miami ya contratadas, quienes recibían las reservaciones por teléfono e inmediatamente las introducían en la computadora. El día que empezamos a trabajar de esa manera me sentí como quien ha arribado al siglo XXI. También cambié el método de asegurar los fondos para los vuelos de regreso de nuestros clientes. En vez de hacer un depósito, seguí otro método que era depositar cada noche los “cashier cheks” de los pagos en un banco de Miami corresponsal del Royal Bank and Trust en Nueva York, que era filial del Royal Bank of Canada. El banco tenía nuestra autorización para primero, pagar de esos fondos a los transportistas aéreos; segundo, a la agencia de viajes que me vendía todos los servicios en Cuba y que no era otra que nuestra empresa turística Havanatur y, finalmente, poner a mi disposición el remanente. La demanda era tal que tenía que solicitar la autorización del Civil Aeronautical Board de Washington para vuelos que se realizarían

dos y tres meses después, con lo cual me entraba un torrente de dinero. No está de más decir que tuve que ir con mis dos informáticos cubanos a Nueva York para instalar en el banco canadiense una computadora que estaba enlazada con la que me daba servicio en Miami, clara demostración de asistencia técnica de caribeños subdesarrollados a un banco de Nueva York. ¡Subdesarrollados, pero aprendemos rápidamente!

A propósito de la contratación de personal cubano, me vienen a la memoria un encuentro en la puerta del ascensor con una cubana francamente espectacular desde cualquier punto de vista o ángulo desde el cual se la mirara. Subí a mi oficina y al rato mi secretaria me comunicó que me esperaba una candidata para trabajar como telefonista y operadora de computadora. Cuando entró resultó ser “la monstrea” que había visto en el ascensor, y pensé de inmediato: “¡A esta me la manda la CIA para una infiltración sexual!”. Sin embargo, me salvaron dos cosas: en primer lugar que yo estuviera profundamente enamorado de mi esposa cubana y, en segundo término, el hecho de que aquella muchacha tuviera una hamburguesa por cerebro y, por si fuera poco, totalmente ocupado por la problemática existencial del consumismo.

También recuerdo cuando contraté al gerente, que fue seleccionado por nosotros a pesar de que ya sabíamos, porque lo confesó, que había sido entrenador de la Brigada 2506, la de Playa Girón, en Guatemala. Trabajó bien, pero llegado el momento de las definiciones, ya bajo el gobierno de Reagan, nos traicionó como lo había hecho en 1961, cosa que no nos sorprendió.

Entre mi personal había un negro santero. Cuando les escribí a los jefes en Cuba, vía télex (quienes tenían una “supercomputadora IBM 860”), estos me preguntaron que quién me había autorizado

a adquirir esa máquina, lo que me obligó a explicarles que no era una máquina sino un negro santero que sabía tirar los caracoles para predecir el futuro.

Como ya dije, el negocio prosperó increíblemente, hasta tal punto que debía solicitar de una sola vez la autorización para hasta 180 vuelos al Civil Aeronautical Board, a raíz de lo cual sucedieron dos cosas. Primero, una mañana me citó el administrador del Aeropuerto de Miami para ofrecerme la construcción de nuestro propio counter y el correspondiente equipamiento para las maletas en la zona de embarque, y todo por cuenta de la autoridad portuaria. En segundo lugar, mi abogado de Washington especializado en cuestiones aeronáuticas, Alan Lear, también subcontratado por la firma de abogados de Nueva York, me comentó un día que se hablaba mucho de mí en la capital estadounidense, cosa que no me gustó dada mi paranoia. Al preguntarle a qué se debía mi “popularidad”, me dijo que era a consecuencia de que “tenía la operación charter individual más grande de Estados Unidos”. Una vez más, escribíamos en prosa sin saberlo.

Desde el comienzo de mi residencia en Miami me relacioné con el FBI y no por razones de seguridad personal, pero sí de los vuelos. Un día, el presidente del banco en donde tuve al principio las cuentas corrientes me puso en contacto con el jefe de la Brigada Antiterrorista del FBI en Miami, cuyo nombre era Joe Dawson. Acordamos reunirnos y que yo me presentaría bajo el seudónimo de “Pepe, el Gringo”. Joe había vivido de niño en Cuba, cuando su padre trabajaba en una sucursal de un banco estadounidense en La Habana. Era un hombre de 1,85 de alto, delgado, jovial, dicharachero y muy cubano en el trato. Fue el “policía bueno” durante mi estancia en ese país; con él intercambiaba informaciones a los efectos de impedir el sabotaje por parte de organizaciones contra-

rrevolucionarias, como Alpha 66 y otras, de los aviones que traían a los comunitarios a Cuba. Hacía solamente tres años que habían hecho volar un avión de Cubana de Aviación, procedente de Venezuela, en Barbados, con 73 personas a bordo, la mayoría de ellos deportistas.

Independientemente de recordarle a cada rato a Joe Dawson que la cuestión de la seguridad de mis vuelos era su problema, porque estábamos en Estados Unidos, decidí contratar nuestro propio servicio de seguridad en el aeropuerto de Miami, y para ello elegimos, obviamente, a cubanos. Cubanos para contrarrestar a cubanos, siguiendo el refrán de que no hay mejor cuña que la del mismo palo. Nos costaron unos USD 150.000 en total, pero nunca se produjo la voladura o el sabotaje de un avión nuestro.

Hubo otro tipo de incidentes protagonizados por los contrarrevolucionarios de Miami. Habíamos dado prioridad a los jóvenes de la Organización Antonio Maceo de cubanos revolucionarios residentes en Estados Unidos, para que fueran vendedores de los viajes a Cuba en Nueva York, California, Miami y Puerto Rico. En San Juan, Puerto Rico, una de las oficinas de venta estaba a cargo del joven Carlos Muñiz, quien me había impresionado por su inteligencia, valor y decisión. Una mañana me comunicaron que un comando contrarrevolucionario lo había acribillado a balazos el día anterior. Consternado, envié un télex a La Habana con la sugerencia de que había que ir al funeral y la respuesta fue tajante: “¡Debes ir a su funeral!”. Tomé el avión para San Juan ese mismo día. Allí me esperaba otro de los vendedores, un mulato del Partido Independentista, quien me recibió literalmente en la puerta del avión con una pistola Browning en la cintura. El joven no me dejó hasta por la noche, después de haber estado en el velorio de Carlos Muñiz, cuando me volvió a dejar en la puerta del avión en el que

regresé a Miami. Era un hombre simpático y al que le gustaba narrar anécdotas. En su apartamento, mientras esperábamos la hora de ir a al aeropuerto, me contó su vida y en especial la parte en la cual recordaba a una joven rubia y judía que había amado en Nueva York. Al preguntarle sobre ese amor y sus consecuencias me dijo: “¿Qué futuro podía tener ella con un puertorriqueño negro, comunista y zurdo?”.

Como era de esperar, nada sucedió, y los asesinos de Carlos Muñiz fueron capturados, igual pasó con los que ultimaron a “Pechuga” en Nueva York. La impunidad para los contrarrevolucionarios cubanos en Estados Unidos era y es una constante.

Pero el FBI es el FBI y hay que respetarlo por su alta capacidad profesional. Sobre esto tengo una anécdota que así lo demuestra: para dejar la casa de Fred Fuentes, en la cual viví con su familia durante unos 40 días, unos comerciantes cubanos judíos de Nueva York con los cuales ya Cimex tenía relaciones de negocio, enviaron a Miami a uno de sus socios de origen puertorriqueño a alquilar un apartamento amoblado en el edificio Charter Club, construido al borde del mar. Lo alquiló a su nombre y anunció que su “primo”, también puertorriqueño, lo ocuparía y pagaría la renta de USD 750 mensuales. El primo era yo con un nombre de fantasía. De esa manera empecé a residir en un precioso apartamento de una habitación, sala y dos baños en un lujoso edificio de Miami, con piscina, gimnasio, canchas de tenis y restaurante. A los pocos días llamé a Joe Dawson a su oficina en el FBI. La telefonista me preguntó de parte de quién y yo le dije que de “Pepe, el Gringo”, y sin inmutarse me puso en contacto con Joe. Como tenía informaciones que darle referentes a conocidos contrarrevolucionarios que habían sido vistos en Mérida, México, y que venían para Miami, le pedí una cita y me propuso desayunar juntos a la mañana siguiente en

un Samborg, la cadena de cafeterías de ese nombre. Le pregunté en donde quedaba y él me dijo: “De donde estás viviendo, a tres cuerdas en el Biscayn Boulevard”. Qué manera más sutil, pero directa, de decirme: “Te tenemos bien vigilado”.

Si bien residía en Miami, pasaba todos los fines de semana en La Habana. Tomaba uno de mis vuelos, que duraba 45 minutos, el sábado por la tarde, dormía en casa y regresaba a Miami el domingo por la noche. Pero a veces tomaba uno de los vuelos de la tarde y regresaba a Miami dos horas después en el mismo avión. Estos viajes relámpago se producían cuando me citaban y/o me llegaba un télex con el mensaje siguiente: “Trae los pasaportes esta noche”. Y los pasaportes eran una o dos docenas de bocaditos “medianoche” que mandaba a comprar en una cafetería cubana en Hihalea y llevaba personalmente, para que fueran devorados en la cafetería del aeropuerto José Martí de La Habana por mis compañeros de Cimex y de Havanatur. Más expedita era la respuesta a un télex que decía: “Pasajero Bustelo esperado con urgencia en La Habana”. Este mensaje quería decir que el café Bustelo en lata se estaba acabando en nuestras oficinas de La Habana. Y en el vuelo siguiente partían seis u ocho latas del producto.

Al estar en Estados Unidos las ideas centrales de su cultura, sobre las cuales está edificado ese país, se aprenden de personas sencillas que cumplen con su trabajo como les han enseñado o como dicen allá by the book. Como resultado de tantos vuelos, mi pasaporte francés estaba lleno de timbres de entrada y salida de Cuba y de Estados Unidos. Un día, un joven inspector de Inmigración en Miami, al mirar mi pasaporte me preguntó por qué razón residía en Cuba. Me quedé pensando en que él jamás entendería mis verdaderos motivos, así que en un raptó de lucidez le contesté: “Porque tengo negocios en Cuba”, con lo cual el inspector asin-

tió y aceptó mi explicación como la única racional posible. Para ellos uno puede residir en el infierno, pero se comprende perfectamente si lo hace por negocios. De la misma manera, cuando empezamos a exigir que los emigrantes cubanos entraran a Cuba con pasaportes cubanos, mi empresa, Travel Services Inc., los entregaba a cambio de USD 50. Yo, personalmente, llevé a Miami un saco de viaje, que en Cuba bautizamos “gusano”, con varios cientos de pasaportes recién hechos, y entonces me detuvieron en la aduana yanqui. Les expliqué la razón de esa carga, pero a ellos les pareció ilegal que llevara pasaportes para varios cientos de personas, entonces les dije: “Pero no están firmados por sus futuros propietarios y por tanto aún no son legales”, argumento que fue admitido inmediatamente por el funcionario en cuestión y los pasé sin contratiempo alguno.

Una mañana, recibí una llamada en mi oficina. Era mi hermano Víctor, quien me telefoneaba desde Managua. Había entrado por el Frente Sur y era en ese momento jefe de la mayor unidad policial de Managua y comandaba a los patrulleros de la policía. Así me enteré de su paradero y de este nuevo capítulo de su vida. Se mantuvo en la policía nicaragüense hasta que los sandinistas perdieron el Gobierno.

Mis frecuentes vuelos en medio de comunitarios me permitieron sentir lo que significó este acuerdo político para los cubanos de allá y de acá. Nunca olvidaré a un hombre de unos cuarenta y tantos años que al mirar las palmas reales durante el aterrizaje en La Habana, exclamó: “Que Dios bendiga a quienes han hecho esto posible”. Mucho después, cuando descubrí al padre de la antropología cubana, Fernando Ortiz, me enteré de que para él los dos pilares sobre los cuales está edificada la sociedad cubana son la familia y la amistad.

Del personal de Cimex y de Havanatur, la primera persona que fue enviada para ayudarme fue la “Payita”, exsecretaria personal de Salvador Allende en Chile, quien tuvo que emigrar a Cuba después del golpe militar de Pinochet. Ella salvó su vida a pesar de haber estado en el Palacio de La Moneda, aquel fatídico 11 de septiembre de 1973. Por tener nacionalidad francesa, además de la chilena, no requirió visa para ingresar en Estados Unidos. Contaba con toda mi confianza, y con su irresistible simpatía se convirtió de hecho en mi sustituta en la oficina. El primero en lograr una visa fue un enviado del coronel Padrón. Pudo ver e inspeccionar nuestras instalaciones y establecer contactos directos con las personas que le interesaban. Debido a mis costumbres un poco espartanas y a la falta de tiempo por el exceso de trabajo, aprovechaba sus estancias en Miami para acompañarlo a los restaurantes a los cuales éramos invitados por los banqueros amigos. Así conocí el famoso restaurante Joe, especializado en servir muelas de cangrejos moros, y el Mutiny, que además de su buena comida se caracterizaba por la belleza de las muchachas que atendían a los clientes. Pero mi recuerdo favorito son nuestros almuerzos en el Lobster House, en donde nos ponían un babero para que pudiéramos atacar sin piedad ni escrúpulo alguno las langostas que nos servían. No me avergüenza decir que yo trataba de no pagar las cuentas aunque fuera con dinero de mi empresa, cosa que mi invitado cubano notó, hasta que un día me dijo que pagara y yo le respondí que no tenía suficiente dinero. Entonces me dijo: “No hay problema, te presto dinero, tú pagas y después me lo devuelves”. Sin comentario.

Pero el viaje del representante del coronel Padrón a Estados Unidos no era para conocer gente y comer en restaurantes famosos, sino para tener una entrevista con el señor Bowen, jefe del Cuban Desk del State Department en Washington. Acompañé al coronel

a esa reunión, en la que, además, hice de traductor. Se suponía que el objetivo del encuentro era lograr una mejor coordinación, pero en realidad lo que hicieron fue solicitarme que vendiera mi compañía a una empresa estadounidense como American Express y que nos fuéramos de Estados Unidos. En la reunión también intervino un individuo de pequeña talla y de edad relativamente avanzada, el famoso Sumerfield, autor de las disposiciones de la Oficina de Control de Activos Extranjeros del Tesoro de Estados Unidos (OFAC), base del bloqueo gringo a Cuba, quien expuso (con una vehemencia tal que hizo que poco menos le saliera espuma por la boca) las violaciones que estábamos cometiendo a “sus” regulaciones. Sin mostrar desconcierto pero enérgicamente, el enviado cubano les respondió que no nos íbamos de Estados Unidos ni íbamos a vender Travel Services Inc. Bowen hizo énfasis en que esta era una orden del Gobierno estadounidense y el cubano, con mayor firmeza aun, les volvió a contestar que no nos marcharíamos. Todo esto se desarrollaba en un tono nada diplomático, que más bien puede describirse como de guapería cubana, y yo, como traductor, trataba de limar y suavizar las expresiones para evitar “una declaración de guerra”, pero el coronel Padrón, que sabía suficiente inglés como para entender lo que decía, me pidió: “Diles exactamente lo que he dicho”. Para rematar estaba presente Miles Frechet, quien iba a suceder a Bowen en el cargo y como estadounidense educado en Chile entendía perfectamente todo lo que se decía en español. Para resumir, abandonamos el State Department bastante conmovidos y partimos para la Sección de Intereses de Cuba en Washington, en donde nos recibió su jefe, el compañero Ramón Sánchez Parodi, a quien le contamos lo acontecido. Este, sin inmutarse, como hombre que había pasado por experiencias peores, nos tranquilizó y nos recomendó mantener la calma. Tenía razón. No pasó nada, nos quedamos en Estados Unidos y yo conservé “mi” propiedad de Travel Services Inc.

Sin embargo, subsistía un problema: carecíamos de suficientes aviones para responder a la gran demanda de pasajes que había. Eso explica que tuviéramos que contratar el viejo Boeing 707 de Mike Acosta, un cubano que había trabajado en Cubana de Aviación antes de la Revolución. ¡Es la única vez que he visto un jet con soldaduras en el fuselaje! Por lo tanto, no fue una sorpresa cuando una noche me comunicaron que el dichoso avión había tenido un accidente durante el proceso de “taxiar” antes del despegue. Se le había partido nada menos que uno de los tubos que soportan el tren de aterrizaje con 150 pasajeros a bordo. ¡Esa noche nacieron de nuevo!

Un día, Fred Fuentes me dijo que el representante en Miami del Civil Aeronautical Board (CAB), la autoridad aeronáutica de Estados Unidos, quería verme. Fuimos juntos a su oficina en donde encontré a un hombre nada simpático, quien lo primero que me dijo fue: “Quítese los espejuelos para el sol que me gusta mirar los hombres a los ojos”. Seguidamente hizo referencia a que yo salía mucho en los periódicos. En efecto, era víctima de un virtual acoso por parte de Zita Arrocha, reportera del Miami Herald, quien me había hecho varias entrevistas que salieron en primera página de su diario. Realmente no recuerdo cuál fue el tema que motivo ese encuentro, pero Fred Fuentes aprovechó la oportunidad de quejarse por la falta de aviones disponibles para nuestra operación. En efecto, yo había llamado por teléfono a varias grandes compañías aéreas como Pan American e Eastern Airlines y de todas había recibido un cortés rechazo, basado ya fuera en la opinión negativa de su departamento legal o de su aparato de seguridad. Ante la actitud del hombre del CAB, quien había dicho “ese no es mi problema”, Fred preguntó: “¿Podría contratar a Cubana de Aviación para mis vuelos a Cuba?”. Y el tipo no contestó sino que fue a una estantería de donde extrajo un grueso manual que consultó y su respuesta fue: “Por mí no hay ningún problema”. No podíamos dar crédito a nuestros oídos,

pues se trataba nada menos que del jefe del CAB en Miami. Resultó que habíamos descubierto que ¡el Convenio Aéreo Bilateral entre ambos países estaba aún vigente! Transmitimos o llevamos la información a La Habana, no recuerdo, y nos costó convencer a las autoridades de los ministerios del Transporte y de Relaciones Exteriores. Finalmente se firmó el contrato correspondiente, y un día se inauguró el servicio charter Miami-Habana-Miami de Cubana de Aviación. Pero para eso tomamos algunas medidas por si algún gringo a quien se le hubiera nacionalizado alguna propiedad en Cuba iniciaba una demanda de embargo del avión, un Il 62 M. Por eso cité a mi abogado, Ira Kurzban, al aeropuerto.

¡Aquello fue todo un acontecimiento! Televisión, prensa, funcionarios, todos estaban ahí: ¡Cubana de Aviación iba a operar en Miami! Al pasar por un salón con una enorme ventana, una mujer cubana que trapeaba el piso vio a través del cristal el fuselaje del IL 62 M con las palabras Cubana de Aviación, entonces soltó el trapeador de la sorpresa y exclamó: “¡¿Cubana en Miami?!”. Al parecer, había presenciado lo inconcebible.

Fred Fuentes, hombre de mundo y no un espartano revolucionario como yo, hizo lo que debía hacerse: mandó a comprar varias cajas de champaña que bebimos con los pasajeros durante el primer vuelo, en el cual, obviamente, viajamos. Llegamos a La Habana en un estado de euforia alcoholizada y al bajar del avión vinieron los abrazos de los asesores del ministro del Transporte, Orlando Borrego, mi amigo desde la época del Che, y Dixon, un joven ingeniero, y de los compañeros de Havanatur y de Cubana de Aviación.

Los vuelos de Cubana a Miami duraron hasta que un día elementos contrarrevolucionarios, con la complicidad de algunos de los cubanos que controlaban el aeropuerto, lograron estrellar un camión

de servicio de catering contra el morro del IL 62 M y dañaron el compartimiento donde va el radar. Ese incidente hizo que nuestra línea aérea suspendiera sus vuelos a Miami. La solución fue hacer un contrato con Belice Airways por cinco antiguos Boeings 740 con capacidad para 140 pasajeros, que nos brindaron un excelente servicio.

La operación era un éxito. En nueve meses vendí USD 70 millones en pasajes y transportamos a unos 83.000 turistas comunitarios. Pero era un “mal” negocio para el “propietario” de Travel Services Inc., debido a que lo que no me gastaba en aviones se lo pagaba a Havanatur por servicios en Cuba y me quedaba únicamente con lo necesario para cubrir mis costos que ascendían a unos USD 5 a 6 por pasajero. Así y todo el Internal Revenue Service me hizo pagar unos USD 125.000 en impuestos y dos años después reclamó unos USD 14.000 adicionales que también pagamos sin chistar. ¡Salimos más que bien!

Travel Services Inc. operaba con unas 15 agencias de viaje en los estados de Florida, Nueva York, New Jersey y California, pero los “malos” del FBI, los de la contrainteligencia, comenzaron a inquietarse por este despliegue y empezaron a solicitarme una entrevista que yo postergaba por simples razones de trabajo. Así, un día, después regresar de Cuba, fui al edificio del FBI a entregar regalos que había enviado el coronel Padrón para Joe Dawson y su jefe. No podía abrir la puerta de entrada de lo cargado que estaba y precisamente en ese momento llegaron en auto los dos sujetos de contrainteligencia que querían que yo los recibiera. Al ver la situación, realmente cómica, en la que un sospechoso visita al FBI con regalos para los jefes, no pudieron aguantar la risa, pero con toda cortesía me abrieron la puerta y no dejaron de recordarme que tenía un encuentro pendiente con ellos.

Finalmente se produjo la reunión en mi oficina. Me explicaron que ellos no tenían nada en contra del turismo comunitario a Cuba, por el contrario, y me recomendaban no salirme de ese campo para entrar en otros, que no especificaron. Seguidamente me dijeron que las distintas visas de entrada que yo había solicitado para “personal” cubano de Havanatur, eran para oficiales muy conocidos del Ministerio del Interior cubano que ellos tenían perfectamente identificados y que no disponían de suficientes recursos para “atender” simultáneamente a todos esos “visitantes”. Es decir, que estaba provocando una crisis en los servicios de seguimiento y rastreo del FBI. Así que de inmediato transmití el mensaje a Cuba.

Poco a poco, gracias al dinero, y lo teníamos, la gente de Cimex y de Havanatur que había logrado obtener visas de entrada a Estados Unidos se volvió muy populares en los medios comerciales de Miami. Compraban de todo, particularmente elementos necesarios para la Cumbre de los No Alineados que se celebró en 1979 en La Habana. Enviábamos las mercancías por avión a Cuba. También las armerías se convirtieron en nuestras proveedoras: les compraron elementos destinados a la Policía Nacional Revolucionaria cubana.

Además de las tareas como “propietario” de Travel Services Inc., me asignaban otras, tales como comprar todo lo que había en la Librería del Congreso sobre ratones, para que se documentaran en Cuba quienes habían recibido la misión de controlar al máximo esos roedores; y mandar a confeccionar cuatro uniformes de general estadounidense sin las insignias correspondientes, talla 46 large, encargo que transferí a mi amigo y abogado Michael Standard en Nueva York. Este después de escuchar el pedido me dijo: “Charles, ¿te das cuenta de lo que me estás pidiendo?”. Él suponía, y con razón, que los uniformes eran para un cubano alto, con barba y fornido.

Cuando se produjeron los sucesos de la Embajada del Perú, llegó la orden de comprar todas las películas Polaroid que hubiera en Miami y llevarlas esa misma noche a Cuba. Recorrimos todas las tiendas y vaciamos la ciudad de esas películas. Se trataba de fotografiar a los cerca de 10.000 individuos que habían entrado en esa embajada para dotarlos de pasaportes a fin de que abandonaran el país. Como es sabido, ese fue el detonador de la operación masiva de salida de la isla por Mariel. Alquilamos un Cessna bimotor y esa misma noche volamos a La Habana, y llegamos cuando los últimos bloques de manifestantes convocados por el Gobierno desfilaban por la 5ª avenida frente a la Embajada del Perú, en señal de repudio a los que se habían asilado en ella.

Pero los gringos que dejaban hacer, no dejaban de tomar nota de todo lo que enviábamos para Cuba y unos años después, en 1982, bajo el Gobierno de Reagan, utilizaron esas informaciones como pruebas ante un gran jurado integrado por cubanos de Miami, que nos halló culpables de violar el bloqueo. Esto dio lugar a que se emitieran órdenes de arresto contra Fred Fuentes, contra varios más y contra mí para que fuéramos sometidos a juicio. Las órdenes de aprehensión aún siguen vigentes después de veinticinco años. Las penas que nos iban a aplicar contemplaban el pago de una multa de USD 250.000 y 10 años de prisión! Los juicios, que se realizarían en Miami terminarían, por supuesto, en una condena segura.

Como finalmente había vendido Travel Services Inc. a una empresa gringa, nada menos que a la de Fred Fuentes, American Airways Charter, también la embargaron pero no pudieron quedarse con los aviones que tenía: un DC-3 y dos Cessnas 402, porque un buen amigo estadounidense nos avisó el día antes de que se fuera a producir el embargo y los trasladamos a tiempo a Cuba.

Fue así como, en 1982, terminó esta aventura personal, pero no los vuelos a Cuba ni el turismo comunitario, que continuaron, pero bajo modalidades diferentes y sin nuestra participación. Lo que queda claro para mí es que, como la administración yanqui no pudo con nosotros en el “mano a mano” iniciado en 1978, tuvo que recurrir a la fuerza para impedir nuestra exitosa presencia dentro de Estados Unidos de América.

En nuestra sede de Cimex, en La Habana, pasé a desempeñarme como vicepresidente de Finanzas, gracias a una contabilidad bien diseñada por mi amigo Darío Ortega, antes de que fuera enviado a Panamá a sustituir a Víctor Peña, y a María Mesir, una excelente contadora que los primeros días de cada mes tenía el balance mensual de la sociedad. Pero Cimex era también fuente de continuas aventuras político-comerciales.

Nunca supe de quién fue la idea, yo solamente la llevé a cabo siguiendo instrucciones. La tarea consistió en transformar un barco ferry japonés de unas 2000 TM de desplazamiento en un barco con “terraza grill”, escenario para espectáculos, comedor con aire acondicionado y bar. La embarcación debía llevar un espectáculo con artistas del famoso cabaret Tropicana y presentarlo todas las noches en Cancún, estado de Quintana Roo, México. Entre las artistas seleccionadas había ocho mulatas tipo “devoradora de hombres”, y cuando mi esposa y secretaria las vio, me dijo: “Desde luego que yo voy contigo en ese barco, como ayudante”. De más está decir que le comuniqué al representante del coronel Padrón este must de mi esposa, y él fue lo suficientemente comprensivo como para autorizar su viaje.

Pueden imaginarse el viaje por mar en ese barco con artistas, tripulantes y hombres ranas que, cuando estábamos fondeados en algún

puerto mexicano, cada dos horas recorrían el casco del barco para cerciorarse de que nadie hubiera colocado una mina.

La noche de la inauguración en Cancún se hundió una de las dos lanchas de 14 pies que llevábamos para ir a tierra. Cuando me lo comunicaron me excusé ante mis invitados. Entonces me puse un bañador y a continuación el primer oficial y yo nos tiramos al mar para, primero, desconectar el motor fuera de borda y subirlo a bordo, para, seguidamente, rescatar el casco de la lancha. Cuando los artistas de Tropicana (y espero que también las mulatas de fuego que llevaba) me vieron saltar al mar “lleno de tiburones” a eso de las 23 horas, según ellos, mi reputación y el respeto que me expresaban llegaron al máximo. Pero yo tenía mi ayudante al lado ¡y de manera constante!

Finalmente nos establecimos en el puerto de Cozumel. A las dos semanas regresé a Cuba con mi esposa, y dejé el espectáculo a cargo de una especialista en la materia. Volví a la semana siguiente para comprobar si todo marchaba bien y la encargada me informó que “había paz sexual”. Le pedí que me explicara qué significaba ese término y ella dijo: “Fulanita se acuesta con el capitán, menganita con el primer oficial, sutanita con el médico, etc. Todas están debidamente acopladas y ¡hay paz sexual!”... Sin comentario.

En 1982, Cimex, que comenzó sus operaciones con un “préstamo” de USD 20.000, ya tenía cuatro años y poseía unos USD 100 millones en efectivo, que yo, como vicepresidente de Finanzas, tenía en depósitos en distintos bancos internacionales. Conscientes de nuestra ignorancia, manteníamos esos fondos a plazos fijos de 30 días y tuvimos la suerte de que en esa época la tasa de interés del dólar llegara a ser ¡hasta 21% anual! Fruto de esa exitosa operación financiera, ¡ganamos unos USD 20 millones en intereses! El coro-

nel José Luis Padrón asumió de hecho la dirección. Ya lanzados por la vía de utilizar “medios capitalistas” para el desarrollo del socialismo, logramos que se aprobara un decreto ley que definía el estatus de empresas extranjeras y mixtas en Cuba, pero que quedó inoperante hasta después del derrumbe del campo socialista. Una vez más nos anticipamos, pero esta vez no más de cinco años.

Sin embargo, nuestra situación de alta liquidez nos permitió brindarle una nueva ayuda a la patria. Una noche vino a visitarnos Ricardo Cabrisas, ministro de Comercio Exterior, con Lezcano, director de la empresa Cubazúcar, para proponernos un negocio. El Ministerio de Comercio Exterior tenía varios contratos de venta de azúcar sobre la base de lo que se denomina “precios promedio semestrales”, vale decir que la venta se efectuaba al precio promedio del azúcar spot durante los últimos seis meses y precisamente en esos momentos el precio spot había caído por debajo de 6 centavos, más de 3 por debajo del promedio semestral. Y Cuba no disponía de azúcar suficiente para honrar sus contratos. Por consiguiente se trataba de que nosotros compráramos el azúcar necesario, unas 400.000 toneladas, que el ministerio vendería a 9 centavos y nos quedábamos nosotros con la diferencia. El coronel José Luis Padrón me llamó y me preguntó si teníamos suficiente dinero para esa operación. La idea era invertir por unos pocos meses alrededor de unos USD 40 millones para ganar más de USD 20. Le contesté afirmativamente y partí para París con mi secretaria, mi esposa, a comprar y a vender azúcar. En realidad ni compré ni vendí, eso lo hizo Cubazúcar: yo solamente abría cartas de crédito a través del Credit Lyonnais para las compras y cobraba cartas de crédito por las ventas.

Cuando llegué a Londres, tomé un taxi para dirigirme al que yo creía que era el edificio de la importante empresa Cubazúcar y

cuando llegué a la dirección correcta, resultó ser la sede de la embajada cubana, ya que Cubázar no era más que una simple oficina en la cual solo trabajaba su representante, el compañero Antonio Peiteado. Repuesto del shock, escuché una conversación telefónica entre Peitado y un vendedor de otra gran empresa del mundo azucarero durante la cual, después de hacerse bromas y de fijar un compromiso para almorzar juntos, Peiteado le pidió que le cotizara varios contratos de azúcar de 10.000 TM cada uno, oferta que el vendedor aceptó. La charla terminó cuando Peiteado le dijo a su contraparte: “Te enviaré un télex confirmando la orden”. Me quedé asombrado por la forma de hacer negocios entre las grandes firmas azucareras sobre la base de “un apretón de manos telefónico”, como si fueran dos campesinos que acaban de negociar una vaca.

Para llevar a cabo mi tarea alquilé una oficina amoblada en el Opera Commercial Building, cerca de la plaza de la Ópera, en París. Mandaba instrucciones a los bancos desde el télex del edificio, y seguramente los operadores franceses pensaron que yo estaba loco o era un traficante de drogas por las cifras que mencionaba.

Nos alojamos mi esposa y yo en un pequeño apartamento que mi madre alquilaba en Ivry sur Seine, la comuna roja, en unos edificios para obreros. Viajábamos en metro y comíamos en un restaurante familiar cercano a la oficina para minimizar los gastos. Toda la operación duró alrededor de mes y medio. Y en ese contexto me tocó “involucrarme” en la celebración del Premio Nobel de Literatura 1982.

Gabriel García Márquez solía venir a almorzar con nosotros en Cimex por dos razones. La primera, porque nos cocinaba Erasmo, el único chef cubano que, a mi juicio, merece ese título, si no por su arte, por su personalidad y educación. La segunda, porque los altos oficiales de las Tropas Especiales tenían, además de sus

impresionantes historias militares, inquietudes intelectuales, entre ellas la literatura. Tuve por tanto la oportunidad de conocerlo y de tratarlo. Lo llamaba “Maestro” pues había leído su escrito sobre el único encuentro con su ídolo, Ernest Hemingway, al que divisó al otro lado de la calle y solo pudo gritarle “¡Maestro!”, ante lo cual Hemingway le sonrió y lo saludó con la mano.

En medio de la operación azucarera tuve que viajar de urgencia de La Habana a París y solamente había pasaje en primera clase. A bordo del avión me di cuenta de que este no despegaba a la hora y me informaron que el retraso se debía a que estaban esperando a García Márquez, quien volaría a Europa a recibir el Premio Nobel de Literatura, y que en esos momentos estaba conversando con su amigo Fidel Castro en un salón del aeropuerto de La Habana. En un momento en el que me acerqué a la puerta del avión vi a García Márquez subiendo y al verme me dijo “¿Hombre, tú aquí?”. Y le contesté: “Seré su escolta hasta Madrid”. Una vez sentado, desde el capitán del avión hasta las aeromozas, todos se acercaron a pedirle autógrafos. Pasada la avalancha, me invitó a que me sentara a su lado y me dijo: “Estaba con Fidel, y le comenté que por primera vez habrá una fiesta popular en ocasión de un Premio Nobel, que se hará en mi honor en un estadio de Estocolmo y será organizada por latinoamericanos residentes. Fidel me dijo que por qué no se lo dijiste antes para hacer subir al avión unas mil botellas de ron para la gran fiesta”. No dije nada, pero inmediatamente me puse a pensar en cómo cumplir ese deseo de Fidel y antes de aterrizar le comenté al escritor: “Maestro, es posible que podamos conseguir el ron que le ofreció Fidel”. Y me dijo: “¿En serio?... ¡Trata de lograrlo!”. Y al despedirnos en Madrid agregó: “¡Acuérdate de lo del ron!”.

Cuando llegue a París le encargué a mi secretaria y esposa que me localizara 1.000 botellas de ron en una empresa de comercio exte-

rior cubana en Holanda. Cuando hablé con el vendedor me dijo que solo tenían botellas chicas, por lo que contesté que entonces me harían falta unas 2.000. Hice el pago por una transferencia desde uno de nuestros bancos en Londres y luego de hablar con el embajador de Cuba en Suecia, este me dio instrucciones y las hice enviar directamente a la Embajada de Cuba en Estocolmo.

Me contaron que cuando en Cuba leyeron las noticias sobre la gran fiesta popular que le habían organizado a García Márquez “con el ron de Fidel” hubo gran extrañeza, y el primer sorprendido fue el propio Fidel. Luego llegó a Cuba una protesta diplomática del Ministerio de Relaciones Exteriores de Suecia pues consideraba impropio que una embajada importara 2.000 botellas de ron.

Por lo menos para mí, el asunto se aclaró al finalizar el año 1982 durante una recepción. Al entrar uno de los dos invitados de honor, el propio García Márquez, después de divisarme me dijo: “¡No más ron!”. Y me contó que Fidel le había preguntado algo inusual: “¿Quién cumplió tan bien, una orden que no di?”. Al poco rato llegó Fidel y al hacer su entrada, García Márquez me señaló con el dedo y le dijo a Fidel: “¡Ese es el del ron!”. Saludé al Comandante y le expliqué: “Me tomé la libertad de cumplir con su deseo”, luego de lo cual Fidel preguntó: “¿A qué vino la protesta diplomática sueca si el ron fue pagado y dedicado a una actividad cultural?”. Y esa fue mi participación personal, con el dinero de Cimex, en el Premio Nobel de Gabriel García Márquez. Hoy en día, eso sería imposible, así como llevar un show de Tropicana a México en un barco preparado para tal efecto. ¡Esos tiempos ya pasaron, pero cómo nos divertimos cumpliendo esas misiones!

Existe, en lo social, el mismo principio que en biología: una estructura rechaza cualquier elemento introducido en su sistema que no

considera compatible con su naturaleza, de la misma manera que en una estructura biológica la introducción de células que no tienen el mismo sello genético desencadenan una reacción de rechazo o de absorción. Finalmente, cuando Cimex, en 1985, dejó de ser una operación especial del Minint, se transformó al poco tiempo en una empresa socialista más, regida por la burocracia estatal. Pero yo, ya no estaba ahí. ¡Habíamos sido capaces de crearla de la nada, pero ya no se nos consideraba con la capacidad necesaria para seguir haciendo lo que ya habíamos hecho! Fuimos sustituidos por los burócratas.

A decir verdad, el trato recibido por parte de la burocracia estatal fue ofensivo. Ser tratado como un fracasado después de haber ayudado a construir dos exitosas empresas y de llevarme de Estados Unidos el “diploma de buen comportamiento”, como fue la orden de arresto emitida por el fiscal de La Florida para someterme a juicio por haber, según él, roto el bloqueo estadounidense a Cuba, fue una expresión de la política de las camarillas burocráticas que nada reconocen, para así no iniciar una nueva administración bajo las sombras del éxito de la anterior. La indignación resultante me hizo pensar en desplazarme hacia otros lugares del mundo.

## VIDA FRÍVOLA EN MARBELLA Y REGRESO A CASA

Es cierto eso de que toda experiencia aporta algo, en el sentido de que deja un acervo positivo, aunque no sea más que el conocimiento como resultado de algún acontecimiento desafortunado o sin trascendencia particular. En ese sentido, puedo decir que conocí al jet set europeo, a los personajes de la revista española *Hola*, que no me impresionaron y solo me hicieron recordar el libro *La clase ociosa*, de Thorstein Veblen.

Extraño destino para un aventurero revolucionario el de conocer la antítesis del mundo en el cual había vivido. Desde donde viven los desheredados de la tierra hasta donde habitan quienes la poseen o al menos usufructúan de ella.

Meses después de haber dejado Cimex, que ya estaba en manos de funcionarios enviados por las altas instancias, supongo que para “deshacer entuertos”, me encontraba en España en donde, en virtud de pasadas conexiones, me convertí en el administrador de una sociedad hotelera que había adquirido un hotel 5 estrellas anexo a un campo de golf de gran reputación, gracias a una generosa hipoteca. Estaba situado en Marbella, Andalucía, a una distancia que permite a simple vista ver “las columnas de Hércules”, o sea, el Estrecho de Gibraltar.

Me acompañaba mi esposa, como siempre, pero ya empezaban a notársele los síntomas de una esclerosis múltiple que había sido

detectada en 1985. Así y todo, con un ánimo extraordinario, se adaptó a la vida que emprendimos.

Marbella era un típico pueblecito pesquero español sobre el Mediterráneo en la mágica región de Andalucía, con casas blancas encaramadas en una suave loma al borde del camino, que ni siquiera tenía carretera que la comunicaba con Málaga, y para llegar a él se alquilaban “burros taxis”.

Alfonso de Hoenzollem, auténtico miembro de la familia real alemana, adquirió terrenos al borde del mar a un par de kilómetros de Marbella y en ellos construyó un bar restaurante, de típica arquitectura andaluza y con cabañas a su alrededor también del mismo estilo, que denominó el Marbella Club y después empezó a llamar a sus amigos en todo el mundo. Y comenzaron a llegar aristócratas europeos, artistas de cine, personajes del jet set y todo ese entourage. Así nació la Marbella turística e inició su crecimiento gracias a las obras de Banus, socio fuerte de Franco, quien construyó con gusto y éxito una marina rodeada de edificios de apartamentos y tiendas. Arribaron los ricos árabes, entre ellos el rey Fa de Arabia Saudita, quien se construyó una casa idéntica a la Casa Blanca de Washington. Y llegaron los ingleses, con lo cual brotaron los pubs y los bares con nombres anglosajones y, desde luego, los campos de golf. A Alfonso de Hoenzollem se agregaron los Bismark, los descendientes del Canciller de Hierro, y entre los que destacaba la bella Gunila Von Bismark, personaje cumbre del ambiente marbellí. A los pocos años el dormido pueblo de Marbella había sido sepultado por edificios modernos de hormigón. En 1990, el precio del metro cuadrado de terreno al borde del mar cerca del Marbella Club alcanzaba ya los USD 600.

En esa localidad, considerada una de las mecas de “la gente bien” europea y completamente virada hacia los ricos ingleses, que descubrieron e hicieron la Costa del Sol a espaldas de una historia

de increíble riqueza como la de Andalucía, por donde pasaron y se establecieron griegos, cartagineses, romanos y árabes, viví seis años utilizando no más de 10% de mi cerebro, ya que no había ocupación para el resto. Marbella ha recibido las visitas del androide Michael Jackson, de Tina Turner, pero jamás se ha presentado allí un ballet flamenco, ni un concierto del Camarón de la Isla o de Paco de Lucía, quienes, dicho sea de paso, nacieron a menos de 100 kilómetros de Marbella.

Por suerte, encontré en Marbella a un cubano que había conocido en Cuba cuando estaba en Cimex. Obviamente no era un castrista y mucho menos un comunista. Tenía una fortuna personal que le permitía un tren de gastos a la altura de las personalidades más ilustres de Marbella, sin incluir a los jeques árabes y al rey Fa de Arabia Saudita. Había empezado en la vida empujando una carreta de verduras de un chino que vendía por las calles de La Habana Vieja; emigró a los 17 años a Estados Unidos en donde estudió. Había tenido que rehacer su fortuna tres veces después de varias quiebras. Por consiguiente, fueron seis años de continuas discusiones sobre Cuba, él criticando y yo defendiendo, durante las innumerables cenas a las cuales él nos invitaba a mi esposa y a mí. Pero el ser humano no es solo homo politicus, es mucho más, y sobre esa base establecimos una gran amistad que duró hasta su muerte prematura.

No hablemos de playas en Marbella. El mar está contaminado hasta lo último, al menos para mí. Durante mi última experiencia playera tuve que nadar acompañado por un condón usado que flotaba en el agua. Por eso, la gente bien va a las piscinas que están a 20 metros del mar. Almuerzan en los hoteles de lujo y luego de descansar por la tarde se preparan para la cena y la visita a una discoteca, ya sea la de Olivia Valere, la de Regino o la del Hotel Andalucía. Por lo tanto, los negocios exitosos en Marbella son restaurantes y bares,

así como las discotecas, cuyos propietarios se transforman, en la medida del éxito que logran, en personajes de referencia que todo el mundo desea tratar como conocidos de confianza. Entre ellos estaba Paolo, un exmarinero muy inteligente y trabajador que logró montar el mejor y más caro restaurante de Marbella, el Meridiana.

De noche, en medio de las cenas, se relataban enormes negocios fruto más de la imaginación que reales. De que tenían dinero lo tenían, pero hablar de grandes operaciones era una forma de darse importancia ante los comensales.

En mi época aún había personajes relevantes con los que uno podía llegar a entablar amistad. Uno de mis preferidos fue Jean Negulesco, pintor rumano y director de cine en Hollywood, que contaba entre sus logros cinematográficos el primer Titanic, así como Jonny Belinda, Cómo casar a un millonario, Tres monedas en la fuente, entre otras. Los cuentos sobre sus experiencias en el París de la época de genios como Modigliani, Maurice Utrillo, Picasso, eran para mí los relatos de quien estuvo ahí con esos genios de la plástica, muertos de hambre, que eran sus amigos, y él, un joven rumano que recibía una generosa pensión de su padre y que por eso los convidaba a comer. Tuve el honor de que me invitara a la celebración de su cumpleaños en su casa del Marbella Club junto a sus amigos más cercanos, para los cuales él preparaba, personalmente, el almuerzo, ataviado con un delantal negro de camarero francés. Pensaba escribir un libro de cocina cuyo título sería *First we eat and then we make love*. Murió el día que cumplió los 92 años.

Estaba Soraya, la bella marroquí de origen berebere, exmujer del jefe de la aduana de Arabia Saudita, quien vivía en un palacio que tenía en la entrada del jardín inmensas puertas de bronce repujadas. Para sus fiestas hacía venir dos guardias del ejército marroquí

que recibían a los invitados montados a caballo con el sable desenvainado a manera de saludo. Soraya era, con toda razón, leal a su origen e historia. En sus fiestas la comida era marroquí así como la música y los intérpretes. Nunca olvidaré la noche en que únicamente invitó a mi amigo cubano, a mí y a nuestras esposas, y presentó a la mejor cantante de música típica de Marruecos para regalarnos sus canciones, que esta interpretó acompañada por un músico que tocaba una enorme guitarra que tenía no menos de 12 cuerdas. Esa noche descubrí, al menos, una raíz del flamenco.

Benito Palacios era un boliviano nacionalizado alemán, sociólogo y músico que cantaba acompañado de su guitarra. Él era también un personaje del jet set marbellí que tenía un restaurante frecuentado por la “gente bien” y que regentaba su bella esposa holandesa. A su inteligencia y a la agradable conversación que la que atendía a sus clientes, que no eran precisamente intelectuales, se agregaba su predilección por los huéspedes de origen latino. Establecimos una amistad que aún perdura en Cuba, hasta donde se trasladó, definitivamente aburrido de una Europa aún rica, pero esclerotizada.

Jim Baker era un estadounidense que de joven había sido crupier en el casino del Hotel Capri en La Habana antes de la Revolución, el mismo hotel en donde el social manager era George Raft, el gangster de las películas de los años treinta y cuarenta. Se había casado con la bella hija de uno de los integrantes de una de las familias mafiosas más famosas de Nueva York, que se llamaba Josefina, quien no cesaba de recordar lo feliz que había sido en la Cuba de antes. Tenían una enorme casa cuadrada con una gran piscina y los pasillos estaban decorados con réplicas de esculturas romanas. Sus invitaciones a cenar fueron múltiples y siempre agradables. Ambos eran particularmente cariñosos con mi esposa cubana.

Pero mi personaje favorito era Juan Romero. Este era un joven electricista que en una ocasión fue llamado para atender un problema en la Casa Chiquita en el Marbella Club, en donde conoció a la propietaria, la baronesa Antonela Von Kamp. Ella era belga, bella y rica, y se enamoró de Juan y este de ella hasta el punto de que se casaron. Después de la boda, Juan reveló un extraordinario talento para la decoración y para ser anfitrión de fiestas inolvidables. Como era inteligente, pícaro y tenía sentido del humor, al poco tiempo se había convertido en una estrella social en Marbella que sobresalía por su gracia, ingenio y por burlarse de sus conocidos. Cuando mi amigo cubano se compró un Cadillac convertible rosado, le puso el mote de “la pantera rosa”.

Lo conocí la noche que atendimos una invitación que nos había hecho a mi amigo cubano, a su compañera y a mí, a una fiesta que dio en un castillo situado sobre una colina en las afueras de Jerez. Cuando llegamos, tuvimos que ascender por un camino en el cual cada 100 metros había un enorme brasero con un fuego intenso, hasta que se desembocaba en una gran terraza en donde estaban tocando los artistas que hicieron famosa la canción “Macarena” y bellas parejas de niñas y niños bien de Jerez bailando sevillanas, ese baile que conjuga la elegancia con la gracia de un ballet. Quedé virtualmente cautivado por el bellissimo espectáculo que estuvo tan bien montado. Elegancia sin recargos, ese era el logro de Juan.

Una demostración de que la pareja Juan Romero-Antonela Von Kamp era “top” en Marbella fue la fiesta andaluza que preparó especialmente para Sean Connery y su esposa. Juan se encontró conmigo, me comentó lo de la fiesta y desde luego nos invitó a mi esposa y a mí. La sorpresa fue que también asistieron dos nietos del dictador dominicano Rafael Leonidas Trujillo, millonarios, jugadores de polo y aficionados a la guitarra y a la música flamenca. Algo aprendí sobre la familia de estos últimos cuando mucho tiempo después leí *La fiesta del chivo*, de Mario Vargas Llosa.

A mi querido amigo Juan Romero, un delincuente italiano lo mató de dos balazos por una discusión que se produjo después de un choque automovilístico, días antes de que fuera a Cuba a encontrarse conmigo para explorar las posibilidades de inversiones inmobiliarias en la isla. Por eso la policía española se interesó mucho por mi persona, buscó mis “expedientes” y, según me contaron, le dijeron a su viuda Antonela: “¡Usted no sabe quién es Charles Romeo!”.

Otro personaje muy famoso en España era el gran Antonio Ruiz, el más grande bailarín español que ha dado ese país. Era amigo de Juan Romero, y pasó a ser también mi amigo. Con aquel coincidimos en numerosas cenas en las que Antonio hacía de las suyas. Iba ataviado con un kékfir rojo y con numerosas medallas colgando de su cuello; los comensales creían que eran simples decoraciones; no se daban cuenta de que eran medallas de verdad ya que había sido condecorado por su talento en la mayoría de los países que había visitado para bailar, ¡y eran muchos! Para dar una idea de quién era Antonio, referiré que Jean Cocteau relató que cierta vez estaban aburridos en casa de Picasso, en el sur de Francia, y de repente llegó Antonio y todo cambió. Al poco rato todos bailaban y se divertían en grande. No creo que mucha gente hubiera podido llegar de golpe y porrazo a la casa de Picasso y ser inmediatamente bien recibido.

El cajero del banco en el que tenía mi cuenta corriente era espeleólogo y cuando lo veía hablábamos de la Cueva de la Pileta y de sus pinturas rupestres, lugar que yo había visitado con mi hija mayor, y que está a no más de 45 kilómetros de Marbella y muy cerca de Ronda. Yo había leído recientemente el espléndido libro de Jean Auel, *El clan del oso cavernario*, que describe minuciosamente las formas de vida de un clan de neandertales que adopta a una niña de tipo cromañón, o sea alguien como nosotros. Cuando entré al interior de la cueva y vi los restos carbonizados en el lugar en donde

sus muy antiguos habitantes habían hecho fuego, las pocitas en las rocas que utilizaban como lámparas de grasa animal y, sobre todo, las pinturas, que aun sin tener el esplendor y la belleza de las de Altamira o de las de Lescaux conmueven por ser expresiones del arte anterior a la historia, me sentí transportado 20.000 años atrás. Desgraciadamente, soy de los pocos afortunados que han visto esas expresiones de arte/religión/magia y que han estado en el hábitat de nuestros muy antiguos ancestros. Pues bien, mi amigo cajero me invitó a visitar con él zonas de la cueva no abiertas al público. Tuvimos que bajar y bajar por estrechos pasadizos hasta lugares que no habían sido habitados, pero que sí habían sido visitados por artistas muy probablemente y también por hechiceros, y allí estaban los dibujos “abstractos”, “los hombres pájaros”, “los platillos voladores”, en el aire y en la tierra, posados sobre patas. Signos misteriosos que algún día serán descifrados. Me acompañaba un gringo que estaba preparando un libro sobre pinturas rupestres y me sorprendió al decirme que ya había visto esos dibujos, ¡pero nada menos que en África! De ser así, se podría especular sobre el carácter universal del cerebro del Homo sapiens y sobre cómo reaccionaba de la misma manera en zonas y latitudes totalmente diferentes ante estímulos semejantes.

Mohamed provenía de una rica y respetada familia marroquí, con acceso al rey Hassan II, y tenía una casa en Marbella. Dominaba perfectamente el inglés, el francés y el alemán, además del árabe, desde luego, y establecimos amistad. Me invitó a su casa en Tánger, Marruecos, que está separada de Algeciras por no más de 13 millas. La estaban redecorando y ahí pude ver a artesanos marroquíes haciendo el mismo trabajo que había admirado al visitar el palacio de La Alhambra, en Granada, y descubrí así otra raíz del arte que puede apreciarse en Andalucía. No fueron árabes sino marroquíes los que civilizaron el sur de España y, como dice un per-

sonaje de la película Lawrence de Arabia, cuando Londres y París eran aldeas inmundas hace mil años, Córdoba ya tenía kilómetros de avenidas con alumbrado público y sus pobladores se bañaban. También compartí un couscous con Mohamed y sus trabajadores; todos comimos de la misma fuente, pero, no sé si por mi presencia o por el traspaso de tecnologías de una a otra civilización, comimos con cuchara y no con las manos.

¿En qué acontecimientos trascendentes pude participar durante mi estadía en Marbella? Pues ¡en ninguno! La vida transcurría de manera monótona: un periódico después del otro; una cena después de la otra, durante la cual había veces en las que debía hablar en tres idiomas diferentes por la variedad de orígenes de los comensales; y las caminatas diarias por las tardes con mi amigo cubano por los muelles de Puerto Banus lleno de yates, entre los que se encontraban los más grandes, propiedad de potentados árabes, pero que tenían tripulaciones inglesas. ¡Una cosa es poseer un yate y otra muy diferente es ser capaz de manejarlo!

Volver a casa pero, ¿dónde está? En donde existe algo a cuya existencia contribuí, en donde hay algo de mí y, por consiguiente, a donde pertenezco. No era Chile, no era Francia. Soy parte de Cuba, de su Revolución, quiéranlo o no algunos cubanos. Y por cierto, ¡Fidel nunca me botó de Cuba! Así que regresamos en pleno período llamado “especial”, cuando la Unión Soviética había dejado de existir, después de haber trabajado 30 años por ese nuevo mundo que había surgido en 1917 y que se desplomó por implosión. Al llegar a La Habana me encontré con mi amigo Orlando Borrego, quien llegó a mi casa en bicicleta aun cuando era asesor del ministro de Transporte, y le dije: “¡Empezamos de nuevo!”.

Pero las cosas habían cambiado. Seis años habían pasado. Mis vínculos se habían perdido. Ya no encajaba en el sistema burocrático.

Las operaciones especiales como las del Cimex habían pasado a la historia y ya nadie quería acordarse de ellas. Acudí a mis conexiones europeas y puse una empresa de importación que mantuve durante cuatro años. Posteriormente me dediqué a representar a empresas francesas que querían iniciar operaciones en Cuba.

Mientras tanto, la salud de mi esposa, aquejada de una esclerosis múltiple desde 1984, se agravó hasta el punto de que prácticamente no podía moverse y requería cuidados permanentes. Por suerte, tenía los recursos monetarios para hacerle frente, además del sistema cubano de salud que es gratuito. Fue una lenta agonía para todos, para ella, para mí, para su hija y para su madre, que duró hasta mayo de 2006 cuando falleció literalmente en mis brazos. Después de 38 años de matrimonio me quedé solo en nuestra casa de La Habana, con la responsabilidad de atender a mi anciana suegra.

¿Por qué el socialismo cubano no hizo implosión?

¡Buena pregunta! Todo el mundo, salvo los cubanos, lo esperaba cuando cayó el muro de Berlín. Se escribieron libros y artículos que pronosticaban el fin de la Revolución Cubana a corto plazo. ¿No será que la explicación radica en que los cubanos llegaron al socialismo sin habérselo propuesto conscientemente, con un abrumador apoyo popular a las medidas que los condujeron a ese estadio y de cuyos logros esos millones de participantes se consideraban corresponsables? Nadie los obligó, nadie se los impuso, todos lo aprobaron y todos se beneficiaron, y los que estuvieron en contra se marcharon voluntariamente al exilio. Porque durante la Revolución Cubana la distancia que separaba a sus dirigentes del pueblo que los seguía era muy corta y, como dijo el Che, los dirigentes podían sentir su aliento y hasta ser empujados por quienes los seguían.

Después del derrumbe de la Unión Soviética y de las llamadas democracias populares europeas, a los cubanos les tocó vivir la

etapa más dura de su Revolución. El PIB llegó a caer en 40%, se cerraron fábricas por falta de materias primas y de repuestos, se llegó a pasar hambre, pero la culpa no era de los cubanos ni de sus dirigentes. Durante treinta años organizaron su economía y su política exterior en colaboración con unos países que para todo efecto práctico dejaron súbitamente de existir como aliados y proveedores. Añádase a esto el recrudecimiento del bloqueo financiero y económico de Estados Unidos, que fue reforzado en 1995 con la Ley Helms-Burton en un intento de darle el tiro de gracia a la Revolución Cubana.

Pero los defectos de diseño del socialismo a la soviética que ellos habían copiado, atenuados durante tres décadas por una favorable relación de precios en el intercambio comercial con la Europa socialista y los créditos blandos que obtenían de esas fuentes, se revelaron abruptamente y mostraron todas sus consecuencias, principalmente la ineficiencia del sistema en el empleo de las fuerzas productivas. No obstante, ese no era el momento de dedicarse a la crítica sino el tiempo de resistir, y los cubanos resistieron y superaron poco a poco esa catastrófica coyuntura económica. Les tomó veinte años, hasta que el Gobierno consideró que estaban lo suficientemente fuertes como para examinar críticamente su organización económica socialista.

Tal ha sido la historia, a nuestro entender, y no las fábulas sobre un tenebroso aparato represivo, que habría oprimido a todo este pueblo durante dos décadas. Que el susodicho aparato existe, es verdad, pero ningún aparato puede amordazar y reprimir a 11 millones de cubanos que, recuérdese, fueron quienes hicieron su propia revolución.

¿Empezar de nuevo, pero cómo? Y nuevamente fue Fidel quien trazó la estrategia a seguir: primero resistir, resistir el impacto de

la brutal reducción de 80% del comercio exterior del país que, a su vez, ocasionó una disminución por el orden de 40% del producto interno de Cuba.

Lo automóviles casi dejaron de circular y fueron sustituidos por las bicicletas, en una de las cuales mi amigo Orlando Borrego, asesor del ministro de Transporte, venía a visitarme a mi casa. Se bordeó el hambre. Muchas fábricas dejaron de trabajar por falta de repuestos y de materias primas. Y en este nuevo escenario internacional no quedó más remedio que decretar el fin del objetivo igualitario en la sociedad cubana, al autorizar la tenencia de divisas por los cubanos y establecer cadenas de tiendas en donde se podían adquirir los productos que faltaban, pero pagando con moneda extranjera. Es cierto que el Gobierno estableció un impuesto a la venta del orden de 100% a los efectos de que los que tenían pagaran para sostener a la inmensa mayoría que no tenía, pero la desigualdad de oportunidades para el consumo devino una realidad.

¿Qué exportar para obtener divisas? ¿Qué habían desarrollado los cubanos para vender al exterior, además del azúcar, el níquel y el tabaco? Prácticamente nada, salvo las bases de unas futuras industrias farmacéuticas y biogénéticas. Así que hubo que improvisar a toda velocidad la venta de servicios turísticos, y este sector pasó a ser la locomotora de la economía con todas sus consecuencias que bien refleja un chiste del momento. Al preguntarle a un niño cubano qué quería ser cuando fuera grande, contestó “turista”. Chiste cruel en un país del Tercer Mundo, que refleja el encuentro de dos áreas de ese mundo en la más pobre de las dos. Pero, por otra parte, también refleja algo muy importante y es que para ese niño cualquier estatus profesional es alcanzable en un país en donde la educación era y sigue siendo gratuita en todos los niveles.

Como un boxeador que debe ganar tiempo para reponerse después de haber recibido golpes demoledores, así Cuba debió aguantar y por ello Fidel lanzó la nueva consigna: ¡Resistir!

Y se resistió y, ahora sí, llegó el momento de empezar de nuevo sobre la base de lo bueno ya logrado, buscando el camino que hay que descubrir por uno mismo. Chávez lo bautizó “el socialismo del siglo XXI”.

## BALANCE DE MEDIO SIGLO VIVIDO Y REFLEXIONES ECONÓMICAS

Como dice Walter Martínez en su excelente programa Dossier, que transmite Telesur, mi vida sigue siendo un acontecimiento en pleno desarrollo. Y mientras continúen los acontecimientos seguirá habiendo terreno para continuar viviendo “a mi manera”, porque es verdad lo que dice Fidel, que para el espíritu revolucionario no hay retiro.

Hace medio siglo elegí un tipo de vida aventurera y hoy me doy cuenta de que lo hice por la convicción de que hay que cambiar todo lo que debe ser cambiado. Lo aprendí en Cuba, después en Chile y en Venezuela. La cuestión es tener la suerte de participar en esos procesos que inician los líderes de verdad, los que logran que los sigan los demás porque son capaces de convencer en la práctica de que lo que se proponen es posible, de que lo que se considera imposible es posible. Esa contradicción de la lógica formal se resuelve porque en lo aparentemente imposible está latente la posibilidad de hacerlo. Es cuestión de ideas, imaginación, inteligencia y, sobre todo, de capacidad de convencer a los pueblos. Lo prueba el que esté en estos momentos escribiendo estas palabras en mi casa de La Habana a pesar de que 50 años atrás esperábamos con pleno convencimiento la invasión yanqui. “Sube escaleras Romeito, para fortalecer las piernas y poder escalar las lomas de la Sierra Maestra, ¡porque vienen!”, me decía el Che en 1960. Y en 1961 vino la invasión de Playa Girón que apenas duró 72 horas, luego la crisis de octubre de 1962, cuando más de una noche pensé

que no amaneceríamos a causa de un golpe atómico; y pasaron once presidentes gringos sin que pudieran acabar con el socialismo cubano que se desarrollaba a 90 millas náuticas de sus costas. Hoy, quizás, no se comprenda que hace medio siglo esta realidad era absolutamente imposible de considerar, así como otras, como la de que blancos y negros, tropicales, caribeños cubanos batieran a la poderosa Sudáfrica racista hasta lograr la independencia de Namibia y precipitaran el fin del apartheid en ese país austral. O que más de 25.000 médicos y personal de salud cubanos llevaran a Venezuela los servicios médicos a quienes nunca los habían recibido, y que cubanos y venezolanos hayan operado gratuitamente de los ojos a 1,8 millones de latinoamericanos. En fin, muchas cosas imposibles que se volvieron posibles.

Pero no solamente en Cuba lo imposible se hizo posible. ¿Quién podía pensar que Evo Morales, un indio aimara, pudiera ser elegido y reelegido presidente de Bolivia; que un fundador de las guerrillas urbanas Tupamaros en Uruguay, como Pepe Mujica, fuera elegido presidente de su país después de haber cumplido quince años de prisión; que una antigua militante de la resistencia armada en contra del régimen dictatorial brasileño, encarcelada y torturada por los militares de su país, también ascendiera a la Presidencia del Brasil; y menos todavía, que un joven oficial venezolano que trató de dar un golpe de Estado en 1992 y luego fue encarcelado, fuera elegido presidente en 1998 y reelegido varias veces, a pesar de encabezar una revolución cuyo objetivo es el socialismo. ¿Simple coincidencia? ¿O no todo lo que sembramos en los años sesenta y setenta del pasado siglo se perdió? En América Latina ocurren cada vez más acontecimientos en pleno desarrollo, en los cuales, para alguien como yo, es un privilegio poder participar. Esto me hace recordar el título del libro de Waldo Frank sobre Bolívar El nacimiento de un mundo, que expresa cómo siento hoy en día lo que ocurre en nuestra América.

Pero este nuevo mundo no está surgiendo como consecuencia de un asalto al poder, como creímos que debía ser hace treinta años. Hubo intentos como los de la Nicaragua de los sandinistas y el del Chile de Allende, pero fueron derrotados. Todo discurre más lentamente y por otras vías.

El viejo topo de la historia sale sorprendentemente en un continente en el cual el capitalismo, ahora en su fase neoliberal, ha logrado afianzar sus posiciones. Ni en Venezuela con Chávez, ni en Bolivia con Evo Morales, ni en el Ecuador de Rafael Correa, para mencionar los tres procesos de cambio más radicales hoy en día en América Latina, las fuerzas en pro de esos cambios a duras penas logran sobrepasar a 60% del electorado ya que 40% hace causa común con capitalistas y terratenientes, sumergidos y atados a un sistema que no pretenden ni quieren cambiar. El caso cubano fue sin duda alguna una excepción en aquellos años, durante los cuales no fue ajena la torpeza y la prepotencia de los gobiernos estadounidenses.

Inicié mi vida en el crepúsculo del colonialismo europeo y al mirar al mundo de hoy veo a una Europa vieja, cansada, esclerotizada y sin imaginación. A unos Estados Unidos que han iniciado estrepitosamente su declive y el fracaso de su sueño de guiar y dominar al mundo con una cultura en descomposición. ¿Qué se puede esperar de un pueblo en el cual sus estudiantes universitarios, entrevistados para una encuesta, declararon que Beethoven es un perro que conocieron en una película, que Miguel Ángel es un virus informático, que Checoslovaquia nunca existió, que las empresas gringas siempre han hecho negocios con Vietnam y que los automóviles coreanos siempre han circulado en su país? ¿Son estudiantes universitarios de un país que tiene 8.000 armas nucleares! El mundo bajo la espada de Damocles de unos provincianos analfabetos, ignorantes salvo de la técnica con la que se ganan la vida y amenazan

al mundo. Pero así y todo, Asia es cada día más para los asiáticos. Y el gigante Chino seguido del otro, de la India, avanza hacia el liderazgo económico del mundo. Y América Latina, paso a paso, cada día más para los latinoamericanos.

Se está creando un mundo distinto, pero bajo la amenaza del proceso de calentamiento global y sus secuelas. Y ese es un tema que se me escapa y que trasciende la problemática política, aunque para encarar este peligro inminente habrá necesariamente que actuar en el plano político internacional para tratar de lograr cambios en el interior de las naciones que están causando el problema. Es una fatalidad que a nuestros propios problemas en América Latina haya que agregarles una problemática que, en última instancia, está más allá de nosotros, pero nos afecta.

Y en Cuba, ¿cómo estamos?

Haber participado en el proceso de consolidación de la Revolución Cubana desde sus inicios me concede el derecho de opinar cincuenta años después sobre sus resultados, de los cuales me siento responsable en la medida de mi participación en ellos. No soy de los que reniegan de sus hechos bajo cualquier excusa para transformarse de participantes en críticos acusadores. A esas personas las desprecio por su falta de honestidad y valor para enfrentar las consecuencias de sus actos. Reconozco que se puede cambiar de ideas y de creencias con el tiempo, ya que como decía Bismark “únicamente los burros nunca cambian de opinión”, pero esto no exime a nadie de enfrentar lo que se hizo aunque ahora se lo considere como un error, lo que no es mi caso.

Tratamos de tomar el futuro por asalto y en Cuba creímos que lo habíamos logrado. El futuro existía en los países socialistas, con sus defectos sí, pero existía. Y un buen día ese futuro desapareció

y nos quedamos solos. Como un pintor que está pintando un muro montado en una escalera y al cual no se le parte la escalera sino que súbitamente desaparece el muro que estaba pintando y sobre el cual estaba apoyado. El golpe fue devastador, no solamente en lo económico sino también en lo espiritual.

Se había explicado durante treinta años que lo que se estaba construyendo, el futuro, era la realización de un sistema de ideas filosóficas, políticas y económicas con una contrapartida real en Europa; y si bien en la práctica nacional no todo era perfecto, hasta entonces los avances habían sido considerables y habían sido experimentados por todos los cubanos de la isla.

Pero los hombres son pragmáticos y durante los veinte años siguientes los resultados concretos empezaron a distanciarse del sistema de ideas sobre el cual se nos había explicado que se basaban las realizaciones de la Revolución. Por mucho que la propaganda oficial insista en que el pueblo cubano sigue teniendo el espíritu revolucionario de las primeras décadas, desgraciadamente no es así. Tres nuevas generaciones han surgido después del triunfo de la Revolución. El país, aún sometido al brutal bloqueo económico y financiero impuesto por los Estados Unidos, se ha ido quedando atrás tecnológicamente. La religión vuelve a florecer como respuesta a las inquietudes más profundas del hombre. La juventud quiere conocer y disfrutar de las novedades tecnológicas que han aparecido en los mercados externos, para cuyo manejo ha sido preparada por el sistema educativo imperante y exige poder ejercer trabajos cónsonos con su formación técnica y científica y salir a explorar el mundo.

Cincuenta años después de una profunda reforma agraria que limitó la tenencia de tierra agrícola a 27 hectáreas, que entregó gra-

tuitamente tierras a 130.000 campesinos y organizó el resto de la superficie bajo la forma de empresas agropecuarias estatales, el Gobierno cubano debió reconocer su fracaso al comunicar que 42% de las tierras estatales no estaban cultivadas (aproximadamente un millón de hectáreas) y que por tanto serían entregadas en usufructo a personas dispuestas a trabajarlas.

Cuarenta y dos años después de haber estatizado todos los servicios, así como industrias, bancos y comercios y haber prohibido la contratación de fuerza de trabajo por entidades particulares no estatales, el Estado cubano ha debido reconocer que sobra un millón de trabajadores en el sector estatal y que deberán ser despedidos para pasar a engrosar el área “no estatal” de la economía que incluirá hasta 181 actividades privadas diferentes.

La teoría nos decía que llegado el momento de la revolución política de los obreros y campesinos, generada por la concentración y la centralización del capital en manos de pocos propietarios, junto a la generalización de la pobreza entre los trabajadores, la expropiación de los medios de producción de los capitalistas permitiría la organización de un nuevo sistema económico, en el cual los antiguos capitalistas ya no serían necesarios.

La tenencia de los medios de producción y de reposición de la fuerza de trabajo pasa a nuevas formas jurídicas de propiedad y, por consiguiente, también deben cambiar quienes toman las decisiones sobre qué, cómo y para quién producir en cada empresa, así como en el conjunto de la economía. Más aún, las “reglas del juego económico”, o sea, su racionalidad, cambian: del objetivo de maximizar la tasa de ganancia posible sobre el monto del capital invertido, se pasa a otra racionalidad consistente en maximizar la satisfacción de las necesidades de la población con los medios disponibles.

La historia de Cuba confirma que se cumplieron las conclusiones teóricas del capitalismo y, por consiguiente, el necesario tránsito a una formación económica distinta y supuestamente superior, debido a una revolución social. Ahí está Cuba, junto a la República Popular China, la República Popular de Vietnam y la República Popular de Corea. Es la quinta parte de una humanidad, más de 7.000 millones de habitantes. ¿Todos están equivocados?

Pero el momento actual también confirma que en Cuba las soluciones jurídicas a la cuestión de la propiedad de las tierras y de los medios de producción, así como la nueva racionalidad económica instrumentada, que a su vez implica la solución de la problemática de la administración de los medios, no han estado ni al nivel de las expectativas ni al nivel de lo necesario para garantizar el pleno empleo de la fuerza de trabajo y de las tierras agrícolas disponibles.

Constatado lo anteriormente expuesto (el objetivo a lograr, según la teoría revolucionaria, y lo efectivamente logrado en medio siglo), nos preguntamos: ¿significa eso que el proceso revolucionario cubano ha fracasado? La respuesta a esta pregunta no es un simple sí o no.

El primer aspecto a destacar de la estructura y del sistema que fue establecido en Cuba, con sus variantes, a lo largo del medio siglo transcurrido, pero siempre basado en la preponderancia de la propiedad estatal de todos los medios de producción salvo en el sector campesino, particular y minoritario en el contexto de la agricultura del país, es la capacidad de centralizar todos los recursos del país de manera coordinada para emprender vastas tareas de alcance social imposibles de lograr de otra manera en el corto y mediano plazo en un país del Tercer Mundo. Alimentación asegurada para toda la población, liquidación del analfabetismo en un solo año, plena

cobertura médica y asistencial así como educativa, pleno empleo, capacidad organizativa en todo el país para enfrentar desastres naturales como los huracanes, además de la conformación de un eficiente y amplio sistema defensivo militar, son logros materiales históricos del proceso. A esto debe agregarse la transformación cultural que ha llevado a la población cubana a lograr una madurez intelectual y política que era mínima antes del triunfo de la Revolución, al haberse exorcizado las ideas y valores resultantes de sesenta años de neocolonialismo estadounidense y el desarrollado de un espíritu altruista que motiva a la gente a compartir con otros lo poco que tiene cuando hace falta. Todo ello, es cierto, con un manejo defectuoso de la economía estatal y un pleno empleo de baja productividad.

El segundo aspecto que hay que destacar es la capacidad de mantener su independencia política frente al agresivo imperialismo yanqui, pese a su bloqueo económico y político y a sus agresiones subversivas encubiertas, que le ha permitido jugar un importante rol en la política internacional que no guarda relación con su magnitud económica y poblacional. Es verdad que durante los primeros treinta años de la Revolución, Cuba contó con el apoyo económico, político y militar de la Unión Soviética, pero lo que hay que destacar es que ese rol se ha mantenido por veinte años, aun después de la desaparición de ese país, lo que significa que responde a sus características internas y no a una coyuntura política internacional.

De lo dicho se infiere que el fracaso, relativo, de la Revolución Cubana, ha sido fundamentalmente en el aspecto económico, lo que se reveló abiertamente después de la desaparición del llamado mundo socialista al cual Cuba había integrado su economía. O dicho de manera jocosa, típicamente cubana, los problemas de Cuba son solamente tres: el desayuno, el almuerzo y la cena. Cuando

una tonelada de azúcar permitía adquirir cuatro de petróleo y no al revés, como ahora, y el comercio exterior de Cuba se hacía en 80% con los países socialistas, esos tres problemas estaban resueltos.

Modificar la organización de la economía, pero, ¿sobre qué bases? De eso se trata, atreverse a plantear cincuenta años después el problema de la organización y del sistema de dirección de la economía cubana, apelando a lo que se ha logrado aprender en materia de economía política marxista y a la experiencia de ese medio siglo experimentando en Cuba y en otras partes.

En este empeño, dos cuestiones son en verdad fundamentales: por una parte, el problema de la forma de propiedad de las empresas pertenecientes a todo el pueblo, que no es otra cosa que la expresión concreta de la nueva relación social de producción en el socialismo del siglo XXI; por la otra, la cuestión de cómo dirigir la economía socialista para resolver sus tres grandes problemas: qué producir, cómo producirlo y para quién producirlo. El qué producir está, o más bien debe estar, determinado por para quién producir; y cómo producirlo está determinado por qué producir.

Antiguamente aceptamos sin chistar que la cuestión de la propiedad del pueblo sobre los medios de producción se resolvía mediante la propiedad estatal y que la dirección de esta economía estatal, a su vez, se resolvía con la planificación socialista “a yunque y martillo”, organizada y llevada a cabo por la burocracia estatal, los funcionarios del nuevo dueño de los medios de producción del país, de la misma manera que los capitalistas de dinero, los propietarios de las acciones que acreditan propiedad sobre empresas en el capitalismo, las administran mediante funcionarios contratados para ello. Dados los resultados, es necesario replantearse esas soluciones.

Imaginemos que estamos ante una página en blanco y que en virtud de nuestros conocimientos y de nuestra experiencia, nos proponemos empezar a diseñar la estructura y el sistema de una economía nacional en la cual todos los medios de producción fundamentales sean propiedad de todo el pueblo y que solamente por conveniencia jurídica práctica asuman la forma de propiedad del Estado. ¿Con qué metodología plantear el problema y analizarlo? A nuestro entender, no existe ninguna fórmula específica para esta tarea. Los textos sobre economía del socialismo que nos llegaron desde los países que se definían como socialistas, no eran más que la exposición sobre su experiencia práctica disfrazada de teoría y maquillada con seudosoluciones en las cuales todas las contradicciones se resolvían “armoniosamente”. Por suerte para nosotros hubo un hombre que fue capaz de explicar cómo nació, cómo se estructuró, cómo funciona y cómo se desarrolló el sistema anterior que hemos sustituido, en tanto que sistema históricamente determinado precedido por otro y que será sustituido por uno mejor, que es precisamente el que queremos diseñar. En ese intento Carlos Marx nos dejó un método de análisis, que empleó para desentrañar la estructura y el funcionamiento del capitalismo, y que hay que aprovechar porque es el único disponible, hasta ahora.

Tal como sucedió con el advenimiento del capitalismo, nosotros también debemos aprovechar lo que sirva, aunque sea heredado del anterior sistema. Así, utilizaremos algo tan antiguo como la división social del trabajo y sus consecuencias, vale decir, la solución social valor y su expresión concreta, el dinero, gracias al cual los productos pueden tener un precio e intercambiarse.

En el nuevo sistema existirán numerosas entidades, las más grandes e importantes propiedades del Estado, elaboradoras de diferentes productos, que denominaremos empresas y en las cuales tra-

bajaran productores directos en los correspondientes procesos de transformación de insumos en productos mediante una tecnología determinada. Las puede haber cooperativas y hasta privadas, pero nunca dominantes hasta el punto de imponer su racionalidad al sistema.

Aceptaremos también que el valor de cualquier producto o servicio expresa el trabajo humano, el presente y el pretérito incorporado en los medios de producción, y sobre esas bases serán calculados y determinados los precios.

La producción y la circulación será de mercancías, socialistas como lo fueron anteriormente capitalistas, porque la forma mercancía inevitablemente asume su contenido (su formulación) de acuerdo con las relaciones sociales de producción imperantes que a su vez imponen su racionalidad al sistema económico vigente. Y decir mercancía implica decir mercado, en donde la mercancía da “su salto mortal”, según Marx, y le envía por retroalimentación a la empresa que la originó la información sobre cómo fue aceptada por sus consumidores, lo cual en ningún momento niega la conveniencia de planificar su acción futura sobre la base de esas informaciones, sin que sea impedimento para que el Gobierno establezca objetivos obligatorios según las necesidades de toda la población. Producción y circulación mercantil y planificación nacional al mismo tiempo: he ahí una típica contradicción a resolver según la dialéctica materialista.

Y desde luego, los principales medios de producción de la economía serán propiedad de todo el pueblo bajo una relación jurídica de propiedad estatal, pero en principio solamente jurídica. Y queda abierta la problemática de su administración, sujeta a la relación entre productores directos de cada empresa y sus medios de pro-

ducción, vinculación que no puede ser enajenante para sus trabajadores como lo fue en el capitalismo, cuando al vender su fuerza de trabajo por un salario, solamente servían para trabajar y cumplir órdenes y estaban al margen de la administración de la empresa.

Marx, al plantear el fenómeno del enajenamiento del trabajador en el capitalismo tuvo en cuenta una característica esencial del Homo sapiens: su existencia como ser biológico es posible únicamente como integrante de un conglomerado. Por lo tanto, el sentido de pertenencia a un grupo humano tiene una finalidad existencial que es innata. Está en nuestro ADN. Este fenómeno se manifiesta en todo colectivo de trabajadores, pero en el capitalismo es negado por la misma relación social de producción por la cual el trabajador es solo el complemento individual de la máquina y no participa conscientemente, para nada, de la finalidad de la acción del colectivo. La propiedad estatal en el socialismo ha repetido, de hecho, esta enajenación como consecuencia de la administración de empresas y fábricas por la burocracia estatal.

Existe una relación entre el valor de los medios de producción de un país con el producto que su fuerza de trabajo activa logra producir y que se denomina coeficiente capital-producto, esto es que para producir una unidad monetaria de producto hace falta disponer de varias unidades de medios de producción. Esto significa que para elevar la producción nacional es necesario que los medios de producción disponibles (maquinaria, materias primas, medios de transporte, etcétera) crezcan aún más rápidamente.

Ahora bien, para un país que depende de la importación para dotarse de medios de producción, esto significa que las exportaciones necesarias para pagar sus importaciones de medios de producción deben crecer más rápidamente que su producción global. En otras

palabras, el crecimiento económico exige un crecimiento aún mayor de las exportaciones que del producto o, si no, no puede haber crecimiento económico, salvo que se tenga acceso a un financiamiento externo en divisas. Pero como el crédito exterior está finalmente determinado por la capacidad del país para pagarlo con exportaciones futuras, en última instancia dependerá también de su futura capacidad para exportar.

Y la vigencia de esta realidad económica en última instancia tecnológica, no ha sido jamás bien comprendida por la dirección política de Cuba, salvo en la década del 60 del siglo pasado, cuando circunstancialmente se logró convencerla de que para crecer hacía falta exportar mucho, y en aquellos días Cuba solamente sabía producir y exportar azúcar en grandes cantidades. Fue la época del plan de producción anual de 10 millones de toneladas de azúcar que finalmente se ajustó a una producción de unos 7 millones de toneladas. Esos volúmenes de exportación más las relaciones de intercambio no capitalistas logradas por Cuba con los entonces países socialistas, permitieron que todos los cubanos disfrutaran de un relativamente alto nivel de vida.

La necesidad de despedir a un millón de trabajadores del área estatal de la economía porque sobran, equivale a decir que al Estado le faltan medios de producción equivalentes para tenerlos empleados con un mínimo de eficiencia. Por eso la lista de las 181 actividades privadas autorizadas para que ese millón de trabajadores se ganen la vida, corresponde al área de los servicios con una muy baja dotación de medios de producción por trabajador, como es el caso de una peluquería, de un taller para la reparación del calzado o una carpintería. Pero, por suerte, comprende una multitud de servicios personales deficitarios en el país, y por eso desde 1968 se pretendió que el Estado se hiciera cargo de ellos, pero no pudo lograrlo de manera satisfactoria.

En resumidas cuentas, las medidas a tomar por el Estado permitirán que se racionalice la “empleomanía” en empresas estatales y entidades del Estado con el correspondiente ahorro de recursos financieros internos y que al mismo tiempo se resuelva el problema del déficit de servicios personales en Cuba. Pero no aportará nada para corregir el problema estratégico fundamental de la economía cubana: su insuficiente capacidad para exportar.

El 1º de mayo de 2009, miraba a ese inmenso contingente de varios miles de estudiantes de la Universidad de Ciencias Informáticas que cerró el desfile conmemorativo de esa fecha, y al pensar en su nivel de formación en matemáticas, teoría de sistemas, computación, administración de empresas, contabilidad, etcétera, me preguntaba cómo utilizarlos para la actividad productiva. Porque si de algo Cuba puede estar orgullosa hoy en día es de la cantidad de técnicos y científicos que posee en una gran variedad de disciplinas, dispuestos a emprender la producción de cualquier cosa cuya tecnología se les haga accesible. Al principio de la Revolución en el Ministerio de Industrias descubrimos que lo fundamental para el desarrollo industrial no eran los recursos materiales, sino los seres humanos organizados y capacitados para utilizarlos. Hoy Cuba tiene lo más valioso: hombres y mujeres preparados. Le faltan los recursos financieros externos y materiales. La alternativa es clara: o los empleamos para hacer funcionar tecnologías importadas a Cuba por socios capitalistas externos o los perderemos, porque más temprano que tarde emigrarán a países en donde serán bienvenidos y aprovechados. Desgraciadamente, sin el apoyo del capital externo, necesario para invertir en Cuba en tecnologías modernas que el país no posee, no habrá incremento de las exportaciones ni habrá desarrollo económico. Esa es una realidad tan incontrastable como lo es el firme control que del país tienen el Gobierno revolucionario y el Partido Comunista de Cuba. ¿Miedo a la entrada del

capital externo al país? ¿Como el miedo que se le tenía al turismo internacional hace treinta años? Que hay que pagar un precio por eso, es incuestionable. Pero, ¿existe la pureza total en un mundo globalizado?

Y sobre estas bases, ¡a rediseñar la organización y el sistema de funcionamiento de la economía en el socialismo del siglo XXI!

Pero atención: el diseño de esta nueva economía socialista del siglo XXI se llevará a cabo sobre el papel y solamente al ser aceptada será implementada paso a paso con mucho cuidado, siguiendo el viejo dicho judío que dice “no botes el agua sucia mientras no tengas agua limpia”, no vaya a ser que en el proceso botemos el agua sucia sin tener realmente agua limpia para reemplazarla, como sucedió en la Unión Soviética, en donde se quedaron finalmente sin agua alguna.



## INDICE

---

Presentación.....	9
Preámbulo I.....	12
Palabras preliminares.....	15
Preámbulo II.....	20
Érase una vez en Chile.....	27
Y también érase una vez en Europa.....	31
Y otra vez en Chile.....	46
Intuición.....	56
Hacia Cuba.....	64
En el Instituto Nacional de la Reforma Agraria.....	79
Che.....	91
Nuevamente el INRA y Carlos Rafael Rodríguez.....	155
Hacia una producción de 9 millones de toneladas de azúcar, que se convirtieron en 10.....	162
La Comisión de Colaboración Económica.....	176
Guerrillero en Venezuela con preámbulo en Trinidad.....	195
Nuevamente en Cuba.....	225
En el Chile de Salvador Allende.....	234
El economista errante.....	250
Desde Cuba a las entrañas del monstruo.....	257
Vida frívola en Marbella y regreso a casa.....	286
Balance de medio siglo vivido y reflexiones económicas.....	299

Esta edición de 2.000 ejemplares  
fue realizada durante el mes de diciembre del año 2013,  
en los Talleres de Carlha Scarleth C.A.  
en Caracas, Venezuela

## CHARLES ROMEO DE LA FUENTE,

(Santiago de Chile, 1933).

Es ingeniero comercial, licenciado en Economía (Universidad de Chile) y máster en Programación Económica (Instituto Latinoamericano de Programación Económica, Cepal, ONU). Fue economista en el Banco Central chileno y profesor de Teoría Económica en la Universidad de Chile.

Residenciado en Cuba a partir de 1959, fue asesor económico del comandante Ernesto Che Guevara y de Carlos Rafael Rodríguez en el Instituto Nacional de la Reforma Agraria, desempeñó diversos cargos en el Ministerio de Industrias cubano y ejerció la docencia en la Universidad de La Habana.

En Venezuela(1968-70) militó en las organizaciones subversivas FLN y FALN.

De regreso a Chile, fue director del Instituto de Economía y Planificación y profesor de Economía Política Marxista de Posgrado en la Universidad de Chile (1972-73). Luego se desplazó a Panamá, donde dio clases de Economía en la Universidad y actuó como consultor de la Unesco para el Ministerio de Educación panameño. Vuelve a Cuba en 1977 como asesor de instituciones públicas y vicepresidente financiero de la empresapolítico comercial Cimex. A partir de 1986 administra y gerencia empresas en España y en Cuba. Durante los años 2009-2010 asesoró en Venezuela a la Presidencia Internacional de la CVG.

Es autor de Comercio exterior y dependencia (1967), Estructura de clases en América Latina; Notas para el estudio de El Capital (1974), Planeamiento de la educación y dinámica de la población (Unesco 1975) y Autobiografía... (2009), y de artículos que han sido publicados en medios cubanos, chilenos y venezolanos.



Gobierno  
Bolivariano  
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular  
para la Educación

IPASME



DISTRIBUCIÓN  
GRATUITA  
PROHIBIDA SU VENTA

ISBN: 978-980-401-206-8



9 789804 012068